UN MAR de ESPERANZA



ELISABETH GILMORE

Un mar
de esperanza



Elisabeth Gilmore

©Elisabeth Gilmore septiembre 2025
Todos los derechos reservados.

Corrección y maquetación: BellGGcorrecciones
@bell_ggcorrecciones (Instagram)
Imágenes de portada: Creadas por Víctor Soriano García
Ilustraciones de los protagonistas: Creadas por Víctor Soriano García y Clara C.T
Ilustraciones cambio de escena: Creadas por PicsArt
Ilustración portadilla: Creada por Kiraxys de Pixabay
Diseño de portada: María José Martínez Ruano
Servicios Editoriales Letras del Alma



ISBN:978-84-09-75722-0

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Si quieres escuchar las canciones a medida que vayas leyendo, escanea este código QR.

Una palabra se olvida; una lágrima se seca; un beso se borra con el agua, pero un recuerdo se instala en tu corazón y se queda grabado en tu memoria; aunque haya días que no lo veas está ahí.
Siempre estará ahí.

Una eternidad puede ser ese instante de felicidad grabado en tu mente.

(Elisabeth Gilmore)

Prólogo

Inma

No suelo ir por la zona marítima, ya que vivo y trabajo en el centro, pero el sábado fui con Nuria y Nerea a tomar unas cervezas. Tarde de chicas, de esas que hablas de mil cosas y no ahondas en ninguna, porque lo único que quieres es desahogarte, pasar un rato agradable sin pensar en nada. Como mucho en las ruidosas gaviotas que marcan el territorio cuando ven a tanto turista ocupar el espacio, que en invierno llenan ellas.

Fue un día extraño desde que me levanté, como si alguien me empujase hacia un lugar u otro y a través de un hilo invisible tirara de mí. No pensaba ir al supermercado y fui, no quería ver a mi vecino; César, pues habíamos discutido por unos libros la noche anterior, y nos cruzamos en el rellano. Como siempre acabamos riendo y dándonos un abrazo. Tampoco quería salir por la tarde ni llamar a mis amigas. Sin embargo, lo hice.

Por esas cosas raras de la vida acabamos en un chiringuito de Alcocéber, donde los camareros parecían sacados de un anuncio de Estrella Damn con su música de buen rollo, el ambiente *chill-out* que te dibuja una sonrisa permanente en la cara, y, además, con un cuerpo de calendario que ya quisieran muchos bomberos. Conversamos, reímos, incluso hubo miraditas con algunos de ellos, pese a que mis dos amigas ya tienen pareja, rollo o como les quieran llamar a sus folla-amigos.

Al anochecer estábamos agotadas de no hacer nada y nos fuimos. Ese hilo invisible siguió tirando de mí, cuando me tropecé con un sesentón corpulento que miraba melancólico al mar, y yo a uno de los camareros, que salía del restaurante con unas cajas de cartón vacías para meterlas en el contenedor de reciclaje. Me disculpé, sonrió sin ganas pero afable, sin hacer mucho caso al golpe que le había dado, y un minuto más tarde mientras reía a carcajadas

con mis amigas comentando lo guapos que eran esos camareros, una nota llegó a mí.

¿Cómo? El viento me la puso en la mano.

Sí, creeréis que es una locura, pero sucedió así exactamente. Nos faltaban veinte metros para llegar al coche cuando me dio de lleno en el dorso de la mano, y se quedó prácticamente pegada a ella.

Mi curiosidad fue inmensa. Tenía una especie de carta amarillenta por el tiempo, arrugada por las numerosas veces que había sido doblada y desdoblada delante de mí. No me digáis que no, pero que venga a ti de esa forma parece una señal del destino.

Ya. Ahora diréis que soy una ilusa por creer en esas cosas, en que alguien en algún lugar mueve los hilos. Puede, pero nada pasa por casualidad, sino por causalidad. A lo mejor esas palabras me estaban esperando para que se las hiciera llegar a su destinatario.

Tal vez era un amor prohibido, un amor no correspondido o quizás una nota de suicidio. No lo sabía, pero sin duda estaba a punto de averiguarlo.

Soy bibliotecaria, ¿no os lo he dicho? Me encantan las historias de suspense, de amor, de acción y, por supuesto, de aventuras. Una apasionada de las lecturas con final feliz, y si no lo tienen me lo invento con mi extensa imaginación. No soy descendiente directa de Corin Tellado, aunque mi padre es asturiano, ni de Ágatha Christie, a pesar de que mi madre sea británica, pero podría serlo. Quizás en otra vida.

Aun así, en esta investigo algunas de las historias que llegan a mí, sea a través de los libros o con una ráfaga de viento, como esta nota que parece tan amarga como intensa.

L b a, 3 marzo de 99

A mi princesa dorada, la luz que siempre guía mi camino:

Ojalá pudiera decirte lo mucho que te extraño, que te busco en mis recuerdos y te amo; que me pierdo en tu sonrisa y en tu cuerpo hasta que despierto, y vuelvo a estar solo en este mar de sentimientos y de esa esperanza de poder lograrlo algún día. No sé cómo llegar a ti, no tengo dinero y no entiendo el idioma, pero puedo prometer y prometo que algún día te encontraré, te abrazaré y conoceré a ese bebé que llevas en tu vientre.

Espérame en tu memoria, que mientras yo tenga la mía, te buscaré.

Tu príncipe del mar

1

¿Casualidad o destino?

Inma

Mis amigas me miraron sabiendo que no la iba a tirar, que iba a investigar a fondo su procedencia, pues, aunque me quedé muda con el impacto de esas palabras, la expresión de mis ojos hablaba por mí. Aún recuerdo sus comentarios irónicos:

—Inma, la exploradora en busca de un nuevo caso perdido —se burló Nuria.

—No te pierdas las nuevas aventuras de la bibliotecaria mágica y el poder de su imaginación. —Esa fue Nerea haciendo ver que movía una varita.

—Reíros lo que queráis, pero cuando os pido que me acompañéis a esos extraños lugares, no os quejáis tanto. Os encantan las aventuras que propongo y resolver las dudas que se quedan en el tintero, porque el escritor se ha documentado sí, pero cuando ha llegado al final ha propuesto una directriz. No la real, sino la que él, como licencia de autor se ha permitido imaginar.

—Eres curiosa como un gato y nosotras estamos aburridas. No nos estamos quejando, al contrario, eres la sal de nuestra vida. Además, para eso están las amigas, no te vamos a dejar sola ante el peligro.

—Bien. Entonces empecemos la búsqueda. No se ve la ciudad, solo una O, quizás una A, y puede que una B o una L; al ser una letra tan pequeña no podría asegurarlo. El día que la escribió podría ser el 3 o el 8, dependiendo del desgaste del número, y el año… Solo se ve una parte. Diría que son dos nueves. Tampoco tenemos el nombre de quien la escribe.

—Entiendo que el último número puede tener una raya, ¿no? Mira bien, puede ser un uno, un cuatro o un siete, ¿no te parece? Por lo que descartaría 1990, 1992, 1993, 1995, 1996, 1998 y 1999. —Señaló Nuria con un dedo en ese trozo de la carta.

—Su nombre es el príncipe del mar, lo pone en la despedida. —Nerea me sacó la lengua y sacó su sarcasmo a relucir. No era tonta, pero era rubia y a veces lo parecía.

—Ya. Eso lo único que indica es que a los dos les gusta el mar. Puede ser un vecino de la localidad o un turista del interior, que está de vacaciones en el lugar donde se enamoró por primera vez. Me centraría más en el año en que está escrita, si es que se puede averiguar algo de una carta tan antigua —puntualizó Nuria arrancando el coche para regresar a casa.

—A lo mejor es el príncipe Namor o Aquaman. ¿Os imagináis que es Jason Momoa? —Suspiró figurándose que estaba en brazos del actor, y en ese momento, si hubiera podido, la hubiera dejado calva con la mirada.

—Vete a la porra.

—Vale, ya paro. A lo mejor vive en ese otro país donde, en esa época, no conocía el idioma, pero después de treinta años o más, lo domina a la perfección. Es imposible descubrirlo. Entonces la amaba. Y no me malinterpretéis, puede que siga haciéndolo en el fondo de su ser. El problema es que el tiempo ha pasado, que el destino los separó o simplemente lo hicieron las decisiones que tomaron, y ahora, cada uno tiene su vida. —Por fin Nerea puso un toque de seriedad y se metió en la situación.

—Treinta y cuatro, treinta y uno o veintiocho… —Bufé con resignación, era una auténtica locura descifrar ese enigma que el destino me planteaba—. Aun así, siento la necesidad de encontrar a esa persona y devolvérsela. Si la perdió, si no consiguió dársela a su princesa, puede que la necesite para arreglar las cosas entre ellos. Imagínate que después de tantos años siguen buscándose, que no han perdido la esperanza de volver a amarse.

Entonces observé el pico de la nota, y con dos dedos y mucho cuidado, separé otra que estaba tan pegada a ella, que muchas de las letras se habían incrustado al dorso de la primera.

—¡¿Hay otra nota?! —gritaron las dos a la vez.

—Oh, venga, léela. Queremos saber qué pone —rogó Nuria entusiasmada y Nerea asintió con la cabeza, un pelín intrigada también.

Suspiré porque no me gustaba airear la intimidad de un desconocido, pero si quería ayudarlo necesitaba saber algún detalle más de la desgraciada pareja.

—Está bien. Allá voy. —Desdoblé el papel con delicadeza.

P t ax, 6 de octubre 0

A mi princesa dorada, mi rubia hermosa:

Estoy deseando volver a tenerte en mis brazos, en mi vida y en mi cama. La isla es bonita, pero sin ti el sol no brilla igual. Espero que tu corazón siga latiendo por mí después de tanto tiempo, yo sigo nadando en ese mar de esperanza cada día. Te echo tanto de menos que te sueño con los ojos abiertos, y cuando los cierro sigues a mi lado. Te imagino a cada hora riendo, cantando y hasta riñéndome por no darte un abrazo o por no besarte cuando me marcho.

Sé que estarás en nuestro rincón favorito cuando vuelva, aunque la luna brille en el cielo, porque tú siempre serás el puerto de este marinero.

Espera nuestro momento, porque cuando llegue será eterno; tarde más o tarde menos, y te juro por Dios, que ya no nos separaremos.

Tu príncipe del mar

—Joder, ¡qué bonito! Ya podría alguien decirme algo así —mencionó Nuria.

—No veo a Lolo yo muy romántico —dijo con sorna Nerea.

—Ni yo a Fede —repliqué condescendiente.

—Yo paso de esas cursiladas, con que sea tierno y salvaje en la cama me conformo —me respondió Nerea sabiendo que su rollo no iba en ese plan, pues Fede odia las ataduras. Si hubiera que ponerle cara a un antirromántico, sería la suya. Aunque en el fondo, las tres suspiramos por un amor así, uno que te haga temblar al oírlo, al sentir el tacto de su piel o incluso al pensarlo.

—Por la letra es un hombre culto, pero esta carta parece estar escrita en otro lugar y otro año, las letras son diferentes. Y ese número… —señaló Nuria con una mano en el volante y la otra tocando la carta que llevo en las manos.

—Es imposible saberlo —añadí con frustración—, pero la cuestión es que siguió buscándola. A pesar del tiempo y las dificultades, no perdió la esperanza, así que nosotras tampoco. Se aprecia que está en una isla, y como bien has dicho, las letras son diferentes.

—Y el cero, no nos olvidemos del cero. ¿Podría ser que ya estuviera en los 2000? ¿Pero en cuál? —mencionó Nerea. Le di la vuelta a la carta, a ver si encontraba alguna pista más del año o la ciudad, mientras ella vigilaba con los codos apoyados en los respaldos de los asientos, todos mis movimientos.

—Entiendo que las envió, porque hay un sello en el sobre, pero si son de años diferentes debería de haber dos sobres, ¿no? —dedujo Nuria.

—Muy buena observación. Lo que me hace pensar que entonces llegaron a su destino, que las guardaron juntas, y… ¿ahora se han perdido?

—Volaron con el viento. —Nos miramos incrédulas.

—Puede que la princesa sí las haya leído y haya decidido desprenderse de ellas después de años esperándolo sin éxito. O tal

vez se las devolvieron porque ella cambió de dirección y siempre las ha tenido él. Ahora ha vuelto y sigue buscándola para dárselas —continué elucubrando teorías y mis amigas me siguieron con sus deducciones.

—O tal vez las haya tirado al mar, resignado a no verla nunca más, y el viento las trajo a ti de casualidad —puntualizó Nerea.

—Puede ser. Es la teoría más consistente, la de que regresó y quiere continuar donde lo dejaron. Una segunda oportunidad; la vida está llena de ellas —insistí en mi teoría de ponerle un final feliz a la historia.

—Puede que esas cartas las tuviera ella y las haya lanzado al mar para pasar página. O que ya estén juntos, divorciados… ¿o muertos? Yo qué sé. —Me desmoralizó esa respuesta de Nerea y miré a las personas que, ajenas a nuestro hallazgo caminaban conversando con otras por la calle, hacían deporte o se tomaban unas cervezas en algún bar. Todo parecía tan surrealista.

—Chicas, yo me voy a casa, mañana toca reunión familiar y, o descanso bien esta noche, o me explotará la cabeza antes de empezar la comida y el interrogatorio semanal. Probablemente, esas personas hayan rehecho su vida, así que no le deis más vueltas. —Nerea se despidió y cuando Nuria iba a hacerlo también, salté.

—¿Y de dónde han salido las cartas? Porque no me creo que ella las haya tirado, y si están juntos las guardarían de recuerdo por la cantidad de obstáculos que han superado.

—¿De algún maletero abierto? Tal vez de un bolso o mochila de uno de sus hijos. Hasta puede que haya salido volando de alguna habitación con la ventana abierta. Vete tú a saber. —Me costaba reconocerlo, pero cualquiera de las cosas que había mencionado era posible—. Admítelo, Nerea tiene razón.

Nuria me dejó pensativa, esa noche di más vueltas que una rueda de un bólido.

2

Isidora y Casper

Inma

Y aquí estoy, nueve días después persiguiendo humo en un día de ventisca, intentando averiguar cómo puedo ayudar a esa pareja de enamorados. Vengo cada día al mismo lugar, doy un paseo por la zona y me siento en uno de los bancos frente al mar. Miro a un lado y a otro sin saber qué hacer, con las cartas en la mano esperando una señal del cielo que me indique a quién pertenecen. Como si los milagros existieran.

Miro las casas de alrededor, las ventanas de esas habitaciones, las personas que se sientan en los bancos. He coincidido con algunas estos días y he apuntado sus edades aproximadamente, su forma de vestir, lo que hacían. Pero claro, ¿qué edad se supone que debe tener nuestro protagonista? ¿Cincuenta, sesenta o setenta? Si eran muy jóvenes podrían tener incluso menos de cincuenta.

Y si vive en la zona, ¿por qué no la ha encontrado? ¿No se acuerda de dónde vivía?

Puede que esté casada, que haya rehecho su vida y ya no haya espacio para él en ella. Puede haber tantos finales y que ninguno sea el adecuado, que…

No. Han llegado a mí por algo, me niego a creer que no acaben juntos. Como diría mi abuela: «Nada es sencillo en la vida y si lo es, no te conviene. En cambio, lo complicado, siempre merece la pena luchar por ello».

Suspiro. Me fijo en todo y en nada. Este lugar es precioso, tranquilo; imagino que aquí el estrés de la vida se pierde con el viento. Sería tan bonito vivir en un sitio así. Entonces recuerdo el otro sobre que tengo en el bolso, lo saco y lo vuelvo a leer.

Siento decírtelo así, Inma, te aprecio y lo sabes, pero se te acaba el contrato de alquiler a finales de mes, y yo necesito dinero para trasladarme con mi hijo a Estados Unidos, por lo que voy a poner el piso a la venta.

Créeme que lo siento, si no me fuera definitivamente, no lo vendería, pero lo que me queda de vida, la quiero pasar con él y su familia.
Lo entiendes, ¿verdad?
Un abrazo grande,
Pilar

¿Cómo no lo voy a entender? Es mayor, está sola y su hijo es su vida. El problema es que no es tan fácil encontrar una vivienda hecha a tu medida por el alquiler que yo puedo pagar; no cerca del trabajo.

Me lamento un par de veces más y guardo el sobre. Miro el otro, luego al mar y lo guardo también. Respiro hondo, me levanto y comienzo a caminar hacia el aparcamiento, solo que en vez de ir por el paseo marítimo voy por la acera que bordea las casas admirando sus formas, sus colores, e incluso algunos de los jardines que las complementan.

Cruzo la calle, y las casas adosadas se transforman en casas de una planta separadas por una valla de cemento y cal. Son más pequeñas, pero muy cucas. Entonces cierro los ojos y sueño con que ese hombre llamó a la puerta de una de ellas, y al abrirle su princesa los besos llenaron el espacio entre ellos, que las cartas las pudo leer su amada y que las letras borrosas fueron por las lágrimas que derramaron al reencontrarse.

Lo malo es que, al volverlos a abrir, todo sigue igual, las cartas en mi poder, mis ánimos por el suelo y mi futuro alojamiento colgando de un hilo.

El paseo marítimo se acaba y comienzan las dunas. Por un instante me detengo a admirar los estrechos caminos bordeados por barandillas de madera que dan al mar; todos privados, y pienso: «Guau, qué maravilla. Sentarse aquí con un libro en la mano y una copa de vino en la otra, debe ser como perderse en el tiempo o transformarte en una hormiga y caminar por el cielo infinito».

Sí, una eternidad puede ser ese instante de felicidad grabado en tu mente.

Sonrío y sigo andando unos metros más, contenta por la paz que transmite el lugar, hasta que me asombro al ver una espalda ancha y fuerte, seguida de un culo firme y perfecto, a unos metros de mí. El hombre está colocando un cartel subido a una escalera y me corta el paso. Me detengo y espero a que acabe, no solo por las preciosas vistas al mar, también por el monumento de tío sacado de uno de esos libros que leo últimamente en la biblioteca.

He de reconocer que me gusta el suspense paranormal, la fantasía y un buen crimen, pero si el protagonista es un tío así, sea bueno o malo, me resulta mucho más atractiva la novela. Cabello negro, abultado y largo por los hombros, barba de una semana y ropa informal. Sonrío cuando se gira y nota mi mirada dándole un buen repaso. Sonríe halagado por «cazarme» en mi escrutinio y me doy cuenta de que es uno de los camareros del chiringuito de la otra noche, el que por mirarlo casi tiro a aquel pobre hombre al suelo.

Me relamo los labios, la verdad es que está para comérselo, aunque dudo que él recuerde aquel cruce de miradas.

—¿Te interesa la casa o yo? —indaga creyendo que voy a salir corriendo abochornada. Se nota que no me conoce, pues, aunque no soy tan exagerada como mi amiga Nerea, la timidez la perdí cuando me independicé; y de eso ya hace mucho.

—Ya me gustaría… las dos cosas. Aunque la primera no creo que pueda pagarla con mi sueldo, y la segunda dudo que se esté ofreciendo. Más bien es un vacile por mi osadía —respondo sin ninguna vergüenza mirándolo a los ojos; unos grandes y oscuros

que dicen mil cosas, aunque yo el idioma de los hombres no lo entienda. Al menos los que he conocido hasta ahora.

—La primera, no sabes lo que cuesta, ¿cómo sabes que no puedes pagarla? —Baja de la escalera y se coloca frente a mí, con el martillo en la mano y una sonrisa que le cubre la cara—, y la segunda no la conoces, ¿por qué crees que no se ofrecería?

Antes de contestar miro la casa. Es pequeña, blanca, con puertas y ventanas de madera oscura, casi negra. Una buganvilla roja sube por la pared de la casa, y dos rosales rojos altos y anchos, repletos de flores la guardan como fieles vigilantes de seguridad. No tiene jardín, solo unas viejas baldosas a los lados rodeadas de malas hierbas. Está descuidada y, aun así, es preciosa. Luego lo observo a él, guapo a rabiar, atlético y cara de golfo.

—Si no me cobras más de seiscientos euros al mes, firmo el contrato mañana. —Pongo un brazo en mi cintura de forma chulesca, provocando su retirada con la jugada que acabo de hacer, ya que la casita estoy segura de que vale mucho más que eso al mes. No hay más que ver la distancia a la playa, por muy desatendida que esté—. Con respecto a ti, no pienso pagar un plus si vienes con la casa, pero no me importaría celebrar el contrato tomando unas copas.

Me mira de arriba abajo sopesando mi propuesta. ¿En serio se lo está pensando? Este tío no sabe jugar al póker. ¿No ve que es un farol?

Bueno, lo de salir a tomar unas copas no, aunque no creo que acepte. Tendrá novia, rollo, o algo así, ¿no?

—¿Tienes trabajo fijo? —Arquea una ceja.

—Sí.

—¿Eres una delincuente? —Se frota la barbilla mientras camina alrededor mío.

—¿Tengo cara de serlo?

—Eso no es una respuesta. —Se acerca a mí para intimidarme.

—Noo. ¿Y tú eres un asesino?

—No es relevante para alquilarte una casa —increpa y ahora soy yo la que abre mucho los ojos.

—Entonces ¿por qué la alquilas siendo tan bonita?

—No la has visto. ¿Cómo sabes que lo es? Solo es una casa, cuatro paredes con muebles. —Se cruza de brazos mostrándome sus bíceps, intrigado por mi espontaneidad, supongo.

—Vaya, eso es sentimentalismo y lo demás son tonterías. Veo que no le guardas mucho cariño —contesto, alterada por su penetrante mirada, dado que da la impresión de que me está analizando. ¿Será psicólogo cuando no sirve combinados en la playa?

—No me conoces para juzgarme. ¿La quieres o no? —Me reta de nuevo.

—¿Me la dejas por quinientos euros al mes? —Cambio mi apuesta y me la juego a todo o nada.

—Has dicho seiscientos.

—Ya, pero tendré que gastar más en gasolina, ya que estoy más lejos del trabajo, además de pagar los recibos y arreglar el jardín. Necesito comer, ¿sabes? Mi cuerpo se ha acostumbrado a ingerir comida y si no tengo para comprarla, va a ser difícil mantenerlo. —Un sudor frío me recorre la frente, sé que estoy cometiendo la mayor locura de mi vida jugando así con un desconocido, pero si gano la partida tendré un lugar donde vivir más barato que el que tengo actualmente, y encima, esto es el paraíso, el sueño de cualquier lectora de novela romántica o thriller.

Ahora es él, el que me mira de pies a cabeza, e incluso da una vuelta el cabrito, haciéndome blasfemar por la incertidumbre y por esa revisión tan exhaustiva de mi persona. O solo de mi cuerpo, vete tú a saber.

Sonríe, inclina la cabeza hacia a mí, tan cerca que puedo oler lo que ha desayunado.

—Está bien. Mañana a las once en la plaza de la Iglesia. Trae tu DNI y las dos últimas nóminas, además de un pago de dos meses por anticipado. Haremos el contrato en la gestoría de un amigo.

—¿Y ya está? ¿No me enseñas la casa? —Nos miramos un segundo, tres o… No sé, pues el tiempo se para en su sonrisa y mi mirada se ha perdido en ella.

—Por supuesto, estaba esperando a que me lo pidieras… ¿Isidora? —Se acerca a mi oído erizándome la piel al pronunciar ese

extraño nombre, y se va hacia la puerta.

—¿Isidora? —bramo molesta—. Me llamo Inma, no como un gato, aunque empiece por I también.

—Bueno, te pegaba por el color de tu pelo, y como no me has dicho tu nombre…

—¡Qué gracioso, Casper!

—Ja, ja, ja, ja. —Ríe con todas sus ganas—. Muy buen contraataque, eres toda una caja de sorpresas, Isidora.

—Como tú tampoco me has dicho el tuyo, y eres tan fantasma…

Su risa retumba entre las paredes de la casa, que, al entrar y subir las persianas, me deslumbra con su luz. Madre mía, no es hermosa, es lo siguiente. Los muebles provenzales de color oscuro como las puertas y ventanas; dos habitaciones grandes con un baúl y un armario en cada una, y el cuarto de baño es completo con plato de ducha y mampara, por lo que no necesito más. Sin embargo, lo que más me gusta es la cocina, pues su puerta trasera da al mar; a un porche, que, aunque algo envejecido y con alguna que otra madera rota, puedo asegurar que será mi lugar predilecto de la casa.

Si es que me quedo con ella y esto no es una tomadura de pelo de este morenazo donjuán.

No puedo explicar la sensación que me invade en este instante, pero debe notárseme en la cara lo que siento, porque a mi futuro casero le cabe una pelea de perros en la boca, y me está haciendo una radiografía de cada línea de mi rostro; no sé si para memorizarlo por si me escapo algún día sin pagar, y hacer un retrato robot de busca y captura por todo el país.

—¿Puedo sentarme? —pregunto señalando el banco de madera que hay en el porche.

—Estás en tu casa, si es que aún no te has arrepentido.

—¿Arrepentirme? ¿Estás loco? Es una puta maravilla. —Me siento y el ruido de la madera al notar mi peso me hace reír. Me mira descolocado y lo ignoro al posar la vista en el horizonte.

Y de repente me vuelvo loca. Suelto el bolso y corro hacia el mar con los brazos abiertos, gritando como esa niña que ha

descubierto un regalo sorpresa, y al abrirlo, ve que es lo que ha deseado toda su vida.

Mi casa. Uf, ¡acabo de reservar una casa en la playa!

Salto varias veces, miro al cielo y doy gracias al universo por bendecirme con el mejor momento de mi existencia. Unos minutos más tarde vuelvo por donde he venido, y miro hacia la barca blanca y azul desvencijada que hay hundida en la arena frente a la casa, al borde del estrecho pasillo que da al mar, al lado de un columpio oxidado que se mueve con la brisa como si un niño lo balanceara. Después observo la encantadora risa de ese hombre que apoyado a una de las columnas de madera que sostienen el porche, me mira como el hambriento un bocadillo de jamón, y mi corazón grita más que mi cerebro:

«Madre mía, Inma, ¿dónde te has metido? ¿Casualidad o destino?».

3

Unidos por un contrato

Inma

A las once menos diez, estoy en la dirección que me dio con todos los documentos que necesito y una carta de recomendación de doña Pilar, la mujer que durante dos años me ha alquilado el piso. César me acompaña, quiere ver al hombre que me ha puesto nerviosa, y del cual no he dejado de hablar desde que hemos coincidido esta mañana en el ascensor. A veces quedamos para desayunar en la cafetería que hay a unos metros del supermercado donde trabaja. Él me cuenta su última conversación con Nuria, lo guapa que es y lo bien que le queda la ropa que lleva ese día, y yo le hablo de libros.

Sí, mi vida es tan interesante que solo cuento las de los personajes que leo o los lugares que visito con esas novelas. Incluso mis teorías de cómo acabará la historia, siempre les pido que me acompañen a descubrir dónde ocurrió e intentar averiguar el verdadero final, y no el que han puesto en el libro. De ahí que luego Lolo nos llame la nueva versión de *Las aventuras de Scooby Doo*. Aunque en esta serie de aventuras e intriga, no hay perro.

Esta mañana al hablar de mí, de la casa y de Gael, no lo ha dudado un instante y como hoy tiene fiesta ha decidido hacer de contable. El muy tonto estudió la carrera de Económicas, pero al tercer año la abandonó; quería viajar y ver mundo, irse de fiesta y ligar. Cuando la adrenalina de esos meses disminuyó, le dio pereza volver a retomar los estudios, y ahora, es encargado en un supermercado conocido.

En fin, cada uno es dueño de su destino. O eso dicen.

La cuestión es que estamos aquí, esperando a mi futuro casero, un camarero de un chiringuito que sabe perfectamente el poder que

tiene su sonrisa, y ya ni te cuento su mirada.

—Siento el retraso. —Mira el reloj de pulsera meneando la cabeza. Solo llega tres minutos tarde, tampoco lo voy a degollar por ello; sería una lástima desperdiciar esa hermosa cabellera.

—No importa, hemos llegado hace poco. Él es César —digo tocando el hombro de mi vecino, ya que Gael ha posado sus grandes ojos en él y no tiene pinta de querer apartarlos—, mi… contable y amigo. —No sé por qué he hecho la aclaración. Tal vez porque no quiero malos rollos en la firma de mi contrato.

—Mi hermana no ha podido venir, es lo que tienen los bebés, que se enferman cuando menos te lo esperas. Así que yo seré el encargado del arrendamiento. —Vaya, o sea que no es el dueño de la casa. Será una herencia familiar, pienso levantando una ceja a lo Carlos Sobera.

—Bueno, tendré que tratar con el adorable (léase la ironía) Gael, todas las cláusulas del contrato.

—Imagino que será todo un calvario, ya que te has traído un guardaespaldas —me susurra con ironía al oído después de estrecharle la mano con dureza a mi amigo, e invitarle a que vaya por delante señalando con la mirada a la gestoría que hay frente a nosotros.

Se me eriza la piel del cuello. Me abrazo por el escalofrío que me ha entrado y lo miro como si fuera un ogro gigante y fuerte, de esos que tienen pinchos a su alrededor haciendo ver que es una armadura, y que me recuerdan que no debo acercarme a él a menos de un metro de distancia porque es peligroso. Muy peligroso.

Una vez sentados y con las presentaciones pertinentes hechas, me explican la letra pequeña. La primera cláusula del contrato es que tengo que conocer a su madre. Sí, lo que leéis. La casa es suya, y si ella no da el visto bueno, aunque haya firmado el contrato y tenga todos los documentos en regla, no cuenta. Y diréis: no puede ser, si lo has firmado puedes hacer lo que quieras, pero no. La letra pequeña dice con claridad, que la última palabra la tiene la señora. Lo que quiere decir que, al final, quien se echó el farol fue él, y que por muchas ilusiones que me he hecho de vivir en un paraíso, puede que me encuentre viviendo bajo un puente dentro de quince días.

Tan gallito, tan apuesto y seguro, y resulta que mamá tiene la sartén por el mango. Suspiro, miro a César que se lee el contrato de cabo a rabo y asiente; todo está en regla.

—Es lo único diferente de un arrendamiento normal. Si dices que la casa vale más de lo que pide y que es tu lugar ideal, vale la pena hacer esa entrevista formal con su madre. Solo le veo un problema.

—¿Cuál? —pregunto entre susurros, ya que hemos pedido permiso para comentar nuestras impresiones antes de aceptar.

—Teniendo en cuenta que te está comiendo con los ojos, y despellejándome a mí con las manos en su pensamiento, no sé yo si es bueno mezclar churras con merinas. Quizás no deberías arriesgarte.

—Ya. A veces pincha cuando se acerca.

—¿Qué?

—Nada, cosas mías.

Me froto la barbilla pensativa. La verdad es que la locura más grande que he hecho en mi vida es intentar descubrir si había un fantasma en una casa, según lo que decía una novela que había leído, que estaba basada en una historia real. Y he de decir que me lo pasé en grande. Me sentí más viva que nunca, igual que cuando pisé esa casa o Gael me tocó la mano. Ya sé que no tiene nada que ver una cosa con la otra, pero… Me apetece mucho vivir en ella y saber qué hay detrás de esa intensa mirada.

Sé que Gael es un aliciente más para alquilarla, porque gracias a ella tendré excusas para verlo, aunque sea desde lejos. Estoy convencida de que él solo está jugando para instarme a alquilar la casa, como si coquetear conmigo fuera el motivo principal de mi decisión, lo que me empujara a firmar. Es un aliciente, ya lo sé, un condimento más de la salsa, pero no el principal.

—Entonces, ¿qué? ¿Ya habéis llegado a un veredicto? —indaga, curioso, sin dejar de mirarme ni un solo segundo. Joder con Gael y su intensidad.

—¿Lo hago? —Miro a César que me sonríe.

—¿Lo haces? —Ahora la que sonríe soy yo, porque el cabrito se está divirtiendo con esa inseguridad que me ha entrado.

Desde que nos conocemos siempre he sido yo la que marca el rumbo de las conversaciones, la que dirige el barco de mi vida con firmeza, la líder del grupo de investigación *Scooby*. Diría que nunca me ha visto dudar tanto de una decisión, ni siquiera cuando me compré el coche.

Recordando ese detalle alzo el mentón, cuadro hombros y añado rotunda.

—Lo hago. —César me pone la mano en los hombros y me gira hacia el camarero para que se lo diga a él. Respiro hondo y con la voz más firme que he encontrado en mi repertorio, confirmo mi nuevo hogar—: Está bien —fijo la mirada en ese morenazo con una seguridad aplastante. O eso espero—, trato hecho.

La alegría que le ha dado mi respuesta se refleja en esos ojos negros y en la sonrisa que le cubre la cara. Descarga la tensión de su mandíbula y firma su parte, después de haber firmado yo la mía. Fijo mis ojos en él y un escalofrío me hace estremecer cuando me susurra al oído:

—Isadora, ahora estamos unidos por un contrato.

Me tiemblan las manos y las piernas, pero cojo aire y lo suelto muy despacio, disimulando, si hay algo que sé hacer es jugar con mi mente y la de con quienquiera que esté conversando.

Un buen rato más tarde, después de debatir otros puntos, salimos. Me da las llaves de la casa y quedamos para ir al día siguiente a ver a su madre. Me despido de César con un abrazo.

—Echaré de menos nuestras charlas nocturnas. ¿Quién va a escuchar ahora mi tragicomedia?

—Y las diurnas. —Se ríe y se tapa la cara. Lo abrazo más fuerte y le doy las gracias—. No pienses que te vas a librar de mí tan fácilmente. Haremos videollamadas a la misma hora todos los días que podamos, podrás contarme tus penas, si has avanzado con Nuria o si te has ligado a otra para olvidarla.

—Sabes que eso nunca pasará, la tengo metida tan adentro desde aquel beso que dudo que pueda sentir algo parecido con nadie más.

—Todo llega. Sabes que ella sintió lo mismo, que su carácter conformista y el miedo a que le hagas daño le impide ver lo que es

mejor para ella.

—Sé que no dejará a Lolo nunca, lleva con él diez años.

—Y se ha acostumbrado a tenerlo ahí, pero no lo quiere; no como se debe querer a un novio. Ellos dejaron de serlo hace tiempo. Ahora son amigos, y diría que sin derecho a roce. —Le guiño un ojo y cuando llego a la puerta le mando un beso con la mano.

Su carcajada aún retumba en mis oídos.

4

Recuerdos

Inma

Reconozco que al principio me descolocó un poco ir a ver a Julia, la madre de Gael, a un centro de día, ya que la vi muy joven para estar ahí. Asimismo, su mirada perdida en el mar, su sonrisa pequeña y triste, pese al amor que desprendían sus ojos por su hijo, me hicieron entender el motivo.

—Mamá, hoy te traigo una sorpresa. —Le da dos besos y un abrazo que dura más de lo normal. Ella cierra los ojos un instante y los abre, luego le peina el pelo con la mano haciéndole una imaginaria cola. Le da otro beso y le devuelve una sonrisa muda—. Yo también te quiero, mamá. Te voy a presentar a alguien. —Alarga el brazo y agarra el mío. Por un segundo nos miramos, al notar cómo se nos eriza la piel con el contacto. Veo cómo la nuez de su cuello sube y baja tan rápido que me marea. Carraspea y comenta —: Ella es Inma, la persona que vivirá en tu casa hasta que puedas regresar.

—Cariño… —dice mirando a su hijo—, no creo que me dejen volver, a no ser que me lleves tú o tu hermana.

—Come, esfuérzate en mejorar, en recuperar la energía que te falta y te invitaré a uno de esos cocidos que tanto te gustan.

—Lo intento cada día, hijo. —Acto seguido se gira al recordar que hay alguien más y fija un instante sus ojos en mí.

—Claro, mamá. —Gael hace una mueca de resignación y se levanta dejándome delante de ella.

Me sonrojo un pelín, más que nada porque no sé qué decir en estos casos. Entonces la mujer con un gesto cándido se gira hacia él y le aprieta la mano. No sé en qué momento su hijo ha anclado esa

penetrante mirada que tanto me perturba en mi rostro. Su expresión ahora es sonriente. Y yo ya no sé si saludar, quedarme quieta o salir corriendo cuando oigo la preguntita.

—¿Te gusta, cielo?

Como si se hubiera despertado de repente de un bonito sueño, se gira hacia ella y le sonríe travieso.

—Es un poco gruñona, pero es muy guapa, aunque ella no lo sabe. Además, le gusta leer. Es bibliotecaria, ¿sabes?

—Entonces seguro que es buena persona. ¿Verdad, querida? —Levanta las cejas, asombrada, casi diría feliz—. Los libros son mágicos, porque cuando te adentras en su historia, tus pensamientos viajan entre las páginas y te olvidas de los problemas que tienes; del dolor; de la ausencia e incluso, de la soledad. Un libro acompaña mucho en los largos días de invierno, pero también en las cálidas noches de verano.

Me recompongo después del mordaz comentario del puñetero Casanova, y aun notando el calor de mis mejillas, contesto como si no hubiera oído a mi engreído casero.

—La verdad es que el tiempo vuela cuando estás a gusto, sea dentro de un mundo imaginario o en el real. Siempre hay que encontrar un momento que te haga feliz. Yo tengo muchos con los libros, pero también con mis amigos y mi familia.

—Unas palabras muy sabias. Yo he construido grandes recuerdos con mis hijos, les he dado el doble de amor… He hecho de padre y de madre durante décadas trabajando el triple de lo que mi cuerpo podía. El problema es que mi corazón está agotado de tanto esfuerzo y mi cerebro ya no consigue animarlo. A veces me pierdo en lo que podría haber sido y no fue… Y eso dicen que no es bueno, ¿verdad, mi niño?

—Se te olvida comer, mamá. Vives sola y se te olvida lo principal: cuidarte. Por eso estás aquí, porque nosotros tenemos nuestro trabajo y nuestra vida, y no podemos vigilarte las veinticuatro horas. En cambio, en este centro sí que pueden hacerlo.

—Lo sé, cariño.

—Su familia cuida de usted, igual que usted cuidó de ellos. Tenga, si le gusta leer le puedo dejar el libro que estoy leyendo

actualmente. Es de acción y suspense, aunque también habla de un amor imposible; ese que no debe suceder, pero que cuando el corazón grita su nombre la mente se empeña en protegerlo, cuidarlo y retenerlo en la memoria hasta que el destino les dé permiso para vivirlo intensamente. Se titula *Tu luz mi oscuridad*, de Elisabeth Gilmore.

Lo coge con mucho cuidado, le tiemblan las manos.

—Al padre de Gael le encantaba leer y escribir, igual que a mí. —Acaricia la portada y le da la vuelta al libro, luego lo abraza a su pecho y me mira—. Se pasaba las horas en el porche entre libros de magia o suspense. Luego miraba a las estrellas y escribía sobre la magia que había en el universo, la luz y la vida que desprendían si te parabas a observarlas.

—¿Era escritor?

—No, más bien un romántico. Pecaba de soñador y eso nos separó.

—¿Qué has comido hoy, mamá? —Gael intenta eludir ese tema, que al parecer le resulta espinoso.

—Nada. Aún no me han traído la verdura. Claro que con lo sosa que está se la pueden guardar.

Gael mira la hora y luego a la cuidadora que está repartiendo los zumos a los residentes. La mujer con un gesto discreto niega con la cabeza para que no le haga caso y en una conversación muda, le dice que se lo ha comido todo.

—¿Te gusta el mar, joven?

—Sí, me encanta la paz que transmite. Me relaja mucho.

—Yo tengo un restaurante en el paseo marítimo. Limpio, sirvo y cocino, todo en uno. Me va muy bien desde hace un tiempo.

—Eso es porque sus guisos deben ser buenos. —Sonrío con dulzura sin saber qué más decir por no hacerle daño, pues creo que esa realidad ya no es tal. Miro a su hijo, que la mira con devoción y se me empieza a crear un nudo en la garganta.

—Mañana pediré permiso para llevarte al bar y que saludes a los chicos. Lo intentaré con la excusa de provocar a tu subconsciente, a ver si podemos tenerte más horas en este tiempo que en ese que tanto anhelas.

—Me parece bien, cariño. Seguro que volveré a vivir grandes momentos, como aquel cuando Alejandro me ayudaba en la barra y me quitaba a los pervertidos de encima. Yo era muy guapa, ¿sabes? Gabriela se parece mucho a mí, en cambio Gael, es idéntico a su padre. —Toca la cara de su hijo, sonríe y su mirada vuelve a la ventana, a las olas que rompen en la orilla. Su voz se mezcla con el murmullo del mar como si estuviera contando una de esas fábulas de *Las Mil y una noches*—. Era un hombre sencillo, sin grandes pretensiones. Me ayudaba sirviendo, y luego desaparecía entre cuentas, números y letras, puesto que también llevaba los gastos del bar, ya que yo no podía pagar a nadie para que lo hiciera, y mi hermano… no tenía cabeza para ello.

—Mamá. Inma quiere saber si estás de acuerdo con que le alquile la casa. A ella le gusta, y a Gabriela y a mí nos parece bien. Así la cuida mientras te recuperas.

—Claro, hijo. Parece perfecta para la casa, y quizás pueda ayudarme a…

—Julia, le dejo la merienda en la mesa. Aproveche que está su familia aquí para comer, y que vean lo bien que se cuida —interrumpe la cuidadora lo que iba a decir, dejándome intrigada con ese «Y quizás…». ¿En qué podría ayudarla yo? No me conoce, ¿cómo sabe que puedo ayudarla?—. Ha engordado dos kilos esta semana.

—¿Eso es cierto, mamá? ¿Y por qué no me lo has dicho?

—Será. —La mira con indiferencia, luego su vista se va hacia un señor que hay en la puerta que da al jardín, que duda de si salir afuera o no. Julia sonríe—. Míralo. Quiere bañarse en el mar, pero le da miedo el sol y el agua. Yo quiero volver a casa, pero no recuerdo el camino. ¡Qué ironía! Todos queremos lo que no podemos conseguir, lo que está fuera de nuestro alcance, y los que sí pueden hacerlo no ven lo que tienen delante.

—¿A quién se refiere? —No me responde. La observo perderse de nuevo en ese silencio incómodo, donde su hijo espera algo que no llega, y yo no sé qué esperar.

—Ten, bebe.

—No tengo sed.

—Un poco.

—¿Por qué no me cuenta algo más de su trabajo, de su vida o de Gael? —Me siento a su lado, mi acompañante me mira con fastidio, pero no se me ha ocurrido otra cosa que entretenerla para que se beba el zumo que le han traído. Así que ignoro la mirada inquisidora de mi adorable casero y me centro en su madre.

—Cuando terminaba de recoger y él de calcular, siempre me sentaba a su lado; yo con mi libro y él con el suyo y una buena copa de vino mirando al mar. El silencio era la música de fondo que amenizaba nuestros ratos libres y, al acabar de leer, nuestras voces explicaban esas historias que llenaban nuestras mentes, hacíamos teorías sobre cómo podían acabar. Esas teorías se mezclaban con caricias y besos. El tiempo se detenía en nuestras miradas, en la magia de las palabras que eran como caricias en el alma. Aunque no sé si me explicaba a mí lo que había leído o a Gael, porque sus manos siempre acababan en mi barriga y él parecía escucharlo atento, sentirlo. Luego se despertaba Gabriela y la ponía en sus rodillas aguantándola con una mano, ya que la otra se juntaba con la barrera de mi piel por en medio. Era un momento electrizante, de esos que esperas no olvidar nunca, que te persiguen como el aire revolviendo tu mañana, tu tarde y tu noche.

—Parecía un gran hombre; un soñador con los pies en la tierra, como yo. Dos almas complejas en una mente inquieta.

—Yo no lo podría haber descrito mejor. —Mira hacia el mar, sus ojos cansados se bañan de esa agua salada que amenaza con salir en cascada por el lagrimal—. Gael es igual, tan atractivo como bohemio, tan poeta como realista. No siempre piensa lo que dice, pero tampoco dice siempre lo que piensa. Eso sí, su corazón manda más que su cabeza.

—¿Debo sentirme halagado? —Sonríe embaucador a su madre, que le devuelve la sonrisa.

—Muchas gracias por el libro, lo leeré. —Me da una palmadita en la mano y acaricia la novela—. Parece muy interesante.

—De nada, soy bibliotecaria como bien le ha dicho su hijo y puedo conseguirle más. A mí me da igual que sean de amor, suspense o acción, me gustan todas las historias. La cuestión es

vivirlas apasionadamente y buscar ese punto de realidad entre tanta ficción.

—Supongo que todos los relatos tienen su parte de verdad —añade Gael—, aunque algunos se distorsionan con el tiempo.

—Puede. —No sé a qué ha venido ese tono amargo y esa dura mirada a su madre, por lo que opto por llevar el tema hacia otro lado—. Esa parte es la que te hace sentir como si fueras tú el personaje de la novela. Por eso mi trabajo es el mejor del mundo, porque paso mi jornada entre miles de historias y mundos donde viajar. De este modo, los protagonistas me cuentan sus vidas, y yo decido si las vivo con ellos o no.

Su madre sonríe y mira a una de las cuidadoras. Después sus ojos cambian la expresión y su mirada se vuelve vacía, perdida en algún punto entre la pared y la mesa. Gael la observa y luego respira hondo. Apoya su boca en el dorso de la mano, la besa, pero su madre no lo mira, sigue perdida en ese mundo interior que solo ella conoce. Un nudo se me forma en la garganta y me hace mirar hacia otro lado. Me siento una intrusa en este momento, como si estuviese robando sus emociones, las que madre e hijo deberían sentir a solas y no con una desconocida mirando.

Parece leerme el pensamiento, porque la mujer vuelve de su trance y posa sus ojos lánguidos en los míos. Un minuto, un siglo. No sé bien el tiempo que pasa antes de hablarme como si me conociera de toda la vida

—No te preocupes, hija. Una palabra se olvida, una lágrima se seca, un beso se borra con el agua, pero un recuerdo se instala en tu corazón y se queda grabado en tu memoria. Aunque hay días que no lo veas, está ahí. Siempre estará ahí… —Un amago de sonrisa asoma en su rostro, dulce como el caramelo.

—Hay momentos que se tatúan en la retina, más que en el cerebro. Los ves cada día, cada noche, a pesar de que no entiendas su significado —le digo con ternura, y asiente con la cabeza. Por un instante me pierdo en su melancolía, muda, tierna, de las que te cortan el alma sin que te des cuenta, y cuando lo haces, el escozor ya es inevitable.

—Me gustará verte de nuevo otro día, sin prisa, y conversar de mujer a mujer. Así te devuelvo el libro.

—Por supuesto —contesto sin dudar, pues me gustaría ayudarla, hacerle sus días más llevaderos—. Cuando usted quiera.

Y vuelve a ese cómodo lugar donde pasa la mayor parte del tiempo. Uno que quiero creer que es tranquilo y hermoso, por la paz que refleja su cuerpo y su mirada. Gael, más triste que cuando entramos, me alarga el brazo invitándome a seguirlo.

—Nos vamos, mamá. Mañana volveré y me cuentas qué has comido, ¿vale?

—De acuerdo, cariño —dice tras un largo y espeso espacio de tiempo. Después como si fuera otra persona, con una energía impropia de su enfermedad, le da un beso en la mejilla y lo agarra del brazo.

—No dejes que se vaya, hijo.

—Tiene que hacer una mudanza, debe irse.

—Tú ya me entiendes, cariño. Hazme caso, ella es especial. —Gael sonríe y le besa el pelo.

—Sí que lo es. Descansa, preciosa. Nos vemos mañana.

Me mira y lo sigo hasta la salida. No sé en qué piensa, pero intuyo que en nada bueno. Quizás esté metiendo la pata, tal vez mi instinto me esté engañando, lo que sé es que ya no puedo dar marcha atrás: ni con él, ni con la casa, ni con su madre. Yo mis promesas las cumplo a rajatabla, y esta no va a ser menos.

5

Madre no hay más que una

Inma

Tres pasos a la derecha, dos a la izquierda, me mira, se pasa las manos por el pelo, después se da la vuelta y con un tono más bajo de lo normal, me explica:

—Hace seis meses la ingresamos en este centro para enfermos de Alzheimer. Mi hermana entonces vivía en Valencia y pasaba los fines de semana con ella, yo en cambio, al vivir a unas calles de distancia venía a verla cada día antes de irme a trabajar.

—No tienes que darme explicaciones, Gael, entiendo la enfermedad de tu madre, mi tía también la tuvo, y fue muy… traumático, por decirlo de un modo bonito.

—Lo sé, pero quiero que estés al tanto para que puedas echarte atrás en tu promesa de venir a verla.

—No voy a echarme atrás, lo que prometo lo cumplo.

—Ese es el problema, que mi madre cree en las promesas, en los cuentos y leyendas. Pero, sobre todo, en las personas que le gustan, y tú la has encandilado con tu sonrisa o tal vez con ese encanto que desprendes y… aturde. —¿Eso es una confesión? ¿Está diciendo que le gusto? Céntrate en lo importante, Inma, que ahora mismo es su madre—. Ve con los ojos del corazón y no con los de la cabeza, por eso su cuerpo está agotado, por lo ciega que ha estado y los golpes que le han dado. Y si luego te arrepientes, preguntará por ti cada vez que venga a verla. Créeme cuando te digo que he intentado todo por hacerla cambiar, pero me ha sido imposible y yo ya no puedo soportar otra decepción más en sus ojos.

—No la voy a decepcionar, ni a ella ni a ti. No me cuesta nada venir a verla, está cerca y tengo tiempo libre por las mañanas.

—¿Estás segura? Porque… Bastante tiene con la vida de mierda que le ha tocado vivir. Su estrés, su falta de sueño, las preocupaciones, eso es lo que le ha traído aquí con solo cincuenta y nueve años.

—Mírame, Gael. Te digo que vendré todos los días que pueda a pasar un rato con ella. Si no se acuerda de mí le leeré un libro, y si me reconoce hablaremos de lo que ella quiera —expreso tocándole el brazo.

Lo mira y se ruboriza como un niño al notar ese latigazo que yo también he sentido, y que he aguantado valiente cómo me ha recorrido el cuerpo de pies a cabeza, sacudiendo un poco más fuerte la parte baja de mi vientre. Me aparto, porque no es el momento adecuado para sentirme atraída por él, para pensar en su piel, en lo que sentiría si en vez de tocarle el brazo le tocara otra cosa. Uf, me hierve la sangre con solo cruzarse la idea por mi cabeza.

«No es el momento», me repito.

Supongo que él está igual de aturdido que yo, porque mira mi boca y se relame los labios. Mi mente se evade e imagino unos colmillos saliendo de ellos al abrirlos, y en lo que tarda un parpadeo, clavándolos en mi cuello, saboreando ese hilillo rojo que se desliza por él, y yo jadeando de placer por el contacto. Entonces se da la vuelta y prosigue con su historia. Carraspeo y dejo ese mundo de fantasía donde a veces viajo sin querer, y regreso a la realidad.

—Primero se le olvidaron los paseos matutinos que se acostumbró a hacer cuando me hice cargo del bar de la playa; el que ella había regentado durante más de tres décadas. Al principio con su padre, famoso por beberse más cervezas de las que servía, y cuando murió este en una pelea de bar, ella lo transformó con su sonrisa y su simpatía en un restaurante casero. La clientela cambió con los meses y aparecieron los turistas, que dieron muchos beneficios, con los cuales pudo pagar las deudas que había amontonado su padre, y con el tiempo, comprar la casa de sus sueños.

—Entonces… ¿el chiringuito es vuestro? Es… Tuvo que ser una mujer muy fuerte para tan joven cargar con todo eso a sus espaldas.

—Lo fue. Más de lo que te imaginas. —Se pasa las manos por la cabeza peinándose esas greñas que lo hacen más varonil si cabe. Resopla y continúa su relato—. Como te decía, se olvidó de esos paseos matutinos hasta la panadería de siempre, donde se paraba a hablar con su amiga mientras tomaba un café y luego venía al restaurante a saludarnos. No le dimos importancia porque tenía la tensión alta, y pensamos que podía haberlo quitado de su dieta.

—Me parece algo muy lógico, no sabíais lo que pasaba por su cabeza.

—Lo malo fue cuando se le olvidó comer. No me enteré hasta que un día se mareó cuando estaba en casa, abrí la puerta de la nevera para darle agua fresca y estaba vacía. También se le había olvidado ir a comprar.

—Madre mía —digo agitada pensando cómo me pondría yo si fuera mi madre.

—No sabía cuánto tiempo llevaba sin comer —comenta nervioso —. Le pregunté y se perdió en su mundo. Insistí, pero no me respondió. Desapareció delante de mí sin poder hacer nada por evitarlo.

—¿Y no habías notado ningún cambio en ella últimamente?

—Esos mediodías que se presentaba en el bar para comprobar los cambios que había hecho, o para conversar con los chicos y darle alguna receta nueva a nuestro cocinero, Chema. —Resulta que el camarero, no es un simple camarero. ¿Qué más ocultas detrás de ese rostro casi perfecto, Gael?—. Dejó de hacerlo y me extrañó. Por eso comencé a venir a verla todos los días, puesto que antes lo hacía dos o tres veces por semana.

—Ya. Si no vives con ella, es difícil darte cuenta.

—La noté distraída, le pedí que fuera al médico, pero siempre decía que lo llamaría y nunca lo hacía. Un día mi hermana la llevó de Urgencias y nos dijeron que tenía principio de Alzheimer, que era muy joven, pero por lo visto su estresante vida había hecho mella en ella, y al relajarse y vivir sola había empezado a florecer la enfermedad.

—¿Cuánto hacía que vivía sola?

—Casi un año; faltaban un par de semanas.

—A lo mejor, esa soledad le hizo pensar más en el pasado y su mente se quedó atrapada en él. Puede que sea más depresión que olvido. ¿Lo habéis pensado?

—Sí, fue lo primero que me pasó por la cabeza, que la soledad se hubiera convertido en tristeza. Decidí pasar más tiempo con ella, pero no fue suficiente. —Baja la cabeza como si quisiera esconderla bajo tierra—. El día que no la encontré en la casa, me volví loco. La busqué por todo Alcocéber, y dos horas más tarde la encontré bañándose vestida en la playa de la Romana a unos cien metros de la orilla.

—¿Se metió en el agua para…? Oh, Dios santo. —Me tapo la boca con las manos y un sudor frío me recorre el cuerpo al pensar lo que podía haber sucedido, si no hubiera llegado a tiempo.

—Por suerte, has de andar mucho para que cubra y ella es alta. Le grité hasta desgañotarme, lloré como un niño cuando me reconoció, pues por mucho que me miraba le costó verme. Ese día dormí con ella, y al día siguiente la ingresamos.

—Lo siento.

—Lo más curioso es que había pasado por esa playa dos veces y no la había visto.

—Y a la tercera…

—Casi la pierdo. —Aparto el miedo a lo que me provoca y lo abrazo tan fuerte que creo fundirme en él, en el calor que desprende. Por un segundo se sorprende, después se deja querer y me abraza también. Descansa la cabeza en mi hombro, e incluso creo que deja de respirar un instante, pues de notar su corazón acelerado igual que el mío, he pasado a no escuchar ni la brisa del mar.

Nos separamos y una leve sonrisa regresa a su cara.

—Gracias. No suelen abrazarme así muy a menudo.

—Yo…

—Lo cierto es que no suelo hablar de mi madre con nadie. Como dicen por ahí, madre no hay más que una y la mía ha sido madre soltera. Por muy fuerte que haya sido para criar dos hijos ella sola, es un ser humano y al final, caerá como todos. Me cuesta recordar ese día, pero necesito que entiendas que es la mujer más

importante de mi vida, y que no permitiré que nadie la haga sufrir, por muy guapa que sea esa persona y me tiente cada vez que abra la boca.

—Em… ¿Eso es un piropo o una amenaza?

—Tómatelo como quieras. —Vuelve a sonreír, esta vez con más ganas y se dirige al coche—. Vamos, te llevo a casa.

Me alegro de que la tensión haya disminuido. La verdad es que su madre me ha arañado el alma, y él… Esa mezcla de doctor Jekyll y míster Hyde está volviendo loco a mi pobre corazón. La tensión entre nosotros me abruma; tan pronto quiero abofetearlo como abrazarlo. Encima me obliga a estar alerta y al momento me desarma. No estoy acostumbrada a que un tío así me mire como lo hace él, tan profundo que me atraviesa de lado a lado, y encima me piropee.

¿Guapa, yo? Me miro en el espejo retrovisor y suspiro, me sonrojo como una adolescente, porque, aunque soy consciente de que no soy fea, tampoco tengo nada que destaque. Excepto el pelo rojo, como el fuego que está invadiendo mi interior al notar su mirada detenerse en mí más tiempo de lo permitido.

¿Qué estará pensando? ¿Necesitará desfogarse?, ¿extraer esa ansiedad que le provoca ver a su madre así y por eso quiere seducirme?, ¿como distracción?

Arranca el coche y nos vamos. Llegamos a la casa de la playa quince minutos después con la canción de *Yo te esperaré* de Cali &el Dandee, y una opresión en el pecho que intento disimular.

Miro el reloj y pienso que Lolo debe estar a punto de llegar. No quiero que Gael se vaya, pues no sé cuándo volveré a verlo, así que improviso como siempre suelo hacer cuando deseo algo con mucha fuerza.

—Te invito a un refresco y miras lo que quieras llevarte, mientras me cambio y me pongo algo más cómodo.

—No tengo prisa, ya vendré otro día —dice apoyando su brazo en la puerta abierta del coche.

—No me importa. Además, cuanto antes lo hagas, antes pasarás página y dibujarás esa sonrisilla tan fantasmal que les gusta a tus conquistas.

—¿Mis conquistas? —Mira a un lado y a otro—. Yo no veo ninguna. A no ser que te haya conquistado a ti. —Bum, mi corazón se acaba de dar un batacazo contra el pecho. Eso me pasa por bocazas, tendría que haberme mordido la lengua.

—¿Yo? Ni en tus mejores sueños.

—Siento decepcionarte, pelirroja, pero no te vas a librar de mí. Nos veremos cada mes, ¿recuerdas? —Sonríe y me sonrojo, ya no me acordaba de esa cláusula. Disimulo y pongo cara de indiferencia.

—Lo sé. Por cincuenta euros menos mensuales, soy capaz de resistir la tortura de verte una vez cada treinta días —le pincho con soltura.

—Ja, ja, ja, ja.

—Anda, entra y coje lo que te apetezca, tengo cajas de sobra para que llenes alguna.

Sí, ayer, después de firmar el contrato, tras debatir durante un buen rato esa parte, al final nos pusimos de acuerdo en la forma de pago, el día y los muebles que me quedo.

Como era de esperar, los dos hermanos tienen algunos recuerdos en la casa que no quieren tirar y que pretenden guardar en un trastero. En cambio, otros objetos me han dado la potestad de hacer con ellos lo que quiera. Algo que pretendo hacer, pues hay cosas hechas a mano muy bonitas, y libros que me gustaría leer.

Sin embargo, verlo así, tan alicaído, tan roto me ha desgarrado el alma y no quería que se fuera. Necesitaba verlo reír, que sacara su lado pícaro, malote, y así hacerme soñar un rato más. Por eso he utilizado la excusa de que buscara lo que desee llevarse, con el fin de que tarde más en irse, y así pueda recrear mi vista en ese monumento tan difícil de visitar por una mujer normal como yo.

No me hago ilusiones, sé que ese piropo ha sido un modo de hablar, de tontear para hacerse el gracioso.

En realidad, lo único que quiero es alegrarme la vista un poco más. Tampoco es un pecado, ¿no?

6

Las cartas

Inma

Lolo aprieta el claxon con insistencia para que sepa que ha llegado, y salgo poniéndome las deportivas a la pata coja. Gael, que tenía la cabeza metida entre retratos, se gira al oír el golpe que me he dado contra el marco de la puerta, y se ríe al ver mis malabarismos por no caerme, sin saber si salir a ayudarme o continuar abriendo cajones en el salón.

—No digas ni mu —gruño levantando el dedo índice de la mano derecha sin mirarlo y me dirijo a la furgoneta. Sé que se está riendo, y me consuela ser yo quien le haya cambiado el humor, aunque sea viendo las estrellas con ese porrazo tan tonto que me he dado.

Lo sé, es una bobada, no lo conozco como para que me apiade de sus problemas; todos tenemos alguno. Pero soy así de idiota, qué le vamos a hacer. Por una sonrisa suya, de esas sinceras, soy capaz de hacerme un buen morado en el brazo o torcerme el pie, si así consigo que me roce de nuevo.

Nuria, mi incordio de amiga grita al verme, como siempre que va en plan de diva, exagerando su entusiasmo. Y enfatizo ese punto, porque cuando baja de su pedestal es la mejor persona que te puedas echar a la cara. Tiene un corazón enorme, y siempre que la necesitas está ahí para ayudarte, aunque a veces sus comentarios rocen el esnobismo.

—Ayyy, qué monada de casitaaa.

—¿Te gusta? —indago orgullosa de mi elección.

—No la he visto todavía, pero desde el exterior parece una de esas casas pintorescas de los pueblecitos pesqueros, mucho mejor que ese piso del siglo pasado en el que vivías.

—¿Será porque está en un pueblo pesquero y frente al mar?

—Será. —Se encoge de hombros y va hacia la entrada.

—Pues tampoco te creas que esta se construyó ayer —menciona Lolo dando un repaso a la casa—, es de las más viejas de la zona.

En ese momento sale Gael, que, como un vulgar cotilla, no quiere perderse el espectáculo, y mi amiga enmudece.

—Fue construida en 1970, las seis casas que forman la hilera las edificaron en la misma época. Ya sabéis, la del «destape». José Luis López Vázquez, Alfredo Landa y Antonio Ozores aumentaron el turismo y la construcción desde Castellón a Alicante.

—Alemaaanaaas —grita Lolo y nos echamos todos a reír.

—Bueno, Pajares y Esteso también entraban en los españolitos en busca de suecas y alemanas en la playa —protesto, pues he visto con mis padres esas películas montones de veces, y, sinceramente, eran de todo menos graciosas.

—Vamos vamos. No nos encantemos que tengo que ir a trabajar. ¿Preparadas para romperos una uña, chiquitas? —bromea mi amigo, el taxista rubio con cara de jamaicano, y le doy un puñetazo en el brazo.

—Oye, guapo, que las cajas no han subido a la furgoneta volando por arte de magia. Esta chiquita que tiene más fuerza que tú, las ha colocado todas y cada una de ellas. —Ríe frotándose el brazo por el golpe que le he dado.

—Era una broma, Rocky Balboa en versión pelirroja explosiva. —Rueda los ojos haciéndose el enfadado.

—Niña, no me jodas que te has echado novio en tres días, y es este morenazo —añade mi morena limpiándose la baba que le cae al tener la boca abierta.

—Ni tengo tiempo ni ganas de líos. Es mi casero, Nuri.

—¿En serio? Joder, voy a tener que mirar mis ahorros y comprarme yo otra. —Se va hacia Gael y dibuja algo con la uña encima de su hombro. El morenazo la mira y sonríe—. No tendrás otra vivienda para mí, ¿verdad? Podríamos ser vecinos…

—No, a no ser que quieras vivir en mi apartamento —dice con picardía, le guiña un ojo y acto seguido me mira.

—¿Holaa? —levanta el brazo Lolo, haciéndose notar. Nuria alza las cejas con cara de sorpresa y me mira. No entiendo lo que me quiere decir, así que los presento y que se apañen ellos.

—Gael, Nuria; la morena con gafas más superficial que puedas conocer, pese a que tiene una hermana gemela muy simpática que a veces nos alegra con su presencia y nos regala momentos inolvidables. Nuria, Gael; el casero más borde y reservado que te puedas encontrar, aunque cuando se suelta esa preciosa melena oscura, tiene su puntito como habrás podido comprobar. Ale, ya os conocéis. Podéis seguir tirándoos los trastos —suelto con mala leche agarrando dos cajas.

—Encantada, guapetón. —Se acerca a él muy modosita y le planta dos sonoros besos en la mejilla, que parecen hechos aposta, y Gael se limpia al instante como acto reflejo.

Se me escapa una risilla, parece que no le gustan mucho los besos. ¡Quién lo diría!, si hace un instante se la comía con los ojos. Claro que también hay momentos en que creo que me regaría con ellos si pudiera.

Seguro que lo he soñado despierta, y por eso creía que había sucedido. Sí, será eso, porque está claro que lo intenta con todas. A la vista está.

—Recuerda que tienes novio, cariño —gruñe Lolo al ver a mi casero reírse de ese modo… tan Gael, y Nuria no puede evitar mirarlo embobada como si fuera una estatua de oro y ella una cazatesoros.

Aunque después me mira a mí con malicia, como si hubiera descubierto un secreto muy bien guardado. Está loca.

A veces creo que tiene más imaginación que yo, porque crea un montón de películas en su cabeza y después las explica como si hubieran sucedido en realidad. O sea, lo que hago yo a veces.

Vale, no he dicho nada. Si al final tendrá razón mi padre, y Dios las crea y ellas se juntan.

—Lo sé, cielo. Estoy contigo, pero que esté a régimen no quiere decir que no pueda ver el menú. ¿Te puedo palpar esos bíceps? Es para ver si son reales. —Pongo los ojos en blanco, eso ha quedado muy de fan de Sam Heughan o Henry Cavill.

Lo dicho: diva por fuera e inocente por dentro. Si no fuese porque sé que no lo hace para fastidiarme; que lo hace sin malicia; que en un rato va a venir corriendo a susurrarme al oído lo bueno que está y la suerte que tengo, le pellizcaría y le echaría un mal de ojo por fijarse en mi monumento particular. No obstante, me callo, agarro otras dos cajas y entro a mi casa apartando los obstáculos con piernas que me estorban.

Gael está disfrutando de mi mosqueo; que no es por él, sino por ella, pues mira a todos los tíos con deseo menos a su novio.

No hay quien los entienda, los dos hacen un gran equipo, pero no es amor. Entonces, ¿por qué siguen con la pantomima? Con César, en cambio, había una química que ya quisieran muchos laboratorios, pero por miedo a perder la amistad de Lolo, no le dio la oportunidad de conocerla, de averiguar lo que hubiera pasado si hubiesen cruzado la frontera de los sentimientos.

No digo que traicionase a Lolo, no soy tan cruel, pero se merece sentir algo más que una buena amistad. Lo que tienen no es amor ni deseo, es cariño y costumbre, y los dos lo saben.

Nuria no es mala persona, solo es insegura y conformista. Conoció a Lolo cuando era una adolescente y siempre han estado juntos. Su primer amor; su primer novio; su primer todo. Un día de fiesta le presenté a mi vecino, tres cubatas hicieron que se acercara a él demasiado. Bailaron, se besaron y si no llega a ser porque Nerea vomitó cerca de ella, vete a saber cómo hubieran terminado. Ninguno de los dos pudo olvidar esa noche; César la recuerda más veces de lo que debería, y ella no ha sido la misma desde entonces, pese al teatro de hace unos minutos.

Lolo prefiere vivir en la ignorancia a vivir sin ella a su lado. Sin embargo, ella ya no es tan cariñosa con él. No como una novia, más bien como una amiga o una hermana.

Entonces, ¿por qué siguen juntos? Buena pregunta. A veces es mejor no decir nada y dejar que el tiempo lo diga todo.

En fin, que hagan lo que quieran, yo solo deseo vivir en paz en mi nueva casa, con mis cosas, con mis libros; esos que dicen que hablan y mis no tan absurdas teorías sobre las historias que leo. Tal vez encuentre entre ellos otra aventura que vivir, otro viaje a alguna

ciudad de España, de Europa o al interior de la mente humana. Incluso, quien sabe, ahora que estoy más cerca, igual puedo averiguar quién escribió esas cartas.

Hay tantas cosas que puedo hacer en este paraíso frente al mar, con mi libreta en la mano, mi café en la otra, y mi mejor arma; mi imaginación.

—Mañana vendré con dos tablones nuevos y te arreglaré el porche —dice dándome un leve empujón cuando pasa por mi lado con tres cajas y las coloca en la que fue su habitación. Me he quedado embobada en medio del pasillo mirando la puerta trasera de la cocina, y, por ende, a ese mar que hoy parece enfadado y descarga su furia sobre las olas.

—No hace falta, lo haré yo cuando pueda. Los fines de semana los tengo libres y puedo dedicarle más tiempo a la casa.

—No me importa ayudarte a reformarla, es lo mínimo que puedo hacer. Sigo siendo el propietario de la casa y no puedo permitir que te rompas una pierna, pierdas tu trabajo y dejes de pagarme. Tengo que cuidar a mi inquilina, y, de todos modos, arreglarla me beneficia, puesto que si algún día decides irte la podré alquilar más cara —afirma mirándome a los ojos con una picardía que me deja idiota, a la vez que pasa por mi lado de nuevo, camino de la furgoneta.

Lo observo alelada, temblorosa y con ganas de que se acerque otra vez.

—Yo de ti me movía, o se dará cuenta de que te estás colgando de él. Pónselo difícil, mujer, que si no se cansará de ti en dos días —me aconseja mi amiga dejando dos mochilas sobre el sofá.

—¿Yo? ¿Colgada de ese engreído? Tú has bebido Red Bull en vez de café y vuelas igual de alto que tu imaginación. —Suelto las cajas en el comedor y salgo con la cabeza muy alta a coger las dos maletas que tengo dispuesta a ignorarlo, hasta que abre la boca de nuevo.

—Si queréis, os invito a unas cervezas en el restaurante cuando acabemos. Así descansáis un poco antes de volver a casa.

—¿Trabajas en un restaurante? —pregunta Lolo bajando la mecedora de mi abuela.

—Sí. Tengo un chiringuito en el paseo marítimo donde hacemos cenas y servimos copas hasta la una. Abrimos en un rato. —Mira el reloj y ve que son las doce y media, luego sonríe y les guiña un ojo.

Me mira y saca su lado macarra rozándome con la punta de los dedos a propósito, sabiendo la descarga que nos hace vibrar de pies a cabeza a los dos.

La parejita acepta enseguida y yo lo miro boquiabierta. Resulta que el Gael melancólico ha desaparecido y en su puesto ha venido el conquistador, el arrogante que se cree míster Universo. Niego con la cabeza y comienzo a abrir una de las maletas con muy mala hostia. Busco ropa cómoda, ya que no pienso ir a ningún lado, pero mi amiga se me adelanta y saca un vestido naranja con los hombros al descubierto.

—¿Buscas este? Es ideal para tomar algo en la playa. —Lo estira y recuerdo el momento en que me lo compré y me queda divino. Sonrío un segundo y giro la cabeza al siguiente.

—No. Ya he encontrado mi traje de hoy. —Le muestro mi conjunto de pantalón corto y camiseta con el logo de Supermán y me pongo con los brazos en jarra demostrándole mi superpoder; la fuerza de voluntad.

—Ah no, pelirroja, tú te vienes con nosotros. Nos hemos ganado un rato de cháchara con música playera de fondo. Y no me digas que lo hacemos aquí porque tienes la nevera vacía —refunfuña Lolo después de traer las dos últimas cajas, sudoroso. Está al lado de Gael que también parece acalorado y me observa expectante por si cambio mi respuesta.

Me hago la sueca y me voy al cuarto de baño. Nuria me sigue y pone el pie en la puerta para que no se cierre.

—De eso nada, monada. No vas a huir de tu destino. Afróntalo, ese tío te gusta.

—¿Mi destino es tomarme unas cervezas un miércoles al mediodía en la playa? —Arqueo las cejas y espero la ocurrencia de la diva.

—No. Tu destino es ese morenazo de ojos oscuros que no deja de mirarte como si fueras una paella con piernas, y él un inglés que no ha probado una en su vida.

—Pues ese destino dice que vendrá mañana a arreglarme el porche, así que tranquila, no voy a escapar de él mucho tiempo. —Empujo la puerta y quita el pie con acierto antes de que se lo chafe. Gruñe, dice palabras que no entiendo y se va.

Cinco minutos después, salgo y solo queda Gael llenando una caja con marcos de fotos y un barco hecho con pinzas de la ropa abiertas. Lo miro con curiosidad, es muy bonito y original.

—Tengo algo de prisa, así que solo me llevo esto. Otro día con más calma, miraré en los cajones de abajo y en el baúl.

—Me parece bien. —Observa mi pijama.

—Tendré cuidado antes de acercarme demasiado a Superwoman, no vaya a ser que me desintegres con la mirada —añade, divertido, dirigiéndose a la puerta. No le respondo, ¿para qué? No tengo ganas de discutir—. No puedo convencerte a que vengas, ¿no? ¿Ni aunque te asegure portarme bien y no decir nada que pueda molestarte?

Pone morritos. Observo a mis amigos que esperan con el motor en marcha, luego a él y después a mi casa.

—Otro día. Hoy tengo mucha faena, mil cajas por abrir y solo dos manos. Gracias chicos por ayudarme. En cuanto esté instalada prometo invitaros a una barbacoa con vistas al mar. —Se va hacia el coche Gael, y me acerco a él en el mismo tono que ha utilizado antes conmigo—. Y, tranquilo, no eres mi kriptonita, así que no puedes decir nada que me moleste. Con ignorarte, tengo suficiente.

Se toca el pecho y hace ver que está herido, como si le hubiera clavado un puñal con mis palabras. Me río. Muevo las caderas sabiendo que sus ojos están fijos en ellas y entro en mi pequeño edén. Me apoyo en la puerta cerrada escuchando cómo cierra la puerta del coche y arranca, al momento el silencio que indica que estoy sola. Suspiro y me voy hacia la cocina, en una bolsa tengo un bocadillo de atún, patatas chips, aceitunas y una botella de vino blanco de El perro verde. Me encanta el nombre, raro como yo.

Me echo una copa y me siento en el sofá. Suspiro, abro las mochilas y voy colocando la ropa en orden, bien doblada encima de la mesa que hay de centro. Luego saco algunas cosas del bolso y

veo esas cartas de amor. Las vuelvo a leer, bebo un trago de mi copa y reflexiono.



A la memoria me viene mi lupa, lo que me dijo el profesor Ribas en la biblioteca: Según la morfología de la escritura, el trazo o la presión que ejerce al escribir, se puede saber el estado emocional de esa persona, la seguridad en sí misma o sus deseos más íntimos. No podré averiguar su edad, eso es imposible, pero sí cómo era el hombre.

El sobre tiene un logo, también puedo hacerle una foto y averiguar de dónde procede.

Sonrío orgullosa mientras picoteo patatas y repaso mis anotaciones. Le envío un mensaje a César y le explico mis ideas de por dónde comenzar a investigar. No tarda en contestarme con un emoji y un «Nos vemos mañana, bombón, y me cuentas en ese maravilloso porche cómo te puedo ayudar con la investigación».

Alzo el puño hacia arriba y lo bajo dando con el codo en el costado y un grito de: «¡Sí!». Después busco trapos, y algún producto de higiene que me sirva para limpiar mientras voy colocando algunas de mis cosas en los armarios. La música de Fonseca y *Su canto a la vida* me hace mover el culo mientras feliz voy decorando la mía.

Y así pasan las horas hasta que me voy a trabajar. Cuando vuelvo, veo una llamada de Pilar, le advierto que mañana iré a devolverle las llaves mientras le mando una fotografía de mi nuevo hogar. Me felicita y desea mucha suerte, sonrío y le digo lo mismo.

Grito tan alto como la luna, que ya asoma en el cielo, tímida como si no quisiera reinar en él. Suspiro, satisfecha, pensando en mi desayuno con César, en que su ayuda me vendrá de perlas, pues es un crac de la informática y podrá navegar por la red buscando en los archivos de la ciudad.

7

Descubriendo un don

Inma

Me despierto en el sofá a las cuatro de la mañana, con la baba deslizándose por el cojín de nido de abeja que me hizo mi abuela donde tenía apoyada la cabeza, y el libro que estaba leyendo abierto en la página que me quedé, encima de mi pecho. No recuerdo el momento en que cerré los ojos, pues estaba tan enganchada a la historia que creí ver a ese hombre, el espíritu del protagonista sentado en la mecedora frente a mí, vigilando cada cosa que anotaba en un cuaderno, cada paso que daba en la investigación. Sonreía, asentía con la cabeza o negaba según lo que ponía, intentando guiarme por el camino correcto o ayudarme a entender por qué mató a su esposa. No sabría decir. Lo que si puedo asegurar es que su historia es atrapante, pues es extraño que un empresario de éxito enamorado de su mujer, la mate sin motivo aparente. ¿Por qué? Él parecía querer que lo averiguara.

A veces veo personas que no debería ver. Y, sin embargo, las veo, las siento y… en determinadas ocasiones, las oigo. Como si fuera un sueño o una pesadilla, tal vez una ilusión porque al momento desaparece.

En ese momento me vino a la memoria el día que fuimos a Trasmoz, a aquella casa encantada, cuando vi aquel padre y su hijo pequeño tras la ventana y me avisaron de que no entrara. Ninguno de mis amigos me creyó. Tres días más tarde nos inquietó una noticia en el Telediario, dos chicos de veintitrés años habían sido hallados muertos en el salón de la casa. Muerte súbita, dijeron. Curioso, pues estaban sanos y hacían deporte.

Pero esas cosas pasan, y la autopsia cerró así el caso.

O la vez que fuimos a Tarragona, porque vi una revista en una mesa de la biblioteca, y había una imagen de unos chicos de fiesta en la playa. Oí su voz; la de la chica que miraba a la cámara feliz, rodeada de una amiga y un chico detrás de ellas, mirándola. Me sorprendí cuando me dijo dónde encontrarla.

Era una joven de dieciséis años, esa misma noche; la de la fotografía, la violaron en la playa y la tiraron como un trapo viejo, roto y desdeñado en un rincón del anfiteatro. Cómo llegó hasta allí fue lo que tuvo que averiguar la policía, nosotros solo los llevamos hasta ella. Eso sí, jamás supieron cómo. La versión que escucharon fue que estábamos en un *tour* turístico y la vimos, pero tanto mis amigos como yo sabíamos que fue por esa… intuición que tengo a veces.

A menudo he oído decir a mi madre, que algunos de sus familiares tienen un sexto sentido, algo inusual: como premoniciones o visiones «extrañas» que les hablan sin mover la boca. Hace años, cuando murió mi abuela, la vi en la tienda de electrónica donde trabajaba. Era un trabajo de verano, de esos que haces sustituciones para sacarte un sobresueldo. Me dijo que había venido a traerme su teléfono móvil, que se había estropeado y quería que lo arreglara. Se lo di al técnico y, tras un rato toqueteándolo no le encontró ningún fallo, funcionaba perfectamente. Pasé por su casa al terminar mi jornada laboral y me dijeron que había muerto a primera hora de la tarde, mientras estaba viendo *Amar es para siempre.*

Me quedé helada. No podía ser, había hablado con ella. Pero no, debió de ser otra mujer y le puse su cara por algún tipo de emoción que me despertó. O al menos eso es lo que me dije durante muchos años, me autoconvencí de que lo que vi fue mentira, una alucinación. Aún guardo el teléfono y funciona perfectamente.

A veces creo que se enciende solo, que se ilumina como si llegara un mensaje, pero voy hacia él, miro la pantalla y sigue estando negra. Luego pienso que es imposible, pues hace tiempo que no le cargo la batería.

Desde hace un tiempo ya no lo niego. Siempre digo que quizás…

A lo mejor…

Puede que yo tenga ese sexto sentido, y esos espíritus que tienen algo pendiente se acercan a mí de una manera o de otra para que los ayude. Tal vez ese hombre murió el día que sus cartas llegaron a mí con la brisa del mar, e hizo con un pequeño gesto que yo las recibiera. Nuria podría tener razón, y en su velatorio abrieron la ventana y esas cartas salieron volando de su habitación hasta llegar a mí.

No es tan descabellada la idea, ¿no?

¿O sí?

Tal vez el hombre de la mecedora quiere que descubra por qué mató a su esposa, o simplemente, que averigüe quién es el asesino porque él no lo hizo. Todo es muy confuso todavía, aún me falta la mitad de la novela, pero el lugar no está muy lejos de aquí. Quizás cuando encuentre al príncipe del mar o a su princesa, vaya a ese lugar y busque la verdad.



Después de buscar hasta donde hemos podido llegar en los archivos de la ciudad, de conversar sobre amores reales y fantásticos con César, entre café y risas, me he acercado a mi antiguo piso, le he dado las llaves a Pilar y dos abrazos enormes de despedida. Me ha prometido mandarme una foto con su hijo y yo le he hablado de mi nueva investigación. Las dos últimas veces que vino a casa a cobrarme el alquiler, me pilló con las manos en la masa y le conté lo que hacía. La mujer se entretenía dándome ideas, y parecía disfrutar; como un soplo de aire fresco en su monótona vida. Así que desde ese día, si me pregunta, le cuento lo que estoy haciendo, si hay alguna nueva aventura de Inma Holmes en el horizonte.

Me habló de su marido que fue comandante de la marina, murió en acto de servicio y fue muy querido por sus compañeros. Dice que puede ayudarme si el hombre fue un oficial. Tuviese el cargo que tuviese, podía preguntar a según qué amigos de su marido y contarme los resultados. Se lo agradezco y me voy más feliz al ver los avances que poco a poco voy consiguiendo.

Ya en el trabajo, me paso la tarde buscando en los archivos locales personas desaparecidas de la ciudad en esa época. Como si oliera mi curiosidad, el profesor Ribas se acerca a mí por detrás con su maletín de cuero y me da un susto de muerte por su sigilo, pues estaba tan absorta en mis cábalas leyendo que no me he dado cuenta de su presencia. Tan recto e imponente como siempre, con esa parsimonia envidiable me ha preguntado cómo estaba muy cerca del oído, tanto que me ha hecho dar un brinco.

—Buenos días, Inma, ¿cómo estás hoy? ¿Qué tal va la tarde?

—Buenos días, profesor. Trabajando —digo recuperando mi ritmo cardiaco normal.

Con el pelo repeinado hacia atrás, su mandíbula recién afeitada y su traje marrón impoluto me sonríe. Me conoce, sabe que estoy buscando algo.

—¿En qué andas metida esta vez?

—Investigo la desaparición de un hombre hará unos treinta años, más o menos. Podría ser algo más o quizás menos.

—¡Qué valiente!

—¿Por qué lo dice?

—Porque ha pasado mucho tiempo, y me imagino que no sabes su nombre ni apellidos, y seguramente, tampoco su profesión.

—Solo sé que estuvo en una isla, quizás en dos, ya que las letras de las ciudades son diferentes, pero al no verse todas, todavía no sé cuáles son.

—Pues eso no es mucho.

—Podría ser un marinero, un pescador, ya que su pareja le llamaba cariñosamente: «El príncipe del mar». O tal vez algún oficial. Pero no hay ningún artículo en los periódicos del año 1991, 1994 y 1997 de barcos o pescadores desaparecidos. Todavía tengo que mirar en años posteriores.

—¿Has mirado en los periódicos locales?

—En los nacionales, en los provinciales y ahora estoy revisando los comarcales.

—¿Cómo sabes que desapareció sin más? A lo mejor se fue porque quiso.

—Tengo en mi poder dos cartas de amor firmadas por él. Bueno, por su mote cariñoso. Buscaba el camino para volver. Mi pregunta es: ¿por qué no lo hizo? Y si lo hizo, ¿por qué tengo sus cartas? —Arrugo el entrecejo y sonríe.

—Y es lo que intentas averiguar. —Deja el maletín sobre una mesa y teclea en su móvil—. ¿Has probado a buscarlo al revés? Dices que estuvo en una isla. Lo lógico es que sean las Baleares, pero también pudo ser Córcega o Cerdeña, son las más cercanas, por lo que puedes intentar averiguar qué tipo de barcos atracaban en sus puertos en esos años, sus nombres o los de las navieras, y cuando los tengas, cuáles eran españoles y pasaban por Valencia o Castellón. Una vez los consigas puedes extraer sus tripulantes.

—Y cuando tenga el nombre de los tripulantes, hacer un descarte según la edad que pudiera tener el hombre, y con los que queden, buscar su paradero en la actualidad. ¡Qué gran idea!

Me enseña los puertos de Cerdeña: Cagliari, Olbia, Porto Torres, Arbatax y Golfo Aranci; los de Córcega: Bastia, Ajaccio, Bonifacio, Porto-Vecchio, L'île-Rousse y Propriano. Luego una lista de barcos y empresas que en esos años hacían comercio en esos puertos, además de los ferris de pasajeros.

—Repite la operación con Mallorca, Menorca e Ibiza, y obtendrás lo que buscas. Si es que viajó en un barco, porque si era un turista o viajó de polizonte, no te servirá de mucho.

—Vaya, no lo había pensado. —Me muerdo el labio intuyendo que va a ser más complicado de lo que parecía.

—Te he enviado al correo electrónico de la biblioteca las capturas de pantalla. Con esto ya tienes para entretenerte unos días. —Se ríe y se va hacia su mesa, la que siempre utiliza para documentar sus trabajos o preparar las lecciones para sus alumnos.

Lo miro un instante. En dos minutos ha hecho más que yo en tres horas esta mañana y, al contrario de lo que pueda parecer, me

alegro de tenerlo como amigo, por muy raro que se comporte a veces. Abro el correo electrónico para apuntar todos los nombres y en el cuerpo de texto del mensaje, leo: «¿Cenas conmigo y me cuentas quién es ese hombre tan importante que buscas? A lo mejor puedo ayudarte en algo más».

Lo vuelvo a mirar y sonríe.

¿Me está invitando a salir? ¿Una especie de cita? No es que sea feo ni nada de eso, algo mayor, quizás. Tendrá cuarenta años, puede que más, aunque se cuida bastante. Yo tengo veintiséis, y no es que me importe la diferencia de edad, el tío no está nada mal, es simpático y eso. Es que… jamás me había planteado salir con él. Lo conozco desde hace años, siempre ha estado ahí en todas mis aventuras y jamás ha hecho intención de coquetear conmigo o interesarse por mí, más allá de las búsquedas de esas personas, fuesen sobrenaturales o no.

¿Por qué ahora sí?

¿Qué hago?

8

Las nuevas aventuras de Inma Holmes

Inma

Todavía estoy flipando con lo que creo que significa esa pregunta. Miro hacia abajo sopesando la balanza. Me vendría bien su ayuda, vista la eficacia, pero si acepto la invitación a cenar puede pensar lo que no es.

Pero ¿qué es?

Jamás se ha propasado conmigo ni ha sido descortés. A lo mejor soy yo la que está exagerando, haciendo castillos en el aire, pues se me da muy bien construir rascacielos que luego se derrumban con un bufido.

Suspiro en un intento de poner en orden mis pensamientos. Tras unos pocos segundos le hago una foto al correo electrónico con disimulo, y se la envío a César explicando la conversación de hace unos minutos. Luego le pregunto qué piensa, puesto que él es un hombre y entiende mejor cómo actúan y por qué. Mientras tanto, apunto todos los nombres en un papel y atiendo a las personas que van viniendo.

De reojo observo al profesor intentando dilucidar si quiere algo más de mí que una simple conversación, pero lo cierto es que no levanta la cabeza de sus papeles, de su cuaderno o de su portátil.

No sé qué pensar, a lo mejor se me está yendo la olla y el radar de Inma Holmes está estropeado. Puede que me haya metido tanto en el papel de detective que mi intuición se me esté desmadrando. Será mejor que ponga el piloto automático en mi vida y me centre en la del príncipe del mar.

Sí, haré eso. No estoy yo para jeroglíficos románticos en este momento. Quiero decir sobre mi persona, claro está.

Tras acompañar a una joven a la estantería de guías de viaje, me siento en mi silla y respondo al *email* del profesor. Le digo que tengo mucho trabajo y que he quedado a cenar con mi hermano, ya que hoy salgo antes por motivos personales. No le cuento que tengo que comprar cosas de decoración para mi nueva casa y llenar la nevera, si no quiero perder las pocas curvas que tengo. Tampoco que mi guapo casero vendrá a arreglarme el porche y con él cubro el cupo de conversaciones extrañas de la semana.

El sonido de una llamada del móvil me distrae.

—¿En serio te ha puesto eso?

—Sí. ¿Por qué?

—Joder, porque el profe te está tirando los tejos.

—¿Tú crees?

—Y tú también, si no, no me habrías mandado el mensaje. Eso o te está probando.

—¿Probando, para qué?

—Para saber a qué nivel está tu sexto sentido, ese del que tanto presumes. Si eres tan intuitiva, lo conocerás lo suficiente para saber qué trama, peeero, si por el contrario, estás en la parra o en la luna de Valencia, creerás lo que no es.

—¿Por qué demonios no eres psicólogo? Te ganarías muy bien la vida.

—Porque soy el primero que necesita terapia.

—La verdad es que siempre me he llevado muy bien con él, ha estado a mi lado en el banquillo en todas mis aventuras. Además, de ser un excelente profesor de Historia, pues le preguntes de la época que le preguntes, las conoce todas.

—Es bueno en su trabajo, igual que yo. Eso no lo hace especial, solo exigente consigo mismo.

—Hay días que viene más desanimado de lo normal y suelo cambiarle el humor con mis teorías sobre las novelas que leo, y él, a cambio, me da sugerencias sobre historias reales y obras que no han tenido el éxito que se merecían. Me habla de los grandes clásicos de la literatura, de lo desgraciados que fueron algunos y de lo mal que acabaron otros. También de historias que se merecían otro final.

—Y de tanto conversar con él, se te está yendo la pinza al otro lado de la cuerda.

—Nooo, idiota. Soy yo la que insiste en que, si puedo, quiero que los finales sean felices. Incluso los que sus personajes terminan muertos. Eso le hace gracia, y a veces es él mismo quien me deja libros para que me los lea, y si lo considero, indague cosas sobre ellos.

—Tú eres especial, Inma, y él lo sabe.

—No soy especial, quizás cabezota. Eso sí.

—Vives en tu mundo ideal, y que aquella historia terminara bien al final, igual que alguna otra más, no significa que puedas ver fantasmas y que puedas ayudarlos como si fueras Oda Mae Brown. No eres una médium, solo tuviste suerte, además de inteligencia y un grupo de amigos fascinantes con la misma imaginación que tú, las veces que fuiste. Igual que con esa mujer cuando apareció, entró en la casa y solucionó el problema.

—¿Y cuál era el problema, César?

—No quiero analizarlo. Si tuviera todas las respuestas sería yo el que tendría un don, y no lo tengo.

—Lo sabes. Le dije dónde estaban y ella misma confesó lo que les explicó. Su marido y su hijo se habían quedado ahí esperando a que volviera. Estaban enfadados, molestos y no dejaban entrar a nadie en su hogar porque creían que los había abandonado. Por eso provocaban esos «accidentes» a todas aquellas personas que se acercaban a la casa. Porque la casa era suya, ellos estaban dentro y no entendían porque nadie los veía.

—En cambio, a ti te avisaron. ¿No lo encuentras un poco…?

—A mí me avisó el padre, porque su hijo era cruel con los desconocidos, y luego acababa llorando y diciendo que se habían ido con su madre porque ella ya no lo quería. No deseaba que sufriera más y no sabía a quién pedir ayuda. Hasta que me vio y se dio cuenta de que yo también lo veía.

—Y te habló.

—No movía la boca, pero sí. Me dijo el nombre de su mujer y su hija, me contó lo del incendio y…

—Vamos, Inma. ¿Se metió en tu cabeza? Eso es telepatía. Puede que sea un don, pero no tiene nada de paranormal. Hay pocas personas que puedan conseguirlo, tal vez personas con altas capacidades, pero de ahí a ver muertos y hablar con ellos…

—Me explicó lo suficiente para convencer a Maribel, su mujer.

—¿Quieres decir que se fueron cuando ella entró?

—Quiero decir, que cuando les explicó que había estado ingresada en el hospital, que había perdido la memoria cuando parte de la buhardilla cayó sobre ella y les enseñó las quemaduras, ellos comprendieron que no los había abandonado, que murieron en el incendio y ella y su hija se salvaron de milagro. Se tranquilizaron, lo entendieron y descansaron. Ahora vive una familia de seis personas, felices, sin ningún tipo de problemas. Si yo no la hubiera encontrado, si no me hubiera creído y hubiera ido hasta allí, esa historia no habría acabado con ese final «feliz». Y entrecomillo feliz porque esa mujer y su hija siguen llorando lo que perdieron, añorando a sus seres queridos, pero al menos con la tranquilidad de que ellos pudieron descansar en paz.

—Vale, tú ganas. Tienes un sexto sentido, y puede que incluso un séptimo. A partir de ahora, cada vez que quieras investigar algo haré un estudio y lo llamaré: las nuevas aventuras de Inma Holmes. —Mi querido amigo se burla de mí y yo le sigo el juego, jamás podría enfadarme con él.

—Y sus ayudantes —añado con gracia continuando con el tono divertido de la conversación.

—Dejémoslo en compañeros de viaje. Seremos los protagonistas secundarios. Por cierto, ¿y tu *partner* en la próxima aventura quién será: el casero o el profe? —La estruendosa risa me hace apartar el teléfono de la oreja y mirarlo como si fuera un avestruz en un *jacuzzi*.

No me da tiempo a responder cuando ya me ha colgado y me deja con la pregunta bailando en mi cabeza.

9

Arreglando el porche

Inma

Aparco frente a mi casita, cierro con el mando el coche y con una sonrisa en los labios, más grande que la verja que me separa de ella, la miro. Aún no me puedo creer que la haya alquilado por un precio tan económico ni que, a partir de ahora, vaya a construir mi vida en torno a ella. Tal vez algún día, incluso pueda formar mi propia familia y ver crecer y jugar a mis hijos en esa casita de ensueño.

—Si hubiera sabido que te iba a gustar tanto como para pasarte cinco minutos mirándola boquiabierta, no te habría rebajado el precio —añade el bufón de mi casero a mi espalda. No tenía ni idea de que estaba ahí, y menos espiándome como un vulgar acosador.

—Entonces no habría firmado el contrato y no estaría a punto de entrar en ella.

—¿Y habrías perdido la oportunidad de vivir frente al mar?, ¿de soñar con los ojos abiertos como estás haciendo ahora?

—Somos las decisiones que tomamos. Si me hubieras cobrado más, estaría viviendo en otro lugar, tendría otro casero y tú seguirías buscando inquilina. Si ya te has arrepentido, lo siento por ti. La vida es como es, no como uno quiere que sea.

—Pelirroja, hablas demasiado. Con un sí o un no, me habría bastado. —Sonríe y se da la vuelta para coger las herramientas.

—Eres odioso.

—Lo sé, tú tampoco me caes mal.

—¿Qué? Yo no he dicho que me caigas bien, todo lo contrario.

—Ya. Hay veces que no hacen falta tantas palabras, los gestos hablan por sí solos. —Me guiña un ojo mientras acaba de abrocharse

el cinturón de las herramientas.

—Quizás hubiera sido mejor seguir buscando vivienda que aguantarte. Tú no entrabas en el contrato —gruño y luego abro la puerta para alejarme de él un poco, cuando se pone así es insufrible.

—Te equivocas, yo soy el que lo firmó, por lo tanto, estoy dentro del contrato. Tenías que haber leído la letra pequeña: todos los arreglos de la casa los hace el dueño, siempre y cuando sean defectos de esta y no por mal uso de ella. Pero si quieres pagarlos tú, por mí no hay inconveniente. En la playa de La Romana hay un carpintero muy bueno, es algo caro, pero te puedo dar su teléfono.

—Déjalo. Por mucho que me disguste tu presencia, prefiero tener dinero en la cuenta. No soy de las que tienen mucha vida social, pero me gusta comer, salir a tomar algo de vez en cuando y viajar, y no podría hacerlo si tengo que pagar los recibos y gastos extras con la totalidad de mi sueldo. Me encanta soñar con los ojos abiertos sí, pero también tengo los pies en la tierra.

—Pensaba que era al único que le gustaban las contradicciones. —Sonríe y entra con los tablones apoyados en el hombro, sin pedir permiso ni dar explicaciones. Lo miro pensando en cómo echarle la bronca, pues si no me llego a apartar me tira al suelo con un golpe de esos tablones.

—Podrías mirar por dónde vas, o al menos decirme que me aparte.

—Me estás viendo entrar y voy cargado. Los tablones pesan, ¿sabes? Eres tú quién tiene que moverse. —Bufo porque me está cabreando, soy yo quien decide quién entra en mi casa y cuándo, no él. No puede hacer lo que le dé la gana, a pesar de que me beneficie con el arreglo. No se trata de eso, se trata de educación, y él parece no tener ninguna hoy.

Sí, lo sé. Ahora me diréis que es suya, que podría haber entrado con su llave, porque, aunque me las haya dado seguro que tiene alguna copia. O la original y a mí lo que me haya dado sean las copias. Pero se supone, que si estoy delante de él debería pedirme permiso para entrar, ¿no? ¿Y si hubiera tenido algo indecente a la vista que no quisiera que él viera?

—¿Te vas a quedar en la puerta mucho tiempo? Porque necesito ayuda para traer las herramientas si quiero terminarlo antes de que anochezca. Aún faltan algunas por traer.

—Esto es lo último. ¿Entras como Pedro por tu casa, y encima me metes prisa?

—No soy Pedro, pero es mi casa, y si te meto prisa es para ayudarte. Si lo termino hoy, podrás disfrutar de ese encantador porche por el que se te cae la baba, el fin de semana. Así que sí, te meto prisa porque tú no parece que tengas mucha, si sigues ahí parada como una estatua.

—No se me cae la baba —protesto pasándome el brazo por la boca por si acaso. Se ríe al verlo y continúa picándome.

—Ah, ¿no? Mírate al espejo, pero hazlo después de darme los clavos, por favor.

—¿En serio? Yo no te he pedido que lo arregles. Estás aquí porque te da la gana o porque, como dices, lo pone en el contrato, por lo que no tengo ninguna razón para ir detrás tuyo. Tengo cosas que hacer. —Le muestro las tres bolsas que porto aún en las manos y entro a mi habitación resoplando. ¿Habrase visto hombre más odioso que este tipo? ¿Cómo puede ser tan engreído a veces y tan encantador otras?

No lo aguanto. Es un memo, un gilipollas de órdago. Se cree que todo el mundo tiene que girar alrededor de él. Ni que fuera un Dios y hubiera que adorar el suelo que pisa. Pues lo lleva claro conmigo, si se piensa que voy a ir detrás de él como un perrito faldero. Ni hablar.

Saco los cojines, la funda del sofá y algunos objetos de decoración para las paredes. En el supermercado he comprado productos de limpieza e higiene, un par de bandejas de carne y pescado, fruta y latas de conserva. Además de agua, vino, pan y leche. También he comprado lija para madera y para hierro, herramientas de jardín, y un bote de minio para el columpio.

Veo por encima del hombro como da viajes al coche para traer todas las cosas que le hacen falta, y así poder arreglar el porche. Me hago la sueca y voy colocando la comida en la nevera, distribuyendo el resto de cosas en los armarios de la cocina. Lo busco con la

mirada sin que lo note, el condenado está sudando como un pollo en el horno, esos tablones deben pesar lo suyo, aparte de que son gruesos y los clavos no parecen tener prisa por hundirse en ellos. Casi me pongo a sudar yo, viendo su esfuerzo, por lo que giro la cabeza y me dedico a limpiar un poco el salón.

Cojo una libreta y el metro, voy midiendo los huecos e imaginando lo que podría poner en cada uno, mientras pongo algo de música y así intentar olvidar que Gael está afuera pegando martillazos en una postura de lo más sexi. La música de *Summer 69* de Bryan Adams se cuela en mis oídos y me centro en ella y en mi hogar.

—Ahí un *potus*. Allí la foto de la abuela. —Me voy a la caja de los recuerdos y la busco, cojo la de mis padres y mi hermano y la saco también. Ayer cuando hablé con ellos me felicitaron por mi gran acierto asegurándome que vendrían el lunes a verla, pues el fin de semana están fuera con mis tíos en una de esas escapadas románticas que a veces hacen. Sí, la jubilación para ellos es como una segunda juventud.

Un buen rato después, mientras paso el paño por el mueble de la vitrina, me giro para ver qué hace. La línea de su espalda, la que se junta con su firme trasero hace que se me caiga la baba al intentar recorrerla con la imaginación, porque con la vista hay un pantalón que me lo impide. Esas nalgas parecen haber hecho cien sentadillas esta mañana. No, rectifico: doscientas.

No las he tocado, pero se ven tan duras como los tablones que está poniendo. Puede que él también tenga un sexto sentido, porque se da la vuelta y desliza su mirada chocolate en mi rostro, deteniéndose más tiempo del prudencial en mi boca, que no sé por qué se me seca al comprobar que la observa. Me giro rápidamente y se ríe. Se limpia el sudor de la frente con el brazo y sigue apuntalando la madera.

Una hora más tarde da dos golpes con los nudillos en la puerta de mi habitación, a pesar de estar abierta. Me pilla con los brazos estirados y el culo en pompa midiendo la largura de la ventana. Me giro sin moverme un milímetro de mi postura para no perder los centímetros exactos, ya que no me ha dado tiempo a verlos antes de

menear la cabeza. Lo sorprendo mirándome de arriba abajo con las cejas arqueadas y una sonrisa juguetona. No podría asegurar si me está mirando el culo o el escote, lo que sí me arriesgo a decir es que es un descarado de órdago, que le echa morro al asunto y que le encanta hacerme rabiar.

—Para que luego digas que no te aviso primero antes de hacer las cosas, ya te he arreglado las maderas rotas y he puesto las nuevas, aun así, le hace falta una mano de barniz. Si quieres…

—Ya lo hago yo, no te preocupes —lo interrumpo antes de que termine la frase. No sé por qué intuyo lo que va a decir.

—Te puedo echar una mano —lo sabía. Pero no, no se puede callar, lo tiene que decir para hacerse el machito—, y no donde me gustaría. —Levanta las palmas hacia arriba antes de que explote y dice con sorna—: Soy un caballero.

—Sin armadura y sin vergüenza —replico.

Suena de fondo, la canción de *Más de lo que aposté* de Aitana y Morat, lo que faltaba para acalorarme más todavía.

—Solo pretendía…

—Hacerme rabiar. Lo sé, se te ve venir a una legua. —Bufo e intento concentrarme en lo que estaba haciendo, pero su voz vuelve a interrumpir mis pensamientos.

—No he hecho nada que tú no hayas hecho primero. —Se cruza de brazos apoyando la espalda en el marco de la puerta y arquea una ceja, divertido.

—Al menos no insinúo nada, solo miro.

—Y yo soy sincero, no escondo lo que pienso —continúa enfrentándome y obligándome, con ese tonito guasón, a responderle.

Lo siento, no lo puedo evitar, las palabras me queman en la boca.

—Yo no estoy escondiendo nada.

—¿Entonces quedamos mañana para tomar unas copas? —Encima.

—Ni lo sueñes.

—Soñar es parte de la vida, y quien no persigue sus sueños nunca los hará realidad. —Me guiña un ojo y coge la mochila con

dos bolsas que ha traído—. Nos vemos mañana, hoy ya no me da tiempo a buscar las cosas que me tengo que llevar.

Lo contemplo como si fuera uno de esos atractivos actores de los anuncios de perfume, viendo cómo menea su culito al irse, su amplia espalda y todo él. Se despide con el brazo y podría asegurar que con una sonrisa de oreja a oreja.

—Arrogante.

—Preciosa.

—Mentiroso.

—Peliculera.

Arranca el motor y toca el claxon. Desaparece sin cerrar la puerta de la casa ni nada, obligándome así a que vea cómo se pierde en el asfalto. Suspiro, porque estoy convencida de que mi casero me va a volver loca, después acabo de anotar las medidas y el color que quiero que tengan las cortinas de mi habitación. Luego me dirijo al porche y observo su trabajo. Sin duda sabe lo que se hace, tanto el banco como las tablas del suelo han quedado perfectas.

«Tengo que poner una estera después del escalón que va a la playa», me recuerdo apoyada en uno de los listones que hacen de columnas mirando al mar. Me fijo en un barco velero que se divisa al fondo, en una lancha de algún ricachón que pasa tan despacio que no parece moverse, y en un barco algo más grande que navega casi en la línea del horizonte. A la memoria me viene el príncipe del mar y sus cartas mientras suena la canción de Airbag *Nunca lo olvides*.

—¿Estarás vivo? —pregunto al aire que empieza a levantarse ahora que el sol se va—. ¿Seguirás viviendo en esa isla, o habrás vuelto a buscarla? ¿Habrás creado una nueva familia en otro lugar, o serás un corazón solitario esperando a que el destino te devuelva al amor de tu vida?

Regreso al interior de mi hogar y saco los dos folios con las anotaciones que tengo de mis avances. Tres navieras desembarcaban en los puertos de Cerdeña en esa época, más de diez empresas de mercancías y múltiples barcos de pescadores. Dos desembarcaron en Córcega, ocho buques de mercancías y

numerosos barcos pesqueros. Las listas de tripulantes, por desgracia, son extensas.

Mañana averiguaré cuántos barcos salían de Valencia o de Castellón, pero lo que tengo claro, es que en el momento en que la escribiste estabas enamorado, tembloroso, quizás enfermo.

«¿Moriste entonces o fue esa enfermedad la que te impidió volver?», le pregunto al diario como si él pudiera responderme cuando en realidad nadie puede hacerlo.

El ruido del columpio me agita unos segundos. Me acerco a él, expectante y respiro hondo. Miro a la luna, al mar, al viento que mueve los pocos arbustos que hay en la arena que va a la playa.

«No voy muy deprisa, más bien pasito a pasito, pero ten por seguro que te encontraré, príncipe del mar. Te lo prometo, y, cuando lo haga, buscaremos a tu princesa juntos».

10

Ayúdanos

Inma

Me despierto con un: «Ayúdanos» en mi oído. Me incorporo de golpe, miro a los lados sin ver a nadie en mi dormitorio. Me restriego los ojos, pues aún tengo esa neblina en ellos que me impide ver con claridad. Vuelvo a repasar cada centímetro de la habitación sin éxito y suspiro, no sé si de alegría o decepción por no encontrarme con esa voz, que parecía tan desesperada.

Imagino que habrá sido un sueño, que la búsqueda de ese hombre se ha metido en mi subconsciente y me está retando a que me mueva más, a que pida ayuda al grupo, porque hasta ahora al único que le he pedido algo ha sido a César. No obstante, cuantos más ojos seamos, más veremos.

Me voy directa al baño, me echo agua en la cara y las ideas van viniendo en cascada. Llamaré a Lolo, muchos de sus viajes son a Castellón, al puerto. Le diré que apunte todas las navieras que trabajen en él, si es necesario que entre en alguna oficina y obtenga información de las más antiguas. Con la labia que tiene, seguro que se le ocurre algo, y quizás, conozca a alguna guapa administrativa que le haga tilín, que le provoque, aunque sea un estornudo. Así se dará cuenta de que lo de él y Nuria ya no tiene sentido.

Después de mi café, de hablar con Lolo que ha aceptado entusiasmado su tarea en esta nueva misión de Inma Holmes, y con la cabeza más despejada, paso por la ferretería. «El último gasto del mes», me digo mirando el móvil, sabiendo que estamos a día dieciséis y que he cubierto el cupo de compras extras hasta el día treinta.

Ilusionada como una niña con zapatos nuevos, abro la puerta de mi casa con más bolsas de las que puedo cargar, haciendo más piruetas que un funambulista para que no se me caigan o sea yo la que bese el suelo. Descargo la compra y abro la puerta de la cocina, cuando un trueno me sorprende.

El cielo está encapotado, nubes gruesas y oscuras parecen venir hacia mí. Un escalofrío me recorre el cuerpo, vuelvo a tener esa sensación de que no estoy sola. Me fijo en la barca, voy hacia ella y encuentro una caja. Es pequeña, aterciopelada y negra. Miro a mi alrededor, eso ayer no estaba ahí.

Tras el impacto, trago saliva y la abro. Un anillo sencillo, con filigrana alrededor de una amatista en forma de corazón me deja K.O. Lo acompaña una frase: «Entre el cielo y el mar hay una estrella que brilla en el horizonte y esa eres tú. La luz que me guía, ¿quieres casarte conmigo?».

Corro con la caja en la mano, me dirijo a la orilla y desde allí veo a los lados a decenas de personas valientes, con más fe que once monjas de clausura en la capilla de su convento. Están tumbadas en la arena esperando tomar el sol, pero no hay ni rastro de la persona que haya podido dejar ese anillo ahí.

Lo vuelvo a mirar.

¿Por qué? ¿Quién quiere casarse con quién?

Doy una vuelta sobre mí misma, incrédula, entonces hablo al viento. No es un grito, solo un quejido, varias dudas:

—¿Eres tú, príncipe del mar? ¿Estás… muerto? ¿Es eso? Entonces ¿por qué no te veo?

No lo entiendo. Muevo los brazos, niego con la cabeza y me dirijo a mi casa otra vez. Entonces me detengo pensando en que no me conoce, que puede que no se acabe de fiar de mí del todo. Doy la vuelta y miro al horizonte, al mar, a las olas levantándose altas, imponentes frente a mí.

—Háblame de ti y podré ayudarte. Ayudaros.

Después de decir esas palabras en alto me doy cuenta de lo que he dicho.

—Has sido tú, ¿verdad? Quienquiera que seas, tú me has despertado.



Los viernes hay más faena de la normal: profesores de instituto preparando exámenes, lecciones, algunos consejeros del Ayuntamiento vienen a hablar de reuniones y presentaciones que podían hacer en la biblioteca. Además de que, a media tarde, tenemos al club de lectura infantil amenizando la sala.

Lo dicho, que es un día muy ajetreado.

Una de las consejeras del Ayuntamiento me ha dado una idea de cómo buscar a mi supuesto marinero, y es que, si se perdió en el mar, si le ocurrió algo navegando pudo ser por el clima, por una fuerte tormenta. Y si fue tan fuerte, debería de estar registrada en los periódicos de esos años como tal. Titulares rollo: *La tormenta del siglo*; *Olas de seis metros en el Mediterráneo* o: *Terminamos el milenio con el diluvio universal*.

Yo no lo recuerdo, ya que era un bebé, pero mis padres siempre dicen que en esa época se creía que el mundo se acabaría el 31 de diciembre cuando dieran las campanadas, que los ordenadores se volverían locos y que la tecnología provocaría un cortocircuito en el globo terráqueo.

¿Os imagináis? ¡Qué tontería más gorda! Pero sí, chorradas como esas engordaban las portadas de los periódicos y noticiarios a un lado y otro del planeta. Por esa razón, si hubo muertos o barcos desaparecidos; si fueron barcos españoles o locales, deberían de haber sido noticia en la ciudad o en los alrededores. Es cierto que yo estuve buscando noticias sobre personas desaparecidas en esos años, pero en esta ocasión especificaría un poco más y me centraría en el clima.

Quizás si me pongo en contacto con algún viejo periodista de la comarca pueda empezar a ver algo de luz sobre el asunto, porque de momento, aunque he ido descartando barcos de recreo y cruceros, aún me quedan al menos veinte barcos que rastrear solo en Córcega y Cerdeña, de los cuales tengo que separar entre buques pequeños, medianos o portacontenedores para calcular el número de tripulantes.

Y aún me faltan los de Mallorca, Menorca e Ibiza, como mínimo. ¿Por qué quién dice que no fue a Sicilia o a Malta? Tampoco están tan lejos.

Desde luego, las tormentas o tornados en el mar de ese año, puede ser otro enfoque donde buscar y quizás me lleve menos tiempo.

Acaba mi jornada y vuelvo a casa, miro a mi alrededor con la sensación de que algo ha cambiado en el interior. No sé qué es, en mi mente estoy colocando una imagen gemela al lado de mi salón para descubrir dónde está el fallo. No digo que haya siete errores como en las libretas de crucigramas, pero presiento que al menos hay dos o tres. Pero ¿cuáles?

Giro sobre mí misma muy lentamente y veo que faltan dos copas de champán de la vitrina. El hueco y los dos círculos de polvo marcados en la bandeja de cristal me lo confirman. Sigo buscando, y un jarrón de porcelana no muy grande que adornaba el centro de la repisa de la chimenea también ha desaparecido, además de un libro antiguo que había en una de las baldas del mueble del comedor.

Seguro que faltan más cosas, pero el enfado monumental que me está entrando comienza a nublarme la vista.

«¿Gael ha estado aquí?». Tiene que haber sido él, no hay nadie más que tenga llave de mi casa. «Joder, con el puñetero Gael, podría haberme avisado de que venía», gruño en mi interior, pues me molesta bastante que entre en la que ahora es mi vivienda cuando le dé la gana. Mi corazón se acelera como una moto de novecientas o mil cilindradas a la vez que voy repasando mi entorno. Hago ademán de ir hacia la cocina a beber agua para tragarme el orgullo que va aumentando su tamaño cuanto más lo pienso, pero la mirada se me va hacia la mesa del comedor a buscar el bolso para coger el

teléfono, con la intención de llamarlo. Luego pienso que a estas horas debe estar trabajando y me lo guardo en el bolsillo del pantalón.

Bufo como un toro a punto de salir al ruedo y un reflejo me llama la atención. Salgo al porche para averiguar qué objeto lo hace brillar y encuentro una veleta de hierro forjado con filigranas colgada del techo de madera, que se mueve lenta con la brisa del mar.

Miro el atardecer, la paleta de colores variados que se mezcla en el cielo y se funde con el agua. Su reflejo baila con las olas y el ruido pone una hermosa melodía a la postal. Por unos segundos mis latidos se calman, bailan al ritmo del agua, pero tras ese breve espacio de tiempo el rostro de Gael aparece en mi retina con esa endiablada sonrisa y me vuelvo a encender como una cerilla en la lumbre.

Cierro la puerta y me dirijo a la de la salida. Al pasar por mi habitación, el instinto me hace volver la cabeza, el libro de *El rumor del oleaje*, de Yukio Mishima que había en la mesita de noche que hay al lado de la ventana, tampoco está. Quería leerlo uno de estos días, y hoy solo queda el vacío en su lugar. Sé que es suyo, pero ¿tanto cuesta avisar? Tiene mi número de teléfono, podría decirme que iba a venir a llevarse sus cosas.

Si lo que quería era hacerme rabiar lo ha conseguido, ahora, que no se piense que me va a amedrentar con su estatura ni esos músculos que parecen creados por inteligencia artificial, de la que seguro que está hecho su cerebro.

Ja, que se prepare porque esta pelirroja, lleva el fuego en las venas y mi intimidad no la invaden más que mis amigos, y él no está en ese grupo. Solo es mi puñetero casero: uno atractivo, retorcido y arrogante.

11

Háblame de ti

Inma

Me voy hecha una furia hacia el coche, pero tras un parpadeo que deriva en impulso, me doy la vuelta y camino deprisa hasta el paseo marítimo. El bar no está tan lejos, voy le digo cuatro cosas y vuelvo. Al menos me desahogaré y le pondré los puntos sobre las ies.

Voy directa a la barra, miro a los lados y no lo veo. Respiro hondo para apaciguar los nervios que brotan en forma de sudor por mi frente, creo que incluso por el último rincón de mi cabeza y cuero cabelludo.

—¿Qué te pongo, guapa?

—A tu jefe en bandeja de plata —respondo altanera y el camarero se ríe. Me mira de arriba abajo y se ríe con más ganas.

—No sé si me cabrá en la bandeja, pero voy a buscarlo. —Se cuelga el trapo que llevaba en la mano encima del hombro y se va hacia la esquina de la barra, otea el ambiente; que he de decir que hay bastante; que las mesas están prácticamente llenas como los platos que sirven.

Sin duda el lugar es acogedor, con muy buen gusto en la decoración *chill-out* y la música que suena de fondo, que gracias al cielo no es reguetón, más bien pop variado como la canción de *Beautiful things* de Benson Boone que ameniza a los comensales en este instante.

Me siento extraña, vigilada, pero no distingo a nadie en concreto mirándome. Otro camarero viene y decido pedirle un Nestea, pues se me empieza a secar la boca de los nervios. Le doy dos buenos tragos y casi me atraganto con el segundo cuando el

casero diabólico aparece detrás de mí, susurrándome a la altura del cabello.

—¿Me has echado de menos y por eso vienes a verme? —Su voz es juguetona como su sonrisa.

—No vengo a verte, vengo a decirte que no vuelvas a entrar en mi casa sin mi permiso —digo dándome la vuelta y poniéndome frente a él—. Y no me sueltes lo de que es tu casa, que seas el dueño no te da derecho a entrar cuando quieras como si estuvieras viviendo ahí. —Le doy toques fuertes con el dedo en ese muro de piedra que tiene por pecho sin dejar de mirarlo, quiero ser lo suficientemente clara para que me entienda—. Si quieres recoger tus pertenencias me lo dices y ya te diré cuando puedes pasar.

—Isadora… —Introduce la oscuridad de sus ojos en la luz de los míos, provocándome un sentimiento tan extraño como arrollador, que no dejo que me distraiga de mi objetivo: decirle lo que pienso de él y de su retorcido juego.

—No, Casper, no voy a tolerar que invadas mi intimidad ni quiero asustarme porque falten objetos o porque aparezcan otros nuevos —ladro como un perro rabioso.

—Ayer te dije que vendría, y por tu cara de bruja, entiendo que no has leído la nota que he dejado pegada en la vitrocerámica. Siento decirte que mi horario de trabajo no me ha permitido esperar a que tú vinieras del tuyo, y por la mañana cuando he pasado no estabas, así que he vuelto antes de empezar la jornada.

—Pues haber venido mañana.

—Trabajo desde las doce de la mañana hasta las dos de la madrugada, y esta noche acabo a la una, que por ser el dueño y algo más simpático que tú, no me gusta echar a patadas a la clientela. Así que la mayoría de las veces se me hacen las dos. —Me muerdo la lengua porque le iba a contestar un despropósito y lanzarle lo que me queda de refresco por la cabeza, no obstante, aprieto el vaso con fuerza y me retengo—. Sé que no te lo vas a creer, pero tengo por costumbre dormir algunas horas entre una jornada y otra, además de ir a hacer la compra a la lonja con Chema, el cocinero, todos los días. No es un bar muy grande ni muy caro, aun así, mi madre inició la costumbre de que el pescado fuera

fresco, del día; fuera el que fuera. Y yo soy muy tradicional. —Me reta con la mirada, acercándose tanto a mí que puedo oler el champú que ha utilizado para ducharse. Pese a ello no me amedrenta.

—Entonces haber ido a buscar tus pertenencias el lunes —le pincho a ver si sangra, y parece que lo hace, porque se separa, coge aire y su expresión cambia a una más seria.

—Sí, debí haberlo hecho, pero pensé que aprovecharías el fin de semana para limpiar tu casa y decorarla a tu gusto, y quise dejarte espacio quitándote mis cosas. ¡Qué idiota!, ¿verdad? Si hasta pensé que venías a agradecérmelo. —Mira hacia arriba y alza los brazos, como si me dejara por imposible. Se gira para irse y lo freno.

—Espera.

—¿Por qué? ¿Porque siempre tienes que decir la última palabra? No, pelirroja. Esta vez no. —Mira la bebida y a mí—. No te preocupes por no llevar dinero, invita la casa.

—¿Qué? ¿Cómo…?

—Soy muy observador, no como tú que no ves lo que tienes delante. —Creo entender que grita mientras camina, aunque es difícil asegurarlo entre el murmullo de la gente.

Me voy enfadada conmigo misma, apretando los puños por no haber tenido la sensatez de traerme el monedero o algo de dinero en el bolsillo, porque pese a tener razón, ya que sigo creyendo que ha invadido mi intimidad, el motivo ha sido bastante halagador. Al final es mejor persona de lo que parece, y ahora me siento mal por haber creído que lo había hecho para molestarme o por egocentrismo.

Abro la nevera con la intención de hacerme la cena y cuando estoy colocando la comida en el mármol de la cocina veo la nota que me había dicho pegada en la vitrocerámica. No sé cómo no la he visto al entrar, estaba tan mosqueada que ya ni me acordaba.

Me fijo en su letra, una elegante y cuidada, de una persona segura, aunque también visiblemente emocionada.

Antes de que te enfades, Sirenita, he entrado en tu casa para terminar de quitar lo que me queda de ella, y así pasar página como bien me dijiste. Despedirme como merece; a solas ella y yo. A partir de hoy dejará de formar parte de mi vida y comenzará a formar parte de la tuya. Trátala bien, crea recuerdos inolvidables como los míos, que, aunque ya no viva aquí, los tengo guardados a buen recaudo.

Aquí tienes mis llaves, y si tú quieres que tenga una copia para alguna emergencia, ya sabes dónde encontrarme. Será una buena excusa para volverte a ver; si es que quieres hacerlo.
Por cierto, espero que te guste mi regalo y cuando mires al mar, veas la veleta para encontrar el camino de vuelta. Nunca pierdas el norte, Sirenita, por muy romántico que sea, a veces es bueno tener los pies en la tierra y que no te arrastre la marea.
Gael

Abro la puerta que da al porche y observo con más detenimiento la veleta, luego contemplo el mar, la luna bailando en el agua y vuelvo a la nota con un nudo en la garganta. Lo ha hecho por mí, pero también por él; por su intimidad; por despedirse de su infancia y juventud, de eso recuerdos con su madre y hermana. Y yo metiéndole caña por creer que lo había hecho para fastidiarme.

Joder, ahora la que se siente idiota soy yo. La arrogante y borde soy yo, que me jacto de ser generosa y condescendiente con mis

conocidos, e incluso con personas o seres que no sé quiénes son. ¡Qué ironía!

Entro en la casa y ceno a la luz de las velas con la canción de *Con Te Partirò* de Andrea Bocelli de fondo, y siento que no puedo dejar las cosas así. Reconozco que me descoloca la mitad de las veces que hablo con él, que nunca sé por dónde va a tirar, que me enciende con cada palabra que sale de su boca, y no siempre es deseo el calor que se expande por mi cuerpo.

Bueno sí, deseo de matarlo, de asesinarlo muy lentamente. Sin embargo, después de leer la nota seis veces, ahora lo único que me apetece es abrazarlo, escucharlo, que me cuente por qué necesitaba estar a solas con sus recuerdos, seguramente llorar por ellos.

A lo mejor es por la enfermedad de su madre, porque esos objetos son valiosos para ella más que para él. La idolatra; lo veo en su mirada, aunque también lo avergüenza por algo, y mi insaciable curiosidad quiere saber por qué.

Me acuerdo del vestido naranja que sacó Nuria el otro día y lo observo un rato. Luego me voy a la ducha y me dispongo a prepararme. Una hora más tarde salgo con el pelo suelto, salvaje, maquillada lo justo para realzar mis ojos verdes y los labios, que ahora ese tono entre rojo y naranja, los vuelven más brillantes y luminosos.

Cierro la puerta decidida, satisfecha con mi reflejo y dispuesta a firmar una tregua entre mi casero y yo.

Llego a la playa, al bar, y me siento en un taburete alto, apoyo los codos en una pequeña mesa redonda que hay delante del mar y espero a que me sirvan. Unos minutos después, absorta en mis pensamientos, alguien se sienta a mi lado; alguien que me eriza la piel sin tocarme, que hace que mi corazón baile sin música, tan solo el sonido de su voz.

—¿A qué debo el honor de tu visita esta vez? —Pienso muy bien qué decirle antes de girar la cabeza y enfrentar su mirada, pues el tono me indica que sigue molesto conmigo.

—Siento haber sido tan gilipollas. ¿Volvemos a empezar? Soy Inma, ¿qué tal? —Me relamo los labios, inquieta, sin saber si va a

querer relajar la tensión entre nosotros o como el gesto de antes, me va a dejar por imposible.

Sus ojos oscuros se han quedado estáticos en los míos intentando descifrar el motivo de mi cambio de actitud. Yo sigo con la mano en el aire esperando que me la estreche y el brazo se me empieza a cansar. Aun así, no desisto y sonrío, apelo a su bondad y hago morritos como un bebé; un bebé de melena ondulada, roja y salvaje; un bebé de veintiséis años que pide perdón de la única forma que sabe: sonriendo.

Para mi sorpresa, cuando creo que la noche la voy a tener que pasar en Urgencias por una tendinitis en el hombro, se acerca a mí y me da dos besos, dejándome anonadada y con un aumento de temperatura en mi cuerpo bastante elevado por ese leve roce de sus labios tan difícil de describir.

—Encantado, soy Gael. ¿Qué quieres tomar? —No sonríe, parece una estatua de mármol con un tic en la mandíbula.

—Un Blue Lagoon, estaría bien. —Eleva el brazo y un chico rubio de ojos azules, no muy alto, pero sí atlético, viene hacia nosotros.

—Ponme dos Blue Lagoon, Boris, por favor. —El chico asiente con la cabeza y él se gira hacia mí—. ¿Y ahora qué?

Se cruza de brazos e inclina su torso sin dejar de mirarme a los ojos. Trago saliva y hago lo mismo. Me acerco a él, temblorosa y a la vez segura de lo que estoy haciendo, tres o cuatro centímetros nos separan.

—Háblame de ti. ¿Quién eres, Gael?

12

Quiero conocerte

Gael

«Háblame de ti», dice, y se queda tan ancha. Como si fuera tan fácil abrirse a una desconocida, a una mujer que hace unas horas me juzgaba y me sentenciaba, me odiaba por invadir su intimidad.

¿Ahora ya no le importa? No sabía que un pensamiento fugaz, un detalle espontáneo y cuatro líneas tuvieran tanto poder. Porque está claro que ha leído la nota y por eso está aquí, porque soy un misterio para ella y quiere resolverlo. Como uno de esos crucigramas con los que te entretienes para pasar el tiempo.

¿Eso es lo que soy, un pasatiempo?

Sigo mirándola. Me he perdido en el fondo de sus ojos verdes y no sé si quiero salir de ellos. No me gusta contar mi vida a nadie que pase por ella como el viento, tan rápido que cuando comienzo a sentirlo y a disfrutar de él, ya se ha ido. No sé si se va a quedar o va a ser una ráfaga de aire más. Ese pelo rojo es un fuego peligroso como para arriesgarse a hundirse en él.

Las mujeres hasta ahora solo han querido una cosa de mí, y no ha sido hablar de mi pasado precisamente, ni pedirme que les cuente mis preocupaciones. No ha habido nadie que quisiera atravesar la línea, más allá del coqueteo o el puro deseo de un revolcón. ¿Por qué ella sí? ¿O se está acercando para eso, y ha equivocado el camino con palabras que estoy tergiversando?

Debe ser eso, que la estoy malinterpretando.

No sé, no confío en la gente que viene y va, la que no espera más de ti que una noche, una semana o un mes. Puede que ella esté más tiempo si se queda en la casa, y tal vez intente que seamos amigos. Solo amigos. La verdad es que los pocos que tengo,

más los camareros del bar, todos a medida que fueron llegando se quedaron. Por eso me gusta el buen rollo que se ha creado en el restaurante, la familiaridad que hay en el ambiente. Por eso escucho a todos cuando tienen un mal día y comparto con ellos sus alegrías. Soy como un hermano mayor, pero jamás cuento mis problemas a ninguno.

Solo Chema, que lleva conmigo desde que me hice cargo del bar, me conoce lo suficiente para pincharme en el lugar justo donde me duele, y sangre hasta rendirme y caer al suelo.

Mejor tanteo para ver lo que quiere realmente.

—¿Por qué? Mejor dicho: ¿para qué? —Me acerco unos centímetros más a ella con la intención de ponerla nerviosa, de intimidarla. Pero no, todo lo contrario, me responde aún más decidida que antes.

—Porque quiero conocerte. Para que confíe en ti y tú confíes en mí.

—¿Conocerme? O sea que quieres que te cuente mi vida por una cuestión de confianza, no de cotilleo. ¿O es por tener una excusa para atacarme? Dicen que no hay decirle a nadie donde te duele para que no sepan donde golpearte —acometo de nuevo contra ella, pero resiste mis pullas con una entereza que me desarma.

—Aun sabiendo que puedo salir electrocutada con los pelos a lo Einstein, y más loca de lo que estoy —me agarra del brazo, lo estira y pone su mano encima de la mía. Miro ese movimiento incrédulo, sorprendido e igual de excitado que ella, por cómo se relame los labios y me ruega con la mirada que la escuche—, quiero que te centres en mí, en que no soy tan mala como parezco, y aunque soy un poco curiosa y me gustan los secretos bien guardados, esta vez no lo hago por eso. Más bien por empezar con buen pie nuestra relación, sea cual sea. Así que daré yo el primer paso.

»Nací en Asturias, me vine a vivir a Alcalá de Xivert a los seis años cuando trasladaron a mi padre en la empresa. A ellos les gusta la tranquilidad, pero yo me aburría mucho. Empecé a leer libros y a identificarme con los personajes; simulaba que era una de las protagonistas y mi hermano me seguía el juego. Nos montábamos

nuestras propias aventuras y descubríamos misterios sin resolver. Un día se cansó de jugar conmigo, prefería «jugar» con otras chicas a otro tipo de aventuras.

—Se hizo mayor —suelto con ironía.

—Sí, su vida se volvió muy ajetreada. —Pone los ojos en blanco y me río, es guapísima, pese a que no parece darse cuenta de ello—. Me pasaba horas en la biblioteca municipal, me hice amiga de la encargada y de otra chica de mi edad que estaba igual de aburrida que yo; Nerea. Ella me presentó a Nuria y las tres formamos un buen equipo de investigación, al que se sumó Lolo por amor, pues estaba colado por Nuria. Hicimos nuestro primer viaje a Viver, un pueblo a unos ciento veinte kilómetros de aquí con motivo del hallazgo de unos bebés encontrados muertos. Hubo uno, que incluso tenía el cordón umbilical sin cortar. El caso sigue sin resolver. En cambio, yo… descubrí un objeto de la madre, seguimos su pista y…

—¿Y?

—Apareció una chica muerta en una carretera cercana tres días después. Sé que era ella, y no te voy a decir por qué; al menos no de momento. Pero como ese objeto no era prueba suficiente para demostrarlo, volvimos a casa. Eso sí, hice una foto a unas huellas que vi en el puente, en la barandilla, por… casualidad. Las envié a la policía de forma anónima, y resultaron ser de un matón de una organización criminal acusada de explotar sexualmente a mujeres captadas en Colombia, Perú y República Dominicana. Tiraron del hilo y atraparon a cuatro personas más. No fue el final feliz que nosotros buscábamos, pero al menos conseguimos ayudar desde el anonimato. La experiencia nos encantó y prometimos repetirla cuando encontrara otro caso a medias.

—¿Y lo lograsteis?

—Sí. El siguiente fue mejor. Bueno, relativamente. Un final feliz no siempre acaba en besos y abrazos, a veces es todo lo feliz que puede ser, si el final es el adecuado. La cuestión es que nos faltaba uno más y el perro para ser como los dibujos de *Las aventuras de Scooby Doo.* Y, a partir de ese día, Lolo nos bautizó así.

Embobado, literalmente. Creo que me he quedado con la boca abierta escuchándola hablar con esa mezcla de timidez y orgullo en

su tono. Rebelde y precavida a la vez. ¿Eso existe? Tal vez me haya tocado la lotería con ella y sea un espécimen raro, un animal en extinción.

—Te toca. —Me acaricia la mano, que no recordaba que seguía estando ahí. No sé cómo me he acostumbrado al calor que desprende y ahora soy yo quien pone la otra encima de la suya para que no se escape.

—Mi vida es el bar, mi madre, mi hermana y mi sobrino —digo sin más.

—No mientas, tienes toda una vida en tu mirada. Está deseando salir, escapar con el viento y dejarte vivir. Depende de ti que vuele o siga enjaulada.

No sé qué decir a eso. Desvío la mirada y me adentro en ese mar que tan presente ha estado durante toda mi existencia, bebo un trago largo de mi combinado y la vuelvo a mirar. Cojo aire y después de unos segundos, lo escupo de un tirón.

—Nací y crecí en esa casa, estudié Empresariales, viví dos años en Madrid, pero echaba de menos el mar y regresé. Ayudé a mi madre un tiempo como camarero y cuando me dijo que ya no podía más, que estaba cansada, lo restauré y me quedé con parte de su vida.

—No está mal para empezar. ¿Ves?, no ha sido tan difícil.

—¿Para empezar? Esa es toda mi vida.

—No. Ese es un resumen escueto, ligero y muy breve de tu vida. Yo quiero detalles. Por no decirme, no me has dicho ni tu edad.

—Ponía la fecha en el contrato.

—No la miré.

—Mentirosa. Tu amigo y tú lo leísteis tres veces, estoy convencido de que os lo aprendisteis de memoria. —Arruga el morro al sentirse atrapada por mi comentario y no puedo dejar de anclar mi mirada en esa mueca.

Fascinante. Es… No se me dan bien los adjetivos, pero mordería esos labios hasta tatuarle mis dientes en ellos y marcarla como una res, para que no se olvide nunca de mi boca.

—Si es necesario vendré todos los días a torturarte con mi presencia, y no me iré hasta que me cuentes con pelos y señales, lo

que tienes ahí dentro. —Con el dedo índice de la mano que tiene libre me da golpecitos en la frente. Al bajarlo lo miro y desearía tener el valor de cogerlo, metérmelo en la boca como un chupachup y lamerlo hasta arrugarlo.

Jamás he conocido a nadie como ella. Es como una flecha, va directa al corazón o al cerebro, según donde apunta.

—Resistiré como un jabato la penitencia. —Una inesperada sonrisa asoma en mi cara. ¿En serio va a venir todos los días a preguntarme algo de mi vida?

—Tú lo has querido. Ni te imaginas lo cabezota que puedo llegar a ser cuando me propongo algo, y créeme cuando te digo que quiero saber quién eres. No dejo entrar a cualquiera en mi vida o en mi casa. —Se levanta preparándose para irse y al escurrir su mano entre las mías para alejarse, he notado ese vacío helador, ese abandono que, por un segundo, ha arrasado con mi cabeza y me ha dejado de piedra. Sin embargo, al siguiente mi mente se rebela.

—Espera, te acompaño a casa. Es tarde.

—Voy a pagar. —Voy a decir que no hace falta y levanta el dedo para callarme, como si supiera que era exactamente eso lo que iba a decir.

Lo reconozco, me tiene acojonado. Por un lado, muero por saber qué me depararán esos días, por tocar otra vez su mano y nadar en el mar de sus ojos. Por el otro, me da miedo ese poder de persuasión que tiene y los efectos que ese huracán arrollador pueda tener en mí.

Desde luego, debe ser una auténtica aventura estar con ella cada día, pese a que sean solo unas horas. Una de esas tormentas de verano que cuando llega te cala hondo dejándote sin aire, y cuando se va, te deja helado.

—Sé que no te he dado motivos hasta ahora para que confíes en mí como para contarme lo que te preocupa, lo que sueñas o deseas, y mucho menos lo que esconde tu mirada. —Me succiona el alma con sus ojos, y me suelta entrando en mi mente y leyendo en ella como si fuera otro libro más de su estantería—, pero Gael, estoy aquí. No me voy a ir a ninguna parte.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te dice que el viento no te llevará a otro lugar, con otras personas? ¿Un novio, tal vez?

—El viento es el que me ha traído aquí. Dos cartas lo hicieron, por ellas vine cada día hasta que te encontré; a ti y a la casa. —Sonríe, abre la puerta y se echa el pelo hacia atrás—. ¿Te he dicho que me gustan los misterios? Pues pienso averiguar los dos que tengo delante: quién escribió esas cartas y el secreto de esa vida en tu mirada.

No respiro. No digo nada. Ni siquiera pestañeo. Los dos frente a frente en la puerta de la casa, nos miramos cohibidos sin saber cómo despedirnos. Sé que no es normal lo que siento cuando la tengo cerca, que es diferente a las demás, y por eso mismo temo cagarla si le muestro cómo soy: un hombre al que la vida no le ha tratado como quisiera, lo ha engañado como a ese niño al que le prometes un premio si se porta bien y cuando lo hace, le giras la cara. Por ello me he vuelto rencoroso, reservado y retorcido.

Soy el «tres erres», como dice Chema, y no me avergüenzo.

No quiero ataduras ni compromisos. Nunca he deseado más de lo que he dado a ninguna mujer, porque las sábanas se pueden cambiar cada semana, incluso el colchón si no te gusta, pero el corazón no te lo puedes arrancar del pecho. Y algo me dice que, si le abro las puertas de mi mente, bajará las escaleras hasta él y se instalará en mi corazón atormentando a mi entrepierna, que cada vez que la ve se despierta con ganas de saludar a su nueva inquilina. Y lo cierto es que no sé si estoy preparado.

—Entonces, ¿nos vemos mañana a la misma hora? —Su mirada de fingida inocencia me extrae de mi mundo y me adentra de un tirón en el suyo.

El portal que hay en sus ojos, en ese prado verde me enloquece, me engancha como un imán a ella; a esa espiral de sentimientos que me aturde cuando me sonríe, me reta o simplemente, hace acto de presencia.

Estoy perdido. Lo sé. Si acepto, ya no seré el «tres erres». Solo seré Gael.

13

Somos las decisiones que tomamos

Inma

Paso la mañana entre cajas, ropa y libros. La música de Whitney Houston y su *Where Do Broken Hearts Go* llena el espacio. Mientras canto a pleno pulmón veo uno de mis libros favoritos, *Moby Dick* del gran JulioVerne, y pienso en el príncipe del mar.

«¿Dónde estás, Neptuno? ¿O debo llamarte Namor como el rey de Atlantis de Marvel?». «¿Eres un héroe o un antihéroe?».

La verdad es que no sé si son dos corazones rotos como dice la canción de Whitney Houston, o son dos corazones olvidados. ¿Y si ese hombre perdió la memoria y no supo volver a casa? ¿Y si su princesa se cansó de esperarlo, se casó con otro y ahora vive feliz con su familia en otra ciudad? O, por el contrario, ¿fue él quien se casó con otra mujer y la olvidó después de varios años fuera de casa?

Los humanos somos esos animales de costumbres, que como camaleones se adaptan a cualquier rutina, y al pasar el tiempo les da pereza cambiarla. Por miedo; por amor o por pena. Ese sentimiento es tan fuerte y poderoso para que te rindas, y a la vez vulnerable como para hacerte dudar de todo.

A menudo la vida da tantas vueltas que nos marea y perdemos la dirección. Somos huéspedes temporales de este pequeño rincón en el universo, y cualquier decisión que tomamos nos puede cambiar de lugar, de ilusiones. Incluso puede modificar nuestros sentimientos o esconderlos para que no veamos que están ahí, en algún rincón de nuestra memoria. Y cuando aparecen de nuevo nos descolocan.

En realidad, las personas somos cometas en el aire y nadie nos guía. Nuestra luz, nuestra esencia es la que ilumina el camino de

nuestra vida, pero a menudo no la vemos y nos desviamos de ese sendero que nos lleva a la felicidad.

Quien sabe el final de esta historia, si ya se habrá escrito o le quedarán algunas páginas por acabar.

Dejo el libro en la estantería, demasiado pequeña para todas las novelas que tengo. Aún me queda una caja por abrir, pero los chicos están por llegar y todavía no he preparado la comida. Les prometí una barbacoa; lo malo es que primero tengo que comprarla. Y no será este mes. No puedo rascarme más el bolsillo o haré un agujero tan profundo en la cuenta que llegará al centro de la Tierra; otra gran aventura de mi amado Julio Verne.

Así que hoy comeremos paella al estilo Inma; más montaña que mar, que estoy pelada como las gambas de bolsa que le echaré. Otro día seré la gran *chef* que puedo llegar a ser.

Por suerte el ambiente y el lugar cambiará el sabor de la comida.

Media hora más tarde, con el comedor recogido, limpio, y el olor al caldo de la paella que desprende la cocina, abro a mis amigos antes de que me quemen el timbre y tenga otro gasto que hacer el mes que viene.

—¡Ya está aquí el equipo Scooby Dooby Doooo! —gritan Nerea y Nuria alzando los brazos; la primera con dos botellas de vino en las manos y la segunda con dos de agua. La miro extrañada, dado que no es muy normal en ella.

—Son para los geranios y azaleas que te he comprado —dice Lolo—. Tu jardín de la entrada está más muerto que el Romeo de esas cartas. Te lo digo yo.

—¿Perdona? Está amnésico, no recuerda cuando lo cuidaron por última vez. O eso espero —añado dudosa, ya que la experiencia de ayer me dejó algo tocada, y ahora ya no tengo tan claro que pueda juntarlos y darles ese final feliz que me gustaría; ese beso Disney entre el príncipe y la princesa.

—Como yo, ya he olvidado el último abrazo que me diste —bromea César, y Fede se apunta también abriendo los brazos.

—Uno a uno —señalo empezando por César, luego a Fede y por último a Lolo, que se queja por ir cargado con las flores.

—Yo te he comprado otra cosa que probablemente te hacía falta, aunque no lo sabías —comenta César con un tono de suspense —. *Voilà.* —Extrae de su mochila una Alexa, me mira y nos reímos a carcajadas.

El resto nos observan como dos extraños, como si vieran dos palmeras en la cima del Everest.

—Aquí, vuestra amiga, se tira horas y horas para buscar algo en Internet, y como ahora nuestra Daphne particular está en otra nueva investigación, he pensado que Alexa le ahorrará tiempo en su mundo y nos dejará a nosotros vivir el nuestro. Eso y que le da un toque de realidad a este pequeño paraíso griego que se ha montado. —Me guiña un ojo y se pone en plan técnico a instalármela.

—Pues mira, ahí has estado muy agudo —se burla Nerea—, últimamente cuando habla me recuerda mucho a mi abuela. Cualquiera diría que es de su época en vez de de la nuestra.

—Muy graciosa.

—¿Te parece bien este lugar como dormitorio de tu nueva mejor amiga? —Señala un hueco entre dos velas aromáticas con olor a jazmín. Sonrío y asiento con la cabeza.

Contemplo la mirada de Nuria perdida en el cuerpo de César sin que él se dé cuenta, absorto en su papel de informático para conectar la casa al dispositivo. Luego me fijo en Lolo que habla con Fede ajeno a la mirada dulce de Nuria a César. Mi parte friki de señorita Marple me confirma que Nuria siente algo por César como ya imaginaba, y me duele que mi amigo no lo sepa, ya que está enamorado de ella desde aquel rollo que tuvieron. Por otro lado, me sabe mal que Lolo siga en la inopia, y aunque sepa que su novia ya no siente más que cariño por él, se conforme con esos retazos en vez de dejarla ir. Él se merece algo más que migajas, pero ¿cómo hacérselo entender si se niega a verlo?

Continúo pendiente de la paella mientras medito en los numerosos frentes que tengo abiertos en mi cabeza; tantas historias que arreglar y solo dos manos para hacerlo. La cabeza me echa humo casi más que el que sale del guiso.

Escucho las voces de mis amigos sin entender muy bien de lo que se ríen. Están contentos por mis logros, alegres por mi felicidad,

porque tengo un techo asegurado durante un tiempo, pero no por ellos. Los conozco, leo sus gestos, esos tics nerviosos que hacen cuando están en tensión. Por muchas vueltas que le doy sigo buscando la forma de ayudarlos, de que vean lo que yo veo.

Si pudiera demostrarles que se están equivocando con sus decisiones; que el conformismo de Lolo le está haciendo daño; que la cobardía de Nuria la hace infeliz; que la pasividad de César lo está deprimiendo; que incluso ese pasotismo de Nerea y Fede entre ellos está consumiendo su relación de folla-amigos.

¿Tan ciegos están para no ver que se están torturando mentalmente? Si al menos fuesen sinceros, si se escuchasen cuando hablan… entenderían lo mal que lo están haciendo. Porque quien te sabe escuchar te comprende, aunque estés en silencio.

Comprender; sentir; amar, tres formas de conjugar una relación de verdad, solo hay que intentarlo. Si no lo haces, es que no hay relación por la que luchar. A lo mejor es cierto que tengo un don, y no por ver a esas personas que ya no están, sino por saber escuchar los corazones de las que siguen con nosotros. Los que laten con fuerza y claman que los oigan, que los ayuden, y nadie los escucha.

Me giro hacia ellos después de probar una cucharada: hora de comer. Doy dos palmadas fuertes y giran sus cabezas hacia mí, la mar de obedientes.

—La comida está hecha, chicos. Vamos, a poner la mesa —ordeno sonriente.

—Estás muy calladita, pelirroja. ¿Qué maquinas? —indaga César, mi exvecino, ese castaño de ojos avellana que a veces entra en mi mente como si fuera suya y la escanea eliminando los pensamientos que no le gustan cual *hacker* en su ordenador.

—Nada. —Doy vueltas con el tenedor a la comida que hay en mi plato, rumiando—. A decir verdad… algo sí.

—Ya me parecía a mí.

—Estoy pensando que Nuria es administrativa en el Centro de Salud y César es un *hacker* muy apañado, si le presta el Intranet podría entrar en los archivos y averiguar cuántos nacimientos hubo en el pueblo en los años que buscamos. Yo apuntaría los nombres e intentaría hacer una criba con ellos.

—Puedes apuntar a las madres, pero no a los bebés. No sabes si lo que tuvo su princesa, fue un niño o una niña.

—Eso es cierto, pero menos da una piedra. Si no damos con el paradero de él, que al menos demos con el de ella.

—Es una buena idea —me apoya Nerea y Fede la secunda—. ¿Puedes hacerlo, César?

—Podría intentarlo, pero tardaría horas. Puede que días, dependiendo de si los ficheros de esa época están actualizados. Tened en cuenta que muchos registros aún no se hacían en ordenador antes del año 2000.

—Podríamos quedar el fin de semana que viene, si mañana ya estáis ocupados —resuelvo con una inocente sonrisa.

—Por mí vale. Cuando queráis, estoy libre cualquier día —dice mi exvecino encogiéndose de hombros.

La morena mira a su novio que se muestra indiferente a lo que hagamos, pues él no entiende nada de informática y ya ha hecho la mitad de los deberes que le puse ayer, aprovechando dos viajes que hizo a la ciudad.

—Yo mañana salgo con unos compañeros a correr por la playa de la Romana, y probablemente después, nos refresquemos un rato en la piscina de Enrique; el que tan mal te cae porque alardea siempre de la casa que tiene. —Mira a Nuria, que pone los ojos en blanco—. Lo que no sabe es que nosotros nos aprovechamos de él porque siempre nos invita a bañarnos. Él disfruta, y nosotros más.

—Bueno, eso indica que tengo el día libre —afirma con indiferencia, ya que su novio no ha contado con ella en sus planes del domingo, y luego sonríe frotándose las manos—. Así que estoy preparada para una nueva aventura, y esta parece peligrosa. Al menos para mí.

Suelta una risilla nerviosa, dado que van a adentrarse en las profundidades de los registros y atravesar esa barrera de seguridad que tenga el Centro de Salud para acceder a los documentos sin moverse de casa. O por lo menos lo van a intentar, como si fueran policías investigando un caso importante.

Por otro lado, me entristece que les de igual todo, que no luchen por ellos, por su vida amorosa, por lo que puedan sentir,

aunque no sea el uno por el otro. Joder, que tienen veintiséis y veintisiete años, no setenta u ochenta para rendirse así. No estoy tarumba ni soy una metomentodo, pero me alegro de que mi primer plan vaya por buen camino.

Ahora me falta poner en marcha el segundo y el tercero, lo que no sé es de dónde voy a sacar el tiempo para todos. Aun así, haré lo posible por reescribir la historia de mis amigos y que tengan su final feliz. Y no, no me digáis que soy una chica Disney, que no. Sé dónde piso y soy consciente de que no todos tenemos nuestra media naranja, pero como he mencionado antes, somos las decisiones que tomamos. Y yo he decidido ayudarles a encontrar el camino, ser esa luz que les guíe si la suya está apagada.

Son mis amigos como la canción de Amaral que suena de fondo y que, aunque nadie escucha yo la siento en lo más hondo de mi ser. Por ellos, soy capaz de poner el mundo del revés.

—Perfecto. Nerea, ¿tienes algo que hacer el lunes por la mañana? Mis padres vendrán a desayunar, pero después se irán y tengo que hacer un recado.

—Pues… así por lo pronto, no recuerdo nada. ¿Me vas a mandar deberes, profe? —aplaude entusiasmada, expectante a ver qué es lo que digo.

—En realidad, sí, aunque mi titulación se quedó en segundo de bachillerato y solo soy una simple bibliotecaria. —Sonrío picarona; segundo plan en marcha—. Me gustaría que me acompañaras a ver a Julia, la dueña de la casa. Le prometí que la visitaría de vez en cuando, y estoy segura de que tu desparpajo y buen humor le sacará más de una sonrisa.

—Vaale. Si me lo pides así. ¿Vendrá tu casero, ese que dicen las malas lenguas que es tan guapo?

—La verdad es que no lo creo, a esa hora empieza su turno en el restaurante, pero hay chicos muy majos en el centro, quizás alguno te haga tilín. —Le saco la lengua y se ríe.

—Bueno, quizás algún cuidador, enfermero o médico esté para hacerle una foto y ponerla de póster en mi habitación.

Fede sigue hablando de fútbol con Lolo, como si estuvieran en el estadio y el partido estuviera en el descanso, recuerdan todas las

jugadas igual que si las hubieran acabado de ver. Ajenos a mis planes hablan y hablan.

Me tranquiliza ver que el corazón de mis amigos no sufre ninguna lesión irreparable, que solo son rasguños de momento. Si me esfuerzo, y aún estoy a tiempo, sanarán en cuanto se detengan a oírlo.

Quizás sea la casa o tal vez sea yo que estoy madurando y veo las cosas desde otra perspectiva. A lo mejor es el mar, las olas que se llevan el estrés de la vida y te hacen reflexionar.

Quien sabe, puede que mi sexto sentido no sea ver más allá de la vida, si no ver la vida más allá del cristal con que se mira.

14

Buscar un imposible

Inma

A las siete de la tarde mis amigos ya se han ido y estoy recogiendo la cocina. Un ruido en el porche me obliga a mirar hacia allí. No veo nada extraño, no obstante, la impresión me persigue. Me dirijo a esa parte de la casa, repaso cada rincón y un olor a resina y musgo se cuela en mi nariz. Noto un escalofrío, una sensación de vértigo que me desorienta un instante sin llegar a caerme.

Me fijo en el columpio que se está moviendo, aunque no hace aire. Entonces recuerdo que tengo que darle esa mano de imprimación para quitarle el óxido. Me muerdo el labio, intrigada por esa peculiar impresión; es raro, todo está igual y, sin embargo, algo no está bien. Cierro los ojos, respiro hondo con la intención de enfrentar lo que sea que haya a mi alrededor, de despejar mi mente y luchar por lo que creo. A los pocos segundos los abro. La bruma que me envolvía se ha ido y mi percepción del paisaje vuelve a ser la que era cuando llegué a la casa.

Niego con la cabeza, me descalzo y me siento frente al mar. Cojo aire y lo suelto muy despacio notando cómo mi cuerpo se relaja. Hoy no se verá el atardecer, las nubes cubren el cielo con una capa gris mate de pintura y le quita ese brillo especial al agua que parece dormida. Aun así, el paisaje impresiona y hace que la instantánea que se graba en tu retina sea espectacular.

—Alexa, pon música —le digo a mi nueva amiga mirando al infinito, perdiéndome un instante en él, y sintiéndome como un grano de arena en la inmensidad de la playa.

Si nos ponemos filosóficos, eso es lo que somos: una minúscula gota de agua en el mar, una mota de polvo en el aire y, aun

sabiéndolo, luchamos siempre por ver quién vuela más alto. Competimos por un imposible cuando deberíamos ser felices simplemente por tener la opción de existir; de respirar; de vivir. Vivir mal o vivir bien; sonreír y disfrutar, o pelearse y llorar. Nosotros decidimos para dónde queremos tirar.

Comienza a sonar *La playa* de La Oreja de Van Gogh y las reflexiones dan paso a la melancolía, a Gael y el misterio de su sonrisa. Según cómo se agranda, las arruguitas que forma o las líneas de su rostro, puedes saber lo que te ofrece; calma o tempestad; sueños o realidad.

Respiro hondo y sacudo esos pensamientos, todavía no lo conozco lo suficiente como para que se quede en ellos. Solo es mi casero y si quiero escucharlo es para saber cómo tratarlo, porque parece buena persona, pese a disimular su bondad bajo capas de arrogancia.

Entro a la cocina y voy hacia la nevera, muevo algunas bandejas de carne, y al final me decido por una de croquetas que compré ayer en el asador de la esquina. Sonrío con mi elección y me digo a mí misma que esta será mi cena hoy con unas lonchas de jamón serrano.

Una hora más tarde, ya duchada y vestida, me echo una copa de vino al son de *Son sueños* de El canto del loco. Pienso en la letra de la canción, en lo bonito que sería tener a alguien a quien amar. Nunca he sentido esa llama arder dentro de mí.

Jamás he tenido novio, aunque sí más de una aventura. De esas que te quitan el estrés durante un par de días, pese a que cuando han pasado quince ya no te acuerdas de que la viviste. Mi vida es sencilla, pero tengo de todo: unos padres que me adoran; un hermano guasón con el que hablo a menudo y al que quiero muchísimo; unos amigos que valen oro y no los cambiaría por nada del mundo; un trabajo que me encanta y con el que disfruto dando rienda suelta a mi imaginación, y para colmo de felicidad, ahora vivo en el paraíso. Sería una persona muy egoísta si pidiera más.

Es cierto que necesitar tanto a alguien como para querer tocarlo, abrazarlo a todas horas del día y que esa persona sienta lo mismo que tú, podría ser bonito. Puede que te hiciera sentir

especial, importante. O a lo mejor sería al revés y la mayor parte del tiempo sería estresante. Sinceramente, me gusta ser independiente, hacer lo que me da la gana cuando me da la gana, pero no voy a negar que a veces echo de menos esos abrazos calentitos que se dan mis padres, y que alguien me mire como se miran ellos.

Claro que también pienso en César, en su tristeza, en lo que echa de menos esa sensación de volar, esa adrenalina que sintió aquella noche con Nuria y que tantas veces me ha explicado. El amor muchas veces es sufrimiento. Tal vez no compense esas horas de felicidad por muy infinitas que sean en tu memoria, con el dolor que sientes cuando no puedes alargarlas. Quizás no todos estemos preparados para ello y yo tengo que hacer como Dani Martin, inventarme a alguien a quien amar para poder sentir lo que es. Incluso a lo mejor también lo hizo el príncipe del mar.

Puede que el amor como lo explican en las novelas sea una quimera, una falsa ilusión de que alguien tenga tanto poder sobre ti como para hacerte reír y a la vez llorar; para que los segundos se vuelvan horas y los minutos años; para que los días sean siglos y la vida con él eterna.

Quizás esas cartas estén escritas por las manos de un poeta, de un iluso que soñaba con la mujer de su vida, con su princesa. Esa que le diera esos hijos que él siempre había deseado tener.

«¿Y si esas cartas son mentira?, ¿una quimera? ¿La ilusión de un hombre solitario?». «Tal vez debería dejar de buscar un imposible». Mi voz interior comienza a dudar de todo y, aunque me cueste reconocerlo, puede que esta historia no tenga un final feliz porque ni siquiera haya empezado.

Me acabo la cena, las agujas del reloj no se detienen y sin darme cuenta ya son las diez de la noche. Esto de no tener televisión es una mierda, pues me pierdo en el limbo de mi mente y no sé en la hora que vivo.

La mía se estropeó dos semanas antes de la dichosa nota de Pilar, y mi cabeza se dispersó con la preocupación de quedarme sin techo. Bueno, y después las cartas, Gael y… En fin, que se dispersó y ahora no puedo comprarla hasta el mes que viene, puede que el otro con tantos gastos que se van sumando cada día.

En el piso de Alcalá de Xivert, la mitad de las noches me iba a casa de César para que me hiciera compañía, y a cambio lo escuchaba desahogarse. Me contaba su día de trabajo o si había visto a Nuria, pues vive a pocos metros del supermercado. Si habían hablado, las hormigas que invadían su cuerpo como el ejército mejor formado de un país en guerra; en lucha constante contra ese sentimiento, esa sensación de vértigo cada vez que se acercaba a él.

Lo tiene asimilado: es su droga más pura, la única que lo eleva por encima del techo y lo hace descender al mismo infierno minutos después.

Yo creo que jamás amaré a nadie con tanta intensidad. Por eso me he propuesto juntarlos, darles ese empujoncito que les hace falta para que se rindan a sus sentimientos. Porque, aunque Nuria lo niegue mil veces, ella siente lo mismo que él. Muchos días compra cosas innecesarias solo por verlo antes de empezar su jornada laboral. Le lleva la merienda a dos amigas suyas al menos dos veces por semana, y se nota en sus caderas que come más de lo que necesita y quiere.

Y no es que yo lo diga, Nerea piensa igual. El equipo *Scooby Doo* al completo lo cree, menos Lolo que sigue en su mundo ideal.

Vuelvo a mirar el reloj y recuerdo mi cita con Gael.

Bueno, lo de cita es una manera de hablar, solo es un modo de averiguar qué esconde su sonrisa, por qué a veces es tan altanero como un dios nórdico y otras exhuma humanidad por los cuatro costados. No creo que sea bipolar, por lo que su pasado debe de haber influido en su carácter. Probablemente haya sido más duro de lo que pueda o quiera expresar, pero no voy a rendirme. Sé que, si se desahoga, si saca esa espina que se le ha cruzado en el pecho, la herida cicatrizará más tarde o más temprano.

Seguramente, su carácter se agrió hace años por tener que cuidar de su madre y de su hermana desde bien pequeño. Aunque, yo creo que más bien fueron ellas las que lo cuidaron a él, lo protegieron de sí mismo; de su desconfianza en la humanidad, y ahora que es adulto, es él el que cuida de ellas. O lo intenta con todas sus fuerzas.

Claro que solo es una sensación, de ahí que quiera investigarlo con estas conversaciones casuales mirando al mar.

Sin prisas. Sin condiciones. Hablar por hablar.

15

Gael y el misterio de su sonrisa

Inma

Con un vestido blanco, largo hasta la rodilla y atado al cuello, unos zapatos de cuña y el pelo recogido con clips en los lados, me voy dando un paseo hacia el bar. El camarero que nos sirvió ayer me sonríe cuando voy hacia una mesa redonda, la más alejada del restaurante y me siento tranquila a esperar. La música de *Summer* de Calvin Harris se escucha perfectamente a través de los altavoces, y mis pies se mueven al compás de las manos. Sonrío porque la temperatura es más que agradable y la brisa apenas me mueve el pelo.

—Has venido pronto. Aún no son las once —comenta en mi espalda y doy un brinco. Este hombre tiene el don de estremecerme con una puñetera frase. ¿Qué tiene, un simulador de voz para que parezca más ronca de lo que es?

—¿Quieres que me vaya y vuelvo luego? —ataco separándome de su aliento, tan cerca que creo que me lo he bebido cuando se ha reído.

—¿Es una pregunta trampa?

—¿Qué es una pregunta trampa para ti? —le devuelvo el interrogante, pues no sé exactamente qué quiere decir con ella.

—Esa que respondas lo que respondas vas a caer igual. —Tiene sentido.

—Entonces no.

—Entonces prefiero que te quedes.

—Menos mal, porque no pensaba marcharme. —Se ríe a mandíbula abierta mientras se recoge el cabello en una cola con la goma, tan negra como su pelo, que llevaba de pulsera.

Embobada, así me he quedado por su naturalidad, por ese modo tan sincero de reír. «¿Este es el verdadero Gael, o el reservado que se esconde bajo esa mirada oscura?», me pregunto más curiosa que nunca sin saber qué responderme a mí misma. Lo que es seguro es que esta noche lo pienso averiguar.

Boris se acerca; el chico de ayer, y se pone en medio de los dos sin saber en cual detener la mirada, ya que seguimos como si él no estuviera, los dos fijos el uno en el otro.

—¿Qué os pongo? Si es que queréis beber algo. —Su voz parece seria, aunque se aprecia el retintín a un kilómetro.

—Una copa de vino blanco, por favor —respondo apartando la mirada al fin, o me desintegraré antes de resolver el misterio que me ha traído aquí.

—¿Hoy no quieres un cóctel? —replica su jefe y mi adorable casero, que acaba de despertar de su trance.

—No, prefiero conversar con menos alcohol en el cuerpo o no me enteraré de lo que esconden tus sonrisas. —Le guiño un ojo y, para mi sorpresa se pone serio, endureciendo su mandíbula. Se la va a romper como siga apretando.

—Un *whisky* sin hielo, Boris. —El chico se va y sus ojos negros se vuelven a fundir en mi rostro, haciendo que olas de fuego surquen mi sangre abrasándome la piel—. ¿Por qué?

—Por qué, ¿qué…?

—¿Por qué quieres conocerme? Soy tu casero, no tu amigo ni tu novio.

—Bueno, tanto para una cosa como para la otra antes tendría que saber si eres un asesino, un donjuán de tres al cuarto o simplemente un loco de atar, que igual se ríe de una broma tonta como se tensa con otra que tiene más gracia. No sé si eres bipolar o solo un patán, pero me gustan los misterios sin resolver y el de tu sonrisa es uno muy… interesante.

—Valiente eres. —Acorta la distancia poniendo su boca a un centímetro de la mía.

—¿Por qué lo dices?

—Porque si fuera un asesino ya te habría matado; si fuera un donjuán te habría besado, y si estuviera loco de atar, probablemente

te habría encadenado a esa silla hasta averiguar, quién coño eres tú para hacerme reír cuando estoy estresado o tensarme como una cuerda por sorprenderme con tu espontaneidad.

Trago saliva, se me ha secado la boca, la garganta y creo que hasta el estómago con sus palabras. Eso no me lo esperaba. Puede que la loca sea yo y haya arriesgado demasiado al ser tan directa.

Quizás no haya sido buena idea ser tan sincera. Me está poniendo nerviosa, tanto que la mirada se me baja a su boca, grande, gruesa y apetecible. Por Dios, que venga el vino pronto o me ahogaré en el mar de mi propio deseo, el que de repente ha aparecido con su cercanía y su sinceridad.

Como si el camarero oyera mis gritos mentales aparece con las bebidas, y la Inma interior da saltos de alegría al recuperar la distancia prudencial para no asaltar su boca de un impulso. Agarro la copa y doy un trago más largo de lo que pretendía. Gael la mira, me mira y se bebe de un trago su *whisky*.

Boris alucina con nuestros movimientos, observando la escena entre asombrado y divertido.

—Ponme otro —ordena sin dejar de mirarme.

—Y a mí —digo terminando lo que queda en mi copa, enfrentándolo de la misma forma. Si piensa que me voy a achicar, va listo. He venido a descubrir quién es Gael y lo voy a conseguir, me cueste lo que me cueste.

—Vaaaale.

Se marcha medio riéndose mientras nosotros seguimos retándonos hasta ver quién se rinde primero y habla. Sé que no debería ser una competición, que me había dicho a mí misma que iba a ser algo improvisado, sin prisas ni condiciones, pero es que es tan testarudo que si no le atacas no responde. Y yo quiero que hable, que me cuente sus alegrías y sus desengaños, si es un hombre normal o solo lo aparenta, si me puedo fiar de él o tengo que salir corriendo hacia el otro lado.

Aunque ahora lo tengo difícil, vivo en su casa, en la que, literalmente lo vio nacer.

—Me llamo Gael Prados, nací en agosto en esa casa que consideras el paraíso frente al mar, cuando ese porche estaba recién

hecho y cubierto de cojines por doquier. Mi abuela era comadrona y mi tío un hombre que servía para todo. No tengo clara su profesión porque trabajaba de lo que le salía. Las mejores historias las oí y las viví en ese rincón que ahora es tu favorito. De hecho, esos tablones los rompí una noche, cuando mis pensamientos se ahogaron en una botella de Lagavulin 16 que me compró mi tío en mi veinte cumpleaños, alegando que ya era un hombre y cuando bebiera debía beber con propiedad, con gusto, no cualquier *whisky* de bar.

»Se suponía que iba a ser para una celebración, pero me la bebí el día que ingresé a mi madre en la residencia y lo pagaron caro esas maderas, espectadoras mudas de nuestras conversaciones nocturnas. —Sus ojos brillan tanto que el agua que casi los cubre inunda los míos también.

—Lo siento. Tuvo que ser muy doloroso —digo lamentando su suerte y dándome cuenta de parte de su infierno personal; su madre era su amiga, además de la persona que lo crio.

—Cuando me desperté al día siguiente con la mano rota y el orgullo herido, decidí que nunca volvería a caer tan bajo, que nada ni nadie me haría perder la cabeza de esa forma. La única mujer que he amado estaba desapareciendo poco a poco delante de mí, en la única que he confiado todas mis emociones, todos mis secretos, hasta los más recónditos. Ahora no recordaba ni la mitad. Solo recordaba al amor de su vida mirando al mar. Y así, mirando al mar destrocé el lugar donde se quisieron, donde me tuvo y donde desapareció delante de mí, aquel maldito día.

—Eso es muy…

—Triste, penoso. Sí, lo sé. Pero no quería sentir ese dolor nunca más y fue mi manera de desprenderme de él.

—Y desde entonces eres el antihéroe que todo el mundo ve.

—Por lo visto, no todo el mundo. —Arquea una ceja, acusador. Sonrío inocente ignorando la pulla y desvío un pelín el tema.

—¿Nunca te has enamorado? —sondeo por inercia, ya que mi mente se ha anclado en esa frase.

—¿Y tú?

—Eso no es una respuesta.

—Te he contado más cosas de mi pasado que tú a mí del tuyo. —Su nariz prácticamente roza la mía—. ¿Quién eres, Inma? ¿Qué escondes tú tras tu sonrisa?

—Nada en especial. —Me separo nerviosa, me encojo de hombros y busco al camarero con la mirada.

—¿Estás segura?

Lo miro inquieta, asombrada y con el corazón a mil por hora. ¿Qué pregunta es esa? ¿Cómo no voy a estar segura? Lo único especial es mi don, y todavía no tengo la confianza suficiente para que entre en esa parte de mí.

Ni en ninguna otra.

16

Mirando al mar

Gael

No pensaba beber esta noche, solo mirarla y escucharla. Comprobar que es trigo limpio y no una de esas lagartas que te quieren seducir a toda costa con su mirada sensual, sus curvas y su falsa inocencia. Ella no tiene muchas curvas, aunque tiene una delantera más potente que la del Barça o el Madrid, pero lo que más miedo me da de esa niña con cuerpo de mujer es su espontaneidad. Es tan impredecible que asusta, tan temperamental que me noquea con tres palabras, y si encima les pone entusiasmo ya me convierte en piedra con el brillo de su mirada.

¿Medusa era pelirroja? Ya sé que ahora me diréis que tenía serpientes por cabello, pero antes de que Zeus la maldijera, era conocida por su belleza extrema, singular. Y yo ahora me pregunto: antes de que le diera su poder, ¿cómo era?

Es posible que tuviera su rostro, su pelo, su curiosidad. No lo recuerdo. Hay tantas historias que me contaba mi madre sobre el mar, la mitología de aquí y de allá, los piratas o buscadores de tesoros, y esas leyendas del Mediterráneo que solo sirven de cuentos para dormir a un niño feliz, que podría escribir una trilogía con ellas.

Boris nos sirve la segunda copa, y aunque pueda parecer un enajenado, un tío que solo piensa en llevarse a la cama a su inquilina, no puedo ni quiero dejar de mirarla.

—Claro que estoy segura. Soy una mujer normal con una infancia tranquila, feliz y una familia que me quiere. No tengo nada de especial.

—Eres impulsiva, un huracán de fuego que abrasa por donde pasa. ¿Y dices que no eres especial? No me lo creo. ¿Qué haces en Alcocéber, en mi casa, aquí, mirando al mar y preguntándome quién soy?

—Me gusta venir a pasear por la playa, he alquilado tu casa porque me la rebajaste y me estoy tomando una copa de vino mientras converso con mi casero para dejar de ser dos desconocidos. Necesito confiar en él para dejarle entrar en mi casa y que arregle lo que rompió. Si es que hay algo más que arreglar.

—Algo queda, pero no se arregla con dos martillazos. —Muevo el líquido del vaso, me pierdo en él un instante y vuelvo a la carga. Yo también necesito conocerla para saber por qué me excita mirarla o por qué me confunden sus palabras—. ¿Qué persona se arriesga a alquilar una casa en dos minutos, sin consultarlo con alguien antes?

—Una a la que van a echar de su piso en una semana.

—¿Por qué?

—Porque la dueña se va a Estados Unidos a vivir con su hijo. —No me teme, al contrario, me enfrenta—. ¿Y tú qué? ¿Qué persona le baja el precio de alquiler a otra pudiendo cobrar casi el doble por la casa que alquila? No me conocías, ni siquiera habíamos hablado y directamente me retaste. ¿Era un juego y ahora te arrepientes?

Achica los ojos poniendo cara de fiscal acusador, acercándose a mí peligrosamente, tanto que tengo dudas de si beberme el *whisky* o a ella.

¿Arrepentirme? Puede. Tal vez. O quizás es la mejor decisión que he tomado en mi vida. Lo descubriré esta noche, aquí, a su lado, mirando al mar.

—Digamos que fue… instinto. Uno básico y primitivo. Las mujeres lo llamáis intuición femenina, yo prefiero decir que tengo olfato para los negocios y tú hueles muy bien. ¿Qué perfume usas? —Sonrío de medio lado. Eso o la beso. Así que mejor sonrío, no quiero cagarla tan pronto.

Además, me gusta cómo se tensa, cómo le bailan los ojos y busca dónde poner las manos como si en vez de dos tuviera ocho. Ay, si pudiera, yo sé un lugar muy bueno donde poner las mías.

—No uso. Son muy caros y prefiero emplear mi dinero en cosas más relevantes. El sueldo de bibliotecaria no da para muchos caprichos.

—Así que no eres caprichosa, hueles bien, te gusta leer, el vino y el mar. ¿Cuál es tu mayor defecto, Inma? Porque alguno tendrás, ¿no?

—Todos tenemos defectos. ¿Cuál es el tuyo? ¿Aparte de esa arrogancia que te empeñas en que veamos?

—Yo he preguntado primero.

—No sabría decirte cuántos tengo, supongo que los descubrirás si me quedo mucho tiempo en tu casa, y al final nos hacemos amigos.

—¿Quieres ser mi amiga? —tanteo subiendo mi mano a su pelo, quitándole una onda que me impide ver esos hermosos ojos verdes, acortando la distancia entre nuestros rostros.

—¿Tú no? —No se aparta, aunque ahora es ella la que parece una estatua. Sin embargo, su piel arde como la mía.

—Puede. No te conozco lo suficiente para saberlo. —Le guiño un ojo y mira al cielo, pidiendo clemencia. Sonrío por su cara de resignación y continúa hablando.

—Imagino que mi defecto más grande es mi testarudez. —Sonríe con timidez y esa sonrisa se va directa a mi entrepierna que palpita igual que mi pecho. Joder con la pelirroja, estoy sufriendo más yo con el interrogatorio que ella—. Sí, también soy muy visceral e impulsiva, aunque nunca me arrepiento de mis decisiones.

—Eso es un signo de madurez.

—Es posible. Por otro lado, no sé si es una virtud o un defecto, según se mire, pero me puede la curiosidad. Mi naturaleza aventurera que a veces me lleva por caminos singulares, mis ganas de que todas las historias que pasan por mis manos acaben bien, porque me gustan los finales felices, y si no los hay, los busco.

Esa confesión me hace reír. Su rostro se tensa de nuevo, no sé si es enfado o molestia, si me va a tirar lo que le queda en la copa encima o se va a marchar, pero no puedo evitarlo.

Uf, cómo me pones Inma. No sabes el poder que tiene esa mirada y esos labios que ahora encoges de rabia.

—Interesante. —Pongo cara de incógnita y sigo tanteando más sobre su vida—. ¿Te gusta investigar historias tristes para ponerles un final feliz?

—Ya, dicho así suena raro. Pensarás que soy una ilusa, una soñadora. Una… Yo qué sé. Pero no es exactamente así, yo no busco historias tristes, a veces son ellas las que vienen a mí.

—¿A ti?

—Por ejemplo, la de los bebés que te conté ayer, la vi en un periódico que se dejó mi profesor de Historia en el instituto. Era mi último año y él estaba sustituyendo a nuestro tutor que lo acababan de operar. Se dejó el periódico en la mesa y al dárselo me fijé en la noticia. Algo me chocó en la imagen, algo que no debería estar ahí y comencé a darle vueltas hasta que…

—Hasta que averiguaste lo que no te cuadraba.

—Exacto. Hubo otro caso, un tiempo más tarde, de una novela que me recomendó leer ese mismo profesor. Me la dejó en mi mesa, cuando ya trabajaba como bibliotecaria a media jornada; era de una familia de Trasmoz.

—¿Y acabaron comiendo perdices?

—No. A pesar de ello, del dolor y la pérdida, terminó bien. Todos pasaron página. —Observa el fondo de su copa, me mira y se lo acaba—. Independientemente de lo que puedas pensar de mí, dos cartas empujadas por el viento cayeron en mis manos el día que te conocí. Y no me refiero al que me alquilaste la casa, si no al sábado anterior cuando miraba ese trasero tan firme que tienes y me tropecé con un señor mayor al que casi tiro al suelo. Esas cartas hicieron que volviese a este lugar, pasease por esa calle y te encontrara. ¿Destino o casualidad?

—No existe el destino, lo creamos nosotros cada día.

—Pues entonces será casualidad. Esa que hace que pases por un sitio un día cuando no pensabas ir, que te tropieces por mirar a un chico que luego vas a conocer y te va a alquilar una casa sin razón. Esas cartas llegaron a mí igual que tú, por algún motivo que pienso descubrir.

—Eso es muy halagador, pero yo no soy un misterio. Soy lo que ves.

—Esta noche veo a un hombre distinto al de ayer. ¿Cuál de los dos eres?

—Los dos. Depende de las preocupaciones. O de las distracciones.

—Pues relájate y disfruta. Busca un momento para hacer lo que quieras, porque el Gael de hoy es mucho más atractivo que el de ayer.

—¿Soy atractivo? —Me da un empujón en el brazo, y por inercia lo agarro antes de que vuelva a su lugar, atrayéndola hacia mí.

—No te hagas el tonto, lo sabes de sobras. —Se aparta sin dejar de sonreír… y temblar. Me relamo hambriento de ella.

—¿Y dices que no eres especial?

—Sí, soy una mujer normal, no tengo grandes aspiraciones. Soy feliz con lo que tengo, no quiero más.

—Dices que busque un momento para hacer lo que quiera. —Si tú supieras lo que anhelo en este precisamente…—. Y tú, ¿no hay nada que desees con intensidad?

—Me gusta ayudar, hacer felices a los que no lo son y disfrutar de lo que la vida me ofrece. Por ejemplo —abre los brazos mostrándome la playa, el bar, las olas—: este momento contigo, el sonido del mar mezclándose con el de la música de *Crazy* de Aerosmith. En serio, ¿dime que no te parece una locura digna de admirar, disfrutar y sentir? ¿Dime que no es el paraíso y que en este instante no eres feliz?

¿Y qué contesto yo a eso?

¿Me lanzo a su boca y lo averiguo dentro de ella? ¿O me quedo quieto, mudo y sin aliento?

¿Qué es en realidad la felicidad?

¿Mirarla, grabarla en mi retina para no olvidarla mientras viva, o besarla hasta desgastarla? Tal vez sentirla bajo mi piel, y a ser posible, también encima de ella.

Por suerte no me ha dado tiempo a contestar, puesto que se ha levantado y camina en dirección a ese mar que adora, iluminado únicamente por la luna llena. Parece brillar más con su presencia, como si quisiera guiarla hasta ella.

No soy romántico ni ñoño, no me gustan las cursiladas y odio que me abracen más de cinco segundos seguidos, pero juro por Dios, que esa mujer es el animal más bello del mundo, y que si pudiera, me perdería en sus brazos, en su cuello y, cierta parte de mí que salta alborotada, entre sus piernas. Aquí, en la luna o en donde se ha sentado mirando al mar.

—Jefe, ve tras ella o se te escapará. —Mateo, mi segundo de a bordo me da dos palmaditas en el hombro antes de retirar las dos copas de la mesa. Lo miro y me señala dos hombres que caminan en diagonal recién salidos de otro chiringuito, probablemente con unas cuantas copas de más. Entre bromas y empujones van hacia la orilla, saboreándola con la imaginación antes de acercarse a ella.

—No es mía.

—¿Quieres que lo sea? —Parpadeo. Claro que quiero, pero no me atrevo. ¿Y si la cago? ¿Y si se va y me abandona? Bastante dura es la soledad como para llenarla de recuerdos amargos. Prefiero no tenerlos a sufrirlos.

Mis ojos se van hacia esos tipos y un sudor frío me hiela la sangre. Maldita sea, ¿y si le hacen algo?

—Van doblados, creo que no se la verían ni aunque la tuvieran delante, pero por si acaso, yo no me lo pensaría mucho. —Entrecierro los ojos, cojo aire y me muevo.

—Gracias, tío.

Voy hacia esa mujer que hace un minuto me retaba, que ahora creo que gira la cabeza invitándome a seguirla. ¿Está jugando conmigo o es solo un impulso?

Acelero el paso, mis pies se hunden en la arena y mis pensamientos en su belleza. Nuestra distancia era más corta y en línea recta, por lo que los dos tipos se detienen al ver que me siento a su lado.

—Llegas tarde, ya creía que no vendrías.

—¿Me estabas esperando?

—Puede. Quizás una parte de mí lo hacía.

Y el verde de sus ojos me atrapa en esa espiral de deseo, la que mueve mi cuerpo y lo inclina hacia ella. No puedo detenerme. No quiero.

Estoy jodido. Lo sé.

17

Besos con sabor a sal

Inma

Gael… Su nombre me agita; pensar en él me excita. A su lado cualquier emoción es más intensa, cualquier pensamiento más ruidoso y las dudas… resistentes y poderosas. No me da tiempo a pensar una respuesta cuando aparece otro interrogante en mi mente. Entonces llega un impulso y lo empuja, lo echa dando paso a una de esas sonrisas que me alegran el alma; que me atrae como la mosca a la miel; que me hace repetir el procedimiento y volver a caer en él.

¿Por qué? Ni idea. Pero me gusta la idea de hacerlo reír. Me encanta ser yo quien provoque ese cambio de humor, quien haga que desaparezca el Gael arrogante y necio para sorprenderme con el bromista y seductor, el que hace que me bulla la sangre y me estalle el pecho.

Una decisión inesperada me ha traído a la orilla, una voz en mi interior me decía que debía alejarme de él para pensar con claridad el siguiente paso. Nunca le he contado a nadie mi don, ni hasta donde soy capaz de llegar por él. Le he explicado quien soy, lo que hago y no se ha reído, ni me ha tachado de loca. Me ha escuchado como si le importara, como si me creyera.

Sé que tampoco es que le haya dicho enteramente la verdad, pero sí lo que busco, y en ningún momento se ha apartado. Al contrario, se ha acercado aún más, y eso no sé si me asusta, me desconcierta o me provoca hasta el punto de desear que lo haga más a menudo.

¿Le gusto?

¿Me gusta?

Ese sexto sentido que a veces me mueve, como el viento mi pelo, me hace girar la cabeza hacia atrás y lo veo, noto su mirada clavada en mi cuerpo. Mi corazón salta de forma espontánea y sonrío por inercia. Eso le da pie a venir hacia mí. Mis músculos se tensan, el pulso se me acelera y la necesidad de su presencia a mi lado aumenta.

—¿Me estabas esperando?

—Puede —digo en voz baja sin dejar de mirar esos profundos ojos oscuros—. Quizás una parte de mí.

Un segundo o un minuto, no sé el tiempo que me pierdo en el pozo de su mirada, sé que son sus labios los que me rescatan y a la vez me ahogan con su calor, su fuerza, dulzura y pasión. Un instante es una eternidad en su boca que hace de este momento inmortal.

He besado a varios hombres en mi vida, diría que una decena, pero no recuerdo un tornado de fuego arrasar mi cuerpo de arriba abajo, ni hacerme sudar como si estuviera cavando en el desierto a plena luz del día.

Sus labios rozan los míos despacio, pidiendo permiso para entrar en mi boca, en mi vida y en mi memoria. Los abro y un mundo nuevo aparece frente a mí. Uno de fantasía; de cuentos y leyendas como en esas novelas que me gusta leer; de suspense por lo que pueda pasar después del beso; de esperanza porque sin querer he encontrado la felicidad. Porque puede ser este beso que me aturde y me abruma, que me da paz y me atormenta, que me acelera el corazón, lo detiene y lo vuelve acelerar.

No sé si estoy sentada o floto, si el agua me baña o es su saliva la que me moja entera. Lo único que sé es que mi lengua sigue bailando con la suya abrazadas, dando vueltas con frenesí en una danza que debería estar prohibida porque puede matar de deseo. Aunque también resucitar una vida que hasta ahora creía feliz, pero que después de este beso, puedo asegurar que esa efímera felicidad dejará de existir.

O tal vez sea él, el que la crea con sus besos y la destruye cuando se acaban.

Nos separamos para respirar, y entre jadeo y jadeo me bebo su aliento. Una leve sonrisa suya baila con la mía y me invita a otra

danza imposible con su lengua. Nuestras frentes se separan para juntar nuestros labios de nuevo y desaparecer en el infinito, entre el mar y el cielo, entre olas de fuego y besos con sabor a sal, a duda, a esperanza y anhelo.

Besos sonoros, húmedos, cálidos y dulces. O solo es uno largo e intenso que da vueltas en mi mente haciéndome creer que son muchos. Su mano en mi mandíbula me atrapa como su boca en esa espiral de deseo que mueve nuestras lenguas, sacude nuestro cuerpo y el poco entendimiento que nos queda. Ese pulgar inquieto que me acaricia, esos gemidos que vuelan en el aire al compás de nuestros latidos.

Dios, qué beso. Nunca he estado completa, llena, hasta que su boca ha encajado en la mía. Sin aliento; sin fuerza; por obligación, pues necesito respirar, me separo de él lentamente con los ojos cerrados y el corazón abierto.

Gruñe. Sonrío. Respira agitado. Lo miro, sus ojos brillan con una luz diferente, tan oscuros como la noche y, sin embargo, su luz ilumina mi cara. Dos luceros radiantes que me atraviesan como espadas tatuando su nombre en mi pecho.

—Eres pura droga: adictiva, intensa, pero después de probarte me dejas sin fuerzas, atontado y con ganas de subir a esa noria de emociones de nuevo. Me acabas de convertir en un yonqui de tus besos. —Su voz ronca me abrasa el cuello.

—¿Eso es un piropo o una amenaza? —indago entre nerviosa y contenta, sin tener muy claro si alejarme o lanzarme a su boca como un náufrago a una balsa salvavidas.

—Depende. ¿Eres una promesa en el aire o un rayo de esperanza?

—Solo soy yo. Una mujer que vive cada día con ilusiones renovadas, que le gusta creer que todo es posible, y que puedes tener lo que deseas si luchas por ello. Cueste más o cueste menos, jamás debes rendirte.

—Entonces no lo he soñado, eres real. Eres esa fuerza sobrenatural que puede hacerme volar muy alto o caer muy bajo, esa persona que tanto me anunció mi madre que llegaría. —Ahora soy yo quien le pone la mano en la cara, lo atraigo hacia mí y rozo

sus labios, respiro en su boca y susurro un: «Estoy aquí, y no pienso moverme hasta que me eches».

—Eso no ocurrirá. —Sus ojos me atraviesan de lado a lado, y me derrito por dentro por la sencillez de esas palabras, por lo profundas que han sonado.

Sonríe y me muerde el labio inferior. Me mira de nuevo como si fuera la primera vez. Con un dedo me acaricia cada línea de mi rostro y un grito de placer quiere escapar de mi garganta. Baja la mano por mi cuello, esta vez abierta colmando mi mente de deseos. Luego suspira, se relame los labios y aspira cada centímetro por donde han pasado sus manos. Gimo anhelante y freno su mano.

—¿Tan mal me he portado que me estás torturando?

—¿Crees que te estoy castigando? —Asiento y sonríe. Una de esas sonrisas que cubren toda la cara—. No, pelirroja. Solo te estoy degustando antes de saborearte de verdad.

Abro la boca sorprendida por la fogosidad de su comentario, por su amenazante mirada que aprovecha mi asombro para morderla, lamerla, humedecerla lento, sin prisa, hasta que se adentra en ella con una fuerza descomunal y me ahogo en jadeos. Arrasa con mis cinco sentidos y también con los extras. Mi mente evoca esa canción de India Martínez y Andy Rivera, la de *Cinco sentidos*, y mi cuerpo se mece con ella; con él; con esta escena de película frente al mar.

Sus brazos me rodean, su piel quema y sus manos, grandes y recias, comienzan a dibujar senderos en mi espalda. Caminos que recorrer desde la nuca hasta donde comienzan mis posaderas. Y yo, yo me fundo en su abrazo, en ese calor. En el fuego que desprende cada rincón de su piel que cuanto más se pega a la mía, más me acomodo en su duro torso. No me doy cuenta de lo a gusto que estoy hasta que un gemido escapa de mi garganta por el único hueco que dejan nuestras lenguas, y él gruñe. Me aprieta más fuerte contra su cuerpo, sus manos suben a mi pelo, a mi cuello y de golpe, me separa de la prisión de sus labios. Me quejo con la mirada.

—Inma…

—Gael… No te detengas.

—O paro o vamos a montar un espectáculo de los grandes sin cobrar entrada. —Me aparto un centímetro y miro por encima de su hombro, varios clientes del bar nos miran desde sus mesas.

Algunos camareros disimulan, pues también estaban anonadados observando a su jefe, y grupos de amigos al otro lado, sentados en la arena, se ríen y nos aplauden. Hundo la cabeza en su pecho y comienzo a reír, una de esas risas tontas que te entran, te dejan floja, acabas llorando y con un dolor de costillas que te dura media hora. Me peina el pelo y me abraza más fuerte sin dejar de mirarme.

—Veo que te hace gracia nuestro descuido. Somos adultos, ¿sabes? Deberíamos dar ejemplo a esos jovencitos y no al contrario.

—Tienes treinta años, no ochenta. Puedes besar a quien quieras, donde quieras y cuando quieras.

—Voy a cumplir treinta y uno en agosto, en menos de un mes, y si no me detengo hubiéramos hecho algo más que besarnos, créeme. —Mira hacia su entrepierna y me sonrojo, luego me echo a reír de nuevo.

—Menos mal que a mí no se me nota.

Ahora nos reímos los dos a carcajadas y nuestras mentes se relajan. Se dispersan mirando al mar, a un barco a lo lejos, a la luna, confidente de nuestra locura.

—¿Volverás mañana?

—Por supuesto. Aún me tienes que contar quién eres. Quiero saberlo todo: tu infancia, tu juventud, tus escarceos amorosos y hasta tu lista de la compra. Ahora más que nunca quiero descubrirte, saber quién hay aquí. —Doy golpecitos en su pecho con el dedo—. Pero, sobre todo, quién hay aquí. —Le toco en la sien.

—Está bien. Pero si te desnudo mi alma, tendrás que vestirla con besos como estos cada día. Necesito ropa nueva y si está hecha con tu boca, creo que voy a tener que llenar los armarios. —Sus dedos acarician mis labios a la vez que su mirada, y yo… Yo no sé qué decir a eso.

Jamás me han dicho algo tan bonito.

Nunca habría imaginado que fuera un hombre romántico.

Porque ha sido romántico, ¿no?

¿O solo a mí me lo ha parecido?

18

Perdido

Inma

Me despierto azorada, con mil ideas revoloteando en mi cabeza y poco tiempo para desarrollarlas. La primera, enviarle un mensaje a Lolo diciendo que me venga a buscar mañana a la biblioteca, sé que el profesor Ribas estará a las ocho, y es posible que se quede hasta la hora de cierre, por lo que, si Lolo está allí, no tendré que poner excusas para cenar con él si me lo pide, y si no, tampoco habrá ningún problema. Por otro lado, Inés, mi compañera de turno ávida lectora y futbolera como la mayor *hooligan* de Inglaterra, podrá fijarse en mi rubio surfista y conversar con él mientras yo acabo de recoger. Quien sabe, a lo mejor el lunes mato dos pájaros de un tiro y coloco a mis chicos en la parrilla de salida para que puedan hacer la mejor carrera de su vida; esa que tanto me gusta y en la que hasta ahora nunca me había dado por participar.

De momento, hoy me voy a concentrar en César y Nuria, y en descifrar el enigma de ese amor perdido en el tiempo. Ya he descubierto, gracias a la hemeroteca, que hubo dos tormentas muy fuertes en el año 99 y una en el 98. Dos barcos salieron del puerto de Valencia, uno de Tarragona y cuatro del de Barcelona. Todos atracaron en Cerdeña en algún momento de su viaje, y tres de ellos en Córcega, aunque no fuese su destino final. De esos tres, todos pasaron por Mallorca y dos de ellos por Menorca e Ibiza. Me voy a centrar en esos dos, que al ser buques portacontenedores, Lolo, ha descubierto que iban treinta y seis tripulantes en cada uno, por lo que, sumados, tengo setenta y dos personas a las que investigar estos días. Espero encontrar algo, porque si no tendré que volver para atrás y revisar el resto de buques.

El miércoles tengo una entrevista con Alfonso Herrero; el periodista del Castellón diario, y el jueves con Francisco Puigcorbé; reportero del Levante EMV por aquellos años. Espero solucionar pronto el tema de los posibles contratiempos que pudieran haber sucedido en el tema marino, de los fallecidos o enfermedades raras que se pudieran dar en esos años, si se diera el caso, o de alguna noticia relevante que pudiera afectar a los pescadores y sus itinerarios.

Incluso, según cómo vayan las conversaciones, podría pedirles que me recomendaran algún grafólogo amigo de ellos, o tal vez un empleado del diario que pudiera darme alguna pista más con la letra. Necesito saber si ese hombre está vivo.

Por otro lado, está el logo, que, aunque yo no he encontrado nada en Internet, pues está bastante descolorido y le faltan trazos, mi querido César es probable que tenga más suerte que yo con esas aplicaciones que usa.

Me preparo unas tostadas mientras la cafetera hace su trabajo, pero la sensación de que alguien vigila mis movimientos me hace desviar la mirada al exterior. Me dirijo a la puerta de la cocina, que he abierto antes debido a la alta temperatura que hace, como cualquier mañana de julio en esta zona de la península. Asomo la cabeza y veo a un hombre alto de complexión fuerte, con pelo abultado tirando a canoso, de espaldas a mí mirando al mar. Vuelvo a la cocina, agarro una sartén y regreso hasta ese desconocido con mi arma en la mano, furiosa por la invasión de mi intimidad.

—No grite, ya me voy. Perdone el atrevimiento, estoy… Me he perdido —menciona sin ni siquiera mirarme y me asombro por su intuición.

—¿Cómo ha llegado hasta el porche? ¿Sabe que allanar una casa es delito?

—Yo… Lo siento. Simplemente he venido.

—¿Simplemente ha venido?

—Paseo todos los días por la playa buscando a alguien y sin darme cuenta, llego hasta aquí.

—¿Viene todos los días a mi casa? ¿Desde cuándo? —rujo como un león en medio de la sabana africana.

—Eso ha sonado muy feo, ¿verdad? No me malinterprete, no quiero robarle. Yo… Lo siento, de verdad, últimamente estoy un poco perdido.

—Perderse no es la mejor excusa para impedir que llame a la policía.

—No, por favor. Conocí a alguien cerca de aquí y… pensé que, si regresaba, si volvía a pasear por la playa, volvería a ver a esa persona y le pediría perdón por todo el daño que le hice.

—Esa está mejor. Aun así, no es motivo para entrar hasta aquí, es una propiedad privada. ¿No ha leído el cartel?

—Lo cierto es que no. Estaba pendiente de ella, de verla. No he quedado en una hora en concreto y no sé cuándo aparecerá. Hacía tanto tiempo que no venía a este lugar que…

—Se ha perdido —termino su frase, sintiéndome mal por gritarle, por ver cómo agacha la cabeza, arrepentido.

Parpadeo varias veces, esto es insólito. Suena el timbre con insistencia, miro a la puerta y lo observo a él, tan confundido como yo.

—No se mueva, voy a abrir a mis amigos y nos explica de dónde viene y a quién busca. Quizás podamos ayudarlo. César es muy bueno navegando por la red.

Corro que me las pelo, abro la puerta, levanto el brazo para saludarlos dejándolos con la palabra en la boca y me dirijo hacia el hombre que ha allanado mi dulce morada. Giro la cabeza hacia los lados, pero no está. «¡Maldita sea!, se ha ido corriendo. ¿Tanto miedo tenía a que llamara a la policía?». «¿Sería un delincuente de verdad?». Las dudas asaltan mi mente, pues la verdad sea dicha, no parecía un ladrón, solo un hombre desorientado. Quizás he sido muy dura con él, y ahora me sabe mal que se haya ido así, sin poder ayudarlo.

Me asomo al jardín del vecino, por si ha saltado por ahí en su huida. Puede que lo conozca, si dice que antes venía por aquí, y haya ido a saludarlo. Sin embargo, no veo a nadie.

—Oye, para habernos invitado a tu casa, eres un poco antipática, ¿no? ¿Dónde están los «Buenos días, Cesar», a los que me tenías acostumbrado?

—Y Nuria, que yo también existo. Estoy aquí —levanta el brazo a modo de saludo—. ¿O acaso soy invisible? —La ignoro, pues sigo con la mosca detrás de la oreja.

Los dos persiguen cada movimiento que hago con la mirada. Me dirijo a la barca hundida en la arena, voy hasta el final del camino y ellos me siguen sin entender nada.

—Inma, estás un poco rarita, ¿no te parece? Más de lo normal, que ya es decir. ¿Se puede saber qué coño haces? —grita Nuria deteniéndose, harta de ir tras de mí. Suspiro frustrada y les cuento.

—Cuando habéis llamado al timbre estaba hablando con un hombre.

—Ah, ¿y dónde está?

—Lo estoy buscando. Estaba apoyado en la columna de madera contemplando el columpio o el chocar de las olas en la orilla. No lo sé. Lo he pillado *in fraganti*, y lo he amenazado para que se fuera. Después de pedirme que no me asustara, de contarme que se había perdido, me iba a explicar a quién estaba buscando, pero habéis llamado vosotros, y el que se ha asustado ha sido él.

—Suerte ha tenido que no lo he pillado, porque entonces sí que se iba a asustar.

—No vaciles tanto, machito, que todavía no te he visto matar ni una mosca —le increpa mi amiga.

—Juro que no entiendo cómo ha podido irse tan rápido, no tenía pinta de ser atleta, aunque tampoco es que estuviera muy gordo. —Me rasco la cabeza, me froto la barbilla y repaso cada rincón desde el columpio a la playa, incluidas las paredes que dan al porche de los vecinos, pese a ver una separación de al menos un metro entre casa y casa.

Es imposible que haya saltado, se lo veía cansado. Tenía los hombros bajos como si llevara a cuestas una mochila enorme.

—¿Por qué no llamas a la policía? ¿Te has fijado en sus rasgos? Puedes hacer uno de esos retratos robots con los que rastrean a la gente —sugiere César.

—A lo mejor es un ladrón de poca monta, que has cazado sin querer antes de cometer su hazaña. Ha disimulado que pasaba por

ahí y cuando ha visto la forma de salir corriendo, ha salido por piernas.

—No le he visto la cara, estaba de espaldas mirando al mar. Su voz era grave, pesada, melancólica. Bastante alto, robusto y con el pelo entre gris y cano, muy espeso y abultado.

—Eso no es mucho como información, no.

—No sé echarle la edad, puede que tuviera cincuenta y muchos, o quizás sesenta y tantos… Tal vez setenta. No tengo ni idea.

Hago aspavientos con los brazos, incrédula ante la estrambótica situación. César me mira entre preocupado y divertido. Nuria entusiasmada, deseando que le pasaran estas cosas a ella, teoriza sobre las infinitas posibilidades de por qué estaría ahí.

—¿Y si es un turista que está buscando a su amor de verano y no se acuerda bien de la dirección? ¿O decía la verdad y era un hombre que se ha perdido? Porque seamos sinceros, en esta calle todas las casas son iguales. A lo mejor iba a la treinta y ocho, en vez de a la cuarenta y ocho.

—Sigo diciendo que deberías llamar a la policía —gruñe mi exvecino subiéndose a la barca para tener mejor visibilidad de la playa.

—Si en vez de esa ropa oscura, se pone unos tejanos y una camisa, no podría identificarlo, ni aunque lo tuviera delante. Además, no tenía pinta de querer hacerme daño, no dejaba de mirar al horizonte. Yo creo que no mentía, que estaba desorientado.

—¿Cómo dices que va vestido?

—Pantalones marrón oscuro, camisa marrón de manga larga…

—¿De manga larga? Estamos a treinta grados y son las diez de la mañana. Jesús, a la gente se le va mucho la olla.

—La verdad es que su ropa no iba acorde con la temperatura. Aunque eso no significa nada, mi padre a veces va con chaqueta o americana de noche, independientemente de la temperatura que haga. Dice que viste más, y si sale a tomar algo con mi madre, no va a ir de manga corta y ella con vestido largo. Tienen que ir acordes.

—¿Quieres decir que para ir a buscar a su chica se viste formal?

—Si quiere dar buena impresión porque hace tiempo que no la ve… A ver, es cierto que al principio me he asustado y he cogido la sartén, pero luego su voz no parecía la de un maleante.

—Inma, la defensora de las causas perdidas.

Nos reímos y entramos a la cocina. Preparo dos cafés más y tostadas para los tres. Nuria saca un cuaderno y bolígrafos de colores, César su portátil. Me río porque no hace falta que diga nada, yo soy la aventurera, la defensora de las causas perdidas como dicen, pero ellos me siguen hasta el fin del mundo con las mismas ganas que yo; con la misma ilusión por descubrir el reino de esa princesa y qué fue de su príncipe del mar.

Con mi taza humeante en las manos los observo cómo hablan entre ellos. Nuria le da la Intranet a nuestro amigo, pero le resulta imposible acceder. Después de tres intentos por diferentes vías, se da por vencido.

—Ha de ser desde dentro, desde el ordenador del Centro de Salud.

—Y ahora, ¿qué? —interroga la morena mirándome.

—Tendrás que hacerlo tú —respondo mientras César le da un trago a su café con leche.

—Yo no tengo ni idea.

—Te guiaré por el pinganillo —contesta nuestro informático.

—¿Qué pinganillo? —Nuria arruga la frente, aún no se cree lo que le estamos diciendo.

—El que compraremos en la tienda de espías online. —Y en tres segundos sonríe pícaro con la *web* abierta, mostrándonos varios modelos. Lo miramos atónitas y se coloca el supuesto cuello de una camisa invisible—. Llámame, James.

—En todo caso, James sería yo, y tú el amigo; el de la tecnología que le guía desde la furgoneta blindada en la sombra. —Nuria arquea una ceja y pone cara de espía rusa con esa mirada frívola y sensual que ha dejado a mi amigo empalmado y babeando.

—Está bien que os metáis en el papel, chicos, pero ¿cuándo pensáis protagonizar la nueva peli de James Bond? Debería estar con vosotros, ya que esta búsqueda es por mi obsesión de ponerle un punto final a las historias que caen en mis manos.

—¿Me enseñas las cartas? Quiero fisgonear lo que escribió ese hombre para que estéis tan obcecadas con descubrir quién es.

—Claro. De hecho, quería que vieses el logo que hay en las dos, a ver si sabes decirme a qué empresa pertenece. Está tan desdibujado que no acierto a buscar uno que se le parezca.

—Eso es fácil. Se escanea y que Siri lo busque. Como el escaneo de huellas dactilares, ella busca la aproximación más acertada.

—Alexa, Siri… Cuántas amigas tienes últimamente, pillín —bromea Nuria y le da un empujón con el hombro.

Están los dos sentados el uno al lado del otro, y yo de pie recogiendo los platos y tazas. Me separo un poco para dejarles intimidad, esas chispas que salen de sus ojos podrían provocar un incendio y quemar al que pillen cerca.

—Amigas muchas, pero ninguna tan especial como tú, morena. —Se acerca a ella más de lo permitido por una amistad, y Nuria abre la boca, pasmada por el atrevimiento.

La muy inocente, tontea con él, pero cuando mi chico le echa huevos y la reta, ella se vuelve pequeña, miedosa y sale disparada hacia el lado contrario. He de ayudarlo.

—Todas te queremos, ¿verdad, Nuria? —Por detrás, los agarro de los hombros y los junto un poco más, casi pueden respirar de su aliento cuando sus narices se rozan. Ahora o nunca—. Voy a por las cartas.

Tardo más de lo normal, ya que no oigo nada en la cocina. Las he puesto entre las páginas de un libro que se dejó el profesor Ribas el último día. Este hombre tiene un don para los misterios, para escoger buenas historias, pues todas mis aventuras han sido gracias a él, sus descuidos o sus regalos.

La novela parece muy interesante, y la portada es… inquietantemente familiar. Va sobre un hombre inmigrante que llegó a España hace treinta y cuatro años, sin papeles desde Bolivia. Solo, en un país desconocido, trabajando de cualquier cosa y manteniendo sus principios morales; su bondad y su humildad, a pesar de los obstáculos que le iba poniendo la vida en medio del camino. Trabajó de todo: como marinero en un buque, de estibador, de jardinero, de

fontanero, en la construcción y hasta de camarero…, pese a que en su país había estudiado Empresariales. No he podido leer mucho más, ya que por la noche me entretengo con un morenazo de ojos oscuros que me está robando el corazón con sus palabras y el alma con sus besos, pero hoy intentaré dedicarle más tiempo, pues algo me dice que la historia de ese hombre es muy dura, y que no tiene un buen final.

En cambio, la de mis amigos…

¿Se habrán besado ya o habrán huido de esa atracción, tan rápido como el extraño tipo de hace una hora?

Dice que viene todos los días. ¿Volverá mañana?

Ojalá. Lo estoy deseando.

19

Un amor de verano

Gael

No he pegado ojo en toda la noche pensando en ella, en el calor de su boca y la insolencia de su sonrisa. Lo tentadora que es cuando me reta, el poder que ejerce en mi cuerpo cada vez que escucho su voz, se contonea o me clava sus ojos verde agua, invitándome a nadar en ellos.

Sé hacerlo. He pasado muchos veranos surfeando olas de tres y cuatro metros en el Cantábrico. Estuve un año en Australia, compitiendo con surfistas de todo el mundo para lograr ser el tercer mejor alumno de la academia de ese año. Además, aprendí de Kurt y Steven, los mejores profesores de ese deporte acuático a ese lado del planeta. Sin embargo, cuando estoy con ella me ahogo, pierdo cualquier conocimiento aprendido sobre cómo superar el miedo a que te falte el aire. Con ella me falta la respiración y me sobra la ropa.

Y ahora estoy aquí, frente a la casa que me vio nacer, intentando luchar contra el magnetismo de esos recuerdos tan dolorosos y a la vez tan entrañables. Intentando crear unos nuevos con esa mujer, que puede ser un amor de verano o el amor de mi vida; una rosa de grandes pétalos, que al regarla con mis besos sea fuerte y duradera, o una rosa con más espinas que hojas y cuando la toque me deje el cuerpo lleno de agujeros, que escuezan, que me hagan sangrar con su recuerdo.

¿Qué sucederá? No lo sé, pero dicen que en el riesgo está el juego, que quien no arriesga no gana y quien no siente no vive, y yo anoche sentí más cosas con esos cuatro besos que nos dimos, que en mis treinta años de vida. No sé quién es ni qué es lo que

pretende, si volverme loco con sus impulsos o calmarme con su frescura, pues una caricia suya es un incendio en mi memoria. No os puedo explicar lo que significaron ese baile de lenguas en el resto de mi anatomía, pero sí os puedo asegurar, que el infierno es solo un kilómetro del cálido desierto al que estoy a punto de entrar cuando cruce esa puerta. Cuando le diga que quiero más, que por ella lo cruzaría cada día, que me quemaría mil veces si al día siguiente resurgía de mis cenizas para volver a sentir esa tortura.

Pero mi duda no es lo que yo haría, si no lo que ella está dispuesta a hacer, a sentir… por mí. Por un desconocido que le ha alquilado la casa de sus sueños; lo que no sabe es que es la pesadilla de los míos. Aun así, por ella, por ese sentimiento kamikaze que me inunda cuando estoy a su lado, estoy dispuesto a cruzar el Mediterráneo a nado, naufragar en sus ojos y perderme en su boca.

¿Estamos en el mismo barco o me voy a subir yo solo? ¿La estoy cagando por llamar a su puerta o estoy dando un paso adelante en nuestra singular situación?

Gabriela dice que no soy un niño, que debo atreverme a vivir, a jugar con fuego; que debo pensar en mí y en lo que realmente deseo. Y la deseo a ella, más que un niño un caramelo o un adulto que le toque la lotería.

Pero decirlo es muy sencillo, lo complicado es ponerte delante y confesar lo que quieres sin parecer un necio, un tonto o un vulgar Casanova.

Cierro los ojos, cuento hasta tres, los abro y llamo al timbre. Miro los rosales de la entrada, arranco la flor más bella de todas las que hay y escondo la mano. Su cara de asombro me encoge el estómago, me hace sudar y salivar como un adolescente en su primera cita. No sé qué decir, no estoy preparado para su respuesta.

—Gael… ¿Qué haces aquí? ¿Habíamos quedado? —Ladea la cabeza, se muerde el labio, sus ojos bailan confundidos y a mí se me ha olvidado el idioma con el que me he criado. Solo recuerdo uno, y no hay que hablar ni hacer sonidos, aunque con ella siempre se me escapa alguno.

Doy un paso hacia Inma, aun dudando de si es buena idea. Se sonroja, suspiro, y le enseño la rosa. La observa un segundo, me mira y la vuelve a observar. Una colosal sonrisa se dibuja en su cara, y sin tocarla, casi sin respirar pendiente de su reacción se lanza a mi cuello.

—Así me gusta, que cuides a tu inquilina —susurra sensual en mi oído. Lo besa, lo lame. Un ruido extraño sale de mi boca y la aparto. No era un jadeo, ni siquiera un gemido. No sé lo que era, pero me ha salido de las entrañas—. ¿No te gusta mi forma de agradecértelo?

No respondo, la callo con mi boca que atrapa la suya por necesidad, por ese impulso y esas ganas locas de sentirla. La abro con mis labios y la lleno con mi lengua. Una vez y otra. Y otra. Repaso con ella cada milímetro de su interior, recreándome tanto como puedo, abrazando con entusiasmo su lengua. Juntas hacen maravillas. Encajan tan bien que traspasan su humedad al exterior y mi frente se perla con las gotas que brotan de ella. El calor se expande por el resto del cuerpo y la excitación se centra en mi entrepierna, que empuja y empuja queriendo escapar de la tortura. O pidiendo más, no estoy seguro.

—Ejem… Ejem… —Oigo a lo lejos, mientras mis manos recorren su cintura.

—Si os movéis un poco, podemos cobrar por el espectáculo, hay dos señoras en la esquina que estoy convencida de que pagarán lo que les pidamos. —Una voz femenina, algo estridente frena mi deseo de seguir, y diría que el de Inma también, que se separa a regañadientes mordiéndome el labio como despedida.

—Aguafiestas —suelta haciendo morritos. Joder, qué buena está y cómo me pone ese gesto inocente… O no. A lo mejor me está provocando para que pierda los papeles delante de sus amigos. Céntrate, Gael, no creo que le gusten los cavernícolas—. Vosotros os habéis besado hace cinco minutos y no os he detenido, al contrario, me he ido a simular que tenía otros quehaceres. —Estira de mi brazo y cierra la puerta de golpe. La miro alucinado por el genio que gasta y la sigo.

—Estábamos en tu cocina, no en medio de la puerta de la calle, donde cualquiera puede disfrutar con vosotros de la función. Pero oye, por mí podéis seguir, yo prefiero vivir la película que verla. —El amigo levanta los brazos dirigiéndose a la cocina, agarra de la cintura a la morena y le planta un beso que nada tiene que envidiar al que nos hemos dado—. Vamos, Velma, tenemos que seguir con la investigación.

—¿Cuál de ellas? ¿La del logo o la de sus cuerdas vocales? —ataca mi pelirroja.

—¿Cuál prefieres, morena? —dice César guiñándole un ojo a Nuria, que enrojece más que un semáforo al sentirse observada.

Él no se detiene y le agarra el mentón, tatuándole un nuevo morreo, de los que dejan huella en los labios y en el corazón. Joder, con el abogaducho de pacotilla. ¿O era contable?

Pero, vamos a ver, ¿ella no era la novia del rubio, el de la mudanza?, ¿el que tenía pinta de profesor de surf?

Me rasco la nuca sin entender nada y miro hacia la mesa, veo las cartas de las que me habló mi bibliotecaria sexi, pese a que no las miro, y al chico que comienza a teclear en el portátil.

—¿Quieres un café o un té? —me pregunta desenredando sus dedos de los míos, y no puedo evitar contemplar el gesto con resignación al sentirme abandonado.

—No, gracias. Yo… —Me da vergüenza sentirme así y doy dos pasos atrás—. Si te he pillado en mal momento, me voy, ya nos veremos luego. Porque vendrás esta noche, ¿no?

La extraña parejita me mira y la mira, cual partido de tenis en su máxima tensión.

—Ni hablar. Ha sido toda una sorpresa que vinieras, no pienso desaprovecharla. Aunque tengo que decir que esta mañana está siendo toda una aventura.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué? ¿Habéis encontrado alguna pista sobre quién escribió esas cartas?

—Por supuesto. —El amigo, en modo vacile, hace ademán de limpiarse una medalla ficticia en el pecho y coloca la pantalla para que la vea Inma, que acaba de poner la rosa en un vaso de tubo con

agua—. Aunque no creo que se refiera a mi aporte en la búsqueda, sino más bien a… «las visitas inesperadas» que ha recibido hoy.

Mi estupor debe reflejarse en mi cara porque Inma gira la cabeza instantáneamente hacia el porche, evadiendo la pregunta muda que vuela en el aire.

—¿Es el mismo logo? —Vuelve a mirar la pantalla del ordenador y evitar así la respuesta a la cuestión silenciosa que le he preguntado con la mirada, y que ha ignorado de forma sutil—. ¿Estás seguro? —Coge las dos cartas, las compara con la imagen del portátil y asiente con la cabeza—. Eres la hostia, Scooby.

—Venga ya, yo soy Fred. Mírame bien, ¡soy el más guapo! —gesticula bromista el hombre.

—Nah, el más guapo es Scooby. Y el más cariñoso… —comenta Nuria.

—Y miedica… —se cachondea Inma.

—Ese es Shaggy —protesta la amiga. Te lo puedo asegurar.

—Chicas, frenad. Yo no soy un perro —las dos lo miran divertidas con las cejas levantadas—, solo soy perezoso. Pero me parezco más a Fred, aunque solo sea por lo de humano.

—No eres rubio ni blanco de piel. De hecho, tienes el pelo castaño y la piel tostada. Además, odias el deporte, te encanta dormir, ver la televisión y los ordenadores, que por aquella época podrían ser juegos. Ah, y siempre eres el primero en descubrir algo. ¡Eres Scooby!

Las dos se ríen a carcajadas durante un rato y luego me miran silenciando sus risas de golpe. Se ponen a un lado cada una, se dicen algo con los ojos y asienten.

—Él es Fred. Y Lolo, Shaggy, eso es más que evidente.

—A mí no me metáis en líos, yo acabo de llegar.

—Ja, ja, ja, ja. Tal cual.

—Y tampoco es que sea muy rubio que digamos —gruñe César, el afectado por el reparto de personajes.

—Pero es deportista, un seductor de manual, algo conformista y…

—Vale vale, ya lo he pillado.

Unos minutos más tarde, cuando ya se han apaciguado las risas, apuntan su nuevo descubrimiento.

—Entonces, ¿te unes al grupo, guapetón? —me tantea Nuria.

—Te hago un resumen de lo que tenemos hasta el momento y nos dices qué opinas —tercia Inma, dándome un pequeño margen para salir corriendo.

—De acuerdo. —Alzo los brazos entre sonriente e intrigado, pues nunca he pertenecido a ningún grupo tan singular como este.

—Nuestro hombre era marinero u oficial. Se fue en un buque mercantil de Transmediterránea por trabajo y dejó a su pareja en tierra. No sabemos si era su profesión real o solo un medio para llegar a un fin. O sea, un trabajo más para mantener a su futura familia. Lo que está claro es que, pese a amarla más que a nada y estar embarazada, se fue para ganar algo de dinero. —Inma asiente releyendo las cartas de nuevo, como si no se las supiera de memoria—. Imaginamos que era bastante culto por la claridad de la letra, y que en el momento en que escribió la segunda carta estaba enfermo, ya que le temblaba el pulso. Mirad las «os» y las «as», las letras redondas parecen un electrocardiograma. Es evidente que no estaba bien.

—La primera carta fue escrita hace más de treinta años, suponemos, porque el último número no se ve. Igual puede ser veintiocho años, que treinta y cuatro. Pero la segunda fue unos años después —comenta Nuria.

—Tampoco sabemos cuántos, pero era en la década de los 2000, o sea que continuó intentando regresar, pero creemos que la enfermedad que fuera se lo impidió —concluye el amigo.

—No son muchos datos para conseguir descifrar el enigma. ¿Y de ella qué sabéis? —interrogo metiéndome en el papel, como si fuera un detective.

—Que era joven, rubia y estaba embarazada.

—Vamos, que estáis buscando una aguja en un pajar.

—Bueno, quizás el martes vaciemos el pajar, los pinganillos no llegan hasta mañana. —El hombre alza los brazos y yo me quedo igual que estaba.

—Traducido: es que la misión se complica y vamos a hacer una travesura sin importancia, que no te puedo contar para que no seas cómplice si nos pillan. —Sonríe como una inocente niña que está a punto de cruzar la línea con tal de alcanzar su objetivo, que, en este caso, no es otro que ayudar a ese desconocido a recuperar a su amor perdido.

—¿Vais a cometer un delito? —Ahora el asombrado soy yo, pues no esperaba que llegasen tan lejos por una aventura.

No conocen a ese hombre, ¿por qué iban a meterse en problemas por él? No tiene sentido.

—Algo así. ¿Conoces a algún buen abogado? Por si acaso, ya sabes.

Me río y la miro como aquel día, cuando al girarme la vi repasándome de arriba abajo, sin vergüenza, descarada y extraordinariamente atractiva. Toda una muñequita de cine, tan inocente como peligrosa, con uno de esos rostros perfectos que cuando los miras te embrujan y ya no puedes separarte de ellos.

Esa primera vez me dejó sin aliento, y esta me está absorbiendo el aire que respiro cuanto más me mira, cuanto más se acerca.

—Lo reconozco, me habéis dejado atónito —murmuro tragando saliva. Su dedo acaricia mi torso mientras su otra mano me coge de la solapa del polo azul marino que llevo, y me obliga a rozar sus labios.

Y así, a un milímetro de su boca con la canción de *Photograph* de fondo, de Ed Seheran, me doy cuenta de que estoy loco por ella, de que iría donde fuera si me lo pidiera: en su bolsillo, en su chaqueta o colgado de su boca. Amar puede reparar el alma rota, y quizás la pelirroja y su carácter impulsivo sea mi sanadora.

Puede que sea verdad lo que dice, que busca los finales felices, y ella y yo seamos uno de ellos. O tal vez sea un iluso y solo sea un amor de verano, ese primer amor que te ciega, te calma y te marea. Uno de esos que se cuela tan hondo en tu cabeza que se instala en ella una vida, y diez más si tuvieras.

—¿Eso significa que te apuntas a la aventura o que te da miedo entrar en ella? —Roza mis labios, su aliento se mezcla con el mío, y

una parte de mí salta con ese leve contacto—. Dime, Gael, ¿te gustan los misterios?

—Me gustas tú. —Noto como me suben los colores al decirlo. No es rojo ni azul, es todo el puto arcoíris en mi cara, pero ya puestos me tiro del avión de cabeza, si se abre el paracaídas me salvo, y si no, me estrellaré contra el suelo de tal forma que no podrá identificarme ni el C.S.I.—. Dime, Inma, ¿eres un misterio que resolver, una aventura o un final feliz?

20

Soy lo que tú quieres que sea

Inma

«Me gustas tú». Esas palabras golpean con fuerza el interior de mi mente. Su rubor, el calor que desprende y la lujuria que me envuelve cuando lo reto, lo provoco y responde a mi ataque. Me pone a cien, a mil, a la velocidad del sonido. Pero esa pregunta de sopetón atraviesa mi pecho y se clava directa en ese órgano, que tanta lata me da desde que lo conocí:

«¿Eres un misterio que resolver, una aventura o un final feliz?».

No parpadeo, no respiro, solo me adentro en la noche de sus ojos, en la expresión de ese varonil rostro que anhela que le conteste, y suelto sin pensar, simplemente por culpa de esa fuerza invisible que me atrae hacia él:

—Soy lo que tú quieras que sea.

—Eso no es una respuesta. —Mi mano toca su mandíbula, noto la tensión, cómo se endurece; no solo ella, todo su cuerpo y… un gemido se cuela entre los dos. Puede que alguno más cuando me arrimo a su cuello y a su oído.

—Puedo ser tu amiga; tu amante; tu amor de verano; tus noches cálidas de invierno; esa rosa en primavera a la que cojas, huelas y veas, y si me dejas esa lluvia de besos que moje tu otoño y tu cuerpo.

—Pelirroja… —intenta hablar, pero no le dejo. Me siento más viva que nunca, más fuerte que Supergirl.

Lamo el lóbulo de su oído, me deslizo por la línea de su mandíbula y sigo en un tono sensual, atrevido y suave. Muy suave.

—Puedo ser el fuego de una noche, de una vida o de mil. Puedo serlo todo o no ser nada. Tú decides si entras en mi vida para

quedarte, yo ya te he abierto la puerta esta mañana.

Me separo para mirarlo a los ojos y no tarda ni una milésima de segundo en invadir mis labios, mi mente y mi corazón. Entra como una bala en mi boca retumbando por sus paredes, atacando con su fuerza mi equilibrio, mi estabilidad emocional y cada uno de mis pensamientos que se han quedado atrapados entre su lengua y la mía. Me alza en el aire sin dejar de besarme, profundizando cada movimiento ardiente que me hace jadear descontrolada. Luego abre mis piernas y pone una suya en medio como si pudiera aguantarme con ella, mientras sus manos se deslizan desde mi cabeza a mi culo pasando por mis tetas, pero sin quedarse en ellas.

Una operación que repite varias veces como si quisiera aprenderse el camino; arriba y abajo; abajo y arriba.

En un giro que me sorprende me empuja contra las baldosas de la cocina, noto el frío en mi espalda un segundo, después el calor de sus caricias arrasa con ese helor humedeciendo hasta el rincón más escondido de mi anatomía. Continúo en el aire, en sus brazos, rodeando con mis manos su cuello, enredando mis dedos en la espesura de su cabello.

Dios, qué sensación. No es el fuego que me recorre la piel, ni la calma que me calienta el alma. Es él. Su cuerpo y el mío, lo bien que encajan nuestros brazos unidos, nuestros labios mojados, el ruido de esos besos que chocan, el ritmo de nuestros gemidos; la balada más romántica, dulce y apasionada que he oído hasta ahora. Lástima que necesite aire para respirar, que con su aliento no me sirva, porque me quedaría años en su boca.

Miro por encima de su hombro a la vez que intento calmar mi corazón de esta invasión inhumana. Cierro los ojos, los abro y recuerdo vagamente que esas dos sillas del fondo antes estaban ocupadas.

—César y Nuria…

—¿Qué…? —pregunta Gael estupefacto.

—Mis amigos… —gira la cabeza, aún con sus manos en mi trasero— no están.

—Me he olvidado de ellos. —Vuelve a mirarme—. Joder, cuando te tengo delante se me olvida que existe el mundo y sus habitantes.

¿Qué narices me has hecho?

—También se te olvida que sé andar, porque sigo en el aire, flotando como una pelusa. —Me río. Se ríe y me lleva hasta la mesa, donde aparta las cartas sin mirarlas y me sienta.

Besos nuevos, más tranquilos, tiernos, breves e igual de adictivos. Cuantos más me da, más quiero. No obstante, me alejo unos centímetros, agarro el móvil para enviar un mensaje a César y veo uno de Nuria.

Las miradas hablan más que vosotros y nosotros sabemos cuándo empieza una aventura, y la vuestra acaba de empezar.
Disfruta de tu Fred, Daphne.

Le respondo con un emoticono de sonrisa con la gota de sudor en la frente, pues no era mi intención lanzarme a él de esa manera. Es verdad que me muevo por impulsos, pero jamás he sido tan espontánea ni tan intuitiva como con él. Me atrae, me hace improvisar, dar pasos inciertos. Movimientos que dejan huella, que abrasan, y, aun así, a sabiendas de que la herida puede ser muy profunda, los volvería a dar todos de nuevo.

Gracias por entender esta locura que no sé dónde me llevará.
Y, vosotros… ¿Estáis juntos?

Nuria:
De momento sí.
Hoy he decidido hablar con Lolo, yo también quiero vivir mi propia aventura.

Yo:
Me alegro por los dos, porque de verdad que os lo merecéis.
Dale un pellizco en el brazo a César de mi parte.

Él sabe por qué.

—Me tengo que ir a trabajar —gruñe Gael sobre mi cuello a la vez que deja un reguero de besos, aprovechando que estoy distraída.

—¿No descansas ningún día? —protesto porque no quiero que se vaya.

—En verano no cierra el bar. Hacemos turnos entre nosotros para descansar veinticuatro horas. —Se separa unos centímetros, me mira con un brillo diferente, casi avergonzado de lo que va a decir—. Bueno, en realidad lo hacen los chicos. Yo soy el dueño, tengo que organizarlo todo y…

—Trabajas todos los días. ¿No mereces un descanso o no lo quieres? —increpo poniendo el dedo en la llaga.

—Necesito estar ocupado para poder luchar contra mi cabeza, contra la vida, y no rendirme ante los obstáculos que se me presentan, que no son pocos.

—Eso es porque hasta ahora no tenías nada en lo que pensar. A mí se me da bien mantener ocupados a mis amigos. —Le guiño un ojo y le saco la lengua, provocándolo.

—Yo no quiero ser tu amigo —aclara comiéndome la boca—, quiero ser el que te haga suspirar, reír y gozar. Quiero ser alguien especial, único, alguien a quien no puedas olvidar.

—Pues vas por buen camino. Eres el primero en decirme algo así; en besarme de ese modo tan… indescriptible. Desde luego, mi intención a partir de este momento va a ser mantenerte más ocupado por ser… mi misterio particular.

—No soy difícil de descifrar, suelo ser bastante sencillo. Siempre me he organizado bien en mi rutina, he tenido tiempo para todo. Veo a mi madre cada dos días y a mi hermana cada domingo. Excepto hoy, que la he cambiado por ti y pagaré las consecuencias dentro de una hora —indica mirando el reloj de la cocina.

—¿Serán muy caras? —curioseo inocente acariciando su espalda de forma sensual, atrayéndolo con ese gesto un poco más a mí.

—Tal vez. —Lo beso suave, un roce que atrapa sus labios y los suelta al instante—. Depende del interrogatorio que me haga, si será largo y aburrido o breve pero intenso. —Lo vuelvo a besar del mismo

modo y tras ello observo su reciente inquietud—. Gabriela es muy dramática a veces y una hermana mayor muy pesada. —Ahora es él el que me mordisquea el labio haciendo un ruido raro con la garganta.

—Eso quiere decir que estás entre sus personas favoritas. Mi hermano es un plasta, y normalmente suele ser porque se preocupa demasiado por mí. —Sonrío intentando esquivar sus besos que se adueñan de mi cuello erizándome todo el cuerpo.

—¿Debo asustarme?, ¿ponerme una armadura cuando lo vea, como uno de esos guerreros de la época medieval? —Una carcajada se escapa de mi boca.

—Estarías… Uf.

—¿Uf?

—Si me lo imagino, no sales de aquí hoy.

—Vaya, igual debo tenerte miedo a ti.

—Más que a mi hermano. Lo cierto es que es un blandito. Ya sabes: «Perro ladrador, poco mordedor». La cuestión es: ¿Debo asustarme yo? Las mujeres suelen ser más traicioneras y te atacan por detrás cuando menos te las esperas.

—Mi hermana va de frente. Te apresa con sus largos brazos y esos cándidos ojos azules, y no te suelta hasta que consigue lo que quiere. Es el vivo retrato de mi madre. O lo era, ahora la diferencia está en las canas, en esa mirada vacía y en esas ojeras oscuras que le afean el rostro y la envejecen más de lo que es.

—Es curioso que ellas tengan los ojos azules como el mar y tú oscuros como un pozo sin fondo. Si caes en ellos estás perdida, y yo me he hundido sin remedio.

—Espero que sepas nadar, porque no te voy a perder de vista.

Baja sus labios hasta el nacimiento de mis senos y un sentimiento arrollador me envuelve como una manta térmica, me calienta más que el sol que reina en el cielo en mitad del mes de julio.

—¿No has dicho que no ibas a perderme de vista? Mis ojos están aquí. —Se los señalo con dos dedos. Se ríe de medio lado y vuelvo a caer en el misterio de su sonrisa, en su cara pícara y tierna a la vez.

Madre mía, qué peligroso eres Gael. Eres nocivo para la salud mental. Al menos para la mía.

—Si me miras así no me voy.

—Si no te vas, te miraré así hasta desgastarte, hasta que me saques de ese pozo arrugada y fea.

—Tú jamás podrías ser fea ni aunque tuvieras mil años.

—Lo dice el adonis griego, hijo de Zeus y una simple mortal.

—Ja, ja, ja, ja. Debe ser ese el motivo por el que soy tan diferente a ellas; rubias con el pelo liso y yo moreno con algunas ondas en el pelo.

—¡Lo sabía! Estoy tonteando con un semidiós —exclamo y miro al techo agradeciéndole a un ser etéreo e infinito su regalo.

Me come la boca, el mentón y vuelve otra vez a meter su lengua revoltosa hasta mi campanilla. Me ahogo en el mar de sus besos unos minutos, cuando la presión de su miembro nos separa y la excitación nos sacude.

—Ah, no puedo despegarme de ti. Mira cómo estoy y…

—Te tienes que ir a trabajar, lo sé. —Cruzo las piernas a lo *Instinto básico* y me fulmina con la mirada, amenazante cual pantera al acecho—. Dicen las malas lenguas que las rubias son tontas, pero tú eres moreno y no pareces muy avispado. De hecho, para ser un semidiós —vuelvo a cruzar las piernas, esta vez para el otro lado recreándome al abrirlas con la ayuda de Álex Ubago y La oreja de Van Gogh, y su canción *Estar contigo*—, tienes poca fuerza… de voluntad.

Lo cacé. Como un tornado me rodea con sus brazos, me envuelve con su pasión y me desnuda el alma con la mirada.

—No soy un semidiós, soy un humano al que ha hechizado una bruja de cabellos de fuego. Aunque sí, a veces pienso que soy diferente, que me recogió de la calle y me adoptó. Luego veo la única foto que le hizo mi tío de su enorme barriga, con mi hermana agarrada de la mano y desecho la idea. Pero te aseguro que me parezco más a mi cuñado, que es gaditano, que a mi hermana o a mi madre.

—Yo tampoco me parezco mucho a mi hermano. De hecho, soy la única pelirroja de la familia y todos tienen los ojos marrones

mientras que yo los tengo…

—Verde agua —dice fijando los suyos en ellos.

—¿Eso es un color? —discrepo porque yo siempre los he visto como verde turquesa.

—Si no lo es, lo inventaste cuando naciste.

Me lo como. Lo devoro con ganas, con fuerza, con egoísmo. No quiero soltarlo por mucho que intenta escaparse. Bueno, en realidad hace el ademán, pero los dos sabemos que no quiere irse, que desea perderse en mi cuerpo tanto como yo en el suyo.

—A la mierda. —Mira el reloj, llega tarde. Coge el teléfono y al minuto protestan desde el otro lado.

—¿Te has perdido o las llamas te impiden ver el camino? No tengo el menú de hoy.

—Haz el de emergencias. Hoy es un día especial.

—Dile a la pirómana, que soy muy bueno con los cuchillos. Si te hace daño, la que acabará en el fuego de mi cocina será ella. —Me acerca el teléfono para que lo escuche y se me escapa una risilla.

—Intentaré cuidarlo lo mejor posible, incluso mimarlo si me deja, no quiero acabar frita en la sartén. Quien me ha probado dice que estoy mejor cruda. ¿No es así, jefe? —Lo tiento de la forma más sensual que se me ocurre, deslizando uno de mis tirantes hacia abajo, luego el otro, y antes de que pueda cerrar la boca que se le ha abierto por inercia, mi ropa interior lo saluda.

—Mañana nos vemos, Chema.

—¿Qué? Tú nunca has… —Le cuelga y salgo corriendo hacia el dormitorio, pero antes de llegar a la puerta de este me coge en brazos por detrás y me aprieta contra su pecho.

—Ah, no. No puedes quitarte la ropa y dejarme así. —Señala con la mirada hacia abajo y el bulto del pantalón ha doblado su tamaño. Me río, no sé si de felicidad o de miedo.

No estoy muy acostumbrada a tener hombres así a mi merced, dispuestos a cumplir mis deseos y los suyos. Tampoco es que sea primeriza, pero lo que tiene ahí escondido, parece consistente, duro y contento. Me entra la risa y mi casero se da por aludido.

Como el que está cogiendo una pluma, me balancea y me atrapa entre sus brazos, pasa la lengua por mi cuello hasta la

clavícula y contengo el aliento, la piel se me eriza y abro los ojos. Su sonrisa burlona y triunfante me amenaza con seguir la trayectoria. Intento escapar, pero me suelta en la cama.

Sus brazos a los lados hacen una barrera, no tengo hueco para huir. Echo la cabeza hacia atrás en señal de rendición, y aprovecha para dibujar su nombre con la yema de uno de sus dedos en mi ombligo. Contraigo el abdomen, pues me ha hecho cosquillas e intento salir por ese lado, pero ni Flash es tan rápido y me encierra.

—No es justo.

—Sí lo es. Tú me has puesto así, ahora es mi turno.

—¿Tu turno de qué? —Se quita la camiseta y ese torso dorado por el sol, trabajado de un modo que no sé explicar me deja boquiabierta. Aun así, lo peor viene cuando se baja el pantalón y me muestra la tienda de campaña—. ¡Virgen santa! ¿Quieres matarme?

—¿Se puede morir de placer? —Se relame los labios y ataca de nuevo. Trago saliva y antes de que pueda replicar, me lo impide tapando mi boca con un dedo—. Entonces sí. Voy a hacerte sufrir por encandilarme desde el minuto uno; por meterte en mi cerebro cada segundo del día; por obligarme a desearte más que cualquier otra cosa, incluso por encima de mi deber y de mi familia.

—La leche, ¡tu hermana!

—Lo sé, y tú pagarás las consecuencias conmigo después de torturarte y flagelarte con todas las armas que poseo.

—Joder, solo con una ya tiemblo. ¿Tienes más?

—Las suficientes para hacerte rabiar, suplicando que pare o, quien sabe, a lo mejor suplicas que siga. Eres impredecible hasta para eso.

El tiempo vuela entre gemidos, besos sonoros, caricias que atraviesan la carne y murmullos de placer que se graban en la memoria. Recuerdos nuevos en una casa plagada de ellos. Me encanta saber que, a pesar de eso, de su lucha interna, gano yo la batalla del deseo. El deseo de huir o quedarse, el de hacer lo que debe o lo que quiere.

Tal vez seamos más que un día o una noche, más que una extraordinaria aventura. Quizás seamos llamas eternas de un amor que nace, crece y vive en este hermoso paraíso. A lo mejor lleva

toda la vida esperándome aquí, y hasta que no se ha ido, no he llegado.

El destino solo es un camino, las piedras las ponemos nosotros, y yo, si no se rompe la noche pienso asfaltar el nuestro con palabras, actos, deseos y amor. Con todo el cariño que poseo y el que puedo crear si lo tengo a mi lado.

21

Las mujeres de mi vida

Gael

Lo reconozco, soy débil. Esa mujer tiene un superpoder que me hace temblar, me extrae la fuerza de voluntad, me roba la razón y detiene mi desentrenado corazón con un solo movimiento. Cuando se ha quedado en ropa interior frente a mí, no he sido capaz de pensar en otra cosa que no fuera metérsela hasta el fondo.

Vale. Puedo parecer un pipiolo o un crío de dieciséis años. Quizás un salido, un pervertido que solo piensa en follar cuando se le pone una mujer a tiro, pero no. ¿O sí? A ver, soy un hombre, y si una preciosidad como ella se queda en ropa interior delante de ti, con esos melones saltando, pidiendo ser mordidos a gritos… ¿Quién soy yo para negarme?

Pero, joder, aun así, a pesar de ser un hombre, soy… No, quiero ser, el único que pueda hacer eso con ellos. El único que pueda comerle la boca de noche, de día, a media mañana y al atardecer; como aperitivo o como postre; con café o con una copa de vino en la mano; sobre sus pezones o bebiendo directamente de su centro de placer.

Me da igual el modo, lo único en que puedo pensar es en ser ese hombre que pueda hacerlo a todas horas con ella. Sentir lo que he sentido hace unos momentos, tocar las estrellas a pleno sol, contarlas en el cielo de su boca y, si es necesario quedarme en ella hasta que desaparezcan. Oírla gemir, gritar mi nombre con desespero, es… Uf. He pasado de cero a mil directamente. Lo de cien pasó a la historia.

Su voz, su risa, ese contoneo de caderas y esa lengua explosiva que estalla en mi boca y arrasa con mi entrepierna. Bendita sea la

hora en que se cruzó en mi camino, que me alquiló la casa y entró en mi vida apartando con una mirada rebelde y retadora, todos mis principios y las bases de mis razonamientos. No sé cómo la voy a encadenar a ella, pero no la voy a dejar escapar bajo ningún concepto.

¿Aventuras? Toda ella es una aventura, una excursión constante hacia la locura, una caída al abismo de su espontaneidad, de esas ideas extravagantes que se le ocurren y de su bondad. Porque sí, al fin y al cabo, lo único que quiere es ayudar. Le da igual quién sea: desconocido, amigos o un asesino en serie; todos deben tener un final feliz o como mínimo, un final. Lo de feliz ya se decide con el tiempo o dependiendo del cristal con que se mire.

Ahora, observándola jugar con el vello de mi torso, escuchándola idear un plan para que Gabriela no se enfade y perdone nuestro retraso, no puedo más que tejer mil maneras de decirle que quiero estar a su lado. En esta casa, en mi apartamento, en la playa o en cualquier rincón de este planeta. Hoy, mañana y dentro de diez años.

Pero no tengo ni idea de cómo hacerlo sin parecer un tonto, un hombre desesperado, un idiota inocente que nunca ha sentido que su corazón va a explotar con solo un roce de sus labios; que es una bomba de relojería cuando siente sus dedos pasearse por cualquier zona de su cuerpo; que esa parte de él que se mueve por impulsos salta cada vez que el verde de sus ojos se pierde en los míos, me sonríe o me tienta con esas ganas de saber de mí. No sé cómo ni por qué, pero cuando la miras más de tres segundos seguidos te atrapa en su mundo y no quieres salir de él. La besas, memorizas su belleza, el sonido de su voz y la vuelves a besar. Le pides al reloj que se detenga, sin embargo, no lo hace, continúa y la abrazas para que no desaparezca. Se ríe, te nubla la razón y entonces el que desapareces eres tú.

—Te doy cinco euros por uno de tus pensamientos.

—Mis pensamientos no se venden, pero te puedo regalar alguno si te portas bien.

—De acuerdo, cambiaré la estrategia. —Sonríe de una forma sensual, pícara, casi retorcida—. Te doy cinco besos a cambio de

cinco minutos en tus pensamientos.

—¿Solo cinco minutos? Si tú supieras el tiempo que pasas en ellos… Aunque ahora mismo necesito muchos más para esos cinco besos. —Me acerco a ella y se me escurre entre los brazos. Se pone a cuatro patas en la cama, moviendo el culo y la cintura como una tigresa acechando a una presa, a un lado y a otro sin dejar de mirarme.

—Dime, Gael, ¿quieres robar mi tiempo o mis besos?

—Quiero robarte a ti, y luego detener el tiempo para que nadie te busque, para no compartirte con esos libros que lees, para que vivas en mis brazos lo que sientes con tus novelas. —Mis ojos bailan entre su cuerpo y su rostro, expectantes por lo que he dicho, por cómo lo he dicho y por su reacción—. Deseo ser ese misterio que resuelvas, esa aventura que vivas y ese final feliz que persigas. Y si me apuras mucho, te deseo a ti en cuerpo y alma. Desde la punta del pie —alargo mi mano hacia él y lo acaricio. Subo lentamente hacia arriba sin apartar mis ojos de los suyos, me relamo los labios al llegar a su redondeado culo dejando las huellas de mis dedos en él, y continúo—, pasando por cada curva de tu piel, deteniéndome en las líneas de tu espalda y terminando en ese fino cuello que me lleva hasta tu boca.

—Eso suena…

—Muy cavernícola, lo sé.

—Iba a decir muy romántico. —Me rodea el cuello con sus brazos y se lanza a mi boca en plan suicida, dejándome sin respiración.

Su lengua baila una danza imposible con la mía, mis manos agarran su cabeza y su nuca, la aprieto más a mí. Jadea, gruño y el infierno se forma bajo el colchón. Las sábanas se transforman en llamas alargadas, las chispas brotan con cada gemido, abrazo, beso o gota de sudor que resbala como lava por la carne. Ni un milímetro de distancia entre nosotros, ni un rincón por recorrer. Me he aprendido el camino en pocas horas, pese a que solo piense en perderme en él.

Lo sé, estoy jodido, que no es lo mismo que estar jodiendo, aunque lo esté haciendo.



Mi teléfono suena repetidas veces, después de ocho mensajes y una hora de espera. Lo cojo sabiendo el grito que va a traspasar la línea y se va a meter en mi cabeza como un eco, retumbando en su interior una y otra vez.

—¿Dónde estás, Gael?

—Lo…

—Ni se te ocurra decir lo siento, chiquitín. ¿Quieres matarme de un infarto? ¿O pretendes que salga a buscarte con la policía? Ya sabes que el comisario es más que un amigo mío. Puedo hacerlo, y como no estés en veinte minutos aquí, lo haré.

—Estaré.

No me deja decir nada más. Cuelga dejando esa tensión electrizante en el aire, como cuando me escapé de casa con doce años en busca de una ilusión, de una promesa incumplida o del fantasma de un amor imposible. Estuve tres días fuera de casa. Mi hermana tenía catorce años cuando conoció a Blas, su primer novio, el hijo del capitán de la Policía de la localidad y ahora actual comisario de esta. Juntos me buscaron durante setenta y dos horas hasta que me encontraron en el puerto, dentro de un buque mercantil donde me había metido de polizonte. Los marineros me trataron como a un hijo cuando me descubrieron y me hablaron de la vida en el mar, de los trabajos que hace un pescador, un marinero (que no es lo mismo), y un estibador de mercancías cuando estas llegan a puerto.

Me empapé de aquellas historias, de las leyendas que explicaban, de los vientos que arreciaban en alta mar, aunque fuera un viaje muy corto, pues volvieron en cuanto me descubrieron en el

barco. Bueno, en realidad fue la policía portuaria la que les hizo volver.

Mi madre y mi hermana, las mujeres de mi vida perdieron tres años de la suya, uno por cada día de fuga. A mí me hizo crecer, madurar, dejar de ser un niño para convertirme en el hombre de la casa, en el que ellas necesitaban porque esos días, supe a ciencia cierta, que todo era una quimera. Que nosotros somos hijos del aire, del viento de una noche de otoño, que no había un recuerdo ni una persona a la que esperar, que éramos hijos de una madre soltera.

Se lo expliqué a mi hermana, lloramos como niños, crecimos dos palmos ese día, e hicimos un pacto de sangre: jamás nos separaríamos, nos mentiríamos o huiríamos de nuestro hogar. Nos cuidaríamos entre nosotros hasta el final, sin secretos, sin dobles intenciones y sin esperas.

Cuando nos independizamos el pacto se hizo más fuerte. Los gastos de la casa a medias, los del bar a medias, los de la residencia. Todo compartido ella y yo, sin disputas ni mosqueos. Hasta hoy, que por primera vez en dieciocho años la he vuelto a hacer esperar; a sufrir por mí y a temerse lo peor.



En quince minutos, mi pelirroja y yo caminamos de la mano hacia mi castigo, una penitencia que no durará más de cinco minutos, de los cuales tres se los pasará abrazándome y torturándome con decenas de besos en la cara y el pelo. Sí, es besucona hasta el límite de lo que cualquier persona normal puede aguantar, de esos besos sonoros, dulces y melosos como un terrón de azúcar. De esos que no soportas, pero que cuando pasas días sin tenerlos, los echas de menos.

Veo a mi rubia sentada en la misma mesa de siempre, donde de pequeños hacíamos retratos al mar, a mi madre trabajando o a cualquier persona que se detenía un instante en nuestra vida para conocernos. Casualmente esa mesa, fue la misma donde mi Sirenita quiso saber de mí, que le contara mi historia.

—Inma, ella es Gabriela: mi hermana, mi amiga y mi verdugo cuando me paso de la raya.

—Encantada. —La mirada inquisidora de mi juez me fulmina, pero su lado fraternal es más poderoso y acaba cediendo y mostrando una sonrisa afable a la mujer que tiene delante.

—Igualmente. Eres toda una sorpresa, pero si has sido capaz de robarme a mi hermano y que incumpla nuestro acuerdo, debes ser muy importante para él. Aunque —me mira y el reproche llega como un puñetazo en el estómago—, independientemente de que haya otra mujer más en tu vida, algo que me alegra muchísimo, no deberías dejar de lado a las que tienes, a las que siempre han estado ahí. Dos horas. Dos horas sin saber si te ha ocurrido algo tan grave como para hacerme esperar cuando sabes que lo odio, que me dan taquicardias.

—Chema sabía…

—Chema está en la cocina.

—Los chicos…

—Mira a tu alrededor, Gael. Si hasta he tenido que ponerme un delantal y ayudarlos.

El restaurante está lleno a rebosar, y hay tres familias, más un grupo de amigos esperando su turno. Llega el momento del abrazo, de esos besos que duelen por la desesperación con la que me los da, que acarician mi mente por el cariño que desprenden y me encogen el corazón porque conozco ese miedo en su mirada; el abandono forma parte de nuestro pasado y ese temor nunca se irá de nuestro lado.

—Lo siento. Es culpa mía. Yo… no estoy acostumbrada a que alguien me regale una rosa, aunque sea de mi jardín, y lo secuestré sin conocer vuestra rutina de los domingos. —Inma se siente culpable al ver el disgusto de mi hermana, y de algún modo, entenderlo. Gabriela se gira hacia ella y sonríe. Esa lágrima que por

unos segundos le había empañado los ojos desaparece, y una mueca simpática es la que cubre su rostro ahora.

—Me caes bien. Me alegra que hayas alquilado la casa, entrado en la vida de este cacique y espero de corazón que te quedes en ella. No somos una familia común, a la vieja usanza, siempre hemos sido tres. Una madre que lo ha dado todo, incluso lo que no tenía, y dos hermanos que dejaron de ser niños para ser padres de su madre. Supongo que tu novio no te ha contado nada… Porque sois novios, ¿no? —El azul de su mirada se cuela en la mía y no sé qué responder a eso.

Me entiende al instante y la dirige hacia Inma, que nos mira a los dos, y con una frescura asombrosa le contesta:

—Nunca he tenido novio, no sé si se nos puede poner esa etiqueta. Lo que sí te puedo asegurar es que acabo de abrirle las puertas de mi casa, de mi cuerpo y de mi mente. Y eso no lo hago con cualquiera. Tampoco tengo intención ninguna de alejarme de él, más de lo que requiere la distancia de nuestros trabajos, y si me deja, pienso instalarme en su cabeza y echar raíces en ella. —Me aprieta la mano, a la que aún seguía unida y no me había dado cuenta y la que miro aturdido todavía por su comentario, luego se sienta y Gabriela me mira satisfecha, orgullosa de Inma y de mí, a la vez que mi pelirroja me guiña un ojo.

Yo sigo en un limbo impuesto por mi cerebro, inmóvil, sin saber qué hacer ni qué decir.

Una voz amiga me despierta de mi hipnosis con un: «¿Qué vais a tomar, familia?», y yo observo a Mateo con la boca abierta.

«Familia». Suena bien. Si mi madre estuviera aquí, tendría a todas las mujeres de mi vida a mi lado frente al mar. Un sueño que nunca había deseado y que ahora se abre paso en mi mente. De aquellos que no se olvidan cuando te despiertas, de los que hacen un agujero en tu pecho y en tu memoria. De los que te pueden hacer volar o estrellarte contra la arena desollándote la piel, el alma y posiblemente, la cabeza.

22

Lo quiero todo

Inma

La charla con Gabriela fue de lo más variopinta, en pocos minutos pasó de amenazarlo con la mirada a protegerlo con los gestos, con la sonrisa tan fuerte como tranquilizadora. Se nota la conexión entre ellos, esa burbuja invisible que los rodea cuando están juntos, que nadie puede traspasar ni romper porque es más poderosa que cualquier acción externa: la fuerza del cariño.

Es cierto que son diferentes a primera vista: ella rubia; él moreno. Ella delgada con ojos azules; él de complexión fuerte con ojos oscuros como una noche cerrada. Sin embargo, si miras bien, si te fijas en sus rasgos faciales, se nota que son hermanos.

Me gusta cómo ha cambiado la conversación, cómo quiere saber de mí, y al mismo tiempo me cuenta algo de Gael. Anécdotas de su infancia, de lo duro que fue ser la guardiana de un niño hiperactivo con altas capacidades y muy muy cariñoso.

—¿Muy cariñoso? Eso tendrás que demostrarlo. —Lo empujé con el hombro y se echó a reír con la mirada entre inocente y lasciva que le tatué en su bello rostro.

—De los tres adjetivos que ha nombrado, ¿solo te quedas con ese? Vamos bien, entonces. —Se mordió el labio inferior, miró hacia el cielo y me apretó el brazo atrayéndome hacia él, con tanta fuerza, que mi boca acabó sobre la suya.

No le importó quien nos viese, ni que su hermana se quedase de piedra al besarme de esa forma en medio del restaurante; su lugar de trabajo. Lo hizo porque quiso, sin permiso, sin avisar, sin remordimientos. Y en ese momento supe que nuestra gran aventura

había comenzado, que el dúo Inma y Gael iban a ser algo más que un amor de verano, de tres meses o de un año.

No iban a ser algo, lo iban a ser todo. Pero no tengo miedo, jamás he tenido miedo en mi vida, aunque sí curiosidad, y Gael es una tentación para mi mente. He de reconocer que me atrae mucho, que el misterio de su melancolía, de su escudo antipersonas, de su sonrisa a medias y de su afán de proteger a las mujeres de su vida, aumenta esa parte de mí aventurera, impulsiva e impredecible. Dar pasos hacia él, como nunca he dado con nadie, querer abrazarlo, calmar su agitación y borrar ese temor a sufrir. Tal vez a enamorarse o a quedarse solo; no estoy segura.

La verdad es que su hermana me ha caído muy bien, se nota que lo quiere. Su bebé se parece mucho a Gael, o a su marido, que acaba de llegar y no deja de hacer bromas con su cuñado y el niño en brazos. Son iguales los tres. Irradian felicidad con su buen rollo, de altura parecida, ojos grandes y oscuros, pelo negro y abultado, aunque Luis lo lleva más corto. Me saluda, mira mi pelo, la expresión de Gael al mirarme y luego vuelve a mí como un bumerán.

—Me alegro de que esta jovencita te haya atrapado, espero que sepa dónde se mete y te cuide como te mereces. Pareces inteligente, además de tener una belleza singular, pero por muy guapa que seas, si le haces daño a mi compadre, ya puedes huir fuera de España, porque aquí, te encontraré y no escatimaré en medios para hacerte pagar por ello.

—Eso ha sonado a muy *Uno de ellos* o rollo Vito Corleone. No le hagas ni caso, se cree que, porque es abogado, se puede saltar la ley que tanto defiende.

—Yo no me arriesgaría por si acaso. Te conozco mejor que nadie, eres mi hermano de corazón, pese a que no llevemos la misma sangre, y tus ojos y el resto del cuerpo me gritan que te has perdido en esos ojos verdes.

Como si hubiera contado el mayor secreto de la Casa Blanca, mi casero me mira nervioso, tímido, casi avergonzado de sentir lo que siente. Pasado mi estupor inicial, y teniendo en cuenta que su hermana y cuñado no dejan de hacerse arrumacos, me lanzo a su

cuello como respuesta a esa mirada temerosa, y esta vez soy yo quien lo besa.

Un beso corto y suave, dulce como la miel y lleno de significado. Después, le susurro en los labios sin separarme ni un milímetro de su boca, nariz con nariz:

—No tengas miedo, yo te protegeré contra viento y marea, seré tu puerto donde desembarcar cada día y tu barco donde navegar cada noche en el mar de nuestro deseo. Ya te lo dije esta mañana: seré lo que tú quieras que sea.

—Eso puede ser peligroso. Nunca he querido nada, y ahora te quiero a ti. Entera. Todo —me devuelve el susurro a la vez que lame mis labios, los besa, los mordisquea obligándome a tragarme un jadeo.

Sé que nos están mirando y no deseo dar una mala imagen el primer día, pero es que sus besos son… puro fuego que se expande por mis venas encendiéndome cada centímetro de mi ser, por muy cortos que sean.

Respiro hondo y me separo, me agarra de la cintura y me atrae hacia él de nuevo.

—Vale, me ha quedado claro que tú también te has perdido en… su encanto —bromea Luis.

—Sí, cariño, creo que es mutuo, que van los dos a la deriva. Tendremos que esperar a ver dónde les lleva el naufragio —le sigue el chascarrillo su mujer y mi curiosidad salta la barrera de la timidez.

—¿Siempre habláis en temas marinos?

—Es la costumbre. Soy abogado, pero casi todos mis clientes son jornaleros del puerto, estibadores, pescadores… En su mayoría los temas a tratar tienen que ver con el mar y sus peligros.

—Y yo soy administrativa en una naviera mercantil, por eso vivimos en Castellón. Entré a trabajar aquí hace años por un motivo personal, y aquí sigo desde entonces. Antes vivíamos en Valencia, pero cuando mamá empeoró, quisimos estar más cerca de mi hermano para ayudarlo en caso de que lo necesitara. Por mi trabajo, estuve un tiempo que venía una vez cada quince o veinte días, pero cuando comenzó a perder la memoria regresé. Pedí una semana de vacaciones y puse la casa en orden. Me fijé en sus costumbres, en

su rutina y me engañó. No parecía ser más que un despiste porque quitando algún desvarío no encontré ninguna diferencia entre la mujer luchadora, amable y generosa que siempre fue, y la que poco a poco iba perdiendo su luz. No me di cuenta, pese a esa intuición de que algo no iba bien.

—Así que decidimos pedir un traslado y nos lo concedieron a los dos, pues ella estaba embarazada y estar cerca de la familia suponía una gran ayuda en las jornadas laborales. Las empresas no son tontas, y si tienes quien te cuide a los niños, mejor que mejor.

—Y a mí me vino de perlas, porque desde entonces nos vemos todos los domingos y festivos. Además de algunos sábados —indica Gael en tono guasón.

—Y las partidas de bolos vuelven a ser parte de nuestra vida cuando podemos —se suma a ese tono Luis.

Los dos cuentan esas tardes de adolescentes cuando competían en grupo en ese juego, y descubro con esas historias que eran amigos antes de que Gabriela y su marido se conocieran. Entre anécdotas y relatos, Luis explica lo arriesgado que es su cuñado cuando cree en algo o en alguien, lo luchador que es por las causas justas y también su fama de travieso y conquistador. Resoplo por lo peligroso que parece ser estar con él. Me agarra la mano como si sintiera esas pequeñas dudas que aparecen como la niebla, y se disipan con otro corto beso que me da delante de todos.

La tarde pasa y me acomodo en sus brazos, en su apartamento, en su mirada y en su boca. No quiero salir de ella, pero hay que cenar, comer de verdad y no con los ojos y el deseo que nos desborda. Se adentra en la cocina y con la canción de *I Believe in You* de Il Divo y Céline Dion, espero esa cena maravillosa que me ha prometido, con una copa de vino en la mano y un montón de esperanzas revoloteando como mariposas en todo mi cuerpo.

Deseo más que nunca poder entrar en su mente, averiguar qué es lo que tanto teme. Por qué conmigo es diferente. Por qué me arrolla con su encanto, y qué espera en general de nosotros; de mí.

—Si me miras así no acabaré la cena, directamente te cenaré a ti.

—¿Y yo qué? ¿Me quedo sin comer?

—¿No te parece suficiente con este cuerpo serrano? —Señala con una mano desde su cuello a los pies y una carcajada vuela hasta él.

—Si me comes tú primero ya no podré moverme.

—Nos podemos devorar los dos a la vez, y si nos quedamos con hambre seguir con la cena. —Mueve las cejas sonriendo, pero esta vez he de ser fuerte y niego con la cabeza.

—Mejor cenamos y vuelvo a casa, que mañana me espera un día largo y tengo que madrugar. He quedado con mis padres para desayunar, después con Nerea para ir a ver a tu madre, y luego tengo que ir a trabajar.

—¿Vas a ir a ver a mi madre?

—Te dije que lo haría. Nerea es muy divertida, además de una gran psicóloga infantil, y entre las dos pretendemos pasearla por el jardín, contarle historias y entretenerla un buen rato.

Sus ojos negros se funden en los míos, no dice nada y lo dice todo. «Gracias por ser como eres». «Gracias por estar aquí, por entrar en mi vida, por alegrarme los días».

—No hay nada que agradecer. Si me gusta la cena, querré más. No hoy, puede que mañana o la semana que viene. Tal vez te obligue a descansar cada semana a cambio de… —ahora soy yo la que señala su cuerpo con una mano y dibuja una sonrisa enorme que le cubre la cara. Muy jóker, pero con un brillo diferente— comida.

—Programaré un día y seré tuyo las veinticuatro horas, o las que me dejes. Pero esta noche…

—No. No me he traído ropa ni…

—Antes de que abras los ojos tendrás la ropa que desees, solo déjame amarte, absorber tu energía para tener batería el resto del día.

—¿Y a la noche volver a morderme como un vampiro?

—Podría alimentarme de ti cada día si me dejaras.

—¿Es eso lo que quieres, lo que necesitas para brillar siempre así?

—Te lo he dicho antes, lo quiero todo. Te quiero a ti.

—¿Por qué estás tan seguro? A lo mejor solo te has encaprichado de mí.

—Porque mi corazón late. Bum, bum, bum. ¿No lo oyes?

—Antes también latía, o si no realmente serías un vampiro.

—Antes de ti estaba dormido, latía por inercia, siempre al mismo ritmo. Ahora cambia de intensidad cuando te acercas, salta cuando me besas y corre detrás de ti si te alejas. Ahora está vivo gracias a ti, a tu impulsividad, a tu risa y ese afán de buscar la felicidad. Yo también quiero mi final feliz, y ese eres tú.

23

Un mar de esperanza

Gael

Amarla, amarnos, fue tan fácil como dejarnos llevar por el viento; por ese mar de esperanza que hay en cada ola, naciendo mar adentro antes de acabar rompiendo en la orilla; en cada rayo de sol al amanecer cuando el día aún no ha despertado. Todo en ella me da esperanzas, me hace creer que puedo tener esa familia que siempre deseé en silencio, que me fue negada y que intentamos cubrir con nuestro cariño mi hermana y yo. Sí, ya lo sé, las familias de dos también existen, pero cuando hay niños de por medio tu mayor deseo es tener padres. Su ausencia puede marcar tu vida, tus ilusiones, tu carácter y hasta tu futuro, uno donde no crees en el amor, donde falta la esperanza.

Hasta que llega tu estrella, tu faro en la oscuridad y te alumbra el camino. Eso es ella para mí, un faro deslumbrante.

Lo prometido es deuda, y antes de que abra los ojos estoy rodeándola con mis brazos, besándola en los hombros y despertándola de la única forma que quiero hacerlo, dejando una carretera de caricias grabada en su piel, señalizada con grandes carteles que indiquen, que esta noche volveré a circular por ella como la primera vez.

—Mm…

—Buenos días, pelirroja.

—Buenos días, moreno. ¿Los semidioses no duermen?

—Muy poco, demasiado excitado para hacerlo. —Sonrío en su clavícula y voy bajando hacia su pecho desnudo.

—¿En serio? ¿No te cansas nunca?

—¿De tocarte? ¿Es una pregunta trampa? —Me aparto para que vea cómo responde mi cuerpo con cada roce y centra su mirada en mi otro yo, que se mueve en círculos pidiendo la atención de su mano, su boca o cualquier parte que quiera acercarse a él.

—Es oficial, eres inhumano. Vampiro o semidiós, extraterrestre o un superhéroe de cómic, pero normal no eres.

Accede a la invitación y masajea mi miembro con tanta delicadeza que me falta el aire, la voz para responder a sus caricias. Los próximos diez minutos no puedo describirlos ni la sensación que me invade ni cuando exploto encima de su ombligo, porque me ha dado tiempo a avisarla, a apartarla de ese estallido de placer.

—Eso es por traerme la ropa, por despertarme con caricias y la esperanza de que hoy será un día inmejorable, que descubriré grandes cosas gracias a ese comienzo en tu boca. Ahora me voy a la ducha y a mis reuniones, o llegaré tarde al trabajo y no habrá jornada que mejorar.

—Te preparo el café y te llevo a la primera, por si lo has olvidado, no tienes el coche aquí.

—Me traes la ropa, me haces el desayuno y ahora eres mi chófer, ¿quién eres y qué has hecho con mi casero arrogante y engreído? ¿Acaso tienes doble personalidad?

—Puede que tenga una nueva, depende de lo que dure tu hechizo.

Su risa retumba en mis oídos y hace eco en mi corazón, que quiere salir corriendo a buscarla a la ducha. Mojarse, mojarla y hacer que se olvide del mundo y sus habitantes, que se centre solo en nosotros y lo que quiera que sea esto.

Vuelvo a parecer un cavernícola, o tal vez un psicópata porque me gustaría encerrarla y no soltarla hasta saciarme, algo que veo improbable, puesto que cada vez que la pruebo me hago más adicto a ella. No obstante, seré un hombre de este siglo y la llevaré con sus padres, luego me despediré de ella e iré a ver a mi madre.



Cuando entro por la puerta de la residencia es como si el tiempo se hubiera detenido, los residentes están en el mismo lugar que los dejamos el otro día. El señor Julián mirando por la ventana, Antonio contando las piezas del dominó, María hablando con la cuidadora, Amparo en su butaca, no sé si durmiendo o solo cerrando los ojos intentando que regresen sus recuerdos. Y luego está ella, Julia, mi madre, que solo muda su rostro cuando me ve.

—Alejandro…

—Soy Gael, mamá.

—Ay, hijo, perdona, es que te pareces tanto a él.

—Lo sé. Igual que sé que él solo existe en tu cabeza, que llevas tanto tiempo buscando al hombre de tus sueños que ya piensas que existió. Pero no es así y lo sabes. Nunca hubo un Alejandro, mamá.

—Mi hermano te convencerá, se hicieron muy buenos amigos. ¿Dónde está Juanjo? Hace tiempo que no viene a verme.

—Supongo que en un lugar mejor. El pobre te ayudó lo que pudo, pero su enfermedad hizo que también te abandonara cuando aún era joven. Juanjo murió hace casi diez años, mamá. El cáncer se lo llevó en tres meses.

—¿Mi Juanjo? No digas tonterías, si lo vi la semana pasada, me trajo un trozo de tarta de queso, de esas que hace tan buenas.

—Las recuerdo. —Un amago de sonrisa que no llega ni a dibujarse en mi cara, me viene con la imagen de un niño subiéndose a una caja de cerveza vacía y del revés, para meter las manos a escondidas en el pastel de queso de su tío. Los gritos hacían la competencia al furor de las olas, igual que las risas de aquel hombre

que tanto amor nos dio a su manera—. Solo estamos, Gabriela y yo, mamá. Y tú, no te olvides de ti, por favor.

—Vaya. Era tan bueno. Alejandro se pondrá triste cuando lo sepa, eran muy amigos.

—¿Has comido bien hoy?

—Mira, Amparo te lo puede decir, estaba a mi lado.

—Necesitamos que te cuides, no podemos perderte a ti también.

—No te preocupes, hijo, estoy bien acompañada. Además, he hecho una nueva amiga. No recuerdo su nombre, pero vendrá a verme pronto. Es muy guapa, lista y tiene un don especial, deberías conocerla.

—Eso intento, mamá. Conocerla, que me conozca y que nos quiera, que no haga como todos y una vez deje su huella nos abandone.

—No lo hará, cielo, ella es diferente. Su corazón es tan grande como el poder de su mente; en él cabemos todos. Como Luis y Alejandro, tan dulces y generosos. Ellos siempre dejan huella por donde pisan.

No he sabido qué contestar a eso, no puedo luchar contra sus fantasmas y al final me rindo, me resigno a asentir, a escucharla y a hacerla feliz ese rato que estamos juntos.

A las once me voy, paso por la frutería, recojo mi pedido que ya me tiene preparado José, tan eficaz como siempre y me voy hacia el restaurante. La jornada empieza tranquila, por lo que me da tiempo a revisar las cuentas y a añadir un plato nuevo al menú. Las horas vuelan y el sol se esconde. El atardecer me devuelve su imagen, la luna la guarda y me la enseña cada vez que la miro. Pienso en ella, en este momento, en las cosas que quiero hacer. En ese mar de esperanza que baña mi mente. Sé nadar, soy socorrista, surfeo las olas sin miedo, por lo que no me voy a ahogar si me caigo de la tabla. Eso sí, voy a luchar con todas mis fuerzas para mantener el equilibrio, calcular mis movimientos y perfeccionar mi estilo.

Por ella. Por mí. Por esa vida que me espera y que pienso conseguir. Por la que no pudo tener mi madre, la que tiene mi

hermana y la que Inma me puede dar si logro alcanzar esa meta donde ella pone el final.

Yo quiero ser esa última página de su libro, del nuestro. Escribir cada día una, cada año un capítulo, que sea largo e intenso, con sus excentricidades y las mías. Una vida de aventura, amor y deseo.

Sí, ya he comprado la pluma. Esta noche se la daré y comenzaremos a escribir cada línea con las manos, con besos o con todos nuestros deseos. Ella dice que el destino la ha puesto en mi camino. Por una vez no lo voy a contradecir, voy a jugar con él su partida, a ver dónde nos lleva.

Quien sabe, a lo mejor me sorprende y me gusta tanto como ella.

24

Una vida en la mirada

Inma

El desayuno con mis padres ha sido genial. No han dejado de preguntarme por Gael, por la expresión de mi rostro, por la casa y la luz que desprende. Mi madre se ha hecho un ramo de rosas con las plantas de mi jardín, y mi padre me ha recortado la mala hierba que lo afeaba. Venía preparado con su arma letal, según él, porque siempre es necesaria en una casa, por muy pequeña que sea. Hemos hablado de mi tío, de mis primos, de la nueva relación de la mejor amiga de mi madre y del tema estrella de la semana; mi morenazo de ojos grandes, manos largas y corazón gigante.

Casi he tenido que echarlos porque llegaba tarde a mi cita con Nerea, que me esperaba ansiosa en su portal. Un toque del claxon quita el dedo de su boca y levanta la mirada del móvil, antes de que pueda sonreír con el saltito que ha dado, ya la tengo en el asiento del copiloto.

—¿Otra vez mordiéndote las uñas?

—Noo. Me estaba mordiendo los padrastros.

—Ya. ¿Preparada para hacer feliz a una mujer?

—Sabes que mis gustos son variados, y que puedo hacer feliz a más de una persona a la vez.

—No, tonta, no iba por ahí.

—Lo sé. Ni yo tampoco. Mira —saca un libro del bolso y al ver la portada me echo a reír—, ¿ves? Ya ha empezado el efecto «Locas». Con esta novela es imposible no reír, y lo sabes. Seguro que esa mujer, encuentra algún recuerdo en su interior que le saque una sonrisa, un suspiro o una bonita historia que contar. Y encima está ambientada en el mar que tanto le gusta.

—Podría ser una buena baza, sí. Aunque de momento la dejaremos en la recámara.

—Está bien. Pero ya sabes que interpretar es lo mío, no solo la mente de un niño, también el corazón de las personas; que puedo hacer un club de lectura en cinco minutos, y hacer reír a toda la residencia con la cantidad de cosas que les pasan a «las locas» en ese viaje.

—Lo tendré en cuenta.

Una vez está el coche aparcado, entramos y hablo con la recepcionista. Imagino que el apellido de Gael es el de Julia, puesto que me dijo que era madre soltera.

—Buenas tardes, venimos a visitar a Julia Prados.

—¿Su nombre?

—Inma Cuesta y Nerea Fuentes.

—Está al lado de la ventana, en la sala de la televisión.

Nos dirigimos hacia allí con una sonrisa, muchas dudas y un propósito: hacerle pasar un buen rato y que olvide su soledad, su tristeza. Como si nos sintiera, se gira antes de llegar a ella y su boca se agranda.

—Te estaba esperando.

—Hola, Julia. Te prometí que vendría, y yo siempre cumplo mis promesas. Te presento a mi amiga Nerea.

—Lo sé, tus ojos son sinceros cuando hablan, igual que tus palabras. —Mira a mi simpática rubia y le acaricia la cara—. Encantada, niña. Eres muy guapa, te pareces mucho a mí a tu edad. Yo llevaba el pelo más largo y lacio, y quizás estuviera algo más delgada, pero era igual de alegre y generosa. Gracias por estar aquí, por hacerme compañía.

—Me siento muy halagada, Julia. Inma me ha prometido una mañana de chicas, de bellas historias y no he podido resistirme.

—Historias sé muchas…, aunque no todas son bellas —dice la pobre mujer mirando a una compañera de la residencia.

—¿Prefiere estar aquí o quiere que vayamos a dar un paseo? —Abre sus pequeños ojos azules, desgastados por el tiempo o la melancolía.

—¿Con vosotras a mi lado? Oh… Me gustaría pasear por la orilla del mar… Sí, eso estaría bien… ¿Puedo?

—Me lo suponía.

—Antes lo hacía cada día, desde la playa del Cargador hasta Las tres playas, ida y vuelta. Desde las rocas se ven mejor los barcos, pero ya no me fío de mi equilibrio y solo voy cuando viene Gabriela. Ahora hace tiempo que no viene mi niña, y la echo de menos.

—Tengo entendido que estuvo con usted ayer, y que vio a su nieto.

—No me hables de usted, cariño… no soy tan vieja, aunque lo parezca.

—Claro, perdona.

—Y mi niña tiene novio, pero no tiene hijos, querida… Ojalá.

—Ya. Voy a preguntar si nos dan permiso. —Nerea me toca el brazo al notar ese pequeño bajón que me ha dado. Hago de tripas corazón, sonrío, busco a la encargada con la mirada y voy hacia ella—. Perdone, quisiera caminar con Julia y mi amiga por la playa. Serán quince o veinte minutos, tal vez media hora. He visto que hay una verja en el jardín que te lleva directa a ella y como siempre mira hacia el mar…

—Sí, hay acceso directo desde la residencia. A veces les incitamos a dar una vuelta, que estiren las piernas y les dé el aire. Es bueno para ellos, por unos minutos alejan sus miedos, se sienten libres y puede que algo más jóvenes. Aunque también hay otros que les da miedo salir. A Julia le gusta mucho el mar, sabe muchas leyendas y fábulas sobre piratas, dioses y costumbres marinas, pero lleva dos semanas sin querer ir, diciendo que ya nada la ata a él. No sé si querrá.

—Cuando se lo he comentado le ha gustado la idea. —Las dos volvemos la mirada hacia ella, que ríe con lo que sea que le esté contando Nerea.

—Creo que nunca la he visto reír así. Hoy debe tener un buen día. Esta mañana ha venido su hijo y ahora vosotras. Será por eso. —Me mira, las vuelve a mirar y suspira—. Está bien. No debería, su enfermedad va muy rápido y a veces, no solo se le olvidan las

palabras, también cómo caminar. Pero haré una excepción por esa sonrisa. Voy a por las llaves y te abro.

La ayudamos a levantarse y poco a poco nos dirigimos a ese mar que tanto anhela, que busca con los ojos y la mente. Quizás recuerdos con sus hijos, en su bar o puede que de su juventud.

Nos detenemos en una zona cercana a las rocas, donde las gaviotas revolotean marcando su territorio, los niños buscan cangrejos o mejillones y los padres los siguen atentos. Al fondo, dos barcos veleros surcan el agua haciendo de la imagen una fabulosa postal. Por unos instantes se detiene el tiempo hasta que la suave voz de Julia se adentra en nuestros pensamientos.

—El mar no tiene caminos ni explicaciones, es un viaje sin final, donde cada ola es un nuevo comienzo y la esperanza de salir ileso nunca se pierde —dice con el murmullo de las olas de fondo.

—La vida es un lienzo en blanco, cielo —le responde Nerea—, y nosotras tenemos los pinceles. Solo tenemos que saber qué queremos y aprender a pintar. —Mi amiga le aprieta el brazo de forma suave y la invita a caminar. Julia la observa con media sonrisa, luego me mira y va moviendo los pies sin dejar de mirar las casas, los edificios, la gente. Va muy despacio, pero va.

—Lo malo es que aprendemos con los años… con esa vida que pasa delante de ti. Pero hija… cuando ya sabes lo que quieres, el agua moja el lienzo y borra la pintura. El viento la seca y cuando vuelves a fijarte… solo queda el vacío y la esperanza; ese pequeño… ínfimo rayo de luz que tal vez te dé fuerzas para esperar a que vuelvas a pintar lo que deseas… y con quién lo deseas.

Las dos nos miramos, ella vuelve a su mundo mientras camina y nosotras nos quedamos en este buscando una salida a sus palabras. Extraigo de mi bolso una toalla de playa grande, de esas finas con dibujos de símbolos celtas. La extiendo y nos sentamos en ella.

—Me he traído un libro por si le apetecía leer, o escuchar de mi voz la historia de unas amigas que luchan contra viento y marea por la libertad de decidir, de ser quienes son y de no cambiar sus principios por nadie; solo vivir y ser felices juntas. Una para todas y todas para una, ese es su lema.

—El otro día dijo que hay libros que hablan, este más bien grita. Las amigas son reales y sus experiencias, en su mayoría también. Quizás le guste —le digo apretando su mano.

—Seguramente. Me gusta reír… antes lo hacía mucho. Alejandro me hacía reír, soñar despierta, escuchar el silencio o a esos libros que hablan —la noto temblar, no de frío, más bien de flojedad—, que cuentan una ficción basada en la realidad o una fantasía que te gustaría vivir. Aunque los que más dicen son los que explican un testimonio real con sus temores, sus alegrías, sus decisiones y las consecuencias que vienen después. No todos los relatos acaban bien, la vida es así de cruel: Esperas lo que no pasa y pasa lo que no esperas. —Gira la cabeza hacia el rugir de las olas sin quitar su mano de mi mano—. A pesar de ello, siempre hay un mar de esperanza para un corazón perdido, una ráfaga de viento que mueve los hilos y lo que hoy parece imposible, mañana puede pasar.

—Claro. La fe mueve montañas, y la vida, al igual que una buena novela está llena de giros inesperados.

—Me gusta como piensas, pelirroja.

—A mí me gusta creer que todo tiene solución, que incluso después de la muerte se puede ver la luz entre tanta oscuridad. Tal vez haya una vía alternativa que quizás cuesta más de encontrar, pero que te lleva a ese lugar donde quieres estar, y con quien quieres estar.

—Inma… No vayas por ahí. —Nerea me frena con los ojos para que no se me escape lo de mi don. Y no lo hago.

—Hay escritores que cuentan su vida, pese a que en algunos capítulos mezclen detalles reales e inventados. Yo soy de las lectoras que, si encuentran la historia interesante e incluso, intrigante, va a los rincones donde transcurre la novela que leo para descubrir qué parte es cierta y qué parte no. Y, si puedo, le doy el final que se merece.

—Eso es muy… motivador —menciona la mujer abriendo sus pequeños ojos azules un poco más, sopesando mis palabras—. Nunca sabes cuando estás cerca de ese final hasta que llegas, y es agradable sentir que, cuando ocurra no estaré sola, que estaréis

conmigo. —Me da palmaditas en la mano, luego me acaricia la mejilla y sonríe—. Sabía que te encontraría.

—Supongo que se refiere a Gael. Gracias, pero creo que ha sido el destino el que nos ha unido. Mis amigas dicen que soy una soñadora porque creo en todo: en Dios, en las decisiones, en el destino y en el amor más allá de la vida; en que hay caminos que están llenos de obstáculos, pero, aun así, se pueden cruzar. Eso sí, tardas más.

—Demasiado… Pero al final merecerá la pena si consigues llegar a tu destino, sea en este mundo o en otro. Una promesa no se rompe cuando se hace con ilusión, amor y esperanza, cuando está bañada de deseo y de sueños. Por eso sé que cada día queda menos para verlo, abrazarlo y sentirlo. Lo noto en mi pecho, en esa voz que me mece cuando duermo. —Su mirada melancólica baila entre sus dedos y busca una pulsera de oro desgastada por el uso. La gira y gira en silencio como si fuera la rueda del tiempo.

Un malestar que no sé describir se apodera de mi cuerpo, su cansancio es mental. Puede que tenga Alzheimer, pero lo que sí se ve a una legua es la depresión que la inunda, que no le deja ver más allá de sus recuerdos de cuando era feliz con las personas que amaba, con la vida que soñaba. Pero sus ojos han perdido la ilusión, ese aliento que le daba vida, y ahora que sus hijos son mayores y que las canas cubren su pelo, ya no le queda nada.

—¿Volveréis mañana? —Mira a Nerea que tontea con un hombre con bata blanca, quizás alguno de los especialistas del centro, no sabría decir—. Hay hombres muy guapos como Óscar, y creo que está soltero.

—¿Me está aconsejando que vuelva para ligar con un médico? Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Aunque puede que le haga caso. —Le guiña un ojo y Julia sonríe.

El doctor no le quita la vista de encima y mi rubia se ruboriza. Fíjate, si al final voy a ser un hada madrina.

—Sí… yo también era como tú. Me gustaba sonreír, coquetear, mi rutina ya era bastante triste como para no sonreír a la vida. En eso te pareces mucho a mí cuando tenía tu edad. Siempre supe que era atractiva, regentaba un bar en la playa donde el noventa por

ciento de los clientes eran hombres: pescadores, tenderos, paletas, marineros… Excepto los fines de semana, que venían muchos turistas, tanto hombres como mujeres. No desperdiciaba ninguna ocasión si el hombre me atraía, si me ganaba con detalles bonitos. Mi padre decía, que esa sería mi cruz.

—¿Cuál? ¿Su sonrisa?

—Mi belleza. Mi simpatía. Esa alegría que envolvía mi cuerpo.

Su cara ha cambiado por un instante. ¿Cómo puede expresar toda una vida en la mirada? Solo un recuerdo hermoso, le ha quitado un par de años de encima y más de una decena de arrugas.

—Eran otros tiempos. Al destino no le gustaba mi sonrisa y me la quitó un mes más tarde. Quizás mi padre tenía razón y esa fue la cruz que me doblegó, que apagó mi energía.

Regresamos a la residencia, ella se encerró en su mente y nosotras no vimos otra salida que la de la puerta. Nos despedimos de ella con una sensación agridulce. Por un lado, hemos visto su sonrisa, esa luz que desprende. Por el otro, ha durado un suspiro.

—Inma, ¿podrías llevarme a casa un día de estos? Sé que Gael no lo hará, a no ser que se lo recomiende el médico, pero a mí me gustaría volver, aunque solo fuera una última vez.

—¿Una última vez? No diga eso, puede venir cuántas veces quiera, es su casa.

—Quiero volver contigo. ¿Me ayudarás? Tal vez sea mi final feliz, volver a mi hogar. —No me puedo negar, no soy capaz.

—Se lo prometo.

Una sonrisa se dibuja en su cara con mi respuesta, cierra los ojos y suspira. Ya en la puerta me giro y la veo dormida en la butaca con cara de felicidad.

¿Se puede hacer feliz a una persona con tres palabras?

25

Heridas que arañan el alma

Gael

A mitad de julio las noches son largas, da igual que sea lunes, viernes o sábado, el bar de noche siempre está lleno. Los combinados vuelan, los barriles de cerveza se agotan y las botellas de vino vacías se acumulan en el contenedor del vidrio. La parte buena es que no nos da tiempo a quejarnos, a pensar en lo cansados que estamos. Disfrutamos sirviendo, viendo a la gente reír, hacer tonterías y hasta bañarse en el mar vestido cuando el alcohol les nubla la mente y la voz.

Normalmente me da lo mismo salir a la una que a las dos, incluso alguna noche me siento en uno de los sofás y pierdo el tiempo entre el cielo y el mar. Imagino la vida de otra manera, quizás una dimensión paralela donde los años se hubieran vivido en otras circunstancias. Más compañía, menos tristeza y más recuerdos en familia.

Sin embargo, mi experiencia es otra bien distinta: dos niños jugando solos, escuchando majaderías de borrachos en las mesas de al lado, las risas de los niños en el parque con sus padres al salir de clase, o lo bien que se lo han pasado en las excursiones del colegio, mientras ellos lo único que hacían era dibujar y abrazar a su madre hasta que se quedaba dormida.

Los niños necesitan cariño, pero las madres también. El problema es que nadie se ha quedado tanto tiempo en nuestras vidas para dárselo, y al final uno se acostumbra. O eso creía. El carácter te cambia, te curtes y te haces más duro para que las heridas no te arañen el alma. Hasta que llegan unos ojos verdes,

retadores, explosivamente sinceros y provocadores, y rompen esa armadura que durante años ha franqueado cualquier ataque.

Siempre he sido previsor, he actuado con cautela y no me he dejado convencer por esas mujeres que se acercaban a mí, buscando algo que jamás me interesó encontrar.

Esta noche, por el contrario, estoy deseando salir pitando para buscar lo que cierta Sirenita quiera ofrecerme. Sé que estará dormida, pero me ha prometido esperarme desnuda en mi habitación; la suya; la que ahora huele a ella. La que voy a pintar con mis besos y caricias y crear tantos recuerdos nuevos que no se vean los viejos.

Estoy dispuesto a cambiar el rumbo de mi vida, si ella maneja el timón.

Miro el reloj, me despido de los chicos y salgo corriendo. En cinco minutos estoy entrando por la puerta, y para mi sorpresa, hay un montón de velas rojas haciendo un camino a la habitación. Uf. La música de *Stand By Me* de Ben. E. King me lleva directo a esa imagen que tardaré mil vidas en olvidar y que me pone los pelos de punta, los que se ven y los que no. De hecho, creo que no hay una parte de mí en este momento que no se haya levantado al ver su figura enroscada en la sábana, con una pierna tapada y la otra no; con un seno al aire y otro no, y una sonrisa descomunal mientras tararea la canción y me invita con el dedo a acercarme, a probar lo que me muestra sin ningún pudor.

—¿Me estabas esperando? Pensé que tendría que despertarte con el sonido de mis besos y el tacto de mis manos en tu piel, incluso había improvisado una excusa para convencerte mientras ronroneabas pidiendo que te dejara dormir más, pero nunca imaginé…

—¿Que te estaría esperando desnuda y cantando? Me despertó un ruido en el porche y me levanté. Creí que alguien me llamaba y pensé que era el vecino, pero como no vi a nadie, aproveché que estaba en la cocina y cogí las velas para alumbrarte el camino a mi cama, por si la oscuridad de la noche no te dejaba ver tu objetivo. —Sonríe con malicia y mis manos buscan desesperadas su cuello, mi boca la suya y mi cuerpo… Mi cuerpo ya no es mi cuerpo.

—Espera, el otro día también dijiste que oíste un ruido. Es raro, tu vecino solo viene los fines de semana, excepto agosto, que pasa el mes entero aquí. Hoy es lunes. Bueno, ya martes. No hay nadie que te pueda llamar a estas horas, y tampoco conoces a nadie del vecindario. ¿Cómo…?

—No te preocupes por eso ahora. Creo que esto sobra. —Me baja de un tirón las bermudas, pues nunca llevo cinturón, aunque tampoco es que se haya parado a buscarlo. Trago saliva, me relamo los labios, quiero buscar el motivo de ese ruido, pero se muerde los suyos y acabo hundido en su pecho.

No lo pienso, no quiero perder un segundo de mi tiempo en otra cosa que no sea ella. Solo quiero degustarla, sentirla, saborearla como el mejor manjar que nunca haya existido. Porque ahora mismo es eso, su lengua bailando con la mía, probando mil formas de abrazarse, de sentir cómo crece con cada una de ellas el fuego en nuestra piel. Llamas altas, gruesas y densas que nos abrasan dejándonos sin aliento.

Gemidos. Jadeos incontrolables se mezclan con *Like I'm Gonna Lose You* de Megan Trainor ft. John Legend haciendo de esta noche una noche mágica e inolvidable. Palpa mis dudas, entra en mi infierno y lame las heridas que me arañan el alma haciéndome estremecer con su mirada, con su lengua, y el calor de sus labios que riegan una parte de mi ombligo, que bajan muy despacio por ese sendero de vello y la transporta al lugar que más desea mi mente que posea.

Una vez y otra, arriba, abajo y vuelta a empezar. Gruño. Lame. Le acaricio el pelo y succiona con más entusiasmo. Joder, cómo me está haciendo sudar. Intento no parecer un crío imberbe, pero ya no puedo aguantar más.

—¿Te gusta? —Se detiene para mirarme, lujuriosa, rebelde, tan sensual que tiemblo, justo cuando estaba a punto de correrme.

—No pares, pelirroja. No ahora.

—¿Por qué? —No suelta mi miembro, pero se ríe como la bruja que es, excitándome más todavía.

—No me ha gustado nada. Repítelo a ver si mejoras. —La enorme risa que sale de su boca me tensa aún más, me hace vibrar

de anticipación.

—Intentaré superarme.

Y se la mete en la boca hasta el fondo. Los siguientes minutos no puedo describirlos. No sé, me faltan palabras en el vocabulario para calificar lo que me provoca cada roce de su lengua, cada movimiento de su boca o de su mano que fricciona al mismo ritmo con una perfección absoluta, hasta que no puedo más y el orgasmo la cubre entera.

Se limpia la boca, sonríe. La miro embobado, aturdido y le devuelvo la sonrisa abriendo los brazos. Se cuela en ellos, se acurruca y los cierro. Beso su frente, su pelo, su nariz y con suavidad alzo su mentón para mordisquearle el labio, y poco a poco jugar con su lengua. Nos miramos durante segundos o minutos, no sabría decir, y nos fundimos en el beso más largo que pueda existir. En ese que recuerdas cuando las canas cubran tu pelo y las arrugas sean las dueñas de tu piel, y, aun así, todavía sientas lo que te provocó ese contacto.

Suave y aterciopelado. Excitante y mojado.

Tras él vienen más. No tan largos, pero sí más fogosos, salvajes, y dejan huella por cada centímetro de carne por donde pasan. Mi erección busca su centro de placer, húmedo, caliente y preparado para ella. Solo un roce y la descarga es brutal. Me cuelo por esa cueva y me pierdo en ella. Una, dos, seis, nueve… perdí la cuenta en el segundo jadeo, cuando su mano golpeó mi nalga y me pidió más.

—No pares, Gael. Más rápido, por favooor…

Y yo freno. Ella me da otro cachete, lanzándome misiles con la mirada. Le agarro los brazos con una mano y los pongo por encima de su cabeza.

—Quieta, fierecilla… —Muerdo uno de sus pezones, amaso el seno con la mano libre que me queda y succiono. La miro, gruñe y se queja.

—Gael, no hagas que me levante y te la retuerza. No me provoques, puedo ser muy cruel cuando me enfadan.

—¿Me estás amenazando? Sabes que estoy encima, ¿no? Que te tengo atrapada. —Sonrío, su mirada me quema.

—No me subestimes, soy como una serpiente. Me contoneo y me deslizo por tu cuerpo y a la que te des cuenta la que te acorrala soy yo. Así que o me follas o te follo.

Se acabó el descanso, ella lo ha querido. Subo sus piernas a mis hombros y empujo tantas veces como gritos salen de su boca y gruñidos de la mía.

—¿Quieres más rápido? ¿Más fuerte? ¿Qué quieres, Inma?

—Te quiero a ti. —Y el orgasmo llega calentando mi corazón y convirtiéndolo en polvo. Una ola de fuego me sacude, me deja sin habla, jadeante durante un tiempo indefinido que ella aprovecha para abrazarse a mi torso y acomodarse en él.

Un silencio cómodo, largo y dulce termina cuando consigo hacerle la pregunta que me ronda la mente desde hace un rato.

—¿Me acompañas a ver a mi madre a la una?

—Vale. Si después te invito a comer.

—Comida contigo. Suena bien.

—No vayas por ahí, esta vez es comida de engordar.

—No, si engordar, engorda. Mírala. —Baja la vista hacia ella que se mueve en círculos saludándola.

—Vaya, para ser las tantas de la noche estás muy contento, ¿no te parece?

—La culpa es tuya, que me pones así.

—Me alegra saber que no te pones así con cualquiera. Porque no eres un donjuán, ¿verdad? No vas a robarme el corazón ahora que te lo he enseñado, que has entrado en mi casa, en mi cuerpo y estás allanando también mi cerebro.

—Ojalá pudiera secuestrarlo, así me aseguraría que no te marcharás dentro de seis meses o un año, cuando ya esté loco por ti y no sepa cómo mantenerte a mi lado.

—Eso es lo que esconde tu sonrisa.

—No lo escondo, lo llevo escrito en la frente, solo hace falta acercarse lo suficiente para verlo. Mi hermana ha tenido la gran suerte de que Luis se enamoró perdidamente de ella hace doce años, y desde entonces no se han separado. Mi Luis pasó a ser el suyo. Mi pilar donde apoyarme, dejó de sostenerme a mí para aguantar el peso de ella, porque con los dos no podía. Yo aproveché

para estudiar, viajar y hacerme un hombre, como hubieran dicho la mitad de la clientela de mi madre. Ella, en cambio, no dijo nada.

—Dejó que descubrieras el mundo, que te hicieras a ti mismo. Mientras tú aprendías a sobrevivir, ella luchaba por resistirse a la soledad con las fuerzas que le quedaban.

—Supongo, pero yo tenía que hacer mi vida, no podía quedarme anclado a la suya.

—Lo sé.

—¿Qué vas a hacer mañana antes de ir a la residencia?

—Por la mañana he quedado con César y Nuria para hacer… travesuras. Si quieres, quedamos en el centro o te paso a buscar.

—¿Sigues averiguando quién escribió esas cartas?

—Por supuesto.

—¿Tú eres consciente de que puede ser cualquier trabajador de Transmediterránea? No solo un oficial o un marinero de un barco mercantil, también un oficinista, un administrativo o un jefe de alguna sección de sus almacenes. Incluso el dueño de la naviera. Cualquiera puede acceder a una carta de esas. Hasta mi hermana, que trabaja allí desde hace años. No tantos, pero ya hace al menos doce. Es… como buscar una lágrima en la arena.

—Teniendo en cuenta sus palabras, las que hay escritas en las cartas, no da opción a que sea un jefe de almacén o el dueño de la naviera. Es un hombre humilde, enamorado y desesperado por estar lejos de la mujer que ama, que ha viajado mucho, que ha estado enfermo y que tiene un hijo que no conoce. Es posible que incluso esté muerto, pues no sabemos si superó aquella enfermedad.

—Dices que por la forma de su letra era un hombre con estudios, inteligente. Puede que perdiera su dinero y prestigio, que fuese un alcohólico o apostase todo en el juego, y simplemente se fue. Se arrepintió cuando supo que iba a morir y escribió esas cartas que nunca envió.

—Sí las envió, tienen sello.

—Entonces ¿por qué no las tiene su dueña? ¿Por qué no están juntos?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Y que tenga una carrera, no significa que fuera rico o de clase media alta. Cuantos

licenciados hay trabajando en un supermercado o de dependientes en una tienda. La vida a menudo nos hace dar vueltas antes de encontrar el trabajo que soñamos. —Señala un libro que tiene en la mesita de noche—. Si lees esa novela, la historia de un hombre, boliviano de nacimiento y español de adopción, licenciado en Empresariales por la universidad de La Paz, pero que desde que llegó a nuestro país sus trabajos habían sido de paleta, de encofrador, de pescador, de estibador e incluso de marinero en sus dos últimas tareas. La vida de ese hombre me recuerda al de las cartas, podrían tener incluso la misma edad, puesto que su historia está ambientada hace treinta años en Valencia, y los dos últimos trabajos en Peñíscola. Como comprobarás, nada que ver con sus estudios.

—Ese hombre es el protagonista de una novela.

—Basada en hechos reales.

—Tú como bibliotecaria con tantos libros a tu disposición, eres un peligro. Está bien, tú ganas. Como bien me dijiste una vez eres muy testaruda, y sé que no pararás hasta que encuentres a ese hombre.

—No lo dudes ni un instante.

—Solo quiero que entiendas, que no siempre uno encuentra lo que busca, y que, si lo consigues, a lo mejor luego no te gusta lo que descubres.

—¿Es lo que te ocurrió a ti? ¿Buscaste a ese hombre invisible y no lo encontraste?

—Más o menos. Aunque tenía doce años la primera vez y fue una decepción muy grande, pero la segunda tenía dieciocho y ya no lo fue tanto. Simplemente, puse punto final a esa historia. No todas acaban bien, Sirenita, las de ficción a veces son auténticos dramas. Y nuestro supuesto padre fue como el humo de un cigarro, desapareció con la primera ráfaga de aire.

Suspira, me abraza y el silencio nos envuelve en una manta cálida. Una voz me grita en mi interior que ella es mi nuevo hogar; el definitivo, por el que vale la pena luchar. Su nariz roza mi mandíbula rasposa, me echa el aliento cuando se acomoda entre mi

cuello y el hombro, buscando el hueco perfecto para dejar la cabeza. Sonrío, respiró hondo y me duermo.

El teléfono suena un tiempo después, se nos ha hecho tarde a los dos. A mí, que he quedado con Chema para ir a la lonja, y a ella que la están esperando en el centro médico para cometer un delito, del cual espero que no tenga que mediar. No me gustaría involucrar a Luis llegado el caso, pero tampoco dudaré en hacerlo si lo necesita.



La mañana pasa y nos vemos en la puerta de la residencia. Un beso corto en los labios me alienta a entrar a esa espiral en el tiempo, donde mi madre entra y sale, y yo sufro cada vez que desaparece entre un año y otro.

—Hola, cariño.

—Mamá. —Le doy un beso en la frente—. ¿Te acuerdas de Inma?

—Claro, ¿vienes a cumplir tu promesa?

—Mejor otro día. Hoy solo te acompañaremos en la comida, y así nos cuentas qué tal te cuidan.

—¿Qué promesa? —Me giro hacia mi obstinada pelirroja sin saber muy bien qué esperar de esa maldita palabra.

—He quedado con Alejandro —responde la voz emocionada de mi madre—. El otro día hablé con él. Pronto volveremos a estar juntos de nuevo, y le he pedido a Inma que me lleve a nuestra cita. ¿Verdad, cielo?

El alma se me cae al suelo. Esas heridas que aún escuecen vuelven a abrirse, una y otra vez. No sé cómo hacerle entender que

no existe, que es una quimera, un producto de su imaginación y me cabrea que Inma le siga el juego, porque eso solo le hará más daño.

—No hagas eso, Inma. Tú no.

—¿El qué? ¿Dar un paseo con ella? ¿Dejar que vuelva a su casa y mire al mar buscando a ese hombre entre las olas desde su adorado porche? No hay nada de malo en ello, Gael.

—Sí que lo hay, se llama falsas esperanzas.

—Solo será un momento y luego volverá a su vida en el centro. Si es que a estar sentada la mayor parte del día mirando a la ventana, se le puede llamar vida.

—No lo entiendes, ¿verdad? Es mentira. Todo es mentira.

26

Todo es mentira

Inma

Gael está molesto conmigo y no sé por qué, pero está apoyado en la ventana de espaldas a mí, sin quitarle el ojo a su madre. Dice que todo es mentira, y puede que lo sea, pero ¿qué daño puede hacerle volver a su hogar después de casi siete meses sin verlo? Mi intuición me dice que a veces hay que mirar más allá de lo que tienes delante, de lo que ves en primera línea.

Es cierto que mezcla recuerdos, que no sabe en que año vive ni en qué día, y es posible que los cimientos de su historia sean una torre de paja, que con un simple golpe de aire se vayan.

Sé que él lo buscó por tierra y por mar, que llamó a muchas puertas y no dio con él; que Gabriela trabaja en una naviera porque creyó que desde dentro lo encontraría; que seguramente Luis también lo habrá buscado desde su bufete, y que toda su vida gira en torno a su padre. Incluso he llegado a creer que era mi príncipe del mar, pero si fuera cierto, mencionaría a su hija en las cartas, y solo nombra a su futuro bebé.

Solo tiene un hijo, por lo tanto, no puede ser él. Aun así, seguiré buscando, porque quien no lucha no gana. Si no hay constancia ni estrategia, no hay batalla, y yo soy guerrera por naturaleza.

Hoy estamos un paso más cerca de averiguar quién es su princesa, ya que, tras esas escenas de Misión imposible, versión Nuria y César, hemos descubierto los nacimientos que hubo en esos tres años. Todos están registrados en el centro médico, tienen una ficha hecha que ha imprimido Nuria, y que me traerá mañana por la mañana. César, ella y yo analizaremos esos datos, llamaremos por

teléfono a esas personas hasta que demos con la princesa, y ella sea la que nos cuente la verdadera historia que hay detrás de esas cartas. También tengo la entrevista con el reportero del Castellón diario, que por suerte será a través de videollamada y la podré hacer con los chicos delante. Quizás a ellos se les ocurran más caminos por dónde tirar.

No sé si será mañana o el jueves, pero pondremos un final digno a esta novela romántica. Estoy convencida.

¿Feliz? Puede. Pero ¿qué es en realidad la felicidad? Puede ser encontrar lo que buscas, entender por qué sucedieron las cosas, cerrar una herida abierta o comprender qué ocurrió con ese amor perdido.

También ese instante de calma después de la tormenta, o ese silencio, esa paz después de tanto sufrimiento en la guerra.

Como es el caso de su madre. Puede que la mentira se haya convertido en realidad en su cabeza a causa de la enfermedad, pero tampoco voy a tirar la toalla. Su tristeza me oprime el pecho, me roba el aliento y aumenta mi necesidad de echarle una mano.

Está claro que su paz mental está en esa casa, en esas imágenes que ve en su cabeza. Ya no tiene fuerzas para continuar una vida que no quiere, que no acepta sin ese hombre a su lado, y si alguna vez fue feliz allí con él, se merece volver a vivirlo. Sea cierto o no; sea producto de la falta de amor en su vida, el que haya creado un amor imposible para que sus hijos creyeran que tenían un padre, que eran una familia como las demás y no fruto de la pasión de dos noches de una mujer soltera.

Joder, no es malo seguirle el rollo si eso la hace sonreír, sentir que está viva, ¿no?

¡¿Qué más da?! Entiendo que pueda ser frustrante para sus hijos, lo comprendo. Sin embargo, pensándolo fríamente, ahora ya da igual. No importa lo que sucediera hace tres décadas, lo que es de mayor relevancia es lo que sucede ahora. Se está muriendo por dentro, está desapareciendo delante de ellos, sean sus recuerdos o sus mentiras la están consumiendo día tras día.

No se puede luchar contra la enfermedad, porque de momento el Alzheimer es incurable, pero se puede hacer todo lo posible

porque, mientras estés a su lado tenga una ilusión por la que vivir. Es un acto de amor que brille con luz propia, que el color vuelva a su piel con un comentario, una caricia o una sonrisa.

Ella se llena de dicha con su historia de amor, cuando narra cómo se enamoraron, y ¿quién soy yo para negarle esa sensación, esa fuerza que le da ese sentimiento? Como bien me dijo ayer, tal vez ese sea su final feliz; pensar en él; vivir juntos ese momento frente al mar, sea en su imaginación o más allá de la vida.

Es lo que quiere, así que, sea donde sea, la voy a ayudar. Voy a acompañarla a cruzar esa línea, y si por recuperar ese amor que un día tuvo, pierdo el mío, será mi decisión.

—Seguro que fue una historia inolvidable —susurro sin saber qué más añadir, dado que, si fue cierto, no sé si llegaron a casarse de verdad, si se divorciaron antes de que naciera Gael y por eso no hay fotos, o es que murió hace años y habla metafóricamente de su cita con Alejandro porque murió antes de que él naciera.

No es tonta, siente su debilidad, y su desnutrición salta a la vista, pese a que diga su cuidadora que ha engordado dos kilos; algo que dudo, sinceramente, pues está tan delgada que se le marcan los huesos.

Podría decirle a su hijo que es posible que sienta esa cercanía a la muerte, y que cuando se duerme, su debilidad, la poca fuerza de su corazón hace que se ralentice, que se quede en esa línea entre los dos mundos, que su cuerpo esté presente, pero su mente viaje allí; a ese limbo donde las almas esperan y vagan por él hasta que encuentran lo que buscan. Quizás cumplir una promesa.

Sí, debería hacerlo. Debería contarle que barajo esa posibilidad, que es factible teniendo en cuenta mi verdad.

Si Alejandro murió, tal vez la esté esperando en aquel lugar donde el tiempo no pasa, donde pueden verse a escondidas, sentir sus corazones, conversar, y volver a ser aquella pareja que un día fueron. Soñar que pronto se hará realidad, que podrán vivir juntos toda la eternidad. Pasa tantas horas durmiendo que, por eso cuando se despierta desvaría, mezcla los recuerdos, las realidades y cree que lo ha visto de verdad, que tiene una cita con él. Puede ser mirando al mar, en la playa, en su casa al atardecer o con la luna

reinando en el cielo. La cuestión es cumplir esa promesa de estar juntos y no separarse jamás.

Tal vez no todo es mentira, solo es una verdad alternativa, diferente. Un mar de esperanza para un corazón perdido, como bien dijo Julia.

Pero ¿cómo decirle algo así a un hombre que no se fía del destino? No parece de los que creen que un alma puede vivir mil vidas o ninguna; que puede perder una batalla y ganar cientos de guerras; que más allá de la muerte puede haber vida, dolor o ira, o que la metáfora del cielo y el infierno es solo una etiqueta más que le ponemos a un lugar, donde las almas van y vienen, mientras esperan esa luz que les anuncia otra vida. Una donde probablemente, volverán a encontrarse y amarse, volverán a tener esa posibilidad de vivir y sentir. En tu poder está que cuando la tengas, lo hagas o no.

Los observo a los dos, madre e hijo. Tras un silencio interminable, donde Gael la acariciaba y ella vagaba por ese terreno rocoso y lleno de obstáculos que es ahora mismo su mente, donde yo me he perdido en la mía para contaros lo que siento, lo que intuyo y lo que temo, Julia decide hablar.

—Todavía no se ha terminado, cielo.

—Lo sé. Aún tienes mucho amor por dar. —Le toco la mano para tranquilizar el vaivén de sus ojos, que por alguna extraña razón han empezado a moverse, desesperados, vidriosos.

Gael me observa, no sé si complacido por el cariño que intento darle, o temeroso de que mi afecto pueda aumentar su enajenación, pues la expresión de su rostro ha cambiado y la del nuestro al ver su transformación, también.

Al momento se relaja de nuevo, me mira y vuelve a sonreír con una armonía en la voz que te pone el vello de punta.

—Hay amores que están hechos con risas, sudor y lágrimas, que tienen mucho que dar y contar, y poco tiempo para hacerlo. La nuestra es una historia larga, con muchos capítulos y densos; algunos muy duros y espinosos, sangrantes diría yo, y otros; unos pocos de ellos, tan dulces y maravillosos como eternos.

—Mamá, deberías descansar.

—Lo haré. Muy pronto lo haré. Solo quiero que recuerdes, hijo… que un libro que escribes con tus manos, que creas con tu mente y plasmas con tus recuerdos, da igual que no lo veas cada día, está grabado en tu retina y en tu corazón. ¿Sabes?, siempre quisimos escribir un libro juntos hecho de momentos con nuestros hijos; buenos y malos; alegres y tristes.

—Todo libro es interesante, si tiene algo que contar. Y tú tienes mucha información en tu cabeza, ¿verdad, Julia?

—A veces sí… Otros días…

—Está en blanco —susurra su hijo acariciando su pelo cano, peinándola con la mano como si fuera una niña.

Ella le sonríe sin decir nada, perdida otra vez entre su hijo y el aire que los separa. Siento cómo se aleja de nuevo, y me acerco más a ella. Necesito que me oiga, que me entienda.



—Julia, ¿quieres que venga mañana y me la cuentas?

Noto cómo se me humedecen los ojos, cómo Gael baja la cabeza y la apoya en el cristal. Siento su dolor, veo su herida sangrar y quiero cerrarla, pero quizás no le guste cómo lo haga y esa idea que se pasea por mi cabeza, me está dejando sin aire.

La mirada vacía de Julia me dice que se ha vuelto a ir a ese lugar donde ella es quien quiere ser: esa muchacha alegre, bella por dentro y por fuera, que sonreía a todo el mundo, y no ese cuerpo consumido por la tristeza que tenemos delante. Su alma rota ya no está con nosotros, se ha ido con ese hombre al que añora; al que siente a su lado, aunque no lo esté.

—Mi madre siempre dice que, si estamos seguros de algo, hay que luchar por ello con uñas y dientes, perseguir lo que deseamos hasta alcanzarlo, así que no se rinda. —Miro a ese hombre al que deseo con toda mi alma, resignado a luchar contra lo que no entiende, y por un segundo sus ojos se enfrentan a los míos. La rabia que emanan me seca la boca, y a pesar de ello, me mantengo firme en mi postura—. Julia, si me oye, si hay algo que pueda hacer, cuente conmigo. Me encantará ayudarla. Pero, por favor, nunca pierda la ilusión. También quiero que comprenda que sus hijos la quieren mucho, la echan de menos, y todas las horas que pueda disfrutar con ellos serán momentos que recordarán en un futuro.

—Yo también los quiero, querida, más de lo que se imaginan… Pero ya no ríen como antes… no juegan ni dibujan. —Una lágrima resbalando por su mejilla nos sorprende—. Ya no me miran orgullosos ni me abrazan como a aquella madre que les hacía cosquillas hasta caer al suelo. Ahora son ellos los que siempre están preocupados… serios y distantes.

—Se llama madurez, mamá. Todos nos hacemos viejos, los años pasan y los problemas crecen.

—Hay momentos para todo, Julia. Ahora debe comer, cuidarse para jugar con su nieto y reír con él, lo mismo que hizo con sus hijos.

—Lo intento hija, pero a menudo el estómago se cierra. Estoy tan cansada… —Sus ojos azules, lánguidos, se fijan en un señor que ríe a mandíbula abierta, tendrá cerca de los ochenta años, pero parece un niño de no más de seis—. Las risas curan el alma, sirven de bálsamo para el dolor. Al menos un tiempo… aunque no llenan el vacío que deja la ausencia. La falta de vida en tu mente y tu corazón… Las ganas de volver a sentir, a ser quién eras cuando eras feliz.

—Siento que el amor de tus hijos no haya sido suficiente para ti, pero ahora tienes un nieto, el único Alejandro que necesita tus besos en esta dimensión. Hace dos días lo tenías en tus brazos, lo acunaste. —Su voz suena desesperada, desgarradora y vencida.

—Lo acuné, como lo hice con tu hermana y contigo tantas veces. —Su madre le acaricia la mandíbula con delicadeza y una

sonrisa triste asoma entre las arrugas de su cara.

Se miran durante un instante eterno y a la vez fugaz, porque cuando te das cuenta ya se ha ido. Después su mano cae y sus ojos se entretienen jugando con sus dedos. Gael vuelve a su posición, y clava esa oscuridad que lo envuelve en mis ojos haciéndome tragar saliva.

—Es inútil. Por eso; por esto… no quiero que la engañes, que aumentes su fantasía.

—No es esa mi intención. Solo le ofrezco mi mano para acompañarla a su paraíso, a esa felicidad que tanto añora.

—Tus palabras le dan alas, ¿no lo entiendes? La hacen volar a su nube de color, Inma. Una nube que se desvanece cuando la tocas.

—¿Y si el tiempo en que está en esa nube se siente más viva que nunca, prefieres que esté triste, perdida y llorando por lo que pudo tener y no tuvo?

Nos miramos durante una eternidad, y no sé describir lo que contiene esa mirada, pero me hace temblar y no de placer.

27

La verdad duele

Inma

Una de las cuidadoras viene a insistirle que debe comer, y su hijo y yo nos apartamos para que haga su trabajo. Le rozo la mano con disimulo para mostrarle mi apoyo, pero antes de llegar a enlazar mis dedos con los suyos la aleja. Vuelvo a intentarlo y me mira, entre molesto y sorprendido por mi insistencia; no con él, con su madre.

Resoplo porque sé que tengo que hablarle de mis motivos, de mi lucha interna, aunque no tengo ni idea de por dónde empezar para que no salga corriendo. Soy esa mujer impredecible que tanto le gusta, que investiga casos abiertos, pero también soy esa persona que ve lo que otras no ven, que oye lo que nadie escucha y siente los corazones perdidos cuando no saben si están a un lado o a otro. Esa sensación de desvanecerse con un pensamiento, de pisar un terreno desconocido y a la vez ver el lugar que llevas años deseando pisar, los desorienta, los hace fluctuar aquí y allá sin sentido hasta agotarlos.

¿Y si ese hombre que vi el otro día es Alejandro?

Sé que si lleva años muerto no debería aparecer ahora, pero el tiempo en esa dimensión es abstracto, y hasta ahora nadie podía verlo ni oírlo. Podría ser, ¿no? No estoy loca por pensarlo.

Mi abuela me dejó un diario, unas anotaciones de lo que podría suceder en ciertos casos. No supe de su existencia hasta hace poco, cuando mi madre se enteró de lo que hacía exactamente en esas aventuras y me lo mostró. Además, me documenté entre los numerosos libros que hablan de ello. El problema es hacérselo entender a él.

Suspiro, lo busco con la mirada, aprieta los puños, coge aire y observa a su madre que le sonríe con una ternura difícil de obviar.

—No discutáis, me lo comeré todo a cambio de que os deis la mano y me acompañéis. Será un rato nada más. Me sentaré a tu lado como siempre, juntos frente al mar. —Contempla embelesada a Gael y le acaricia el pelo como si fuera aquel niño hiperactivo que le costó tanto criar—. Déjame contarte un cuento una última vez; contárselo a ella, a Gabriela y a Luis. Se lo contaré a toda la familia al completo, todos juntos, como siempre debimos estar. —Dirige esos ojos tristes hacia mí, pidiéndome permiso con la mirada, y yo, emocionada por el pequeño alegato, asiento con una fina sonrisa—. Incluso al viento y a las estrellas, al aire que mueve las cosas de lugar. Déjame ser aquella mujer que fui solo una vez más.

—Puedes serlo todas las veces que tú quieras.

—Ay, cariño, yo me conformo con una.

—Está bien, tú ganas. El jueves volveremos y pasaremos la mañana en la playa, en tu rincón de cielo, arena y mar.

—¿Me lo prometes?

—Sabes que yo no prometo nunca, yo hago lo que digo.

Se levanta, niega con la cabeza y alza los brazos, asumiendo su derrota. Lo observo dolida por el sufrimiento que veo en sus ojos, pero también porque no vea la esperanza que hay en los de su madre. Mañana sin falta, cuando despierte en sus brazos, le contaré la verdad; mi verdad. Quién es realmente Inma Cuesta.

Tal vez lo pierda o tal vez sea la única forma de que entienda, que no siempre lo que es bueno para ti, es bueno para las personas que quieres; que no siempre todo tiene una explicación y que el amor de verdad puede traspasar barreras, cruzar líneas invisibles y esperar una eternidad para cumplir una promesa.

Mi intuición o mi sexto sentido quiere guiarme el camino, y de momento, en todas mis aventuras nunca me ha fallado. Aunque nunca es tarde para una primera vez, y a lo mejor esta lo sea. Puede que me esté implicando demasiado personalmente, mi brújula se haya atrofiado y la que haya perdido el norte sea yo. Quizás ella solo esté enferma y a quien vi fue a un extraño.

Es posible que esté buscando en el lado equivocado, e incluso las cartas no tengan el final deseado. A lo mejor son de un turista persiguiendo el sueño de un amor de verano; su primer amor; aquel que siempre se lleva pegado a un lado del corazón, pese a que el tiempo te haya cambiado, y ahora que está solo quiera volver a recuperarlo.

El grito de un residente negándose a ir al cuarto de baño me hace girar la cabeza y volver al presente; a Gael y a su madre, que ha acabado parte de la comida, el zumo, aunque no la fruta. Al minuto se queda dormida y nuestra presencia sobra entre el bullicio de los pacientes, que alterados, se quejan de la comida; del calor; de las enfermeras o de la soledad, pues su familia a estas horas no está.

Ya en la puerta del coche, Gael dispara balas desesperadas al aire, y puede que también hacia mí, aunque no sea para hacerme daño. ¿O sí?

—¿Por qué lo haces?

—¿El qué? Darle esperanzas sobre un amor que no existe más que en su cabeza.

—Le doy un motivo para respirar, para sentir que todavía…

—¡No! No hay un marido ahí fuera, perdido en algún lugar; nunca lo hubo. Todo lo que te ha contado es producto de su imaginación, una desbordante por todas las novelas que ha leído en su vida. Nada más.

—Tal vez…

—Inma, no hay papeles en el registro, en el vecindario nunca la han visto viviendo con un hombre, ni siquiera el matrimonio mayor de la última casa, que compraron la vivienda un mes después que ella y la conocen del restaurante. ¡Siempre ha estado sola!

—Oye, entiendo que no es de mi incumbencia, pero no hace falta que me grites. Tranquilo, no volveré a hablar del tema ni vendré a verla si no quieres.

—No lo entiendes. No es que no quiera que la veas, si a ella le hace feliz me da igual. Es tu tiempo, tú sabrás lo que haces con él. Solo quiero que sepas que no tengo padre. Ella es madre soltera y nos ha criado lo mejor que ha podido a mi hermana y a mí. Se lio

con un hombre, que mientras le sacó dinero estuvo con ella, pero que nadie conoce ni ha visto desde que se mudó hace treinta y cuatro años. Dio su juventud y su vida entera por nosotros, luchó para que no nos faltara de nada. Ahora, esa mente brillante que un día fue capaz de regentar un bar en la playa ella sola con dos bebés, y sacarlo adelante con su esfuerzo y sacrificio, la ha abandonado como aquel hombre que desapareció cuando se quedó embarazada del segundo hijo. O sea, yo.

—Pero…

—No hay peros. No estaban casados. No había nadie en el porche, excepto ella, nosotros, y a veces mi tío. Juntos escuchábamos boquiabiertos todos esos cuentos y leyendas que nos narraba, haciéndonos creer que eran realidad. No hay una historia bonita ni un final feliz. Hay una mujer honrada y humilde, que se tiró toda la vida trabajando con la ilusión de encontrar ese amor que te saque de las penurias. El problema es que esa terrible enfermedad le ha hecho olvidar todo lo que amaba y acrecentar lo que le faltaba.

—Gael… —Le pongo la mano en la espalda y se gira. Esta vez no se aleja, al contrario, apoya su frente en la mía.

—¿Es triste?, sí. ¿La verdad duele?, mucho. Ver cómo una persona pierde la orientación, el sentido de su vida, lo que la hacía reír de verdad y su sueño de crear una gran familia. Pero es lo que es, pequeña Daphne. No hay más misterio que resolver. Ha perdido la cabeza, y la mitad de las cosas que dice, solo las ve ella.

—Lo siento. —El nudo que se me ha formado en la garganta me impide decir nada más. Respiro su aliento intentando absorber su amargura, su dolor.

—No pasa nada, no podías saberlo. Debería haberte avisado, pero no pensé que te hablaría tanto de él ni que quedarías con ella para verlo en una imaginaria cita. Creí que te hablaría de la mierda de comida que le dan, porque es lo que hace cada día desde que la ingresamos. De hecho, su ficticia historia de amor solo la saben cinco personas: Mi tío que murió hace varios años, un borracho que prácticamente vivía en el bar desde que tengo uso de razón hasta que un día dejó de venir, y nosotros: Gabriela, Luis y yo. Y ahora tú.

—Vaya. Supongo que caigo bien a la gente y por eso confían en mí. —Rozo sus labios.

—¿Tú crees? —Cambia su expresión seria y triste por una pequeña sonrisa ladeada.

Lo beso. Un pequeño roce que solo pretende dar calor y cariño, abrigarlo del frío desengaño, de la amargura de esa ausencia. Me separo unos centímetros y su mandíbula se relaja, entonces contraataco.

—Tan mal no te caeré, cuando me has alquilado la casa y el corazón. No creas que no me he dado cuenta de que, al acercarme, pisa el acelerador. No mientas. —Le doy un empujón en el hombro y sonrío inocente, intentando que esas lágrimas retrasadas que aun brotan por su cara desaparezcan.

—Eso es porque quiere huir de ti. Te tiene más miedo que yo, y yo estoy aterrado.

—¿Estás seguro? —Me voy hacia el coche sonriendo. Activo el modo provocativo, me relamo los labios despacio e inclino el hombro derecho hacia abajo, lo que hace que el tirante del vestido se deslice con delicadeza.

—No me tientes, pelirroja, o puede que la que salgas corriendo seas tú.

Me alegro de que la tensión haya disminuido. La verdad es que su madre me ha arañado el alma, y él está volviendo loco a mi pobre corazón, que no está acostumbrado a que un tío así me mire, y menos con esa intensidad. Tan profundo que me atraviesa de lado a lado, con tanta fuerza que ha hecho un agujero en lo más hondo de mi ser, y ahora no sé cómo taparlo. Siento que puedo romper algo extraordinario con mi impulsividad, que puedo cagarla enormemente, y destrozar al único hombre que ha traspasado la barrera de mi cuerpo y se ha metido en mi corazón. Pero debo hacerlo. Debo ayudar a esas dos almas enamoradas a que cumplan su promesa de no separarse jamás.

Sé que el Alzheimer es una enfermedad muy dura, que en poco tiempo anula a la persona, la envejece, la devora hasta que al final desaparece. No obstante, cuando la miras, hay tanto amor en sus ojos cuando habla de su Alejandro, que me pregunto…

¿En serio todo es mentira?

Todas esas escenas de las que habla con tanta devoción, con tanto cariño… ¿no han ocurrido nunca?

28

El huracán Inma

Gael

Comimos juntos; hablamos de esas cartas; de ese hombre misterioso; de los sesenta nacimientos que hubo esos tres años, y de que a partir de mañana intentaría ir haciendo criba para llegar al adecuado. Nuria lo pasó fatal, la morena tuvo que ir al baño después de su trabajo como espía a llorar, a desahogarse por los nervios acumulados, y su amigo tuvo los santos cojones de presentarse allí, abrazarla y calmar su llanto, pese a que era un cuarto de baño de mujeres, estaba en el horario laboral de ella y alguien podría verlos.

Lo aplaudí mentalmente por ello.

Inma lo contaba como una aventura intensa y extraordinaria, como un paso gigante a ese final que tanto deseaba. Entusiasmada como una niña de trece años que se pinta los labios por primera vez para quedar con un chico, me besaba, me contaba otra cosa y me volvía a besar. Y entremedias comía.

El huracán Inma, así la denominaré a partir de hoy, ya que a su lado pueden ocurrir dos cosas: que acabe arrollado en uno de sus giros y desaparezca entre sus brazos para siempre, o que me destroce, me haga pedazos con la fuerza que emana y no puedan identificar ni una sola parte de mi anatomía.

Seguía su ritmo, o al menos lo intentaba, porque a veces me perdía mirándola, grabando todos sus gestos en mi memoria para recordarla eternamente en mi corazón.

Pasada la molestia inicial al salir de la residencia, al sentir que mi madre se alejaba cada día más rápido, que su mente se vaciaba descargando así el peso de toda una vida, mi humor fue cambiando

cuanto más me sonreía mi Sirenita. Sus manos, su boca, toda ella se movía con una delicadeza y una sensibilidad increíble. Cuanto más la miraba, más me convencía de que su luz era el faro que necesitaba para encontrar mi lugar.

Ella es mi lugar en el mundo, estoy convencido. Pero también es el ser más impulsivo e impredecible de este. Me entretienen sus locuras tanto como las temo, y esta parece una de ellas. Esas cartas, ese príncipe del mar… ¿Y si está muerto y está buscando un imposible? Pero ¿cómo le niego esa ilusión?, ¿cómo voy a decírselo y apagar su sonrisa?

No lo haré, y cuando lo descubra allí estaré para consolarla, para abrazarla y amarla, porque por primera vez no obtendrá el final que deseaba. La vida es así, no siempre hay un final feliz.

Disfrutaba de su energía, recargaba mi batería para el resto del día, con esa fuerza descomunal que me electrocutaba la mano, cuando soltó la bomba. Una que explotó en mi cara y arrasó con cada rincón de mi cerebro. No ha dejado un solo hueco en él sin esa información revoloteando en mi cabeza, y ahora tengo que esperar veinticuatro horas para descubrir por qué ese tipo va detrás de ella.

Entre su interpretación de espía en la sombra junto con su amigo y venir a la residencia, pasó por la casa a buscar su identificación de la biblioteca y unas cosas que necesitaba. Fueron unos minutos, pero cuando se fue hacia el coche: él la llamó por su nombre, la conocía. Ella se giró cuando ya estaba abriendo la puerta del coche para irse y lo vio en la puerta mirando el jardín, la casa, las flores. Su espontaneidad la cegó, y como tantas cosas que hace, no lo pensó, le preguntó quién era. El hombre dudó y luego le dijo que solo quería hablar con ella, por eso había vuelto, para que lo ayudara.

Llegaba tarde a nuestro encuentro, iba con prisas, aun así, se acercó a él, fue a tocarlo y huyó de nuevo. Ese hombre ha estado siguiéndola de cerca, rondando la casa haciendo ver que estaba perdido. No puedo creer cómo hay gente tan despreciable por el mundo, como para acosar a una mujer a esa edad, a una mujer cuarenta años más joven que él. Me ha hecho una breve descripción, pues las dos veces que lo ha visto siempre estaba de

espaldas, y a pesar de ello, esta vez cree que lo reconocería entre una multitud.

Un hombre mayor, de entre sesenta y setenta años, de voz grave y manos grandes. Esta vez no creía estar perdido, sabía lo que quería; la buscaba a ella. Inma dice que no es peligroso, que no parece querer nada malo, solo hablar. Sin embargo, yo no estoy tranquilo. Nadie ronda tu casa varios días seguidos para hablar.

Debería haberme llamado, haberme dicho que lleva días oyendo ruidos alrededor de la casa. No sé si es un ladrón o un desgraciado que quiere abusar de ella, pero sin duda voy a terminar mi jornada antes para averiguarlo. Esta noche dormiré con ella y mañana estaré ahí. No me moveré de la casa, me esconderé donde sea, pero lo enfrentaré. Le cantaré las cuarenta, las veinte en bastos y *El fantasma de la Ópera* si es necesario, pero no volverá a acosar a nadie en su vida, como que me llamo Gael Prados.

No creo que pudiera soportar que a ella le sucediera algo ahora mismo. No; a ella no. Parpadeo al escuchar mi nombre.

—¡Gael, despierta, joder! Te están pidiendo un ron con cola.

—¿Qué?

—¿Se puede saber qué coño te pasa? Hoy estás muy raro, tío. Esas chicas de ahí te han pedido un ron con cola y dos mojitos. Tú eres el crac de los combinados, vienen por ti y tus cócteles, y hoy pareces un espíritu errante. Estás aquí, y de pronto, desapareces.

—Lo siento, he desconectado un segundo, ¿vale? Ya estoy con vosotros.

—¿Un segundo? Llevas mirando esa mesa desde que la pareja de ancianos acaramelados se ha sentado, y de eso hace ya cinco minutos —gruñe Mateo mirando el reloj. Observo a la pareja de extranjeros, que bromean divertidos entre arrumacos y tragos de vino. Cojo las bebidas, los vasos y oigo el bullicio del bar mientras mezclo los líquidos con ritmo. Las mujeres contemplan risueñas mis movimientos, comentando entre ellas lo que sea que les hace gracia. Sonrío por inercia y me devuelven la sonrisa con un contoneo de caderas.

Está a tope, no cabe ni una aguja. Las risas bailan con la música de *I Don't Wanna Wait de* David Guetta y OneRepublic. Pese al

ambiente jovial, las luces, la luz de la luna y la arena, yo solo puedo pensar en unos cabellos de fuego, y la posibilidad de que ese hombre vuelva y le haga daño.

No debería ir, aún es pronto. Debo esperar a las doce, no obstante, parece que estoy atrapado en el tiempo, porque las agujas marcan las once y no tienen mucha prisa por moverse.

—Vete. Soluciona el problema que llena tu cabeza y vuelve cuando estés despejado.

—El bar está…

—Tranquilo, el barco no se hundirá, nosotros cogeremos el timón esta noche.

—Está bien, te lo agradezco, tío. Hay algo que me preocupa de verdad y…

—Lo sé. Hace tiempo que sé leer tu cara, y sé cuándo tu cuerpo está aquí, pero tu mente está en otro lugar. Tú siempre nos dices que mantener la calma es la mejor estrategia para salir de un conflicto, que somos como el bambú que se dobla con el viento, pero nunca se rompe. Aplícate el cuento, jefe. No te rompas y encuentra la solución a ese enigma que te nubla la visión antes de que te quedes ciego del todo.

—Tienes razón, Mateo, debería irme, hoy no estoy ayudando mucho.

—Además, si no te echo, Chema sacará los cuchillos y me convertiré en la azafata del faquir. —No puedo evitar reírme por la amenaza que siempre grita a los cuatro vientos el hombre más peligroso de mi cocina. No es mi padre ni mi hermano, y, sin embargo, es el único que lucha por mí, que me protege de mis locuras; las pocas que hago.

Suelto el trapo, salgo de la barra y le doy las llaves a mi amigo.

—Tú mandas esta noche, pero que no se te suba a la cabeza. —Dos palmadas en la espalda, un brazo extendido hacia Chema y otro a los chicos.

Vuelo como una de esas gaviotas que nos vigilan, a ver si se nos cae la comida. A los pocos minutos estoy llamando a la puerta, esperando a que mi chica me abra sin mucho éxito. Comienzo a ponerme nervioso. Voy hacia un lateral de la casa, hacia el otro, las

luces están apagadas. Miro el reloj del móvil: las once y veinte. Me falta el aire, aun así, respiro hondo y marco su número de teléfono. Al momento siento su dulce voz acariciarme el oído y entrecierro los ojos, aliviado.

—Hola, Aquaman, ¿a qué debo tu llamada? ¿No estás trabajando?

—Estaba, pero he salido antes para hacer de novio bueno y estar con mi chica más tiempo. ¿Sabes dónde está, Sirenita?

—Ups. Deberías haberme avisado antes, estoy en Benicarló.

—Las sorpresas no se avisan.

—Tardaré al menos media hora en llegar, estoy en casa de Lolo. Ya sabes, han roto y Fede y yo hemos cenado con él para que se desahogara. ¿Tienes la llave?

—Visto lo visto, creo que es lo mejor que le podía pasar. Sí, no te preocupes, tengo la copia que me dejaste.

—Entra y espérame, llegaré lo antes que pueda. Estás en tu casa, ponle imaginación y pagaré con gusto el precio de tu espera. —Su voz es sensual, ardiente y provocadora, tanto que me hace sonreír, pese a mis pocos ánimos para hacerlo.

Saco mi llave y entro, escudriño cada metro de la casa y no veo nada que me alarme. Voy hacia el porche, miro al mar, al columpio que se mece con la brisa, después entro y me sirvo una cerveza. Pienso la forma de esperarla, pero mi imaginación es escasa, así que le pido a Alexa que ponga música y me dirijo a la habitación. Con la voz de fondo de Jon Secada y su *Ángel* me descalzo y me quito la camiseta del trabajo. Pienso en ella, en mi ángel, en lo bonita que es cuando despliega sus alas y te abarca con ellas en un abrazo inmenso, dulce, que expresa más que sus ojos, y eso que ellos hablan más que su boca, y su boca no para.

Me río con mis pensamientos, miro a mi alrededor y busco algo que me pueda servir para decirle lo que siento. No soy bueno en esto, no sé cómo hacer que una mujer se enamore de mí, ni siquiera ofrecerle una velada romántica como todas las féminas desean. Doy vueltas sobre mí mismo y en una de ellas me fijo en las velas aromáticas que escoltan a Alexa. Huelen a jazmín, como ella. Supongo que me servirán.

Voy a la cocina y busco algo de fruta, pero solo veo unas cerezas y a mi mente viene cuando se ruboriza y se pone más roja que ellas. «Me vale», me autoconvenzo con media sonrisa. Las lavo, luego las pongo en un bol. Saco una cubitera del armario, la lleno de hielo, y le envuelvo un trapo húmedo a la botella de vino blanco que he encontrado; El perro verde. Sonrío porque en el bar también la tenemos y me siento bastante identificado con el nombre, además de tener una gran calidad.

Vuelvo a la habitación y me tumbo en la cama a esperarla. Paseo mis ojos por ella, centenares de escenas se amontonan en mi mente queriendo salir. Me incorporo negándome a verlas de nuevo, ahí en el borde de la cama me fijo en el libro del que me habló Inma. No veo su título desde este ángulo, pero no tengo nada que hacer y, poderosamente me grita que lo abra.

Dudo, solo han pasado cinco minutos y no sé lo que tardará. Puedo leer mientras espero, ¿no? Eso no es invadir su intimidad, como me dijo la otra vez. No quiero estropear la noche, lo que deseo es mejorar mi día, que su luz alumbre mi despertar. Ser el café de sus mañanas y beberme el vino de su boca al atardecer el resto de mi vida.

Bebo un trago largo de mi cerveza y pienso que me he vuelto avaricioso desde que la conozco, y he pasado de no querer nada a anhelarlo todo. Vivir al límite en sus brazos, pisar el acelerador en su cuerpo y derrapar en sus curvas, pero, sobre todo, recrearme en su boca y en sus pecas hasta perderme en ellas.

No puedo olvidar su risa ni esos morros que pone cuando se enfada y me reta. Sí, me vuelve loco hacerla rabiar un poco para que lo haga y reconciliarnos después para que mi corazón arda, salte y sueñe que es un atleta olímpico que desea ganar el oro que hay entre sus piernas.

Por eso no sé si abrir el libro… Aunque la portada es… es como si esta imagen fuera…

La Odisea de Alejandro, curioso título; curioso nombre.

29

Ámame o déjame

Inma

La mañana ha sido estresante, larga y… emotiva desde el principio. Primero en nuestra aventura como equipo Scooby, cuando César y yo, esperábamos en la furgoneta del supermercado, que hoy la había cogido para repartir los pedidos a domicilio haciendo ver que le hacía un favor a uno de los repartidores. El muy astuto de mi exvecino, sabía que el chico tenía que ir a Castellón y ha aprovechado para sustituirlo, quedar bien, y disponer de la «furgo» como oficina, en nuestra función de espías de alta élite.

Suena gracioso si lo piensas detenidamente, aunque Nuria estaba acojonada, le temblaban hasta las pestañas. Aun así, estaba tecleando deprisa, pasando pantallas, múltiples líneas de nombres, estadísticas y datos. Analizando todo lo que veía hasta que llegó a nuestro objetivo.

Una risilla nerviosa, después de una hora y media escudriñando imágenes, esquivando comentarios de su compañera, atendiendo llamadas para pedir cita previa y sorteando órdenes de enfermeras y médicos, nos anunciaba que había logrado lo que buscábamos. Gracias a César que por el pinganillo la iba guiando, calmando con el tono seguro y a la vez relajante de su voz, ese hormigueo que le recorría la sangre. Me sorprendió cómo era capaz de cambiar el sonido de una palabra a otra para distraerla, y que se ríese con sus chistes malos si no tenían ni pizca de gracia.

Es único para tranquilizar a una persona, en cambio, cuando es él el que está como un flan, necesito kilos de helado y películas de dos horas para relajarlo. Eso y una botella de vino, claro.

La cuestión es que hemos logrado la hazaña, y ahora estamos un paso más cerca de encontrar a esa persona, o al menos, a la

mujer de su vida y a su familia.

De repente, la ansiedad que había ido creciendo en el interior de Nuria estalló, y le dijo a su compañera que tenía que ir al cuarto de baño. Se encerró en él y se puso a llorar, a resoplar y a moverse en círculos como si fuera una peonza. Antes de que pudiera decirle algo que la consolara, que matase sus nervios y la hiciera reír, mi amigo abrió la puerta de golpe y la abrazó.

No lo vi salir del vehículo, pensaba que estaba a mi lado. Es curioso cómo la mente trabaja a la velocidad del sonido cuando se trata de proteger a la persona que amas. Suspiré al pensar en esa sensación, al oír cómo se bebía sus lágrimas y sus sollozos haciéndola reír de esa forma tan peculiar, que casi parecía un graznido en vez de una risa. Lo hace solo cuando se pone muy muy nerviosa, y en ese momento estaba a poco del infarto.

Yo sonreí contenta, orgullosa de que esos dos bebieran de sus labios esas lágrimas de satisfacción. Como diría uno de mis personajes favoritos de ficción: «Me encanta que los planes salgan bien».

Sabéis a quién me refiero, ¿no?

Al rato César vino más contento que una tortuga con ruedas. Le guiñé el ojo y sonrió tímido, como un niño al que cazan haciendo campana en el colegio. Nos reímos comparándonos con el *Dreamteam* pues ellos eran el mejor equipo de fútbol, y nosotros competíamos por el mismo nivel, solo que indagando y descubriendo enigmas.

Miré el reloj, me daba tiempo a pasar por casa antes de ver a Gael, por lo que le pedí a César que me dejase allí. Me bebí un batido, cogí la novela que tenía a medias, la del inmigrante, y, después de hacer mis necesidades biológicas salí apresurada para no llegar tarde a mi cita.

Me gusta ser puntual, y si con ello, puedo sacarle una de esas sonrisas picantes a mi casero, mejor que mejor.

Cuál fue mi sorpresa cuando al llegar al coche de nuevo y abrir la puerta, vi al hombre del porche en la entrada de mi casa; más erguido; más seguro de sí mismo. Olía las rosas, miraba la casa, el atrapasueños que hay en la entrada. Me quedé alucinada, pues

juraría que cuando salí corriendo no lo vi. No obstante, era él, estaba convencida. Era el hombre perdido y me llamó por mi nombre.

Encendió la llama de mi curiosidad y quise hablar con él. «¿Necesita algo, caballero?», le dije. «Sí, a ti», me impresionó su respuesta tan directa y le pregunté: «¿Quién le ha dicho mi nombre? No recuerdo que se lo dijera el otro día». Ladeé la cabeza, pensativa, riñéndome por no venirme a la memoria esa opción. «Tengo mucha prisa», lo informé sin cerrar la puerta del coche, luego me fui hacia él, pero cuando me acerqué, se alejó. «Dígame al menos su nombre antes de irse, para estar a la par. No es justo que usted me conozca a mí y yo no a usted».

A varios metros de distancia, con las manos en los bolsillos, agachó la cabeza y pareció meditar su contestación. «Volveré mañana, espero que podamos hablar entonces. Por favor, necesito tu ayuda. Ella la necesita».

Me quedé boquiabierta, iba a preguntarle a quién se refería, pero oí un ruido en el coche y giré la cabeza en esa dirección.

Fueron unos segundos en los que el capullo del automóvil que había aparcado delante de mí, le dio un golpe al salir y ni se inmutó. No me dijo ni mu, el muy cabrito.

Me volví a mirarlo, enfadada, con la intención de pedirle que esperase un momento para poder apuntar la matrícula del sinvergüenza. Mi gozo en un pozo, pues el hombre ya no estaba. No había nadie.

Otra vez había huido delante de mis narices.

Frustrada, la rabia me invadió, ya que perdí la posibilidad de saber quién me había dado el golpe en el coche, de decirle cuatro cosas bien dichas, y por si eso fuera poco, mi misterioso desconocido se me escapó de nuevo. Pero no tenía tiempo de enfadarme o llegaría tarde a mi encuentro con Gael, y el día se oscurecería aún más todavía. Como el cielo, donde las nubes grises avanzaban por la retaguardia tapando los pocos rayos de sol que se colaban entre ellas.

Ahora, entro a la biblioteca con mil preocupaciones en la cabeza, pues la mañana ha sido bastante intensa como digo. No solo

estaban esas dos secuencias en mi cabeza, también estaban esos ojos oscuros y esa mirada acusadora. No soporto ver sufrir a Gael, remover sus heridas, hurgar en ellas y hacerlas sangrar como si fuera la villana del cuento. No lo soy, tampoco su madre ni él. No hay un ente malvado en esta historia, más que el puñetero destino que juega con las vidas de las personas a su antojo sin preguntar; sin avisar; sin darte tiempo a recapacitar. No hay un culpable al que echar los perros rabiosos o castigar por su crueldad, sencillamente ocurrió. Sucedió así, y en nuestras manos está poder revertir la situación. Aunque sea para escribir esa última página o ese epílogo al que puedas agarrarte deseando que no acabe, simplemente, que haya una segunda parte.

Rumío nuestra discusión mientras coloco mis cosas en mi escritorio. Había sido mala idea caminar por heridas del pasado, pues hay cicatrices tan profundas que al menor rasguño sangran. De todas maneras, la parte buena, es que al final logré que saliera esa sonrisa pícara que buscaba, y me sentí dichosa por tener ese poder de hacerle cambiar de sintonía. De conectar de nuevo nuestros pensamientos, de hacernos vibrar con esos sentimientos que nacen de lo más hondo de nosotros.

Ahora, ya han pasado tres horas desde que llegué, bastante moviditas, por cierto. Entre los niños y el cuentacuentos, los adolescentes que no saben lo que vienen a buscar y las vecinas lectoras que vienen a por más historias que leer. Por fin consigo un respiro y meriendo un sándwich a la vez que abro la novela del profesor y continúo mi lectura de ese hombre boliviano que padeció lo indecible al llegar a España, y cuando por fin comenzaba a ver algo de luz, desapareció, adentrándose de nuevo en un mar de inseguridades, de infortunios y calamidades.

A medida que voy pasando capítulos voy abriendo más la boca. Trago saliva, mi frente se perla de sudor, pese a estar el aire acondicionado puesto. Miro a un lado y a otro, por si el profesor aparece y tengo que devolverle el libro, pero no lo hace, así que continúo. Mientras me recupero entre el final de un capítulo y el inicio de otro, voy tomando apuntes recogiendo al mismo tiempo las

lágrimas que van cayendo. Jamás he conocido a nadie tan luchador como ese hombre.

—Inma, ¿me puedes ayudar? —Tardo varios segundos en concentrarme en la voz que me llama, y cuando lo hago me doy cuenta de que es el regidor de cultura del Ayuntamiento.

Dejo el libro al lado de mi portátil y atiendo su petición que se alarga más de la cuenta. Mi jornada termina sin haber podido continuar con la interesante lectura. Miro el esquema que he hecho del periplo de ese hombre y apenas puedo creer lo que veo. Mi cabeza es una olla exprés, y entre tantos pitidos, la imagen de mi Aquaman me guiña un ojo, me sonríe y yo siento que muero por dentro. Madre mía.

Inés, mi compañera me pregunta qué me pasa desde su asiento y sin emitir ningún sonido. Le respondo que estoy bien, que solo necesito moverme. Voy hacia los pasillos, me fijo en las personas que hay leyendo, en sus gestos y en cada una de las mesas que hay libres. Busco la mesa del profesor, que extrañamente está vacía, pues a estas horas los martes ya está en su sitio.

Vuelvo a mi puesto y la sonrisa de Gael sigue llamándome en mi mente, retándome a ser esa ola que lo refresque y lo inunde de emociones. Me hace suspirar y decido enviarle un mensaje a mi querido casero.

No muy largo ni profundo, solo un: «Echo de menos tu sonrisa. ¿Me regalas una?». Espero media hora, pero imagino que tendrá trabajo porque no me responde. Hablo con Inés, que ya está recogiendo para irse, así que agarro la novela, el bolso y las llaves, y yo también me voy.

Llego a casa, me descalzo y cuando me dispongo a cambiarme de ropa por una más ligera y cómoda, Fede me llama:

—Daphne, Shaggy está fuera de combate. Velma lo ha dejado y me está volviendo loco, ¿me ayudas?

—Claro. Es nuestro Shaggy, ese simpático rubio cobrizo que da más de lo que recibe y nunca se queja.

—O casi nunca, porque lleva una tarde…

—¿Me invitáis a cenar? Porque si no, no me va a dar tiempo a darle dos tortas para que espabile. —Fede se carcajea.

—Eso es lo mismo que yo le he dicho: Necesitas dos hostias y un buen polvo. ¿Qué prefieres primero?

—Tú siempre tan fino.

—He pedido unas pizzas, ¿te vale?

—Me vale. Voy para allá. Y Nerea, ¿está ahí con vosotros?

—Ha quedado con alguien. Un psicólogo, creo. A lo mejor le arregla la estantería, esta mañana se tambaleaba un huevo. ¿Pues no me ha dicho que ya no quiere que nos enrollemos más? ¿Te lo puedes creer?

—Hasta tu sobrino de ocho años dice que no pegáis ni con cola. Lo que no sé es cómo no te lo ha dicho antes.

—Pero si hace cuatro días me pidió que echáramos un polvo.

—En cuatro días las personas cambian. Incluso en uno. Solo se necesita un minuto para que tu vida dé un giro de trescientos sesenta grados, y si no que me lo digan a mí. Mira lo que hizo una ráfaga de viento, unas cartas.

—O tu «cabezonerismo». ¿Existe esa palabra?

—Creo que no. Voy para allá, nos vemos en un rato.



Se me ha acelerado el pulso al oír su voz preguntándome dónde estoy. No me puedo creer que haya hecho eso por mí. Su trabajo es su vida, su todo, y… ¿lo ha dejado por mí?

Está tan preocupado por lo que me pueda hacer ese desconocido que no quiere que esté mucho tiempo sola en la casa.

Eso es… Uf.

Nervios aparte, por lo que pueda significar ese gran gesto, a la mente me viene de nuevo el hecho de que tengo que contarle mi secreto antes de que sea demasiado tarde. César me ha pinchado

esta mañana para que lo haga, pero después de la discusión en la residencia no he querido amargarnos la comida. Deseaba que se relajara, quería ver al hombre sensual, divertido y algo posesivo que puede llegar a ser, y que, la verdad, me pone como una moto.

Esta noche han sido Lolo y Fede. Los dos están de acuerdo en que, para seguir adelante en esta aventura, tiene que conocer todos los peligros a los que se enfrenta, mis pros y mis contras, y así decidir con claridad si amarme o dejarme. Y después de la discusión de esta mañana, tengo claro lo que hará. Aun así, no quiero ser egoísta y retenerlo a mi lado más tiempo o el daño será irreparable en nuestro corazón; el de los dos, porque los dos hemos sido envueltos en este sentimiento arrollador.

Make You Feel my Love de Adele suena en la radio mientras piso el acelerador, y los truenos, no sé si de la tormenta que comienza en mi mente o la que amenaza el cielo, acompañan la voz desgarradora de la artista poniendo una banda sonora dramática a mis pensamientos.

«No debería estar solo en la casa», me digo a mí misma. «Ha sido un error decirle que me esperara dentro. Demasiados recuerdos, demasiadas travesuras de esos niños que hubieran dado una parte de su cuerpo por encontrar la brújula que los orientara». Suspiro regañándome mentalmente por mi descuido. «Teníamos que haber quedado en el restaurante», me repito.

Entonces caigo en otro descuido mucho más grave: la novela del profesor, que la he dejado en la habitación. ¿Y si la ve y decide leerla? Cuando se la enseñé no tenía ni idea de que esa odisea podría ser un viaje en el tiempo, un mar de esperanza o de tristeza para ese corazón perdido.

Esta tarde he leído esos capítulos y… son muy duros, crueles, amargos como el primer café de la mañana y sangrantes como puñaladas. No quiero que los lea. No solo, sin nadie que lo proteja de sus pensamientos y dudas. Sin alguien que lo abrace para aclarar sus brumas.

Acelero. Tengo que contarle mi verdad antes de que lea ese libro, porque si mi intuición no me engaña, para llegar al final, tendrá que elegir si aceptarla o no. El problema es decidir el

momento idóneo para decírselo, un: «Esta soy yo, puedo curar tu alma si me dejas, si abres tu mente. Tú escoges: Ámame o déjame, pero no te niegues la verdad».

30

Libros que hablan

Gael

Con la cerveza en una mano y la curiosidad en la otra, me siento en ese lugar que tanto me abruma, que tanto tira de mí en las noches oscuras. Abro el libro en el prólogo, y lo primero que leo me pone los pelos de punta y el trago de mi cerveza se me va por el otro lado:

> Hay libros que hablan, que cuentan lo que tú no has podido explicar a esas personas que están dentro de ti, aunque nunca las hayas visto. Hay historias que se cuentan al viento, a las estrellas o al mismo universo. Sin embargo, como las palabras vuelan entre boca y boca y se distorsionan con el aire, yo quiero dejarlas grabadas entre estas páginas para cumplir mi promesa, aunque sea a través de un libro. Eso sí, es un libro que habla, que narra mi historia. Una historia real que espero tenga un final feliz.

Mis manos tiemblan, no me gusta el escalofrío que he sentido. La temperatura ambiental, pese a la lluvia que ha comenzado a caer, es la de una noche cálida de verano, sin embargo, me he estremecido un instante con la sensación de estar en el pico del Aneto en pleno mes de enero. Incluso el vaho ha salido de mi boca formando una escalera hacia el cielo.

Respiro hondo, cierro los ojos y, aun sabiendo que no es buena idea, continúo leyendo:

> Supongo que la avaricia o la estupidez, quizás la ignorancia, me impulsó a ser un kamikaze, a desear más de lo que mi tierra me

podía dar. Estaba harto de la pobreza que había en las calles de mi pueblo, de intentar mediar con los negociantes de la zona para mejorar sus comercios, su vida en general. Iluso de mí, creí que podría cambiar el mundo que conocía y poner mi granito de arena para construir un futuro mejor, y que mis vecinos no pasaran hambre. No fue así.

Una decepción tras otra y con cada puerta que me cerraban, más tomaba cuerpo la decisión de volar. Siempre me habían dicho que España era una grande y libre, que era un país evolucionado con muchas posibilidades de vivir mejor, por lo que metí en una mochila mis pertenencias, algunos de mis libros, y con los ahorros que tenía me pagué un billete hacia mi futuro; uno que soñaba en un despacho ayudando a personas que, como yo, creían en los números, en los valores y en las oportunidades.

¡Qué equivocado estaba!

Cuando llegué a Madrid en octubre de 1991, me dije a mí mismo que era para bien, para alcanzar una meta; la de lograr la felicidad que tanto ansiaba haciendo lo que me gustaba, en lo que había puesto todas mis ilusiones. Siempre me gustó el mar, y me dije a mí mismo que si tenía que vivir en una ciudad, debía tener esa fuente de la naturaleza, ese elemento que tanto necesitamos para respirar: agua. Increíblemente nadie me quiso llevar a la estación de autobuses y yo no conocía la ciudad. Me perdí en esa jungla de asfalto y deambulé durante dos días hasta que logré encontrar el camino. Una buena mujer me dijo que la ciudad más cercana con mar era Valencia y allí me dirigí.

Me busqué una pensión donde dormir, ducharme y comer mientras encontraba un trabajo. Cada día me presentaba en diferentes oficinas, empresas que, con mi currículum no entendía por qué no me contrataban, hasta que uno de esos seleccionadores me lo dijo claro: es usted inmigrante y no tiene los papeles en regla. Cuando los tenga, vuelva.

Pasé tanto tiempo intentando arreglarlos que gasté todo lo que tenía en pagar la pensión, comer y alguna prenda más de ropa para no ir siempre con la misma a las entrevistas. Empecé

a trabajar de paleta en la construcción y por las noches de camarero. Acababa agotado, tanto que se me olvidó el día de ir a la oficina de Extranjería después de tres meses de espera. Tuve que revocar mi solicitud y alargar esa espera más de seis meses. En ellos cambié de trabajo tres veces. Cuando toqué fondo, fue el día que me echaron de la pensión por una pelea que hubo entre el vecino de la habitación doce y el de la ocho, yo intentaba separarlos, pero recibí un golpe y me sangró la ceja. Cuando la casera y el marido vinieron nos echaron a los tres. Yo no tenía nada que ver, y así lo expuse, aunque no me sirvió de nada, la sentencia fue la misma y acabé en la calle. Cobraba por semanas y solo si me presentaba todos los días en la obra. Pero la obra acabó y volví a quedarme sin trabajo.

Hice de encofrador, de paleta, de fontanero, de estibador, cualquier cosa me iba bien para ganar un dinero y esperar a que me dieran audiencia para arreglar mi residencia en España. Pero cuando al fin llegó ese día no tenía una dirección para darles. ¿Qué residencia iba a ponerles, si malvivía como podía?

Mis esperanzas de tener esa vida que tanto deseaba, de encontrar el amor y formar una familia, cada día menguaban como la luna en el cielo, a la que tantas veces le pedía una oportunidad. Hasta que un ángel de luz apareció en mi vida cuando ya no podía caer más bajo.

Estaba sentado en un banco de madera mirando al mar, despeinado, sucio, sudado, viendo a unos niños correr, reflejándome en ellos con mis hermanos; los que me dieron de lado cuando decidí viajar a España en busca de oportunidades, y a los que volvería a ver cuando me deportaran.

No tenía a nadie, y ella me dio la mano, me dijo que la acompañara, que tenía comida de sobra para una boca más en su despensa. Y allí me quedé: en el mar de sus ojos, en la esperanza de su sonrisa y en ese rayo de luz que su cabello dorado reflejaba en mi alma. Me dejaba dormir por la noche en la despensa, y, a cambio yo la ayudaba a servir los platos cuando más gente había. Gracias a esa generosa mujer conseguí subir a un barco de pescadores, que en temporada

alta pedían mano de obra para llenar sus redes, y aunque a los tres meses me echaron, pagué mi deuda con ella.

No quiso aceptarla. Insistí, sonrió y comenzó una bonita amistad. Formábamos un buen equipo: ella en la cocina y yo en la barra; yo espantando a los moscones que revoloteaban alrededor de su belleza innata, pues era una luciérnaga en la noche y todos los hombres asiduos del bar suspiraban por hacerse un hueco en su cama, y ella alegrándome el día con su agradecimiento. Me hacía unos guisos que colmaban mi estómago mientras su forma de cantar calentaba mi cuerpo y mi alma. Día tras día me iba enamorando de ella en silencio.

Su hermano era igual de simpático y alegre que ella. Las charlas con él eran un golpe de aire fresco en mi rutina, me hacían sentir parte de su rota familia, ya que ellos también estaban solos.

Un cliente, marinero de profesión y amigo de ese rubio rebelde nos dio faena durante un tiempo en un buque mercantil, y decidimos ayudar a nuestra princesa, la dueña de nuestros pensamientos a pintar su vida de color. Él la quería, y yo no podía negar que se estaba haciendo un hueco enorme en mi corazón.

Nuestras conversaciones a la luz de la luna, nuestras risas jugando con las olas, y esa sensación de caer por un acantilado cada vez que el azul de sus ojos se fundía en la oscuridad de los míos, era tal, que moría con cada mirada y renacía cuando, acto seguido, tocaba mi mano para que la acompañara.

Ella lo era todo para mí: mi jefa, mi amiga, mi noche y mi día, mi sueño y mi despertar. No había nada que no hiciera por ella.

Esa amistad se transformó en algo más, cuando afianzamos nuestra rutina al acabar la jornada y seguíamos conversando frente al mar. A mí me gustaba leer y a ella escuchar.

Comencé a llevarle las cuentas de su negocio, a decirle lo que podía comprar para aumentar los clientes, pero, sobre todo, para cambiar los perfiles de estos; menos hombres solitarios con ganas de hundirse en una botella, y más familias, parejas y

turistas. Atenta, me hizo caso en todas mis opiniones. No solo me consultaba todo lo que hacía, sino que me abrazaba con la mirada cada vez que me preguntaba. Hasta que una noche lo hizo de verdad, estaba tan contenta por los cambios que iba viendo que se acercó demasiado a mí, y yo… yo era un hombre enamorado hasta la médula, así que cedí a mis sentimientos, al calor de su mirada, al olor de su piel cada vez que me rozaba. Fue un segundo no más, un segundo largo, inmenso y plácido. Ese segundo que cambió mi vida, que la hizo mejor, la transformó en un mar de esperanza para un corazón perdido, y me lancé a sus profundidades con tanta fuerza, que aún hoy estoy llorando al recordarlo.

Al recordarla. Al sentir que yo, Alejandro Ramos, un inmigrante sin hogar, podía cumplir mi sueño de tener una familia, una mujer y unos hijos a los que adorar, besar y criar con todo el cariño que les pudiera dar.

Nos amamos tanto… con los dedos, con los brazos, cuando nuestras frentes se juntaban o con esas palabras que volaban entre su boca y la mía. Simples palabras que se tatuaron en nuestra piel, grabándose para siempre en nuestra memoria.

Fui feliz, tanto que a menudo lloraba de madrugada en la despensa, cuando las emociones me desbordaban y no podía dormir. Con los beneficios de las ventas, de ese cambio de clientes, se compró una casa, decía que sería nuestro hogar; el de los dos, pero yo no me atrevía a pisarla más que a escondidas para no arruinar su reputación. Quería casarme con ella primero, ser el hombre de su vida, gritarlo a los cuatro vientos.

La felicidad se acercaba a mí a pasos agigantados. Esa sensación de tener más de lo que soñé, de tocar la luna con las manos, la conseguí el día que me dijo que estaba embarazada, que lloré como un niño en su pecho.

Mentira. Reí, la abracé, la giré como una noria y luego lloré. Lloré durante horas, durante días. Lloré en el parto cuando cogí a mi pequeña en brazos, pero cuando más lloré fue cuando le

puso su nombre; el de mi padre; el que ahora tendría mi princesita: Gabriela y su tez blanca y dorada.

Lo echaba de menos. Fue el único que creyó en mis posibilidades, que confió en mí y me dio todo lo que tenía para que estudiara. A esa persona a la que fallé cuando no conseguí ser ese empresario que él quería, del que estaría orgulloso si viviera, al ver que ahora yo sería ese padre que inculcaría la bondad y los principios que él me inculcó a mí. Pero la vida es como es: unas veces se gana y otras se pierde; y a mí me tocó perder.

Aunque no todo fue malo en mi vida. Hoy, mientras escribo estas páginas quiero resaltar lo bueno que tuve, lo que en algún lugar tengo y tendré, aunque no consiga verlos: mis hijos.

Lo intenté, intenté ser el hombre que ella quería, pero la avaricia me pudo. No me conformaba con tenerla solo por las noches, deseaba pasearla por el día como el mejor trofeo que la vida me podía dar. Mi sueño era tener una familia de verdad, que mis hijos tuvieran mis apellidos y estuvieran orgullosos de su padre, y cuando me anunció su nuevo embarazo, decidí que no podía esperar más. Ella se lo merecía todo, no la mitad de mí.

Así que sí, no todo fue malo en mi vida. Mis dos pequeños, que en la época en que estamos serán dos hermosos adultos, alegres como su madre y espero que igual de buenas personas que ella, son esa felicidad que un día tuve, la prueba de que existió, de que no fue una ficción que inventé como esas novelas que leo.

Por eso he decidido escribir mi odisea, la que estoy viviendo hasta llegar a ellos; a ella; a la mujer que amo y amaré mientras me quede aliento, y puede que después, consiga encontrar un lugar donde seguir amándola por toda la eternidad. Sin duda lo buscaré con ahínco.

Mientras tanto, seguiré luchando por mi felicidad, la que un día rocé con la punta de los dedos; lástima que se me escurriera entre ellos.

—¿Gael? ¿Dónde estás, Aquaman?

Levanto la cabeza al oír su voz. Parpadeo, no me he dado cuenta de que las lágrimas caían descontroladas por mi cara hasta que ha asomado por la puerta, y ha venido corriendo a abrazarme. Mi cara debe ser un poema, de esos que con pocas palabras ya te han descrito tu vida entera.

—¿Qué ocurre? —Le muestro el libro.

—Es él.

—¿Quién? —Traga saliva igual que yo, y lo suelto.

—Alejandro. Es él. El protagonista de esta novela. Mi madre… ¡Mi madre ha sacado su historia de amor de un libro!

—¿Qué estás diciendo? —Se echa hacia atrás, asombrada por mis palabras. Normal, porque es una puta locura, pero por desgracia, no hay otra explicación.

—Por eso decía que hay libros que hablan, porque el amor de su vida es el personaje de una… puta novela.

—No puede ser.

—¿Cómo iba a encontrarlo? —Agito los brazos, el vaivén de sus ojos me marea y el desgarro de mi voz la hace temblar, pero mi mente no me responde, sigue deambulando con la información que tantos años ha deseado—. Lo busqué por tierra y por mar, Inma; mi hermana a través de las redes, de Internet y desde la posición que le daba su trabajo. Hasta Luis estuvo indagando entre sus clientes, más allá de lo legal, y solo era un personaje. ¡Un maldito personaje! Alguien a quien descubrió entre las páginas de un libro.

31

Alejandro

Inma

Cuando me llamó preguntando dónde estaba, me quedé blanca. No imaginé que saldría antes del trabajo para verme ni que estuviera preocupado por mí, por si ese hombre volvía y no era tan amigable como parecía. Todo en su voz me decía corre, no lo dejes ni un minuto solo; no allí, a un metro de sus recuerdos; a un pensamiento de su batalla principal, la que aún sigue luchando por ganar.

Les di un abrazo a Fede y a Lolo, que al contrario de lo que pueda parecer, no estaba triste ni desanimado. Lo único que necesitaba era hablar, contar los momentos buenos que vivieron y dejarlos marchar. Sentir esa libertad como un regalo, y quitarse ese sentimiento de culpa que le entraba cada vez que miraba a una chica desde el retrovisor del taxi, cuando le devolvía la sonrisa que ella le mostraba, y seguidamente bajaba la cabeza, ruborizado, porque le gustaba esa sensación de sentirse observado, vigilado, e incluso tentado por una dulce o pícara sonrisa.

«Algún día encontraré a esa persona que me diga: No sé dónde ibas, pero ya llegaste, y al abrirme los brazos, me instale en su pecho para siempre».

Me quedé con esa frase dando vueltas por mi mente y mientras conducía pensé en Gael, en esa casa, en su cuerpo y el mío, en lo fácil que es quererlo y lo difícil que será olvidarlo si lo pierdo. No sé lo que pisé el acelerador, pero la distancia se acortó en dos pensamientos. Al abrir la puerta y llamarlo sin éxito, repasar cada centímetro de la casa y no verlo, supe que estaba allí; en ese rincón donde pasado y presente se funden y el futuro no existe, se desvanece como la bruma nocturna entre sus dedos.

Lo que no creí encontrar fue esos ojos brillando de amargura, devastados por las páginas de un libro. O al menos esperaba no encontrarlo en esa tesitura. Recordé de nuevo su historia, que vino a mi memoria como un cubo de agua fría: Alejandro…, y por sus lágrimas incontenibles, daba por hecho que había leído demasiado. En unos pocos segundos todo cuadró, era el momento de explicar su destino, aunque no hubiera terminado de leer lo que sucedió.

Respiro hondo, y cuando me preparo para hablar, lo oigo blasfemar. Su cerebro reacciona de la única forma que no me había planteado: insistiendo en su teoría de la mentira, de la invención, de la falsa relación. Negando lo evidente.

—Lo busqué por tierra y por mar, Inma; mi hermana a través de las redes, de Internet y desde la posición que le daba su trabajo. Hasta Luis estuvo indagando entre sus clientes, más allá de lo legal. Y resulta que solo era un personaje. ¡Un maldito personaje! Alguien a quien descubrió entre las páginas de un libro.

—No puede ser, cariño. No puede ser. Mírame. —Enmarco su cara con mis manos, con el pulgar seco sus lágrimas que rebeldes se deslizan por su bello rostro, y como ese niño de doce años, con la decepción convertida en lágrimas, le clavo otra aguja en el corazón—. No es posible lo que dices, porque ese libro se publicó hace dos meses. Tu madre no lo ha leído, Gael, ni siquiera lo ha visto. Es imposible que sepa que existe.

—¿Cómo lo sabes? —sondea con la respiración entrecortada por el llanto.

—Mira los créditos, Gael. Mayo de 2025. ¿Cómo puede haberse inventado una historia que un hombre acaba de escribir?

—Y… Y… ¿por qué aparece ahora?, ¿por qué lo tienes tú? —Sus ojos se abren incrédulos, pidiendo unas explicaciones que ni yo misma sé darle.

—Por casualidad, supongo. —Me encojo de hombros, pues fue un acto fortuito por mi parte coger el libro.

Me impresionó su portada y no lo dudé, simplemente lo hice como tantas cosas que hago. Quizás vi un misterio sin resolver entre las olas del mar o la melancolía que impregnaba ese hombre, mientras escribía su historia frente al mar.

—No existe la casualidad ni el destino, todo pasa por una razón, pero ¿cuál? ¿La de destrozarnos ahora que nos estábamos recuperando? Por Dios, si hasta Gabriela le ha puesto a su hijo Alejandro solo por hacer feliz a mamá.

—No me puedo imaginar vuestro sufrimiento, vuestra infancia los dos solos esperando ese cariño que nunca llegó, esa ilusión con la que os acostabais cada noche y desaparecía con la niebla cada mañana. Pero te vuelvo a repetir, Gael, que estoy aquí; que no me voy a marchar a ningún lado; que tanto si Alejandro existe y es vuestro padre como si no, vamos a ir de la mano. —Lo beso en los labios, baja la mirada, avergonzado de verse tan vulnerable y hace el ademán de apartarse, pero lo retengo entre mis brazos—. No entiendo cómo llegó a mí, supongo que por el profesor Ribas, mi profesor de historia en el instituto. —Le acaricio el pelo, le aparto el mechón que le ha venido a la frente con la brisa del mar y se lo coloco detrás de la oreja.

—¿El que se dejó el periódico en clase, y tus amigos y tú fuisteis a investigar aquel caso?

—El mismo. Es… curioso, pero sí. Todas mis aventuras han sido gracias a él. —Arrugo la barbilla, pensativa.

—¿Y no te parece extraño que ese hombre sepa qué libro es el que no tiene un final adecuado?

—Lo cierto es que nunca me he detenido a preguntarme por qué tiene esos libros o de dónde los saca. Siempre he supuesto que los cogía de la biblioteca o de su librería de confianza, ya que algunos son suyos; los ha comprado.

—¿Te fías de él?

—Lo conozco desde hace años, como te dije, fue mi profesor de historia los últimos tres meses de instituto. Viene dos veces por semana a la biblioteca y como tenemos confianza, hablamos. A veces me recomienda un libro, esa historia me llama y acabo viajando a ese lugar para descubrir su verdadero final; otras le cuento las novelas que estoy leyendo y soy yo quien se lo sugiere a él. La mayor parte de las veces acabamos haciendo teorías de lo que pudo ser y no fue. A menudo es por despiste, pues se queda hasta última hora y con las prisas, siempre se deja algo. Creo que vive solo

porque es muy reservado, no habla con nadie, pese a que hay tardes que hay grupos de estudiantes. Claro que su mesa es la más alejada de todas, puede que elegida a propósito precisamente para eso.

—Sigo sin entender por qué tú, por qué a ti si te habla y te pone esos libros cerca para que llegues a ellos.

—Porque soy la bibliotecaria. —Sonrío y le saco la lengua—. Cuando me toca recoger, muchos de los lectores que vienen se dejan el libro en la mesa por más que pida, diga u ordene que dejen los libros en su lugar una vez los hayan usado. Así que, sabiéndolo comienzo antes mi tarea y le echo una ojeada a las páginas de los que me encuentro, y si me gusta, me lo llevo. En su caso, como sé que va a volver, me lo llevo a casa, y antes de que se dé cuenta se lo he devuelto. No me escondo, puesto que siempre termino contándole mis investigaciones, y él disfrutando de mis aventuras, por lo que hay días que él mismo busca historias que creen que merece la pena investigar y me las muestra.

Mira el libro de nuevo, lo abre por la página en que se ha quedado, repasa con las manos las líneas donde describe a esa mujer y lo que siente por ella, por su hija. Entonces lee el inicio del siguiente capítulo y se rompe: *Todo o nada.*

—Se lo jugó a una baza y perdió. Si no era un jugador, ¿por qué se arriesgó?

—Por amor. Por el sueño de una vida mejor, por esa promesa que hizo a su mujer y a sus hijos, pese a que ellos no pudieran oírle o no lo recuerden al ser tan pequeños.

—¿La has leído entera? ¿Cómo acaba? ¿Dónde está?

—No. Me quedé en el viaje, ese capítulo donde coge el dinero suficiente para comprar su libertad e intenta arreglar los papeles en Mallorca, porque se suponía que había un hombre, que, por un módico precio se los arreglaba en menos de una semana. Lo que más deseaba en el mundo era casarse con ella por la iglesia, y luego celebrarlo en la playa, ante Dios y la madre naturaleza. Por eso hace ese viaje, para unir sus corazones para siempre. Lo que no sabía es que sería todo lo contrario; los alejaría de ese sueño que empezaban a vivir los dos al aumentar la familia.

—Fue un inconsciente.

—Estaba enamorado. Tenía una hija a la que quería con locura y pronto sería padre de nuevo. Quería dárselo todo, no a escondidas como un furtivo, si no a ojos de todo el mundo. Predicarlo a los cuatro vientos como buen discípulo de Dios. Si te fijas, era muy creyente.

—¿Y de qué le sirvió? Dios le dio la espalda, le quitó lo que más quería.

Clava sus ojos en mí durante unos segundos que me parecen horas, se levanta, pasea en círculos y coge aire. No grita, no dice nada, solo abre y cierra los puños igual que la boca. Puedo notar sus dudas aprisionando su pecho, quitándole el aire que, por más que coja, le impide respirar. Me pongo frente a él, freno sus pasos con mis pequeñas manos perdidas en sus anchos hombros. Las mira, me mira y la ansiedad de la incertidumbre lo asedia, lo ahoga, le vuelve a faltar ese aire que le transmito con mi aliento, con mis palabras y la ayuda del viento que mueve su pelo y el mío. El ruido del mar no es comparable al de los engranajes que mueven la máquina de su cerebro.

—Tengo tantas preguntas… Joder, si es él… Si es Alejandro, su Alejandro, ¿por qué no lo encontramos ninguno? Ni Luis, ni Gabriela ni yo, todas las veces que lo buscamos. Incluso el ex de mi hermana estuvo indagando al hacerse comisario. En cambio, ¿tu profesor tiene su historia? ¿Por qué? ¿Lo conoce? ¿Sabe dónde vive?

32

El profesor Ribas

Inma

¿Y qué contesto yo a eso? Sinceramente, no lo sé. No sé quién es el profesor Ribas fuera de la biblioteca. No conozco su vida ni a su familia, del único tema que hablamos es de libros y la única vez que me propuso vernos fuera de nuestro mundo, le dije que no. Pero no creo que sea el momento para decirle que me invitó a cenar.

—No lo sé. Puede que sea un amigo o un vecino. Lo cierto es que nunca me ha preocupado dónde vive ni le he preguntado nada sobre su vida personal. Alguna vez hemos hablado de su madre, de amigos de instituto, pues conocía a Nerea y Nuria, pese a que hace tiempo que no las ve. La verdad es que no tengo ni idea de cómo llegó hasta él. A lo mejor fue por ca…

—No lo digas. —Levanta el dedo impidiéndome con ese gesto que diga esa palabra que tanto le disgusta.

—Tal vez cruzaron sus caminos, coincidieron en una cafetería, charlaron y al decirle que era profesor de Historia le dio el libro.

—No creo en los hilos del destino, Inma. Nosotros escribimos nuestro futuro con nuestros actos, con las decisiones que tomamos. Te repetiré una y mil veces que las casualidades no existen.

—Pues ellas me llevaron a ti, a tu casa, a tu madre. ¿Recuerdas? Fue el viento quién me trajo esas cartas y ellas me trajeron a Alcocéber durante días hasta que me tropecé contigo.

—Fuiste tú la que vino, no ellas. Fuiste tú quien me dio el repaso, me provocó y me volvió impulsivo con su sonrisa; no las cartas. Fuiste tú, pelirroja.

—Ya, pero estaba tan ensimismada en mi búsqueda del hombre de las cartas que por eso mis pasos fueron hasta allí. Igual que en la

biblioteca el otro día. Mi tiempo libre me lo pasé metida en la pantalla del ordenador, luego en las reuniones del Ayuntamiento y las próximas presentaciones de la biblioteca, por lo que no nos dio tiempo a hablar. Supongo que llegó la hora de irse y al despedirse dejó los libros que llevaba en las manos en el mostrador un minuto, y después de dos comentarios sobre que el martes tendríamos el doble de cosas de las que dialogar, se fue. Puede que lo llamara alguien, porque cuando volví la cabeza, cuando terminé de atender a una lectora que había venido a devolver un libro y se llevaba otro, ya no estaba. Solo quedaba la novela, ahí, mirándome para que la cogiera, como la manzana más fresca y brillante del Edén.

—Y no te resististe a la tentación.

—Pequé. No es la primera vez que ocurre, así que no le di importancia.

—Me gustaría que me presentaras a ese hombre. Queda con él fuera de la biblioteca, tráelo al restaurante. Os tomáis algo y os lo sirvo yo, así parecerá más espontáneo y podré saciar mi sed de saber quién es Alejandro y qué tiene que ver con él.

—También puedes leer la novela. Puedo acompañarte si quieres. Si es él, quizás necesites gritar, desahogarte o… sentir que hay alguien a tu lado en la tormenta. Te dije que soy impulsiva, curiosa como un felino e igual de fiera si tengo que proteger lo que quiero. Y Gael, créeme que tú eres lo que más deseo ahora mismo.

—¿Estás segura? Estoy demasiado roto para que me arregles.

—No puedo evitar que sufras, pero sí asegurarte que te voy a arropar por las noches, que voy a susurrarte al oído lo mucho que me gusta estar a tu lado, y a sacar tu *alter ego* perverso si con ello consigo apaciguar el dolor, calmar la ansiedad y llenar tu alma de amor.

Me apoyo en su hombro. Siento un helor en el ambiente que hace un segundo no estaba. Observo en silencio la noche, el murmullo del mar, el aire que pasa y el rostro de Gael que se vuelve a mojar. Estamos solos, y a la vez acompañados.

Lo siento, está ahí. ¿Se lo digo? ¿O es demasiada información para una noche? Miro esa silueta que se esconde en la oscuridad,

oigo su llanto mezclado con las olas y cuando voy a comenzar mi discurso, la voz quebrada de Gael me hace dar marcha atrás.

—Esto me supera, pelirroja. Yo soy un hombre simple, sencillo, que vive la vida que le ha tocado vivir con una sonrisa en la cara, pese a que su corazón esté roto.

—Cariño, a menudo han de rompernos en mil pedazos, para poder encajar mejor las piezas.

—¿Me estás diciendo que tenía que sentirme solo para poder apreciar la compañía?, ¿que debía sentir la amargura de la indiferencia en otras mujeres para saborear la miel de tus labios? ¿O que ser hijo de madre soltera me iba a aumentar las ganas de formar una familia? Porque ha sido justo lo contrario. No deseo hacer sufrir a nadie, mucho menos a un niño o a dos.

—Te estoy diciendo que cada uno tiene un camino: unos más corto; otros más largo, y otros pedregoso y lleno de obstáculos.

—Como el juego de la pajita más larga.

—Sí, algo así.

—Hace años que no le pido nada a la vida, que me he cansado de esperar que me diera algo, mucho menos que me regalara un sueño. Y de repente apareces tú. Tu mirada traviesa, tu sonrisa retadora y esa boca que provoca un tsunami cuando habla y olas de ocho metros cuando besa; que tienta cual demonio a un surfista como yo cada vez que se acerca. Lo revuelves todo. Mi rutina la pones patas para arriba, me descolocas, mandas en mis pensamientos, y cuando estoy aceptando que eres ese viento fresco que necesitaba, ese sentimiento arrollador que tantas veces pedí, viene esto.

—Vale, quiero que me mires a los ojos. Gael, mírame, por favor.

—Te miro, Sirenita. Te veo, pero ¿y ahora qué hago? —Consigo que pose sus ojos chocolate en mí, aunque en su espiral de oscuridad sigue luchando a capa y espada con sus dudas—. Cuando lo tenga delante, ¿le doy un puñetazo por irse, un abrazo por buscarnos o lo ignoro por dejarnos una vida entera sin él?, ¿por hacer que esa mujer que tanto amaba muera en vida y se olvide de todos menos de él y su maldita promesa? ¡Es mi madre, joder!

—Escúchalo. Solo te pido que pase lo que pase cuando lo veas, lo escuches, que leas su historia y te pongas en su lugar. Luego ya decidirás si perdonarlo o no, pero al menos dale una oportunidad, creo que se la ha ganado.

—¿Se pueden perdonar treinta años de ausencia?

—No puedo responderte a eso, solo Gabriela y tú tenéis ese poder.

—Tengo que llamarla. Va a alucinar.

—De verdad que yo no sabía de qué trataba la novela cuando la guardé en mi bolso. Me encanta leer, devoro los libros cuando tengo tiempo, ya lo sabes. No pensé que ese Alejandro y esa odisea, fueran las respuestas a tu misterio, a esas heridas que sangran cuando las tocas, tan profundas que no se borran.

—Lo que más me escama es ese maldito profesor tuyo y cómo ha llegado la novela hasta él.

—No tengo ni idea, pero te prometo, que la próxima vez que lo vea le preguntaré.

Me mira, vuelve a mirar el libro y lo suelta en el banco de madera. Se va hacia la columna, se mesa el pelo, mira la barca, se aúpa y se sienta en ella. La acaricia como si fuera un juguete viejo y yo contengo la respiración con ese gesto. Todas las emociones que brotan de sus ojos, de sus labios temblorosos, de sus manos desorientadas que no saben dónde ir o dónde ponerse, se trasladan a mi cuerpo que poco a poco se acerca al suyo. Juntas salen a la superficie bañándonos en un mar de incertidumbre, de tristeza. También ira e impotencia. Lo abrazo. Mi cuerpo envuelve el suyo con una capa cálida de protección que sale de lo más hondo de mí.

No sé si es amor de verdad o solo ganas de reconfortarlo, de curarle esas cicatrices que siguen sangrando en cuanto sale el tema. No obstante, esta vez nadie lo ha sacado, ha venido solo. ¿Puede el destino ser tan cruel? ¿Esperar treinta años para darle lo que siempre ha anhelado?

Se hunde en mi pecho, un silencioso llanto moja mi camiseta y cierro los ojos abrigándolo más todavía, apretando sus hombros, peinándole el pelo con la mano, posando mis labios en él, besando

su frente, su nariz y sus lágrimas. Bebiéndomelas todas para calmar su dolor.

—Lo siento —susurro a un milímetro de él.

—Entonces… Es real, Inma. Existe. Está ahí, en alguna parte.

—Parece que sí. —Miro por encima de su hombro y lo veo. Por fin veo su rostro, muy similar al del hombre al que abrazo. Agacha la cabeza, avergonzado y me suplica con la mirada que lo ayude. Asiento, y la voz de su hijo me atrae de nuevo.

—Llama a tu profesor, dile que nos dé su dirección y mañana vamos a verlo.

—Son las dos de la madrugada, no creo que esté despierto. —Nuestras frentes chocan, suspira resignado ante la evidencia y se deja caer en mi hombro.

—No esperaba pasar así la noche.

—Yo tampoco.

—Mi imaginación me ha vuelto a fallar —dice prestando atención a la canción de *When You Came into my Life* de Scorpions—. Te había preparado un bol de cerezas y una botella de vino, apenas nada, y tú me lo estás dando todo.

—Te doy lo que necesitas en este instante: un momento en el tiempo para llorar, sentir y pensar. Puede que para olvidar el rencor que tanto daño te ha hecho y abrir una puerta al perdón. A la posibilidad de que tu madre no mintiera, de que ese amor inolvidable existiera.

—Es todo tan surrealista.

—Las circunstancias, las piedras del camino pueden hacerte tropezar, y caerte tantas veces que te cueste levantar y, aun así, ese hombre jamás perdió la esperanza de lograr su meta, su misión en la vida: cumplir una promesa que hizo a su familia.

—No existe promesa barata, pues la vida te cobra caro, con recargo y sin garantía —menciona desanimado.

—Exacto. Y él ya ha pagado sus deudas. Tarde, pero las ha pagado con creces. —Un breve beso en los labios y lo ayudo a levantarse—. Vamos a descansar, mañana hablaremos con el profesor.

—Pero mañana has quedado con ese sinvergüenza, el que te vigila.

—No creo que sea tan fiero como lo pintas, y podemos hacer las dos cosas. De hecho, mañana leeremos el final de la novela juntos, sabremos por qué no lo encontrasteis, por qué desapareció y, probablemente, dónde está en este momento.

—¿Tú crees?

—Estoy convencida.

—Gracias, pelirroja. Por estar aquí, por existir y… por fijarte en mí.

Me besa, lo acuno en mis brazos como ese niño perdido, un niño de ochenta kilos con barba de un centímetro y la piel dura como su corazón, que esta noche se ha roto en tantos pedazos que me va a costar encajarlos de nuevo.

Pese a ello, estoy dispuesta a terminar el puzle.

Ya no es una aventura más, es un reto personal.

33

El amor está en el aire

Inma

Aún con su torso pegado al mío, con un dolor en el brazo que me va a obligar a hacerme amiga de alguno de esos antiinflamatorios que tanto odio, me remuevo en la cama al oír su teléfono. Le muevo el brazo, lo llamo con la voz perezosa y él me responde con un rugido igual.

—Gael. Gael. Te están llamando. Puede ser urgente, deberías cogerlo.

Abre los ojos, los rueda intentando ubicarse, parpadea varias veces y se incorpora de un salto como si le hubieran clavado una aguja; está claro que ha reconocido el tono de la llamada. Mira la pantalla para confirmarlo y suspira.

—¿Por qué tengo un mensaje tuyo a las dos de la madrugada?

—Pues anda que, si fuese por tu rapidez en contestar, si me hubiese dado un infarto estaría dando una vuelta por las nubes más helado que un iceberg de la Antártida; de los pocos que quedan.

—Si te estuviese dando un infarto en ese instante, no me abrías puesto: «Tenemos que hablar».

—Pues eso: tenemos que hablar. Son las siete, te espero en casa a las nueve.

—Sabes que trabajo, ¿verdad?

—Día de asuntos personales. Es más, pídete dos, los necesitarás.

—¿Me lo explicas?

—Cuando vengas. Por teléfono no puedo contarte quién es Alejandro.

—¿Qué? ¿De qué coño hablas?

—Te espero a las nueve.

—No puede ser. ¿Me estás tomando el pelo? Porque si…

—Piénsalo, ¿crees que te tomaría el pelo con ese nombre?

—Nos vemos a las nueve.

Preparo el café y las tostadas, y un bol de cereales para mi Aquaman, que no deja de mirar al porche ansiando el momento de la verdad.

—¿Has llamado a tu profesor? —indaga sin girarse.

—En realidad, no tengo su número de teléfono, solo su correo electrónico y le he enviado un mensaje, pero todavía no me ha respondido. Supongo que aún no se habrá despertado, el horario del instituto ahora es diferente. Mientras tanto, si quieres, podemos seguir leyendo donde lo dejaste para descubrir nuevas pistas sobre quién fue ese hombre y por qué desapareció.

—Está bien, así podré darle más información a Gabriela. ¿Será verdad que lleva el nombre de mi abuelo? ¿Y yo? ¿De dónde sacó mi madre el nombre de Gael?

—¿Alguna vez se lo has preguntado?

—No. Nunca me importó. Tenía otras preocupaciones.

Voy hacia la mesa del comedor, agarro el libro y, con mi café en la mano me dirijo a la playa, no sin antes pasar por su lado, rozarle el hombro con el dedo, guiñarle un ojo y confesarle con una mirada lo que lo deseo. Con el dedo índice le pido que me acompañe, moviendo el culo exageradamente. Sonríe, sigue mis movimientos con los ojos, coge su bol de cereales y una cuchara, y antes de que llegue ya ha atrapado mi cintura con una mano.

—Después de esto… me voy a tomar unas vacaciones. No sé cuándo las tienes tú, pero si coincidimos, te aseguro que vas a viajar entre mis piernas a más lugares que con esos libros tuyos. Vas a vivir más aventuras que Willy Fog, y todas, van a tener un final feliz.

—¿Me lo prometes? —sondeo mordisqueándole el mentón, lamiendo sin dejar de mirarlo esa zona hasta llegar muy lentamente a su boca, que me espera ansiosa a que juegue dentro de ella—, porque tengo vacaciones las tres primeras semanas de agosto y eso es a finales de la semana que viene

—Yo no prometo, yo hago lo que deseo, y te deseo a ti. Mucho. Demasiado. Tanto que a veces pienso que voy a explotar. —No puedo evitar la carcajada cuando estoy saliendo de su boca. Lo miro feliz de sentirlo así, de conectar con él como un enchufe a la luz, de encajar tan bien nuestros labios como nuestros pensamientos y respiro hondo. Luego nos sentamos en la arena mirando al horizonte.

… Nunca supe el verdadero crimen de mis actos hasta que recibí la primera paliza, y eso fue el día que conocí a ese hombre. Por alguna extraña razón que desconozco creyó que era un guardia civil, y mandó que uno de sus matones me diera golpes hasta en el carné de identidad. Cuando al fin demostré mi inocencia, que era un hombre humilde que había viajado a Mallorca para conseguir sus papeles de forma dudosa con la intención de ser un hombre legal, se rieron en mi cara. No solo me quitaron el dinero, sino que me enviaron a una misión en Córcega, tenía que llevar un pedido en una maleta o no saldría vivo de allí.

Maldije mi suerte. Por primera vez en mi vida blasfemé, había lanzado mi vida por la borda en el momento en que me separé de ella. Quise crear un futuro digno para mi familia y lo único que logré fue un pasado conmovedor, un presente que me aterraba y un impredecible futuro.

Aun así, me embarqué en el segundo viaje de mi odisea. Hice el encargo, y cuando me vi con el dinero en las manos, intenté huir, pese a que desconocía el idioma. Pero otra vez el destino se encargó de ponerme en mi lugar, y la segunda paliza cayó cual tormenta de verano, empapándome de sangre y sudor, tirado como un trapo viejo en la sentina del barco.

Nadie me vio. Nadie supo que estaba ahí, hasta que mi corpulento amigo me agarró como un saco de patatas y me trasladó a mi nueva residencia, el trastero de un almacén en el puerto de Mallorca. Un lugar donde los negocios sucios eran reuniones de cinco minutos, donde la droga se pesaba por kilos

y las armas eran otro accesorio más en el vestuario de cualquier persona que hubiera.

No supe el tiempo que pasé encerrado hasta que me destinaron a mi nueva misión; esta vez a Cerdeña. Aprendí la lección, hice el encargo y volví al barco. En un despiste de mi guardaespaldas robé unos folios del despacho de un oficial, y en un momento de desesperación escribí a la luna que observaba mis movimientos, tan pálida como yo. Sé que no podía verla ni tenerla, pero aún me quedaba memoria para recordarla, para soñarla y desearla. Cerraba los ojos y la veía embarazada de mi pequeño Gael; supe que se llamaría así en el mismo instante en que me dijo que esperaba un niño, pues quería que fuera noble y generoso como su madre, y es lo que significa su nombre.

Al amanecer llegamos al puerto, y antes de que pudiera acostumbrarme a la luz del día, volvieron a meterme en mi zulo. No sé si fue la desnutrición o la melancolía de saber que mi hijo ya habría nacido, que no lo cogería en brazos igual que a su hermana. No sé cuál fue la razón, pero los días pasaron y las alucinaciones eran cada vez más seguidas, intensas. El frío se había instalado en mis huesos. No podía levantarme, solo oía gritos lejanos, probablemente de otra alma que se estaba quedando sin vida.

Dormía, dormía mucho y no me importaba. Un día, un largo tiroteo me despertó. Ruidos ensordecedores provenían de todos lados, retumbando tan fuerte en mi cerebro que hacían eco. Pensé que por fin había descendido al infierno y los gritos desgarradores venían de las almas que, como yo, habían desahuciado por ineptos. Pero no. Aparecieron los policías de antidisturbios o tal vez fueran la policía portuaria, no sabría decir, puesto que apenas conseguí abrir los ojos. Solo sé que volé, que flotaba en mi inconsciencia abrazado a ella.

Tres semanas más tarde abrí los ojos en el hospital General de Mallorca. Una enfermera muy amable me explicó las fiebres tan altas que tuve, los días que estuve inconsciente y lo poco que me faltó para cruzar esa línea entre el mar y el cielo. Por unos minutos vi una luz en la oscuridad, me sentí libre de volver

a ella, de ver a mis hijos, de terminar mi odisea. Sin embargo, la cruda realidad volvió a darme una bofetada.

Tres policías aparecieron para interrogarme sin ningún tipo de delicadeza, acompañados de un inspector de inmigración. Lo primero que hicieron fue informarme del día que era: 17 de junio de 2002. Mi mente se nubló con una borrasca de emociones que asoló todo a su paso. ¿Cuántos años duraba ya mi odisea? Por Dios, si mis hijos tendrían ya siete y nueve años. ¿Qué pensarían de su padre? ¿Cómo iba a llegar hasta ellos? Mil preguntas tronaron en mi cabeza sin ninguna respuesta, pues cada vez que intentaba moverme, las esposas con las que me habían encadenado a la cama me desgarraban las muñecas.

«No intente escapar, del hospital saldrá directo al aeropuerto donde le deportarán a su país de origen y no regresará jamás».

Gael cierra el libro de golpe, no puede leer más, la bola que se le ha atascado en la garganta se lo impide. Yo no estoy mejor, y saber que el hombre está ahí, escuchando a su hijo relatar su historia, me estremece aún más todavía.

—Consuélalo. Dale todo el calor que yo no puedo darle. Dile que estoy aquí, que su padre siempre lo quiso, y que luchó hasta el último segundo por verlo. De hecho, lo hice. Lo conseguí, aunque cuando lo tuve delante solo pude sonreír, sentirme orgulloso del hombre en que se había convertido. Quise hablarle, pero no me salía la voz. Estaba tan emocionado que el cuerpo no me respondió; no como yo quería, no como yo soñé tantas veces que lo haría.

Hago caso a esa voz que suena en mi cabeza: grave, tierna y entrañable a la vez. Paso el brazo por su hombro y le doy un beso en la mejilla, seco esas lágrimas que brotan amargas, sin frenos por su rostro.

—Por eso no lo encontramos. Lo deportaron. Desapareció porque volvió a Bolivia, y jamás se nos ocurrió buscarlo en otro país.

Nos levantamos, traga saliva, se pone el libro en su pecho y lo abraza como si fuera su padre.

—Tengo que averiguar dónde está. Y si he de viajar a Bolivia lo haré. —Me mira decidido—. ¿Vendrías conmigo? Sería una auténtica aventura y no sé si tendría un final feliz.

—Iría contigo al fin del mundo, pero no creo que haga falta ir tan lejos para hablar con él. —Mis ojos se van hacia el porche, a la columna donde Alejandro está apoyado con la misma pose en la que su hijo, días atrás me miraba como si fuera a comerme. Solo que él mira a su hijo orgulloso de ver el hombre en que se ha convertido, y luego melancólico al mar.

—Ojalá pudiera abrazarlo, decirle que estoy aquí, a un metro de distancia. Quisiera contarle que hice todo lo que pude por volver a ellos. Dediqué treinta años de mi vida a perseguir un sueño, a cumplir una promesa, y ahora que sé dónde están… Ahora estamos tan cerca que podría tocarlo, y, sin embargo, tan lejos que nunca lo haré.

El amor está en el aire, revoloteando a nuestro alrededor y solo yo puedo verlo, sentir lo que sienten cada uno. Quisiera extender ese sentimiento, propagarlo como un virus por sus mentes y que fluya por su cuerpo, que vean lo que yo veo. Pero solo hay una forma de hacerlo, y aún no es el momento.

El timbre de la puerta impide que piense cómo explicarles a los dos que tal vez haya una manera de que conversen, aunque tampoco es que esté convencida de que salga bien. Mi abuela me dijo cómo, pero nunca lo he visto, por lo que no puedo confirmarlo.

Gabriela aparece con una sonrisa impaciente, me saluda con dos besos y la hago pasar. Los dos hermanos se abrazan reconfortándose el uno al otro y yo intento mantenerme al margen.

—Hazlo. —Alejandro asiente con la cabeza dándome permiso a trazar la estrategia que está maquinando mi cabeza.

—¿Estás seguro?

—Sí. Estamos seguros.

34

Un deseo hecho realidad

Gael

Diez años deseando que apareciera, que el sueño de tener un padre se hiciera realidad. Ocho años autoconvenciéndome de que, pese a ser una ilusión, la llama de la esperanza aún seguía viva. No obstante, en el año 2012 dejé de creer en cuentos de hadas y me convertí en el hombre que hasta hace dos semanas era.

Dos semanas, y mi mundo se ha puesto patas para arriba. Nuestro mundo.

—Cuéntame, peque. ¿Por qué estás así? ¿Por qué vuelves a tener dieciocho años? ¿Qué es lo que tenemos que hablar de… Alejandro?

—Esto. —Le enseño el libro, lee el título y ve al hombre de la portada. Reconoce el lugar donde escribe, igual que lo reconocí yo en su momento. Me mira intrigada, acaricia la portada, pasa la mano por la figura del hombre, el mar, y al instante me vuelve a mirar.



—Sí, parece un cuadro del lugar donde estamos. Ese lugar donde, según nuestra madre, él escribía, leía y…

—¿Me estás diciendo que…?, ¿que esta imagen es la de…?

—Será mejor que leas la novela, yo no puedo explicarte todo lo que sucedió, todo lo que vivió ese hombre. —Trago saliva, no quiero parecer ese muchacho desvalido que ha mencionado antes. Debo ser fuerte por ella, porque cuando vaya por la mitad se romperá. Inma

ha recogido mis pedazos, pegándolos con sus besos y abrazos, pero Luis no está. En esta viaje, solo estamos ella y yo.

—Entonces, todos estos años… Lo que mamá decía…

—No lo sé, Gabriela, pero sí puedo asegurarte, que, si es verdad, buscamos en el lugar equivocado. Nuestro padre no era español, era boliviano, y la historia que cuenta es una auténtica odisea. No como la de Ulises, no. Fue más larga y cruel.

—¿Estás seguro de que es él?

—Compruébalo tú misma. Describe a mamá, la casa, el restaurante. Incluso al tío Juanjo. Hasta dice el origen de tu nombre y el mío. Lo feliz que se sintió al saber que iba a ser padre. —Me paso las manos por el pelo, me cuesta seguir hablando sin expresar la borrasca que hay en mi interior, que amenaza con fuerza salir por los ojos. La desazón es tal, que por unos segundos siento un extraño calor en mi hombro, como si alguien hubiera puesto una mano en él, aunque ninguna de mis dos mujeres está a ese lado de mi cuerpo.

Inma me observa desde la distancia. No puedo descifrar lo que piensa, pero está tensa, inquieta, expectante a todo lo que hago o digo. Se nota que está preocupada y mi amor por ella crece con esa emoción que no puede disimular. La tranquilizo con un guiño de ojo, reservando mi dolor para cuando esté solo. Ahora debo mostrar seguridad por ellas, por las dos.

Gabriela se muerde el labio, lee las primeras páginas, abre la boca y con los ojos comenzando a acumular agua salada, me interroga con la mirada. Asiento y se sienta de golpe, las piernas no aguantan su peso.

Me acerco a ella para reconfortarla y mi pelirroja también lo hace. La observo, un aura brillante la rodea, parece un ángel, tan hermosa que da miedo mirarla, desearla sin creer que estás pecando por ello.

—Chicos, he de confesaros algo y no quiero retrasarlo más. Cuando terminéis de leer el libro recordad, que la guerra no acaba hasta que se libra la última batalla.

—¿A qué te refieres? —interroga esa niña temerosa de conocer la verdad que tanto tiempo se le ha negado.

—Sé que puede ser difícil de creer, y quiero que, por favor, abráis vuestra mente y confiéis en mí. Pero ahora es el momento, estáis los dos y más receptivos que en este instante, no vais a estar.

—Creo que no te entendemos, pelirroja.

—No importa. Os dejo solos y cuando acabéis de leer hablaremos. Si queréis un café o un té que os despeje, decídmelo, estaré en el comedor o la cocina trasteando.

—Espera. ¿Te puedo dejar sola un rato? Sé que, aunque no quieras reconocerlo, lo buscaste más intensamente que yo. Puede que yo fuera más impulsivo, pero…

—Imprudente, diría yo.

—Lo que tú quieras, pero sabes que tengo razón, y que por muy equilibrada que aparentes ser, tus sentimientos están en la cuerda floja igual que los míos.

—Vete. Puedo leer sola un rato.

—De hecho, no estás sola. —Inma desvía los ojos a un lado y dibuja una leve sonrisa. Sigo la trayectoria de su mirada y no veo a nadie, solo dos pisadas en la madera que no había antes.

Un escalofrío me corta la respiración, niego con la cabeza. Las pisadas no son de un pie pequeño, no corresponden a Inma ni a Gabriela y, desde luego, no son mías.

Respiro hondo, mi chica me coge de la mano y tira de mí hacia dentro de la cocina. Cuando llegamos al comedor me rodea el cuello con sus brazos y me susurra un:

—No quiero ser un amor de verano, quiero ser un verano eterno en tu corazón, ese calor que te sofoque por dentro y te haga sudar por fuera, que te revolucione la mente y te calme el alma.

La beso. Cojo aire y la beso con todas mis ganas, que no son pocas, que son demasiadas. Soy consciente de que no puedo profundizar todo lo que quisiera, que no puedo expresar con gestos todo lo que siento, pienso y creo. pero, aun así, le regalo todo lo que tengo con ese beso.

Casi sin aliento, poso mi frente en la suya.

—Fíjate que yo estaba pensando en que fueras mi diosa de invierno, la que me enfriara con su boca cuando ardiera en deseo igual que ahora, la que me refrescara con sus ideas cuando estuviera

enfermo o la dura realidad me superase como en este momento. La verdad, es que me da igual ser primavera en tus brazos u otoño en tus piernas, solo quiero ahogarme en el mar cálido que salga de ellas. Adentrarme en tu océano y no salir hasta que el cielo se caiga y las cuatro estaciones se mezclen en ese epicentro; el de nuestro mundo; nuestro universo. Tú y yo y esa aventura extrema que provoquen nuestros cuerpos.

—Te tomo la palabra. Recuérdalo dentro de unas horas.

—Te lo repetiré esta noche, mañana y si tú quieres, cuando las canas cubran mi pelo. —Sonríe con la boca pequeña, tira de mí de nuevo hasta la entrada, arranca una rosa y me la extiende.

—Ten, para que cuando huelas la rosa te acuerdes de que, a pesar de las espinas te gusta, sigue siendo tu flor roja, huele bien y se amolda a cualquier rincón de tu cuerpo.

—No me asustas con tus palabras. Sé que escondes un as en la manga, que te gustan los misterios y crees saber cómo resolver el nuestro. Para mí ya has hecho mucho, me has dado la respuesta a mis preguntas. Has hecho más en dos semanas que nosotros en doce años, en dieciocho si cuentas mi primera búsqueda de la verdad. No te voy a echar de mi vida por muy rara que seas, porque es lo que te hace extraordinaria, Sirenita; tu ímpetu, tu curiosidad y tus rarezas.

—Eso es muy bonito, y ojalá sea cierto, porque mi verdad os va a doler. Sé que Gabriela necesita su tiempo para entender todo lo que va a leer, que tenéis que llegar juntos al final, y que cuando lo hagáis, debéis agarraros fuerte para que las olas de la impotencia no os arrastren. Gritad, llorad y luego escuchadme, porque os voy a ayudar.

—A mí ya me estás ayudando, y por eso creo que te quiero aún más. Hay que valorar quién está contigo en la tormenta, porque en los días de sol la playa está llena. —Su boca atrapa mi boca, se funden en una sola.

Besos suaves, dulces y mudos, de los que dicen todo, pese al silencio que los envuelve. Largos como la línea del horizonte; infinitos porque se graban en la memoria y se guardan en tu corazón hasta que el último latido los borre.

Nos separamos al oír un sollozo.

—Ve con ella, ya debe estar en ese año, en esa página en que tus lágrimas y las suyas cruzan el océano.

Al salir el aire se vuelve denso, mi hermana está de pie con el libro en su pecho, abrazada a él como yo cuando paré de leerlo.

—Lo deportaron, y al llegar, creyendo que era un delincuente, lo metieron en la cárcel. Años. Estuvo encerrado años. Sus hermanos consiguieron sacarlo con la ayuda de uno de los funcionarios de prisión, que al conocerlo creyó en su inocencia. Y, aun así, no cejó en su búsqueda. Consiguió mandarle varias cartas a su ángel de luz. Unas cartas amarillas como su pelo, con corazones azules como sus ojos y el mar de esperanza que lo bañaba.

—Nunca se rindió. Ahora somos nosotros los que debemos ir a buscarlo. Los que debemos luchar por él, igual que lo hizo él por nosotros. Esta tarde iré al consulado, hablaré con quien haga falta y pediré respuestas. Pero ahora nos vamos a sentar ahí, y vamos a terminar de leer.

—No sé si podré terminarlo.

—Yo te protegeré, hermanita. Estoy aquí.

—¿Y si no logró su deseo? ¿Y si está…?

—¿… muerto? Entonces… —Un golpe de aire nos mueve el pelo. Nos separamos unos centímetros, pese a sentir un extraño calor envolviendo nuestros cuerpos. Inma aparece y me mira con una firmeza que me hace temblar. Leo sus ojos, y ahora la entiendo—. Entonces, encontraremos la manera de… llegar a él —digo sin dejar de mirarla, y su sonrisa florece iluminando su rostro. Era eso. Esa es su verdad…

—Eso es una locura.

—Quien sabe, tal vez, su deseo se haya hecho realidad.

35

Una cita con el destino

Inma

Recuerdo las palabras de Nuria, la intensa mañana navegando por los registros surfeando el tiempo, las visitas y esas miradas inoportunas. César y yo en la retaguardia, anhelantes, intrigados, esperando el siguiente paso, subiendo en ese juego peligroso, después de cada escalera, de cada nivel. Sabía que fueron sesenta nacimientos, pero solo seis fueron registrados por mujeres, y acabo de descubrir que dos fueron en Alcocéber.

Es evidente que uno de ellos fue Julia Prados.

Ahora, viendo a los dos hermanos lo unidos que están, lo mucho que se quieren y se protegen, me doy cuenta de que todo tiene sentido. No es justo; el sufrimiento de esas cuatro personas; de esa familia al completo, desde el primero al último. Cómo los días han ido aumentando sus miedos y su tristeza, la inseguridad de los pequeños y la soledad de la madre. Sin duda el sufrimiento de esa familia ha sido indescriptible.

Porque sí, fueron una familia desde el día en que Julia y Alejandro se prometieron amor eterno, y ahora tienen una cita con el destino, que, aunque tarde, hará todo lo posible porque la cumplan.

Después de resumir a su hermana parte de nuestro descubrimiento siguen leyendo el libro. La voz de Gael voló en el aire como una cometa sin rumbo, aunque a mí me llegaba con la potencia grave y ronca de un hombre de sesenta y muchos años, algo distorsionada, pero igual de emotiva.

… En 2023 tuve la oportunidad, gracias a mi médico y un buen amigo de volver a España. Habían pasado muchos años, las arrugas, las canas y un cambio de nombre me habían vuelto irreconocible a ojos de la policía aduanera, por lo que no reconocieron en mí al hombre que un día deportaron. Además, mi acompañante era español y, en ese momento, éramos unos turistas que venían de vacaciones. No pensábamos quedarnos en el país más de lo necesario, pero no me quería morir sin volver a intentarlo.

Era finales de noviembre. Ese hombre, amigo de la infancia de Darío, mi médico, no solo nos dejó un lugar donde vivir, nos explicó cómo movernos por la zona. Era profesor de historia en un instituto, y aunque no era muy hablador, le gustaba escuchar. Cazaba una buena historia al vuelo, y la mía lo atrapó. Tras una semana en su casa, me dijo que me ayudaría, que conocía a una muchacha a la que le gustaban las aventuras, cuanto más retorcidas mejor; y la mía era toda una odisea.

Así la llamó ese hombre, y la verdad, creo que superé a Ulises en años y en desgracias. Me propuse hablar con esa muchacha al día siguiente, acompañar al profesor y que me la presentara, pues lo de buscar finales felices me caló hondo. Pero el destino volvió a apuñalarme por la espalda, y esa misma noche, el profesor murió a causa de un accidente aparatoso en la AP-7 sin decirme dónde vivía o cómo encontrarla…

Gael me mira asombrado. No dice nada, pero su perplejidad lo dice todo. Alzo las cejas y abro la boca, sorprendida también por el descubrimiento. Pienso en todas las veces que he hablado con él en el último año y medio, y jamás fue en otro lugar, siempre en la biblioteca. A lo mejor se quedó anclado en sus libros, en su pasión por la historia… Por eso solo hablaba conmigo, por eso los grupos de estudiantes nunca se le acercaban, porque la única que lo veía era yo.

Siempre hizo, que de una manera u otra llegara a conocer a esas personas que habían fallecido antes de poner punto final a su vida, y mis amigos y yo iniciábamos esa aventura que lograba escribir esa última página, que los hacía descansar de algún modo y vivir esa eternidad en paz. Estaba vivo cuando se olvidaba los libros, me recomendaba otros o comentábamos los casos mientras investigaba, pero después… ¿Por qué seguimos haciéndolo cuando murió? ¿Qué lo ataba a la biblioteca?

Mis dudas siguen circulando por mi cabeza como si fuera hora punta en la AP-7, provocan caravanas de kilómetros con tanto tráfico. «Si estaba muerto, entonces, ¿por qué me invitó a cenar? ¿Era una estrategia para que no sospechara? ¿sabía que le iba a decir que no?».

Por otra parte, ¿eso qué quiere decir?, ¿que fue él quien provocó que el viento me trajera las cartas?, ¿que se dejó el libro de Alejandro a propósito encima de mi mesa?».

Eso es retorcido hasta para la mente del profesor. «Además, ¿y si era su amigo, por qué no lo ayudó antes? ¿Por qué esperó año y medio?».

—Lo intentó, Inma, lo intentó —me aclara Alejandro escuchando mis pensamientos—. Pero yo no tenía tu don. Él sí, como tú era una persona especial. Cuando estaba vivo sentía a los muertos y al morir, también los escuchaba a través de los libros. Ellos le contaban su historia, le pedían ayuda, y Guillem se la daba al contactar contigo. Juntos indagabais y averiguabais la razón que los había llevado a esa encrucijada.

—Y con mis amigos que hacían de refuerzo, a mi lado contra viento y marea conseguíamos ponerles punto final a esos libros. Madre mía, por eso no sabías dónde estabas. Te habías perdido porque… —susurro al aire con un hilo de voz.

Sin embargo, Gael se levanta, viene hacia mí, me coge de los hombros aparentando una calma que no siente, pues la nuez de su cuello sube y baja intentando tragar esa bola que se ha instalado en su garganta y le impide respirar.

—Tu amigo… El profesor está… Joder. Entonces, Alejandro… Sabes cómo acaba la historia, ¿verdad? —Con los ojos prácticamente

inundados, asiento. Enmarco su cara, cierra los suyos y sus hombros caen tan bajo que los tengo que aguantar. Fuerte, resistiendo ante el inminente derrumbamiento, lo obligo a mirarme.

—Gracias a él, supe dónde encontrarte al final, pero de una forma que no esperaba. Aunque dicen que nunca es tarde si la dicha es buena, y espero que lo sea —añade igual de emocionado Alejandro, aumentando esa esperanza de lograr abrazar a su hijo, decirle que lo quiere, que siempre lo quiso y lo querrá más allá de la muerte.

—Aún hay una posibilidad, pero necesito que acabes de leer la novela, que entiendas hasta dónde llegó por conocerte y conocerla —digo mirando a Gabriela que sigue tapándose la boca con las manos, bañada en lágrimas de tristeza e impotencia.

—Ha estado tan cerca y no lo hemos visto. —Pasa varias páginas hasta que ve algo que le llama la atención. Ahora la que lee es ella, y todos nos giramos.

> … Yo no quería aprovecharme de la situación y quise pagar un apartamento. No quería problemas con la justicia ni con la policía, ni con nadie. Me había cambiado de nombre para poder volver y encontrar a mi familia, así que no tenía intención ninguna de arriesgarme a perderla.
>
> Sin embargo, Darío no pensaba igual y mientras pagáramos los recibos creyó que nadie se iba a enterar. Le fue fácil encontrar trabajo de médico en el hospital de Castellón, ya que estaban bastante necesitados de cardiólogos y él era muy bueno en su trabajo. Ganaba lo suficiente para pagar el apartamento, los recibos y todo lo que necesitábamos para vivir de forma modesta. Y así lo hicimos durante un año. Los primeros meses me daba miedo salir a la calle solo, seguía siendo inmigrante, y aunque la edad me hacía pasar más desapercibido, temía que mi acento me delatara, por lo que esperaba a que estuviera Darío para buscarla.
>
> Alcalá había cambiado mucho desde que la vi la última vez, pero Alcocéber más. Me pregunté muchas veces si seguiría mi

ángel de luz viviendo allí, si se habría trasladado a otra ciudad, tal vez rehecho su vida con otra persona. Era tan guapa, estaba tan llena de vida, que cualquiera podría amarla, adorarla y besarla como lo habría hecho yo si no me hubiera ido, si mi destino hubiera sido diferente.

No recordaba el lugar exacto ni la calle, así que vinimos varios días y recorrimos Alcocéber en diferentes ocasiones. Creí reconocer el restaurante, sin embargo, los colores eran distintos, las formas, las plantas, el decorado y la gente. En realidad, no se parecía en nada a como yo lo recordaba, y al haber cuatro en la misma zona, no supe distinguir cuál de ellos era.

Fuimos a todos, en diferentes días, pero no la vi en ninguno, ni tampoco a su hermano. Estaba convencido de que los reconocería a cualquier edad.

Pasaron varios meses, Darío me enseñó a «navegar» por la red, pero cada vez que creía encontrar una pista el corazón se me aceleraba demasiado y acababa ingresado en el hospital, así que preferí elegir otro camino.

Me senté a esperar en un banco del paseo marítimo, mirando a las personas pasar, fijándome más en las mujeres de casi sesenta años. A menudo me sentaba en uno de esos bares mientras escribía mi historia con la idea de que algún día, esas personas que tanto amaba las pudieran leer y comprender que jamás fue mi intención separarme de ellos. Uno de los días, me pareció ver a un joven de espaldas muy parecido a mí cuando tenía su edad y pensé que podría ser él; mi Gael. Esperé sentado a que volviera a salir, pero llamaron de urgencia a Darío y tuvimos que marcharnos.

Decidí que era mejor centrarme en escribir mi historia, ya que mi corazón a veces me fallaba. Así, el día que los tuviera delante, si la emoción no me dejaba hablar, si mi corazón elegía ese momento para detenerse, el libro hablaría por mí. Una noche se detuvo más de la cuenta, y si no llega a ser porque Darío estaba a mi lado viendo una película, probablemente no habría terminado de escribir estas páginas.

Y casi lo conseguí…



La emoción me jugó una mala pasada cuando tuve a mi hijo delante. Porque era él, no tuve dudas cuando dijeron su nombre y observé cada detalle de su rostro. Los nervios me aceleraron el corazón. Había guardado las pruebas que confirmarían mis argumentos, que demostrarían mi búsqueda, mi amor, además del libro que estáis leyendo. Y cuando vi que las había perdido, ese órgano cansado quiso hacer su último esprint. Demasiado rápido para mantener el equilibrio. Estaba tan cerca de Gael, que casi pude tocarlo. Había memorizado cada palabra que quería decirle, me sabía el guion como la palma de mi mano, pero en cuanto giró la mirada al chico que lo estaba llamando, casi escapé al sentir ese dolor tan fuerte en el brazo. Caminé todo lo que pude y marqué el número de Darío.

No sé si fueron minutos o segundos, sé que todo se nubló a mi alrededor, que el mar dejó de rugir, las gaviotas de graznar y la luz del sol se apagó.

Me llamo Darío Fuentes, cardiólogo del hospital de Castellón no quiero ser el que escriba la última página. No sé cómo acabará esta historia, pero sí pido a quién lea este libro que se apiade de Alejandro, que está deseando cumplir su promesa: llegar hasta su princesa dorada; su ángel de luz, y ponerle un final feliz a esta odisea.

La odisea de Alejandro.

—Lo siguiente que recuerdo es verte en el porche, sentirte, oírte. Todo era tan confuso. Intentaba llegar al piso donde vivíamos, pero no lo encontraba. Lo único que veía era la playa. Mi pequeña barca, en la que paseábamos juntos mi princesa y yo a la luz de la luna.

Julia, mi amor… Éramos uno cuando nadie nos veía, tan solo la sonrisa de la luna reflejada en sus ojos y esos cabellos dorados jugando con el viento.

Un sollozo se me escapa del alma al oírlo, y me voy directa a abrazar a los hermanos. Gael sabe por qué, creo que se me ha reflejado la pasión y la tristeza con la que Alejandro me ha contado su final, tanto que lo he expresado en mi rostro, y él me ha leído como un libro abierto. A lo mejor mi atractivo casero también tiene un don; el de leer en mi mente y mi corazón. Resulta que yo he resuelto el misterio de su sonrisa y él la verdad que yo escondía sin decírsela.

Es evidente que me cree, que sabe lo que sé. Me apoya, me abraza tan fuerte que puede que me rompa alguna costilla, pero oye, no voy a ser yo quien se queje, si en esta cita con el destino su amor me hiere de esta forma. No, todo lo contrario, me gusta, me reconforta y aumenta mi energía. Me llena el alma que confíe en mí ciegamente, y más en estos momentos, cuando voy a ser yo quien le clave un puñal en el pecho, quien va a decirles a los dos, que la única forma de ver a su padre es perdiendo a su madre.

36

Promesas de amor, susurros al viento

Inma

Una hora después, tras un largo llanto, muchos porqués e infinidad de dudas consigo convencer a los hermanos de que traigan a su madre a la casa. Preparo pasta a la carbonara mientras Gabriela llama a Luis, que vendrá al salir del trabajo con el niño. Yo hablo con mi compañera, le digo que pasaré por la biblioteca a explicarle cuatro cosas que debe hacer en el club de lectura que hay esta tarde a las siete, ya que hoy me lo voy a tomar como asuntos personales. César como si me leyera la mente, me envía un audio preguntándome si todo está bien, pues hoy no le he llamado para decirle quién era el bebé afortunado. No me ha hecho falta, podría jurar que se llama Gael Prados, y su madre vive en una residencia para enfermos de Alzheimer.

Sí, la princesa dorada era ella, y pese a que una de las cartas solo hablaba de un bebé, solo era porque no lo conocía, porque soñaba con verlo, abrazarlo y sentirlo; decirle que era su padre. Las ciudades de las cartas me encajaron al leer la novela: una era Olbia, en Cerdeña, y la otra Portinatx, en Ibiza, algunos de los tantos viajes que hizo como mensajero del diablo.

Durante la comida, Gael no deja de mirarme agradecido y preocupado a partes iguales. Se recela que escondo algo, que sé más cosas de las que digo y espera el momento oportuno, cuando su hermana esté acompañada y no tenga que estar pendiente de ella, para sonsacarme mi verdad. Lo que no sabe es que lo va a destrozar, y al mismo tiempo a liberar de esa gran carga que ha llevado todos estos años.

El tiempo pasa, Luis viene y yo me voy. Necesito hablar con mi compañera en persona para explicarle lo que debe hacer esta tarde.

Al abrir la puerta para irme, Gael me agarra el brazo y me pega a la pared encerrándome, poniendo los brazos a los dos lados de mi cabeza.

—No te vas a escapar de mí.

—Vuelvo en una hora, no te dará tiempo a echarme de menos. —Dejo ver una pequeña sonrisa burlona, pues no sé si es buena idea bromear en estos momentos. Sin embargo, él me devuelve una parecida, pero multiplicada por diez.

—No pongas la mano en el fuego, porque igual te quemas.

—Te gusta mucho esa expresión.

—Me gustas mucho tú, y la expresión solo indica lo que siento por ti, antes de que leyera esa novela y después de leerla. Tú eres la que ha resuelto el problema de mi pasado, el misterio de mi presente y espero que también soluciones mi futuro.

—Eso es mucha responsabilidad para una sola persona. Debes entender que sin Lolo, Nuria y César no lo habría conseguido, y que aún falta una parte muy importante por contaros, que necesito que estéis todos para explicarlo.

—Sé que eres especial, que tu profesor lo era y que…, y que… puede que lo siga siendo.

—Sí, pero hay algo más.

—Intento hacerme a la idea de que no eres normal. Voy paso a paso. —Me acaricia con la mirada mientras su nariz toca la mía, su aliento me llena más que sus palabras y su boca…, su boca me grita en silencio lo mucho que me ama. Porque lo hace, si no, ¿qué otra explicación hay para que confíe en mí con los ojos cerrados?

Pongo mi mano en su mandíbula, rozo los labios con mi pulgar y mis ojos se van detrás. No sé si besarlo o apartarlo, porque a este paso llegaré tarde, pero su cara me tienta, su media sonrisa, esa tranquilidad nerviosa que lo envuelve. Sí, es una contradicción, pero todo él lo es. Tan fuerte y tan débil, tan seguro y a la vez tan necesitado de amor.

¿Cómo no voy a quererlo? Es imposible no enamorarse de la oscuridad de sus ojos, de la pasión que les pone a sus gestos, a su voz.

—Nadie normal podría conquistarte, si lo consigo es porque tengo un don que solo tú puedes ver. Soy tu descubrimiento, y tú mi eterna aventura. Inma Holmes, ¿recuerdas?

—Como alguien me dijo hace unos días: Soy lo que tú quieras que sea, solo te pido que no me abandones jamás, que me aprietes la mano con fuerza, que me levantes cuando me caiga y me consueles cuando las lágrimas me traicionen.

—No dudes ni un instante de que lo haré. —Lo beso suave, lento y dulce. Me besa con ganas, fuerte y apasionado. Segundos que vuelan, minutos que corren hasta que alguien carraspea.

—¿Vamos? —A regañadientes se separa y suspira. Me abanico con la mano y me limpio la humedad de mis labios.

—Vamos.

Todos salimos de casa, ellos hacia la residencia a buscar a su madre y yo hacia la biblioteca. Una vez allí hablo con Inés, que atiende a todos mis consejos y se apunta algunas cosas para no perder la información. De repente, algo me dice que me gire y observe la última mesa, la del rincón. Allí está el profesor con su portátil escribiendo. A Inés la llaman unos chicos y yo me acerco sigilosa a ese hombre, por el que ahora siento cierta curiosidad.

—¿Cuál es tu misterio, profesor Ribas? ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué yo?

—Buenas tardes, Inma. Demasiadas preguntas para empezar. Intentaré responderlas por orden, aunque no te prometo nada.

—¿Dejaste a propósito aquel periódico en el instituto?

—Sí. En cuanto te vi, observé el aura que te rodeaba. Sentí a varias almas a tu alrededor, su fuerza, las ganas que tenían de que les prestaras atención, pero tú no eras consciente del poder que tenías. Yo lo vi y quise ayudarte a que saliera, a que te dieras cuenta de tu potencial, de lo que podías llegar a hacer si te lo propusieras.

—Los libros que me sugerías… ¿todos eran casos sin resolver?

—En realidad, los habían cerrado, pero no habían descubierto la verdad que ocultaban. No habían resuelto nada. Era tan fácil echarle la culpa al primer sospechoso que no continuaban indagando más allá de lo que tenían delante.

—Y tú lo sabías porque…

—Mi don es diferente al tuyo. Los libros me hablan, me cuentan lo que en realidad pasó, haga los años que haga. Siento a esas personas igual que tú, pero no las veo ni las oigo, por lo que me es más difícil ayudarlas. En cambio, las voces de los libros…

—¿Y Alejandro?

—Veo que ya has dado con él. Ese hombre me afectó más de la cuenta. Darío lo quería como a un padre, él lo ayudó a salir de la cárcel cuando lo metieron por error; su nombre era el mismo que el de un delincuente de la zona. Alejandro y su templanza, esa calma que le había dado la experiencia los ayudaron a salir, y cuando se dio cuenta de que estaba enfermo, de que su tiempo se agotaba, quiso ayudarlo a cumplir esa promesa a la que se anclaba.

»Darío y yo crecimos juntos en Tarragona, mi ciudad natal. Cuando cumplió los dieciocho se fue con sus padres a Bolivia, de donde era natural su madre, ya que sus abuelos estaban enfermos. Allí cursó la carrera de medicina y se casó. Su mujer falleció meses antes de que lo metieran en la cárcel cuando se le cayó parte del techo de su vivienda tras una lluvia torrencial. Por eso decidió ayudar a Alejandro, porque ya no le quedaba nada en Bolivia que lo atara allí.

»Pensé en ti en cuanto me contó su historia. Mi idea era presentarme al día siguiente en la biblioteca con él y entre los dos buscar a su familia, pero un borracho me impidió decirle quién eras y dónde encontrarte. Durante un tiempo indefinido quise cruzar esa línea divisoria que nos separaba. Traté de conectar con alguno de los dos sin éxito alguno. Entonces me acordé de ti. Me esforcé en superarme cada día para conseguir hacer lo que cualquier ser vivo para que me vieras como tal y siguieras confiando en mí. Sin embargo, no podía contactar con él, decirle que fuera a verte. Así que seguí manteniendo el contacto contigo en la biblioteca hasta que llegara ese momento. Tenía paciencia y tiempo me sobraba.

—Por eso. Mientras tanto, me ibas entreteniendo con otros casos.

—Bueno, no te veo quejarte con mi idea. Yo lo seguía observando, me fijé en que estaba escribiendo su odisea y decidí esperar a que la terminara, y luego hacértela llegar como tantos

otros libros. Pero eso también se complicó cuando por fin conoció a su hijo.

—No llegó a hablar con él, ¿verdad?

—No. Sus cartas volaron, las que tanto había guardado, con las que me explicó su historia entre lágrimas de acero; tan pesadas que Darío tenía que terminar muchas veces sus relatos. Se las escribió a su madre y con ellas quería demostrarle que la seguía amando. Era su prueba de paternidad, de que era su bebé y de que los quería a los tres.

—Pero volaron hasta mí.

—Eso parece. Al final te encontró, aunque no de la forma que esperaba.

—Madre mía, qué mala suerte.

—Tal vez no. Su vida se estaba acabando igualmente, su corazón no resistía, no tenía fuerzas para seguir luchando. Al final logró lo que más quería, vio a Julia. Lo estaba esperando en ese rincón. Una vez murió fue fácil llegar a ella porque su mente lo guio hasta ese lugar donde tantas veces se amaron; el que ellos habían creado con sus risas, sus charlas y sus recuerdos, donde al dormirse ella viajaba inconscientemente para verlo cada atardecer y juntos pasaban la noche hasta que se volvía a despertar.

—Dios santo, entonces es cierto. Es el único momento en que se abre una grieta dimensional y se pueden ver.

—Sí. Las personas que no tienen nuestro don solo tienen unos minutos para vivir esa experiencia.

—Gracias, Guillem. Por todo. Por tanto que no sé si…

—Espera espera, yo no me voy a ninguna parte. Tú sí, hoy tienes que terminar una historia, pero mañana volverás, ¿no? —Sonrío.

—Claro, por nada del mundo me perdería la siguiente aventura. —Sonríe.

—Entonces, ¿estarás siempre aquí? —indago expectante.

—Formamos un gran equipo, ¿no? Además, el cielo es muy aburrido, prefiero pasar la eternidad en esa línea donde puedes ayudar a cruzar a esas personas que no la ven.

—No esperaba menos de ti.



La carrera hacia mi casa fue corta, tenía tanto que hacer, tanto que decir y tan poco tiempo para hacerlo que quería aprovecharlo todo al máximo. Cuando abrí la puerta ya estaban los cuatro sentados en el porche de madera. Luis cogía de la mano a Gabriela, Gael a su madre, y Alejandro estaba enfrente de ellos observando la hermosa postal.

—No puedo estar más agradecido por lo que has hecho por mi familia y por mí —me dice emocionado al verme aparecer por la puerta—. Sé que probablemente lo que te voy a decir te dé igual, que no tengo el derecho ni de pensarlo, pero en mi época era muy importante para una pareja tener el permiso de sus padres. Y yo, yo quiero que sepas que tienes el mío. Que te doy mi bendición porque creo firmemente que no hay persona en la Tierra mejor para mi hijo; que lo que el destino le quitó un día, se lo ha devuelto con creces poniéndote en su camino. Así que gracias por eso también.

—Gracias, para mí es un orgullo saberlo —susurro al viento y ellos se giran.

Respiro hondo, y con el corazón encogido les hablo lo más segura y convincente que me permite el temblor de mi voz.

—Soy Inma Cuesta, y desde hace años tengo un sexto sentido. Eso que todos llaman intuición, en mi caso es más extenso, porque no solamente lo intuyo, también lo veo y lo oigo.

—¿A qué te refieres? —pregunta Luis. Julia deja escapar una sonrisa y se acomoda más en el banco de madera.

—Alejandro está muerto, sí. Murió el día en que vinieron a mí estas cartas. —Las muestro para que las vean.

Julia coge una con la mano temblorosa, y de igual manera, su hija coge la otra. Gael me mira asombrado, pues conoce mi investigación.

—¿Las escribió él? ¿Son sus cartas, las que menciona en el libro?

—Sí. El único modo que encontró de hablar con su princesa, pese a que ella no lo supiera, no pudiera oírle.

—Me lo he supuesto. Joder, que idiota he sido —se lamenta, estando tan cerca, no pensó en ningún momento que fueran de su padre; quizás por ellas, recordando lo que yo contaba, también ató cabos hace unas horas.

Las leen en silencio mientras yo continúo.

—El viento hizo que se posaran en mi mano, que las leyera e intentase averiguar quién las había escrito, ya que me tocaron el alma. Esas frases expresaban tanto amor y dolor a un mismo tiempo, eran tan desgarradoras, que por ese motivo vine varios días a Alcocéber. Buscaba respuestas y encontré a Gael y la casa.

—Mi príncipe del mar… Mi amor continuó escribiéndome, a pesar de los años… —Sonríe cerrando los ojos y posando sus labios en la carta. Gabriela, visiblemente emocionada, le da la otra y la lee contenta, casi feliz—. Sabía que no me habías olvidado, Alejandro —susurra al viento y este le devuelve el susurro moviéndole el cabello ajado por el tiempo—. Nunca dudé de tu palabra ni de tu promesa, pese a la soledad que envolvía mi cuerpo. Recordaba todos nuestros atardeceres y las noches frente al mar.

Gael se levanta y me coge la mano, al ver que estoy llorando, animándome a seguir con mi discurso. Cojo aire, miro a Alejandro, que aprovecha el hueco que ha dejado Gael para sentarse a su lado. Sonrío por la adoración que veo en sus ojos, por ese amor que no envejece, al contrario, que crece cuanto más se arrima a ella. Suspiro, y con la otra mano toco mi bolsillo.

—Después conocí a Julia, que me habló de Alejandro, de ese amor inolvidable y de sus hijos. Gael me contó lo dura que fue su vida en el restaurante, y eso me hizo pensar. Seguí investigando junto con mis amigos que se arriesgaron por mí y descubrieron parte

del misterio de esas cartas. Uní cabos cuando Alejandro, perdido en esa línea entre el cielo y el mar, aparecía siempre en mi casa, buscando a esa joven de pelo dorado a la que prometió no olvidar. Incluso me dio un anillo. —Abro la mano de Julia y le pongo la cajita en ella. Se toca el pecho y su respiración se ralentiza, los hombros se le caen y me mira.

—Sabía que eras especial, pero no imaginaba hasta qué punto, cariño.

—Espera… ¿Ese hombre que rondaba la casa era…? —Le doy un beso para calmar su ansiedad y le pido en silencio que respire, que mire a que cierre los ojos y cuando los abra, que mire a su madre.

—Mi verdad, la que escondo a los desconocidos e intento reservar para que no me tachen de loca, es que veo más allá de la vida. Siento cuando un alma sufre porque está estancada en un lugar esperando a alguien, sea por amor o por respeto, tal vez porque empezó una historia y aún no ha escrito la última página. Alejandro está muerto, pero yo puedo hacer que lo veáis. Puedo hacer que cumpla su promesa y vosotros lo aceptéis, le deis vuestra bendición que es lo que más desea, aparte de a su mujer.

—Pero eso es imposible —alega Luis, confundido.

—No lo es —responde Julia—. Nos hemos visto… todos los días en esta última semana… cuando yo dormía. Veníamos a la playa, cogíamos la barca y volvíamos a amarnos bajo la luz de la luna.

—Su corazón, en la inconsciencia latía tan lento que podía cruzar esa línea que los separa. Allí no existe el tiempo solo los momentos. Horas pueden ser milésimas de segundo, días apenas un instante.

—Mamá, ¿qué…?

—Cariño… yo ya he hecho todo lo que tenía que hacer. Hay días que no recuerdo ni mi nombre, otros que miro mis piernas y no sé cómo moverlas. Observo mis dedos y no sé para qué los tengo. Eso cuando abro los ojos y los veo… —Gira muy despacio la cabeza hacia Alejandro y coge su mano, luego los vuelve a mirar; a los tres. Mejor dicho, a los cuatro—. No dejéis que nadie que no haya estado en vuestros zapatos, os diga cómo atar vuestros cordones. Vivid, amad y sentid hasta el último aliento.

Alejandro le acaricia el pelo, le besa la frente. Una lágrima resbala con ese gesto. Ella le da la caja y él la mira embelesado. Se abrazan, se besan. Es el momento.

—Solo necesito que me deis la mano y miréis hacia vuestra madre. La línea divisoria entre el cielo y el mar, donde el horizonte se mezcla con las diferentes luces que lo rodean se abrirá. Así os transmitiré mi don mientras duren esos minutos donde la grieta dimensional se mantendrá.

—¿Nos estás tomando el pelo? —interroga Luis escéptico.

—¿Podremos ver a Alejandro si la línea del horizonte se abre? ¿Y solo se abrirá si…? —sondea Gabriela receptiva, pero inquieta.

—Si alguien muere —responde Gael con los ojos vidriosos mirando a su madre.

Él es el primero en verlo, en verla sonreír al lado del amor de su vida. Alejandro lo siente y se dirige a él, las lágrimas bañan su cara sin poder contenerlas.

—Hijo, yo… Luché hasta lo imaginable. Mil veces deseé volver atrás en el tiempo y vivir escondido a tu lado antes que perdido en el mar de mi desesperación, pero no tenía ese poder.

Se abrazan como siempre quisieron hacerlo, con un amor tan profundo como lo será este recuerdo. Uno tan nítido y sincero que limpiará todos esos años de sufrimiento.

Gabriela se levanta como un resorte y me agarra de la otra mano, para comprobar con lágrimas en los ojos a su hermano abrazado a su padre, como si aquel niño de doce años lo hubiera encontrado en medio de ese mar de esperanza. Su boca se abre como sus ojos. Alejandro alza el brazo y la invita a unirse. Juntos los tres por primera vez.

—Tan bella, mi linda princesita rubia y tan hermosa como su madre y su tío. Siento no haberte protegido de los ogros y las brujas, del desengaño y el odio de la gente. No os imagináis lo orgulloso que estoy de los dos.

—Gracias, papá, por no rendirte jamás, por tu fuerza de voluntad. —Gabriela se suelta un segundo y alza a su bebé posándolo en sus brazos.

—Nosotros también estamos orgullosos de ti. Él es Alejandro, tu nieto.

El hombre lo acaricia, le da un beso en la frente y lo acuna mirando hacia Julia.

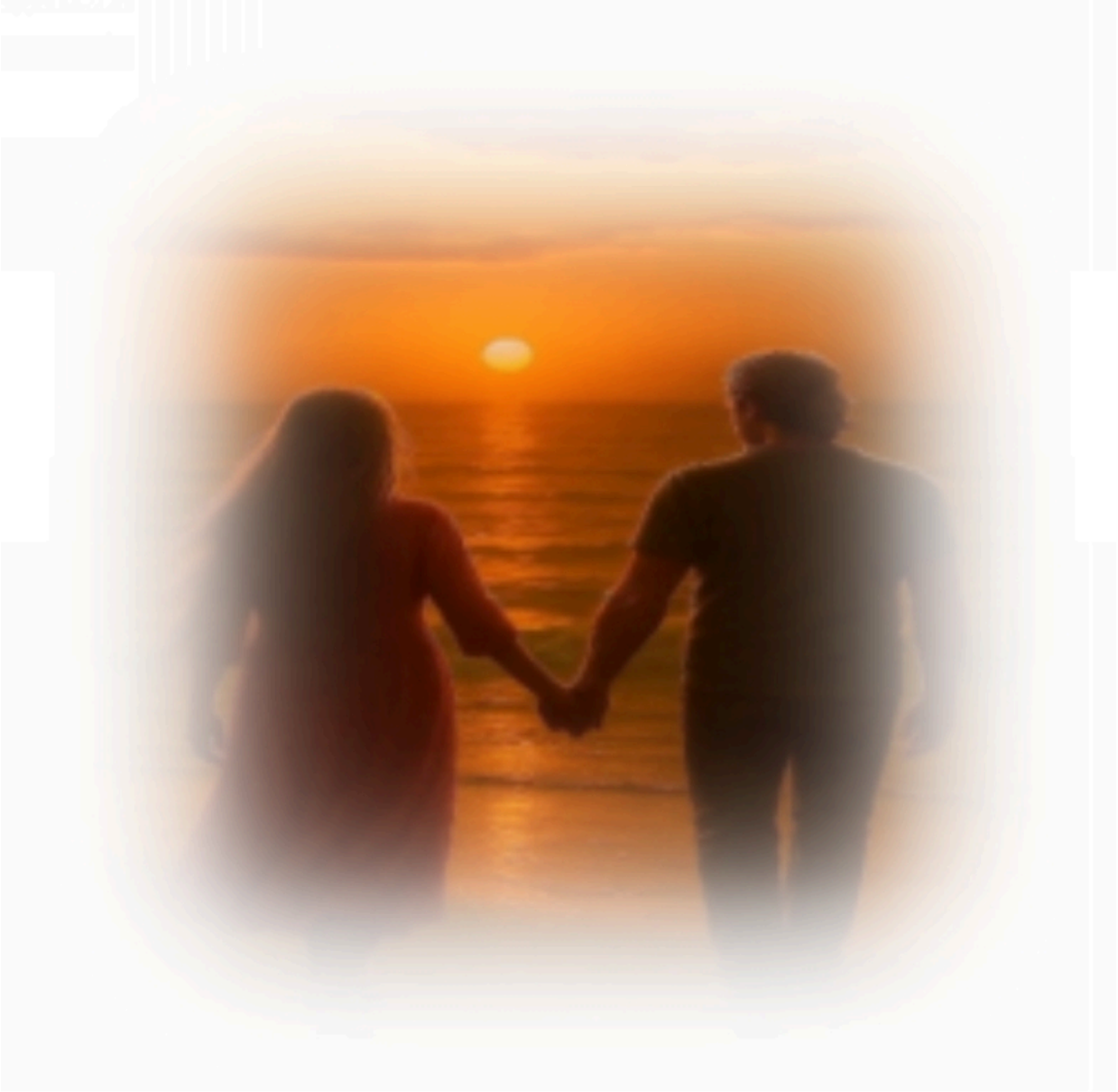
—No lo hice tan mal, después de todo. Mi vida fue una odisea, pero cumplí mi promesa, formé una familia y dejé mi huella.

—Nuestra huella. —Suelta al bebé en brazos de su hija y agarra a su mujer de la mano. Se arrodilla, y delante de todos, también de Luis que me ha dado la mano el tiempo suficiente para ver la escena, le pide matrimonio—. Por fin podremos amarnos sin escondernos. Dime, princesa, ¿aceptas a este humilde hombre en este mundo o en otro, en una vida o en mil, aquí o allá para ser tu faro en la oscuridad?

—Tu luz será mi luz. No importa dónde estemos ni quienes seamos, siempre nos encontraremos, porque tú serás mi faro.

Un beso, promesas de amor, susurros al viento. La línea se cierra y los dos se pierden en el cielo. No sé el tiempo que seguimos contemplando el horizonte, sé que los colores se atenúan, que las nubes ganan terreno, que Gael me aprieta a su torso y Luis se funde entre Gabriela y su hijo, mientras el cuerpo inerte de Julia yace, sentada en ese rincón eterno.

Porque siempre estará ahí cuando miremos, pasen los años que pasen, este recuerdo nunca lo olvidaremos.



FIN

Epílogo

Gael

Diez días después…

Después de unos días complicados; de asumir que mi madre no volverá, que ahora es feliz donde está, pero sobre todo, sabiendo con quién está, hoy al fin podremos descansar. Han sido unos días duros, estresantes tanto para Gabriela como para mí, pero también para mi chica, que nos ha acompañado en todo momento sin dejar de lado su trabajo y su nueva aventura, la cual ha empezado a indagar con sus amigos y en la retaguardia con su profesor.

Esta tarde se ha despedido de él hasta la vuelta de las vacaciones. Se han «visto», le ha dado nuevas pistas a seguir sobre ese hombre que mató a su esposa, el libro que dejó a medias para resolver el misterio de las cartas y a la vez el de su arrogante casero. Ahora, recoge minutos entre horas y los aprovecha para leer y entender mejor qué le llevó a ese empresario de éxito a culparse de la muerte de su esposa.

Otra aventura más de Inma Holmes y su grupo Scooby, donde intentará poner un final feliz a la historia, o al menos, como ella dice, escribir la última página para que termine, para que descansen en paz. Y su profesor sin duda la va a ayudar.

Me hubiera gustado conocerlo, pero yo no tengo su don. Mi único superpoder es sentirla como se merece, conocer todas las muecas de su cara y detectar cuándo está «acompañada», pues ese ser está suspendido en el aire y a veces se pierde entre su mundo y el nuestro. Dice que está atado al libro, a su historia, pero no se atreve a contarla, solo asiente y se conforma con ese *Sentimiento de culpa*. Así se llama el libro.

Por eso, si necesita reír la acaricio con delicadeza, con mis dedos o mi lengua le hago cosquillas. Es tan fácil verla caer sin

remedio y retorcerse con esa dulce tortura. Si tiene ganas de llorar procuro abrazarla, hacer un sendero de besos desde su cuello hacia donde sus gemidos me lleven. Lo importante es apoderarme de su mente, y a ser posible de su cuerpo, para que descanse, se relaje y enfoque desde otro punto su investigación. A veces las mejores teorías salen después de una buena sesión de sexo.

Estos días hemos estado viviendo en mi apartamento, yo también necesito descansar de ciertas emociones, pasar página y volver a mirar el horizonte desde el viejo porche de madera, sin verlos a ellos caminar de la mano. A mi Sirenita no le ha importado, puesto que apenas le dejo hacer nada en el piso y, según ella, parece una huésped de un hotel de lujo con vistas a los acantilados de la sierra de Irta.

Y yo soy feliz haciéndola feliz.

Ahora la estoy esperando en la puerta del supermercado donde ha quedado con César para darle unas bolsas, pues vamos a cenar a casa de Lolo que nos va a presentar a su nueva chica. Subido a mi moto con los cascos en la mano y las piernas abiertas, como mi corazón que solo late cuando la tiene cerca.

—¡Qué puntual! —exclamo sorprendido, ya que me ha dicho que tardaría diez minutos y son exactamente los que ha tardado.

—Sabía que tenía a un semidiós esperándome y no quería que rugiera, cuando se enfada me hace temblar.

—Y cuando estoy contento también. —Sonrío y le mordisqueo la oreja. Se pone colorada y río con más ganas. Lo que os digo, mi corazón enloquece cuando la tiene cerca, y ya no os cuento cómo se pone mi entrepierna.

—¿Vamos?

—Vamos, o a este paso llegará él antes que nosotros, porque conozco un lugar a un kilómetro de aquí que…

—Ni se te ocurra. Vamos ya o la que te castigue esta noche seré yo, y no precisamente con besos. —Acelero para que no escuche ese bum bum ensordecedor que se ha formado en mi pecho y me está reventando los oídos.

Es un segundo piso sin ascensor, y como si nos oliera el taxista rubio rollo jamaicano, nos está esperando en la puerta con una

sonrisa más grande que el Coliseo de Roma al lado de una morena espectacular de ojos grandes.

—Daphne, esta es Vilma, que no Velma. —Abrimos la boca los dos y alzamos las cejas al techo—. Lo sé, ha sido el destino. Es inteligente, guapa y se llama Vilma, ¿cómo no iba a pedirle que saliera conmigo?

Le damos dos besos y las risas entran al piso antes que nosotros. A pesar de esa extraña presentación la chica no se ha ofendido, todo lo contrario, es una fan de la serie de dibujos animados, no tanto de la película.

—Cuando Lolo/Shaggy me explicó vuestro rol, esas aventuras misteriosas que a veces protagonizáis me fascinó. Desde hace un par de meses trabajo en el laboratorio de la universidad Jaume I de Castellón, y a menudo pienso que podría hacer mil cosas allí con esa tecnología tan avanzada.

—Dime que no es una señal, pelirroja.

—Pues no te voy a negar que nos vendría muy bien alguien así en el equipo. —Su sonrisa se agranda pensando en las numerosas posibilidades de cerrar casos que tendrían, de ayudar a salir a más gente encerrada en su infierno particular si tuvieran acceso a un laboratorio de esas características.

—Hola holaaa. ¿A que me echabais de menos? —Inma me presenta a Nerea, la única, junto con Fede que no conocía. Una rubia muy dicharachera y simpática, la sorpresa ha venido cuando detrás de ella ha asomado el médico de mi madre—. Él es Óscar, estamos saliendo. Creo que vosotros ya os conocéis —dice con una sonrisilla inocente, llevándose a Inma del brazo.

—Siento tu pérdida. —Me estrecha la mano con fuerza.

—Gracias. Tarde o temprano tenía que ocurrir. Es peor la cantidad de papeleos que hay que hacer después, y… encontrar el momento para esparcir sus cenizas.

—Lo encontrarás. Debéis daros tiempo, Gabriela y tú habéis sufrido mucho. No tengáis prisa, ahora daros la oportunidad de vivir lo que tanto miedo os ha dado sentir.

Miro a Inma y asiento. Solo faltan Nuria y César por llegar, aun así, ya están poniendo la mesa, los platos y metidos en faena.

—Entonces, ese hombre asume toda la culpa de la muerte de su esposa, pero tú crees que no lo hizo, lo que quiere decir…

—Que está encubriendo a alguien.

—Y no es a su hija porque vive en Munich.

—Ni a su hermano porque está de vacaciones en Roma, como la película.

—Y, agarrándome a ese comentario —añade César haciendo una entrada triunfal por la puerta—, ¿habéis visto alguna fotografía de su mujer?

—No —contestamos todos, yo incluido, que empiezo a formar parte de la plantilla de este equipo de aventuras paranormales.

—Se llamaba Valeria Martínez de la Serna y era uno de los siete sosias de Audrey Hepburn. Eran siete, ¿verdad? —Se toca la barbilla, fingiendo que medita mientras los demás observamos con asombro el increíble parecido de esa mujer con la actriz en su pantalla del móvil.

Se limpia la medalla que se acaba de poner en el pecho y Nuria lo besa sin tapujos delante de todos. Echo la vista por encima del hombro y veo que Lolo tontea con Vilma y esta a su vez le da una explicación de por qué todos tenemos esa supuesta cantidad de dobles en todo el mundo. Inma apunta los detalles en su móvil y le pide a César que le envíe la foto por correo electrónico. Parlotean haciendo teorías y yo solo puedo sentirme orgulloso de estar aquí, con ellos, con Inma.

Después de todo, el destino no se ha comportado tan mal conmigo.

Atrapo su pierna y con mi brazo cubro la mitad de su cuerpo, intenta moverse, deslizarse entre las sábanas sin caerse al suelo, acto que le está pareciendo una misión imposible. Disfruto viéndola huir de mí con sigilo para no despertarme, lo que no sabe es que yo soy un búho, que duermo poco, pero descanso lo suficiente para recargar mi batería; y desde que ella está a mi lado es inagotable.

Su calor es la mayor fuente de mi energía, su risa, su olor, incluso cuando discutimos y me reta con sus preguntas indiscretas o sus tentadoras ideas. Todo en ella me excita, hasta sus manías. Dije que la iba a hacer viajar sin necesidad de moverse de la ciudad, de su casa o la mía, de la habitación o la cama, y lo estoy cumpliendo por mucho que me desafía. Bueno, también hemos salido al sofá, al mármol de la cocina para reponer fuerzas, aunque se las haya quitado al minuto siguiente y al balcón donde cojo aire antes de hacerla volar otra vez con la imaginación.

Dice que soy un suplicio, un martirio, un mago que sabe qué trucos usar para mantener su adrenalina en las nubes, lo que no sabe es que ella me vuelve así, que llevaba meses sin sexo y ni me acordaba de él, pero desde que me tropecé con ella no pienso en otra cosa. Es adictiva. Y eso es un verdadero problema porque la encadenaría a mis brazos como un vulgar ladrón, asesino o el más temido psicópata.

Ella y solo ella es la culpable de que la quiera castigar tan duro. Si no me hubiera robado el corazón no la estaría torturando de esta manera.

—Ven aquí, Sirenita, no te escurras.

—Tengo unas necesidades básicas, Aquaman. Además, hoy voy a sustituir tus atracones de besos por comida de verdad. ¡He perdido un kilo en tres días de vacaciones!

—¡Qué exagerada! Con lo que te gusta comerte mi fruta.

—Sí, cuando era prohibida sí, ahora voy a empezar la dieta del…

—¿Cucurucho? —Me rio apoyado con el brazo en el marco de la puerta, desnudo y con la pistola cargada.

—Te recuerdo que hemos quedado con mis padres y mi hermano para comer.

—Tu hermano me ha amenazado con audios muy muy directos, y si he de defenderme a capa y espada por mi Sirenita, lo debo hacer con las armas bien afiladas.

Tal y como lo digo, me acerco cuando ya se ha lavado la cara para secársela con mi lengua. Arquea una ceja, luego la otra, y con una rapidez que ni ella misma se lo cree, se cuela entre mis piernas y la dejo escapar de nuevo. Mis carcajadas se oyen desde la cocina, oigo su corazón mientras camino, presintiendo mi siguiente movimiento. ¿O es el mío que baila al mismo son del suyo?

—Eres cruel. Pareces un buen hombre, sensible y dulce, pero en realidad, eres un demonio terrible, insaciable y loco.

—Sabes que no puedes huir muy lejos, que yo tengo la llave del apartamento guardada en un lugar secreto. —Me mira de reojo y rompe a reír cuando ve que he atado la llave a mi miembro con un lazo—. Ven a cogerla, es toda tuya.

—Me apetece un café con nata, ¿te puedo poner en la punta? Es para saborear mejor el producto. —Me pongo detrás de ella al ver que me da la espalda para hacer ese desayuno. Mi erección le pide permiso para entrar en ese agujero, que, al seguir desnuda, noto cómo se excita con el roce. Gime, beso su hombro y canturreo *Lose Control* de Teddy Swims. Vuelve a gemir cuando entro muy despacio en su centro. Se muerde el labio, jadea y agradezco al cielo el hermoso cuerpo que se mueve entre mis manos, que vibra con cada empellón, con cada caricia de mis dedos en su piel.

—Y tú querías negarte este placer. —Pone el culo en pompa para gozar más de mis movimientos, el líquido amargo cae en la taza al mismo tiempo que mis sensaciones se endulzan con sus jadeos. Una, dos y hasta seis veces la embisto sin aumentar la velocidad. Suave y lento para que agonice, para que me grite que quiere más—. Joder, estás más caliente y húmeda que el puñetero café que te quieres tomar.

—Aquaman…

—Dime, Sirenita.

—Fóllame…

Tras ese ansiado comentario se acaba la delicadeza, apoyo mis manos sobre las suyas y empujo fuerte, duro. Un gemido tras otro

sale de su boca mezclándose con mis gruñidos. El sudor nos perla la frente, el pecho y las caderas desatan el infierno bajo nuestros pies. No es deseo ni atracción, es una emoción más intensa que el fuego y el agua, es ese sentimiento que nace de dentro del alma y circula por nuestro cuerpo como si fuera su casa.

Da igual lo que hagamos o digamos, somos aire y agua, nos fundimos en uno en este mar de esperanza. Porque sí, todos los labios saben besar, lo difícil es encontrar unos que te hagan temblar, sentir…, pero no olvidar.

Porque el amor verdadero nunca se olvida. A pesar de las adversidades, de la vida, de las enfermedades y el dolor. El amor verdadero, ese que te besa con el alma y te entrega el corazón en ese roce; ese vive eternamente en tu memoria.



Agradecimientos

Nunca sé cómo empezar esta parte, quién debe ser el primero o el último, pues para mí todos sois importantes; también los del medio. Pero por algún lado hay que empezar, así que allá vamos:

Quizás sean esas personas que padecen esta horrible enfermedad y a sus familiares a los que deba dedicar esta novela, y, por ende, agradecer su esfuerzo y comprensión si la leen. He puesto todo mi empeño en que se reflejen esos sentimientos de impotencia y desgarro que se sienten cada día, al ver cómo una de las personas que más quieren en este mundo va desapareciendo ante sus ojos sin poder hacer nada por evitarlo. Lo he vivido, sé lo que es. Así que os agradezco que hayáis llegado hasta aquí, y espero de corazón que hayáis disfrutado de la novela.

También quiero hacer mención especial a esas personas, que por ser inmigrantes reciben un trato diferente, y agradecerles que sigan luchando por cambiar este hecho. A menudo la vida no es lo que parece, y aunque no tengas papeles no es porque no quieras tenerlos o no quieras trabajar, simplemente es por circunstancias ajenas a ti. Por eso os doy las gracias, por seguir luchando contra la sociedad.

A ti, al amor de mi vida; al que me busca cuando me pierdo entre las páginas de esta historia o de cualquier otra; al que me espera cuando por fin cierro el ordenador y vuelvo a la realidad de sus brazos. Gracias por ser el motor de mi vida, Javi.

A mis hijos, Miriam y Víctor por escucharme desvariar sobre la novela; por sus consejos. Especial mención a Víctor por regalarme esas imágenes que ilustran la portada y algunas del interior, pero, sobre todo, por su paciencia cuando los nervios me invaden. Gracias, chiquitín.

A mi madre por leerme y esperar con ansiedad a que saque otra nueva historia.

A mi Esther; mi primera cero, por esos cafés que nos relajan y su aptitud siempre positiva, animándome a perseguir mi sueño de ser una escritora *best-seller.*
A mi despertador matutino, ese rayo de luz que ilumina mis días y me da la fuerza para seguir escribiendo cada día. Gracias, Águeda.
A mis Librohólicas adictas, esas lectoras insaciables que te animan y te empujan hacia tu meta, sea cual sea.
A mi portadista María José Martínez Ruano, por entenderme y saber siempre lo que quiero.
A mis seis LOCAS; las reales; las únicas e inconfundibles, las que mueven mi mundo con sus conversaciones y me apoyan haga lo que haga: Una para todas y todas para una. Os quiero un huevo, chicas.
Y a vosotros, los que habéis leído hasta el final y queréis seguir haciéndolo, tengo trece novelas publicadas, si incluimos la que acabáis de leer, de géneros dispares: comedia romántica, thriller romántico y romantasy, como la que os invito a leer si pasáis la página. Un *enemie to lovers* ambientado en Irlanda y su mitología celta *Aunque sea irlandés no creo en cuentos de hadas.*

Ah, y antes de que se me olvide, si tenéis un minuto más, os voy a pedir un favor: poned vuestra opinión de la novela en Amazon, Instagram, Facebook o TikTok y mencionadme cuando lo hagáis, así me ayudaréis a llegar a miles de lectores. O ¿por qué no?, millones.

Si además, queréis seguirme, estaré encantada de conoceros a través de mis redes sociales:
@elisabetgilmore Instagram
@elisabethgilmore5 TikTok
Elisabeth Gilmore Facebook

Y si quieres comprar mis novelas en papel, entra en mi *link* de autora y te las enviaré dedicadas con mucho amor y regalos sorpresa:

https://hosting165807eu-282866.webempresa.site/

AUNQUE SEA IRLANDÉS, NO CREO EN CUENTOS DE HADAS

Prólogo

No me puedo creer que hoy haya huelga de taxis. Hoy. No podría ser mañana ni el viernes, tenía que ser hoy, el día que me juego mi puesto. El día que, o me ascienden o me pego un batacazo que me desnuco. Mi proyecto, mi investigación, mi descubrimiento se irá a la mierda si no llego con la puntualidad británica que me caracteriza, pese a ser irlandés.

El día está gris como mi humor, pero espero que cambie un poco al detenerse un vehículo después de un fuerte silbido y mi brazo en alto, que ha hecho girarse a más de la mitad de los transeúntes. Respiro hondo, aún quedan veinte minutos para mi exposición frente a los patrocinadores de mi investigación y el director del museo.

A mitad del trayecto recibo la llamada de mi hermano pequeño.

—Buenos días, Kai. Antes de que rechaces mi oferta, te diré que ya estás apuntado en la lista de invitados, que tus padres lo saben y, tu mejor amiga, o sea, mi futura mujer está entusiasmada con la idea de volver a verte.

—¿Qué estás tramando esta vez, Dylan? —resoplo imaginándome la respuesta, mi hermano es un liante de primera y se ha empeñado en buscarme pareja. Y, cómo no, se acerca esa fecha peligrosa en la que toda mi entrañable familia se amotina y conspira unida buscando, de mil y una manera posible, recortar mi libertad.

—Nada que no sepas ya. Aunque esta vez con motivos, dado que me caso en dos semanas como bien sabes y, puesto que eres mi hermano gemelo, espero que asistas con una acompañante digna de nuestra clase a la ceremonia.

—Uf, siento tener que dejarte a pesar de tan interesante conversación, pero tengo una reunión en cinco minutos. —Pago al

taxista y cierro la puerta caminando a paso acelerado hacia el interior del emblemático edificio en el centro de Londres.

—Seamos sinceros, esa reunión es una formalidad. Sabes perfectamente que se van a quedar con tu tesoro, que, una vez le expliques la historia de esa enigmática caja y la piedra que porta te van a financiar todas las investigaciones que hagas en un futuro.

—Eso espero. Aunque yo no lo tengo tan claro como tú.

—Es cierto, yo confío más en ti que tú mismo. Aun así, querido hermanito, y sabiendo de sobras que les va a encantar tu propuesta, les vas a decir que hasta dentro de tres semanas no vas a poder indagar más sobre la piedra y su extraño poder, si no quieres que te secuestre, te encierre en el sótano y tire la llave hasta el día de la boda.

—Exagerado. No serás capaz.

—¿Estás seguro? No me tientes, porque sabes que cuando me retas, siempre gano. No olvides que siempre consigo lo que quiero y tengo varios ases en la manga para poder hacerlo.

—¿Es una amenaza?

—Sí. —El mamonazo tiene razón. No sé cómo, pero siempre se sale con la suya.

—Está bien. Llevaré a alguien.

—Así me gusta. Aunque tengo condiciones: no quiero una esnob que vaya detrás de mis asistentes a ver a quién caza, ni tampoco una de esas pilinguis de tres al cuarto con las que te acuestas una noche y no sabes ni cómo se llama. Quiero a alguien que sepa sumar y pueda entablar una conversación coherente con cualquiera de los doscientos invitados al evento. Que sepa comportarse, no que nos deje en ridículo cuando vea a uno de nuestros aristocráticos amigos.

—Ya estamos con las exigencias. Quiero, quiero, quiero… ¿y qué es lo que quiero yo? ¿A alguien le importa?

—Tú no quieres nada, aparte de tus tesoros escondidos y despertarte cada mañana para salir corriendo a buscarlos.

—Que quiera saber más sobre nuestro pasado, si existieron todas esas historias que cuentan las leyendas, la magia de estas tierras y de nuestros orígenes y que quiera ahondar en nuestra genética

familiar, no significa que no quiera otras cosas. —Ruedo los ojos, pues me empiezo a cansar de defender mis ideas—. Os quiero a vosotros, pese a que la mitad de las veces seáis como un grano en el culo.

—Si nos quisieras de verdad te veríamos más de dos veces al año.

—Ya estamos otra vez.

—Por favor, Kai. No me falles.

—Tengo prisa.

—Y yo, y, sin embargo, estoy esperando una respuesta que no llega.

—Está bien. Sabes que no te puedo negar nada. Intentaré encontrar a alguien de esas características en menos de tres semanas. Claro que lo que me pides, es más difícil que encontrar la raíz más profunda de nuestro árbol genealógico.

—¿Ahora quién es el exagerado? Lo puedes hacer esta noche en nuestro restaurante favorito, he quedado con nuestros padres y los padres de Shannon.

—Dylan, no me vaciles. ¿Te has vuelto loco?

—Mandaré a papá a que te recoja en el aeropuerto. Yo tengo que probar veinte pasteles, y ya sabes que no me puedo negar o tu queridísima cuñada sacará su magia negra y me atará al arce blanco del jardín, que también tiene siglos de historia y muchas muertes a sus espaldas. La siguiente, la mía. —Resopla resignado y no puedo evitar sonreír. Sé que Shannon sería capaz de eso y mucho más si no consigue la boda perfecta, lleva soñando con ella desde que éramos adolescentes.

No me lo puedo creer. Me estresa más hablar con él cinco minutos que una tormenta de arena en pleno desierto del Sáhara. Niego con la cabeza después de colgar al único hombre que puede conmigo sin necesidad de luchar. Normalmente soy terco y obstinado, no me dejo vencer fácilmente, no obstante, ese odioso ser que tiene mi misma estética, que a veces incluso dudo de que sea yo, pues nos movemos y hablamos de la misma forma. Ese jodido ser me conoce demasiado bien, huele mis pensamientos como un lobo al acecho, ve a través de mí y se adelanta a mis pasos.

Entrecierro los ojos para tranquilizarme, ya pensaré en ello más tarde. Ahora debo centrarme en mi exposición y en el objeto que puede hacer, que miles de euros, avalen mi búsqueda de esa isla escondida, retomar las excavaciones en la colina de Tara o seguir investigando por el valle del Boyne.

Abro la colosal puerta de madera noble, gruesa y oscura que me separa de mis acaudalados amigos.

—Buenos días, señores. Señora… —Bajo la cabeza mostrando mis respetos a mis interlocutores que me observan ceñudos al entrar, ya que en estos casos se suele venir con traje y corbata, como ellos lucen.

Sé que todavía no me conocéis, pero es que yo hace años que no me pongo uno de esos. Tengo mis motivos, y, de momento, voy a mantener mi singular costumbre. Para mí lo primordial es el objeto y lo que representa, no mi vestimenta.

Os preguntaréis qué llevo puesto, y para saciar vuestra curiosidad os diré que lo primero que he visto en el armario: unos tejanos grises desgastados, una camiseta de manga larga marrón, descolorida y unas deportivas del mismo tono que los pantalones. Eso sí, me he puesto una americana negra de ante que me regaló mi hermano hace años en mi primera aventura por los mitos de nuestro país.

—Entiendo que acaba de llegar de su viaje, aun así, podía haberse cambiado antes de la reunión —añade una mujer rubia más tiesa que una rama seca e igual de delgada. Lo que yo decía.

—He venido a explicarles mi descubrimiento, la historia tan mística como hermosa de este objeto, que una vez analicemos con más detenimiento podrán mostrar al mundo en su museo. Sin embargo, eso no tiene nada que ver con mi atuendo. Podría ir desnudo y este objeto seguiría teniendo el mismo valor. —Abro la caja y extraigo la roca de un blanco puro con el grabado de un trisquel celta en perfecto estado.

—Es realmente sorprendente.

—Parece recién pulida.

—Este símbolo ha sido interpretado de distintos modos durante el transcurso de los años y según la cultura ancestral que le precede,

pero todas ellas guardan relación con la importancia del número tres. Así, es posible entender este símbolo como una representación del pasado, el presente y el futuro. Hasta se podría entender como un símbolo del nacimiento, la vida y la muerte. En un plano más espiritual podría representar el cuerpo, la mente y el alma.

—Y ¿dónde dice que lo ha encontrado señor MacMahon?

—En el valle del Boyne. Un lugar lleno de mitos y leyendas, lleno de objetos que hablan más de lo que muchos están dispuestos a escuchar. Pero no es mi caso, yo estoy francamente interesado en todo lo que me puedan decir. La cuestión es… ¿lo están ustedes?

La señora Bedford, la mujer de cabello rubio tirando a blanco, alta y de tez pálida como la luna, alarga el brazo con la intención de tocar con un dedo la piedra, acariciarla para demostrar su pureza. Se lo impido apartando el objeto de su alcance.

—Lo lamento, pero no es recomendable para su salud tocarla. Algunas tradiciones también la consideran mágica, la relacionan con las propiedades de los elementos: tierra, agua y aire. Si no eres puro de corazón te puede dejar sin aire para respirar, deshidratar tu cuerpo hasta morir o hacer desaparecer el suelo por donde pisas.

—¿Nos está tomando el pelo señor MacMahon? —pregunta inquieto el señor Goode, un hombre de mediana edad, ni alto ni bajo, más bien regordete y, por mucho que lo intente, con un porte no muy elegante. Aunque estirado es un rato.

—No. La verdad es que no. Al lado de ella había varios cadáveres, sus huesos para ser más exactos. Y les puedo mostrar en imágenes los numerosos montones de tierra que rodean otro círculo de piedras cercano a ella. Imagino que sabrán lo que significa. Pero si quieren arriesgarse… no seré yo quién se lo impida, solo me he visto con la necesidad de avisarles.

Debo reconocer que mi mentira para evitar que ensuciara mi particular tesoro ha dado sus frutos. Han parpadeado lo suficiente para recelar de mi comentario y han dado un paso atrás. He creado ese misterio alrededor de la piedra que pretendía, tanto es así que se han quedado maravillados con mi presentación.

Sonrío satisfecho de esa habilidad innata en mí para crear tensión y mantener a la audiencia atenta a mi discurso. Salgo del edificio

más contento que cuando entré, pero mi adorable familia hace que me dure poco la alegría.

Un pitido del maldito teléfono, ese que solo uso en contadas ocasiones como las de hoy cuando voy a alguna reunión o busco inversores para mis investigaciones, me saca de mi nube de algodón y me estrella contra el suelo. Abro el mensaje y aparece en la pantalla mi billete a Dublín para dentro de tres horas.

—¡Hay que joderse!, no es que fuera a poner muchas cosas en la maleta, pero pensaba que me daría tiempo a poner alguna.

Tres semanas. Tres semanas con ellos y el puto catorce de febrero en medio.

Tierra, trágame y escúpeme veinte días más tarde cuando solo tenga veinticuatro horas para escuchar sus sermones.



CAPÍTULO 1
GEMELOS, PERO NO IGUALES

Kai

Es bajar del avión y sentir cómo me circula la sangre más rápido. No me preguntéis por qué, pero siento como si el viento gritara mi nombre, los árboles me saludaran o el propio asfalto se moviera bajo mis pies.

Cuando dicen que la tierra llama no es mentira, no en mi caso. A mí me llama literalmente, aunque suene a locura.

Al salir a la calle, mochila en mano porque no me ha dado tiempo ni siquiera a preparar una maleta y, respirar ese aire frío y húmedo de mi vieja Irlanda, he notado un escalofrío y, al mismo tiempo el clamor de la sangre veloz corriendo por mis venas.

Veo a mi padre a lo lejos. Es fácil distinguirlo, ya que es igual que nosotros. Más arrugas, más canas en su poblado cabello oscuro, pero su porte sigue siendo el mismo desde hace treinta y ocho años. O así es como lo veo yo, imponente ante mis ojos.

—Bienvenido, hijo. —Varias palmadas en la espalda y una enorme sonrisa me reciben como cada vez que pasamos meses sin vernos.

—Gracias, padre. ¿Cómo va todo por casa? —Entro en el viejo coche familiar y me acomodo en el asiento, pues hay casi ciento

treinta kilómetros desde el aeropuerto hasta mi dulce hogar. Aunque la carretera al final del trayecto no es la más rápida del mundo.

—Bien. Los negocios como siempre, tu hermano y Shannon me ayudan bastante. Tu madre sigue siendo igual de controladora. Todavía no entiendo cómo le da tiempo a llevar mi agenda, cocinar, que no le falte de nada a ese hogar que tanto apreciamos sin agobiarse ni perder un milímetro de su sonrisa ni de su amor por nosotros.

—La bella Erin es única e inigualable. —Sonrío al pensar en su sonrisa cálida y esos ojos verdes como los prados de Irlanda, los mismos que veo cada día frente al espejo, pese a reconocer que a ella le quedan mejor que a mí.

—No te creas. Tu hermano ha dado con una roca más dura y protectora. Shannon puede ser la evolución de esa hembra que tanto queremos y tememos a partes iguales. A veces creo que vuelan, porque si no, no entiendo cómo pueden estar en todos lados.

Las carcajadas y el buen rollo que siempre hemos tenido mi padre y yo me impiden ver que no vamos a casa, sino a las afueras de la ciudad. Cuando me percato de dónde estamos, una espontánea sonrisa se dibuja en mi cara, pues es uno de mis lugares predilectos en esta maravillosa isla: Cathleen's House Café.

—Hay que ver, por mucho que pase el tiempo este sitio no cambia nunca. —Miro el letrero de madera, que, aunque desgastado sigue luciendo igual de bien el nombre de la propietaria.

Mi padre me da una palmada en el hombro satisfecho por mi reacción ante la inesperada sorpresa. Entramos y el interior está exactamente igual que lo recordaba. Hace mínimo tres años que no vengo por aquí y, parece que fue ayer cuando brindaba por la nueva parejita que se había formado gracias a mí.

Irónico, lo sé, dado que yo no creo en el amor. Pero ellos sí, mis mejores amigos; mi otra mitad y mi hermano pequeño.

Y diréis, ¿si es tu hermano gemelo porque dices que es el pequeño? En nuestro caso, yo nací la noche del trece de febrero y él la madrugada del catorce. Más de dos horas de diferencia entre los dos.

Él es un romántico empedernido, necesita amar y ser amado. Yo, por el contrario, no siento esa necesidad de depender de nadie. No busco el calor de un cuerpo hasta que por razones evidentes me apetece desahogarme. Expulsar fluidos, ya me entendéis. Algo obvio para cualquier animal, racional o irracional.

De ahí a que mi queridísima familia me presionen cada dos por tres, pues según ellos ya tengo una edad para sentar la cabeza, como si la madurez dependiera de estar casado y tener hijos.

Os puedo asegurar que es más inmaduro el que viene apartando las sillas y, a todo el que encuentra por el camino para darme un abrazo, que el que os cuenta esta historia.

Somos gemelos, pero no iguales, aunque mi clásica familia no piensa lo mismo.

—¡El primogénito ha vuelto! Ahora sí que estamos todos —grita eufórico Dylan.

—No me digas que te he sorprendido —ironizo como es mi costumbre.

—No, esperaba la pulla. Pero me la pela, y lo sabes.

—Sí, eres un puto muro de roca caliza, te resbala todo lo que te diga —continúo en mis trece y él, por supuesto, continúa ignorándome.

El abrazo dura lo que las risas nos dejan, es imposible enfadarse con alguien tan confortable y simpático. Tiene el don de hacerte reír, pese a no estar de acuerdo con sus ideas. También el de agobiarte hasta que, por pesado, haces lo que quiere, aunque detestes hacerlo.

A menudo es desesperante su alegría y buen humor, me pone cardíaco. Sin embargo, ahora que lo tengo delante he de reconocer que lo he echado mucho de menos y, eso no sé si me convierte en un «moñas» igual de sensiblero que él. Eso sí, lo que tengo claro es que no se lo voy a decir o rompería mi fama de desentendido y solitario y se volverían aún más pegajosos.

No, por favor. Se me revuelve el estómago de pensarlo.

Y ahí está esperando con los brazos abiertos la única mujer por la que daría mi vida, además de mi madre, claro está. Y no, no es lo que pensáis. No estoy enamorado de ella ni nunca lo estuve, aunque sí creo que es mi otra mitad, la única mujer con la que habría pisado

el altar o comprado un par de anillos para unirnos en cualquier lugar de esta maravillosa isla.

Ella y yo somos iguales, tenemos los mismos gustos. Por eso se enamoró de mi hermano. Hasta yo me habría enamorado de él si no fuera porque su sangre y la mía están unidas desde que nacimos. No dudo de que estamos conectados por ella.

Si le pinchan yo sangro y si me atacan, él siente el peligro. Creo que me di cuenta incluso el momento exacto en que se enamoró de la pelirroja que en dos semanas será su mujer, y eso, que no estaba en el mismo país, pese a que lo sentí como si estuviera a tres metros. Estaban en una discoteca o pub, se enrollaron y, desde entonces, no se han soltado ni para coger impulso.

—Mi hermosa Shannon. Eres como un vaso de *whisky*, solo cuando te tengo cerca te saboreo, pero nunca olvido tu olor.

—Y tú eres un zalamero que sabe escoger las palabras adecuadas para enrojecer a cualquier fémina. —Su cabello rojizo se cuela entre los orificios de mi nariz haciéndome cosquillas. La levanto como una pluma y la hago girar hasta que patalea como una niña pequeña—. Suéltame, grandullón, o te las verás con tu calcamonía. —Lo hago. No por miedo a mi reflejo, más bien porque esos ojos azules empiezan a cambiar de color. Y eso sí que me asusta—. Te he echado de menos, compi.

—Y yo —contesto terminando el abrazo.

No soy muy dado a las caricias y los sobeteos. No es que no me guste que me toquen, pero tampoco hay que alargarlo demasiado.

—Mentiroso.

—Es cierto. Las noches estrelladas tumbado en el valle, aquellos días lluviosos en la tienda de campaña… (no siempre tuve una autocaravana donde dormir y documentarme en mis proyectos) —Por un instante me quedo mirando a la nada—, la soledad puede ser amarga algunos días. Aunque no lo creas, no soy de piedra, si bien a tu lado me pones duro como ella —añado guasón y le guiño un ojo.

—Imbécil. —Me gano un manotazo que ya suponía, pero me encanta picarla y a mi hermano también, que me mira con la frente arrugada. Igual me he pasado con el comentario—. ¿Y por qué no has vuelto antes?

—Porque no tenía a nadie por quién volver —responde mi hermano por mí algo irritado.

—Nos tiene a nosotros —rebate mi amiga, inocente.

—Porque tenía trabajo —me defiendo, aunque no tengo por qué hacerlo. Solo era una broma. Pesada, pero broma.

—Ya. Y nadie que te esperara en casa para calentarte la cama.

—Y dale palos a la burra. La cama me la calientan cuando yo quiero. —Miro el color del techo, a ver si ha cambiado desde la última vez. Luego busco ayuda en algún camarero que, como por arte de magia aparezca frente a mí para poder pedirle una jarra de cerveza y aguantar la cena tan larga que me espera.

Saludo a los padres de Shannon y a su hermana adolescente, Cara, aún más guapa que la pelirroja si cabe, a sus tan solo catorce años. Miedo me da cuando tenga veinte y se ponga algún hombre en su camino.

Tras ellos me detengo en la figura del hada que nos protege con su magia; mi madre, Erin. La contemplo como el que admira un jarrón chino de miles de años, pues a sus cincuenta y seis se mantiene igual de joven que cuando conoció a mi padre. Su cabello dorado largo hasta la cintura, su sonrisa perenne y esa melódica voz que te endulza los sentidos nada más verla, hace que no puedas frenar las ganas de abrazarla.

—Madre…

—Bienvenido a casa, cariño. —Sus brazos me rodean la espalda calentando mi metro noventa de altura con la luz de su mirada—. Has llegado en el momento idóneo.

—¿Para qué?

—Para avanzar.

La observo como si le hubiera salido un cuerno en la frente o una verruga enorme en la nariz, hay frases que en determinados instantes deja caer y te dejan a cuadros. Como esta, que por mucho que intentes analizar no te lleva a ningún lado por lo que al final desisto. Ella finge no ver mi cara de interrogante y anima a todos a continuar con la celebración de mi vuelta a casa.

—Sentémonos y disfrutemos de la compañía, ahora que por fin estamos todos.

—Eso, disfrutemos de nuestro nómada aventurero antes de que vuelva a salir pitando.

—Dylan, relájate o lo estresarás en la primera noche.

—Tranquilo, padre. Conozco al pesado de mi hermano y, aunque es insufrible, soy consciente de que me merezco parte de la tortura que está dispuesto a ocasionarme. —Sonrío, si de algo me enorgullezco es de mi paciencia, dicen que es la madre de la ciencia. Y yo, aunque soy historiador, también soy arqueólogo.

Eso queridos amigos es ciencia y, paciencia es mi segundo apellido.

—Así es. Me conoce lo suficiente para saber que la tortura será lenta y dolorosa. Le espera la noche más larga de su vida. —Alza la jarra de cerveza para que brindemos.

Cojo aire, mentalizándome de que no está exagerando, ya que si se lo propone, conseguirá que los minutos parezcan horas y las horas semanas.

—La familia no la eliges, corre por tu sangre como el agua por el río. A veces te puede cubrir la cabeza hasta agobiarte, pero otras, te refresca. Te ayuda a tener otra perspectiva en tu vida, más amable, más intensa y duradera. —Otra reflexión de esa bella mujer que nos cuida, estemos o no delante de ella.

Comenzamos a comer cuando las notas de un piano empiezan a sonar. Una voz suave, dulce y armónica se cuela en nuestros oídos y en nuestras cabezas. Sigo la estela de esas notas buscando a la dueña de ese sonido. Al fondo una mujer con el cabello de un color caramelo canta un poema irlandés con los ojos cerrados moviéndose al ritmo de sus dedos. Absorto en esa imagen, no me doy cuenta de que he dejado de comer.

—Es Arlene. Mi Arlene —dice Shannon, orgullosa, volviendo la cabeza hacia esa mujer perturbadora que parece hipnotizar a todo el mundo con su voz y, acto seguido, me mira divertida—. ¿Recuerdas a mi compañera de instituto? —Me detengo un instante a pensar y solo me acuerdo de una.

—¿La de las gafas de pasta negra y los jerséis de rayas?

—La misma que viste y calza.

—Se parecía a Pippi Langstrump, pero con el pelo castaño y gafas. Esa no es… —Mi futura cuñada le saluda con la mano al acabar la

canción y ella sonríe en respuesta a la vez que acepta los piropos del público, que la felicitan por la actuación.

Mudo, tonto y sordo. Así es como me he quedado.

Mi mente se traslada al instituto, al autobús que nos transportaba hasta él. A esa niña desgarbada con hierros en la boca y unas gafas horribles que le cubrían media cara. Siempre iba con trenzas, el flequillo mal cortado, los pantalones de pana de su abuela y unos jerséis a rayas del mismo color que su pelo.

Parecía buena chica, aunque daba grima mirarla. No me puedo creer que esa mujer de aspecto frágil pero elegante con ese brillo espectacular en el semblante y una sonrisa más grande que el escenario donde está tocando, sea la misma persona.

—Actualmente es una cantante reconocida al otro lado del charco. Por desgracia, no tanto en su país —explica Shannon con una pizca de melancolía—. Siempre que empieza una gira por Europa viene a ver a su madre que, desde hace bastantes años, no puede viajar.

—Suele cantar aquí varios días en las dos semanas que está en el pueblo. No deja de ser el primer lugar donde se atrevió a entonar las primeras notas en público y vuelve siempre a él —cuenta mi hermano con nostalgia mientras yo sigo alelado como un idiota, algo que cambio cuando me percato de que las miradas de todos se posan en mí.

—Pues muy famosa no será cuando no la he oído nunca —digo restándole importancia, ni que fuera Celine Dion.

—Tú solo oyes *rock* de hace tres décadas y algún grupo irlandés de tu juventud. Lo que es música *pop* o actual de este siglo, ¿cuándo fue la última vez que la escuchaste? —inquiere sarcástica mi amiga.

—Tampoco te pases. De hecho, conozco varias buenas artistas como Adele, Celine Dion o Kelly Clarkson. Incluso al repetitivo Ed Sheeran, que tampoco me disgusta, aunque lo escuche hasta en la sopa.

—Madre mía, ¿y por eso ya te crees un entendido en música? —inquiere la pelirroja peligrosa.

—Voy a bares y tabernas, allí ponen música actual.

—No siempre, y, cuando lo hacen, seguro que estás medio pedo ya. —Eso no se lo voy a negar, pero no estoy sordo.

Cuatro canciones más tarde, la supuesta artista, se acerca a la mesa y, sorprendentemente, toda mi familia se levanta a saludarla y felicitarla por lo bien que lo ha hecho. Ella, pese a parecer tímida, no se sonroja ante tanto halago. Todo lo contrario, por lo visto está acostumbrada a ellos. Gesticula agradecida pero segura de haber hecho una gran actuación.

Vamos, que se lo tiene bastante creído.

Me observa, porque soy el único que no se ha levantado ni la ha envuelto en una manta de cumplidos. Todos vuelven la cabeza hacia mí esperando las palabras que no salen de mi boca, entre otras cosas porque está llena de comida. Levanto la mirada, me limpio los restos de la exquisita cena con la servilleta y me hago el ignorante.

—¿Qué ocurre? ¿Me he manchado? —Echo un vistazo a mi ropa y no veo nada que llame la atención, excepto el carraspeo de mi pelirroja y un repiqueteo estridente de sus dedos que se me clava en la sien como dardos en la diana.

Lo hace a propósito, sabe que me saca de quicio ese maldito ruido.

—¿Has perdido los buenos modales en el valle? —ruge la duendecilla gruñona.

—¿Disculpa?

—Yo no te tengo que disculpar, sino ella, que ni siquiera la has saludado —insiste en no sé qué película se ha montado en su cabeza, pues no me pienso excusar por algo que no siento.

—Es ella la que ha venido a la mesa, yo ya estaba aquí, ¿recuerdas? Debería ser ella quien se presentase, puesto que no la conozco.

—Mira que eres burro. La conoces desde hace veinticinco años. —Se cruza de brazos enfadada.

—Haya paz, por favor —dice la susodicha como si lamentara el espectáculo que estamos dando. Algo que dudo, ya que sonríe como si disfrutara de nuestra discusión—. Me presento: soy Arlene Doyle, actualmente conocida como Arlene Walker. Amiga desde los ocho años de Shannon cuando nuestras madres nos presentaron en un mercado y nos pusimos a jugar con unas manzanas. Éramos uña y carne en el instituto y, a pesar de que me has visto en bikini veinte veces y, creo que, con todo tipo de harapos, incluso en pijama dado

que he dormido en tu casa en alguna ocasión, entiendo que no me recuerdes. Pasaba bastante desapercibida en aquella época. —Sus ojos bailan risueños y al mismo tiempo acusadores mientras me ofrece su mano en señal de tregua.

Con este acto me demuestra que conoce a mi familia y sabe que no cesarán en la idea de que me retracte. Casi podría decir que me está haciendo un favor al ofrecerme la mano. Un favor que no le pienso agradecer, pues no se lo he pedido.

Si lo hace, no es por mí. Es por ellos.